



LEONHARD FRANK

LA PARTIDA  
DE BANDOLEROS



El libro cuenta la historia de un grupo de jóvenes rebeldes que, inspirados en las novelas de Karl May, albergan ambiciones de dismantelar su sociedad explotadora y reemplazarla por una ideal. Pero, como sucede a menudo, los jóvenes beligerantes se convierten en adultos dóciles, los buenos ciudadanos de una sociedad incuestionable.

Esta historia, como muchos de los escritos de este autor, presenta una faceta humorística que retrata la clase media de una manera realista.

**Lectulandia**

Leonhard Frank

# **La partida de bandoleros**

ePub r1.0

Titivillus 18.01.2019

Título original: *Die Räuberbande*  
Leonhard Frank, 1914  
Traducción: Manuel Pedroso  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Capítulo Primero

De pronto dejó de oírse el rodar de los carros sobre el desigual empedrado de la ciudad. Enmudeció el eco de las conversaciones de los habitantes en las calles; sólo se les veía gesticular y mover los labios. El aire y las casas temblaban, pues en los treinta campanarios de Wurzburg se tocaba a vísperas. Entre todas las campanas se destacaba la campana grande de la catedral, por su fuerte sonido, que se extendía a mayor radio y cuyos ecos fueron los últimos en extinguirse.

Volvieron a oírse las conversaciones de los habitantes y resonaron los pasos de una compañía de infantería polvorienta que pasaba por el viejo puente.

El Sol poniente envolvía la ciudad.

Unas nubes rojizas coronaban la cima de la fortaleza grisácea. En la viña real, de la pendiente ladera, resaltaban los pañuelos que cubrían las cabezas de las vendimiadoras. La vendimia había empezado. Olía a agua, brea e incienso.

Junto a los doce imponentes pilares de ladrillo del puente, desde el San Kilián al Totnán y de allí al Pipino, jugaban risueños y bulliciosos unos muchachos. De pronto callaron asustados y fueron a esconderse detrás de San Colonato. Era que el señor Mager, el maestro de escuela y tirano de varias generaciones infantiles, avanzaba paseándose sobre el puente.

Marchaba haciendo adelantar el hombro derecho a cada paso que daba, a la vez que se afianzaba firmemente en su bastón de fresno, con una correa al puño, y el cual resonaba sobre el empedrado. Miró furioso a su alrededor. Sus pequeños pómulos, como manzanas, se distendieron. Había reconocido a los muchachos, que huían. Éstos vieron amargado su recreo dominical por el pensamiento de lo que les esperaba al día siguiente en la escuela.

Todos temían al maestro.

En los castigos se valía éste de una técnica muy refinada. Acertaba a pegar con el puntero en el sitio más sensible, en la yema de los dedos, de modo que éstos se hinchaban y amorataban con el golpe. Se complacía en pegar de improviso en el reverso de la mano. Cuando zarandeaba de los pelos a un chico, sabía cogerle precisamente de los pelos más finos, junto a las sienas. Y si para pegar necesitaba un puntero nuevo, el mismo chico que había sufrido los golpes tenía que ir a la tienda por unos cuantos, para que el maestro eligiera. El señor Mager examinaba cuidadosamente las varas, las hacía cimbrear escuchando su sonido, las olía, y por fin elegía la vara más fina y resistente, preparándola con una hendedura en la extremidad, a fin de que, al pegar en la yema de los dedos, dejara el golpe, como señal, un pellizco sanguinolento.

El miedo de los chicos envolvía como una nube toda la vida del señor Mager, y hasta hombres de cuarenta años, que habían sido sus discípulos, se apartaban,

medrosos, a su paso.

Al dar el punto final a los chicos de la escuela les infundía el miedo para toda su vida:

—Aun nos veremos las caras —solía decirles sonriente—. En la escuela de ampliación os tendré otra vez, y cuando entréis en el servicio habréis, como reclutas, de pasar por mis manos, pues allí también enseño.

Y nunca despedía la clase sin tal discurso.

El señor Mager se detuvo en el puente y miró al reloj iluminado de «Spitäle», una pequeña iglesia del barrio del Main, cuya fachada daba al puente.

Después de dos años de largas negociaciones habían asignado los ediles de Wurzburg la cantidad de 20 marcos anuales para la iluminación del reloj.

Aquel día era el primero en que la esfera aparecía iluminada, y hasta sin esperar a la noche, pues el Sol aun no se había puesto.

El señor Mager se alegró, pues él, como partidario del progreso, votó a favor de la iluminación.

Delante del «Spitäle» estaban parados un pescador con una enorme nariz amoratada y unos bigotes como colas de ardilla, que comenzaban en la comisura de los labios, y un viejo guardia con las piernas torcidas y cortas.

—¡Un reloj de veras ha de estar iluminado! ¡Eso lo digo yo! —exclamó el pescador con un gesto que excluía toda contradicción—. ¿De qué nos sirve un reloj a oscuras? ¡De noche todos los gatos son pardos! ¡Y mira que han sido menester dos años!

Y metiéndose las manos en su chaqueta de lana azul se volvió encogiendo enojado el belfo, y miró hacia el Brückenberg.

Un párroco enorme se acercaba penosamente a la iglesia. Su cuerpo oscilaba de un lado a otro al andar, pues tenía los pies planos. Una muchachilla se acercó saltando a él y dijo:

—Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo.

Y haciendo una reverencia le dió la mano.

—Por los siglos de los siglos. Amén —respondió el párroco.

Éste hizo la señal de la cruz y ofreció su tabaquera al señor Mager, el cual sacó una toma, simuló el estornudo y se guardó el tabaco en el bolsillo.

—Ayer por la noche un maldito me ha robado una tenca de tres libras que estaba en mi barca nueva, y además una caja de hoja de lata —exclamó el pescador, rojo de cólera—. Como coja al facineroso, le retuerzo... ¡ras! el pescuezo.

Y al decirlo le puso al guardia el puño debajo de las narices. Las arterias de su cuello amenazaban estallar.

Dentro de la iglesia se oyó el tintineo de la campanilla del monaguillo. El señor Mager se hincó de rodillas y, alzando pálido las manos, fué a dar, tambaleándose, contra el muro de la iglesia. Un caballo desbocado había dado un bote junto a él, escapando luego el Brückenberg arriba.

El guardia desenvainó el sable y blandiéndolo echó a correr detrás del caballo, pero guardando siempre una prudente distancia.

Un perro dogo alcanzó al animal y con la lengua fuera y ladrando saltó animoso sobre el caballo, que se había parado detrás de una carreta de heno. El caballo y el perro eran del mismo dueño.

Los vecinos rodearon al guardia, que estaba sofocado. El carretero se presentó y acarició el cuello del caballo, que levantó la cola. A esto los curiosos se echaron atrás para volver luego a agolparse.

El perro daba vueltas alrededor del carro de heno y de los vecinos que, cargando sus pipas, rodeaban al caballo y seguían conversando.

Tres pilares más allá del puente se hallaba un niño engullendo una salchicha con la vista alzada al cielo. Al acabar de engullirla se sacó muy despacio el pellejo de la boca.

Un pequeño estudiante, con la gorrita verde echada hacia atrás, pasó a su lado con menudo paso, y muy grave se quedó mirando las innumerables ventanas del castillo, que parecía arder al reflejo del Sol poniente.

De pronto, como si se hubiera tragado serrín en vez de salchicha, dejaron de funcionar las mandíbulas del muchacho. Miró asustado a una segunda salchicha y se retiró detrás de San Kilián. Allí se metió el dedo en la boca y después contempló lleno de satisfacción el contenido de su estómago.

Con la otra salchicha colgando del dedo índice y apartándola de su cuerpo como si fuera serpiente venenosa se dirigió lentamente al encuentro de los muchachos que habían huido al divisar al señor Mager.

—Winnetou, por ahí viene Duckmäuser con una salchicha en la mano —dijo uno de los chicos, quedándose con la boca abierta, que por lo redonda y oscura parecía madriguera de ratón.

—¿Por dónde, Nube Roja? ¿Por dónde?

—¡Por allí! ¡Por San Kilián!

—Déjale; a lo mejor se figura que queremos juntarnos con él.

—¡Pero si tiene una salchicha!

—¿Qué me dais por la salchicha? —preguntó Duckmäuser con timidez.

Los rapaces quedaron pensativos, observando la salchicha pendiente del dedo. Winnetou le ofreció un penique; pero, desconfiado, volvió a retirar la mano, extrañado de obtener la salchicha a tan poco precio.

—¿No es la salchicha de pega? Di la verdad.

—Está fresquísima. Es de Fritz el carnicero. Me he comido la otra.

—¡Júralo por tu honor y por tu salvación, que si no, no te creo!

—¡Por mi honor y mi salvación juro que la salchicha es fresca!

—Winnetou, ahora puedes ya comprarla —le aconsejó el otro.

Winnetou compró la salchicha, alzó los ojos al cielo y se disponía a zampársela.

—¡Detente! —exclamó Duckmäuser soltando la carcajada—. Hoy es día de ayuno. Si no, yo mismo me hubiera comido la salchicha.

Anonadado, le devolvió Winnetou la salchicha.

Pero Duckmäuser no la tomó.

—¿Has comido ya una salchicha? Pues entonces has cometido un pecado mortal —dijo Winnetou lentamente y con profundo terror.

La familia de Winnetou era católica acérrima. En casa de sus padres ardían día y noche las lamparillas a los santos a la cabecera de la cama.

—Sí, la he comido; pero si quieres te puedo enseñar dónde está. Está detrás de San Kilián.

Winnetou miró asombrado a Duckmäuser. Colgó la salchicha del pie de San Kilián, muy decidido, y se abalanzó contra su adversario.

El corro de vecinos volvió a abrirse. El guardia, llevando el caballo por delante, se apartó del corro, y fiero se acercó al lugar de la riña de los muchachos.

El perro descolgó la salchicha del pie de San Kilián. El caballo miró a su alrededor, y soltando un par de coces se fué a galope por el puente, perseguido por el perro.

Los muchachos huyeron. El policía se vió envuelto en una nube de humo y empezó a toser y a maldecir de los remolcadores, a los que estaba prohibido echar humo al pasar por debajo del puente.

El remolcador, con la chimenea doblada, se deslizó lentamente por entre los arcos. El guardia envainó su sable, miró a su alrededor y vió que le habían dejado solo.

\* \* \*

En el taller de mecánico de Tritt, los aprendices, asustados, se hallaban reunidos y consultaban el reloj. El oficial ya se había marchado hacía tiempo y en el taller estaba todo perfectamente en orden y limpio. Los tornos relucían, y en el suelo mismo hubieran podido comerse sopas.

Pero el maestro no había vuelto aún a decirles que podían marcharse.

Oldshatterhand, el más joven de los aprendices, estaba de centinela para advertir a los demás de la llegada del maestro. Sacó muy cuidadoso una lima de su blusa de mecánico y se limó las negras uñas. Volvió a rebuscar en el bolsillo y sacó de él unas hilas grasientas, que envolvían una ciruela y un espejo redondo. Se metió la ciruela en la boca, restregó el espejo contra el pantalón y lanzó un reflejo del sol a una cocinera que estaba asomada a la ventana del cuarto piso.

Asustado, se precipitó de la fragua al taller. El maestro, un hombre de bigote rojo y perilla, muy atildado, de ojos verdosos, atravesaba en aquel momento el patio llevando del brazo a su hija, de trece años.

El aprendiz primero restregó con más afán una herramienta que hacía ya una hora que estaba limpiando, volvió a darla aceite y a pulirla, mirando de vez en cuando al



maestro, que estaba sentado junto a un torno leyendo el periódico. Reinaba un gran silencio, y sólo se oía el ruido que el aprendiz hacía al restregar la herramienta.

El maestro alzó lentamente la vista y miró al aprendiz, que bajó la cabeza. Los otros muchachos se quedaron pegados a los rincones sin atreverse a respirar.

Oldshatterhand volvió a alinear, al milímetro, las tenazas, pinzas y martillos que había colocado sobre el banco.

El maestro se acercó y, torciendo el gesto, se le quedó mirando.

Oldshatterhand, azarado, soltó las herramientas.

—¿Qué significa esto?

—E... e... es... toy... co... co... locando las he... he... rramientas.

—¡Y a esto llamas trabajar, tartaja! —El maestro clavó sus ojos en los de Oldshatterhand—. ¿Qué es lo que eres?

El rostro de Oldshatterhand se coloreó de púrpura.

—¿Qué es lo que eres?

—Soy un ca... ca... mello, tar... ta... ta... mudo.

—¿Qué es lo que estás restregando ahí, asno? —le gritó de pronto el maestro, mordisqueándose los labios, al segundo aprendiz—. ¡Marchaos al diablo, partida de borricos!

La muchacha se acercó mimosa a su padre y sonrió burlona. Los chicos se fueron sin rechistar.

Oldshatterhand tomó por la Kaiserstrasse. Se quedó parado delante de una panadería y cerró los ojos para poder aspirar mejor el vaho que subía, a través de la rejilla, desde el sótano donde estaba el horno.

Oldshatterhand no tenía suerte en la vida. Su padre fué un pobre hombre, y Oldshatterhand pasó de la tiranía escolar de Mager a la tiranía de su maestro Tritt.

Después de mirar con ansia a los pasteles, se fué camino de su casa.

Un forastero, vestido de impermeable, caminaba delante de él, contemplando las viejas casas. Oldshatterhand se fijó en él y le siguió sin que lo notara. Cuando el forastero se detenía, Oldshatterhand se detenía también mirando tan pronto al forastero como a la casa. Sus deseos huían del odiado pasado para convertirse en futuro. Su anhelo le hacía transformarse en forastero.

—La calle de la Catedral, ¿me hace el favor? —preguntó el forastero a un vecino, y siguió la dirección que se le indicó.

Balanceándose sobre la punta de los pies, Oldshatterhand siguió mirando al forastero hasta que éste se perdió de vista.

Un hombre cargado con un marco de ventana venía hacia él.

—¡Eh..., usted..., eh...!

El hombre se detuvo.

—¿Po... po... dría usted de... de... cirme dónde está la calle de la Catedral? Soy fo... fo... rastero...

El hombre se quedó asombrado mirándole.

—Pero ¿cómo? ¿No eres tú el hijo del ebanista Vierkant? ¡Pillate! Ya te daré yo a ti.

Y alzó la mano.

Oldshatterhand se puso en salvo y entre risas y lágrimas se volvió para mirar al hombre.

Junto a la estatua de Julius Echter se reunió con su madre, una mujer pequeña y gruesa, de ojos listos llenos de bondad, que revelaban preocupaciones y cuidados. Las arrugas que en su cara ahondara la miseria podían convertirse en líneas de bondad.

Iba cargada con un cesto de dos asas, con la tapa a medio cerrar, de modo que podía verse la ropa que llevaba dentro.

—Esta vez dieron seis marcos, y me ha quitado veintisiete peniques de intereses. Tengo que entregar cinco marcos a tu padre para su merienda y gastos menudos, de modo que de su jornal me quedan sólo tres marcos para toda la semana. Y con estos tres marcos tengo que poner comida para un hombre y cuatro chicos... Ya ha vencido el alquiler. ¡Así me muriera!

Oldshatterhand permaneció un momento callado y luego preguntó qué había de cenar aquella noche.

—Para padre tengo una paloma —dijo la madre, descargando su cesta—. ¡La come con tanto gusto! ¡También tiene que trabajar durante toda la semana! Nosotros tomaremos nuestro café. ¡Ayúdame un poco! Mira, esto es para ti.

Y sacó de la cesta un pedazo de torta. Puso la mano en el hombro de Oldshatterhand, y enrojeciéndose se echó a reír convulsivamente, sin poder dominarse, sólo por haber dado a su hijo la sorpresa de un pedazo de torta.

La madre y el hijo asieron la cesta cada uno por un asa, y arrastrándola casi sobre el suelo siguieron la calle de la Catedral abajo hasta el Puente Viejo.

—Madre, mira esa nube sobre el castillo. ¡Parece que estamos en Roma!

La madre sonrió y dijo:

—¡Qué ocurrencias!... ¡En Roo... ma!

\* \* \*

Eran las once de la noche.

El capitán de bandoleros, aprendiz de encuadernador, muchacho de catorce años e hijo de la acaudalada viuda del tabernero Benommen, se hallaba desnudo en su buhardilla, asomado a la ventana con una plancha en cada mano.

Delante le colgaba un taparrabos, un trozo de paño color cinabrio y del ancho de una mano que llevaba sujeto a la cintura. La Luna bañaba su blanco cuerpo. El cuarto estaba sumido en la obscuridad.

De abajo, de la taberna, que regentaba el hermano mayor del capitán, subía el cantar de los soldados.

La quise seducir,  
pero ella no se dejó.

El jefe de la partida, al que llamaban el Capitán Pálido, empezó a entrenarse. Abrió el pecho, respiró profundamente, dobló los brazos, con las planchas sobre el pecho, volvió a abrirlos en cruz, y repitió este ejercicio con la cabeza echada hacia atrás; marcándose una ligera iniciación de papada, los labios estirados, no perdía de vista el juego de músculos de su cuerpo.

Se oyó un portazo y un ruido de risas de muchachas; un vaho de cerveza llegó hasta el cuarto del capitán.

En el silencio de la noche se oyó gritar: «Uh... uh...», y más raudamente: «Uuh... uuh...».

Capitán Pálido escuchó. Se puso los pantalones y la chaqueta, y con las botas en la mano bajó la escalera.

Junto a un farol, delante de la casa, estaba parado un muchacho apoyado en su bastoncito de paseo, que se doblaba al peso de su cuerpo. Era el aprendiz de escribiente del abogado Karfunkelstein.

Los dos muchachos se escabulleron por una estrecha callejuela, entre las casitas viejas, abrumadas bajo el peso de los años, hasta llegar al pie del Schlossberg, sumido en la obscuridad. En la empinada ladera de la colina alzábanse unos viejos y grandes tilos, por entre los cuales un sendero arenoso conducía hasta la ciudadela. Ésta había sido tomada a los prusianos en 1866 y luego desmantelada. Desde entonces se alojaba en el castillo una compañía de intendencia. Un cañón, que estaba metido en una casamata al borde extremo de la montaña, servía para avisar a los vecinos y avisar a los bomberos cuando un incendio estallaba en la ciudad de Wurzburg.

Los muchachos se ocultaron en las sombras que los tilos proyectaban. El silencio era absoluto. El Escribiente miró medroso a su alrededor:

—Escucha... ¿No oyes nada?

—¡Por allí viene un hombre! ¡Y a estas horas! —dijo Capitán Pálido poniéndose las botas.

—No tiene nada de particular... Lo principal es no tener miedo.

—Es cierto. Mira; en la calle del Elefante hay tacones de goma a diez peniques el par. Me he comprado quince pares. —Capitán Pálido, según estaba sentado, alzó la pierna izquierda a la vista del Escribiente—. Los otros catorce pares los ha devuelto mi madre, diciendo que no le hacían falta. Ya no me atrevo a volver a pasar delante de la tienda. ¡Como si uno no pudiera gastar en su vida quince pares de tacones de goma! ¡Es increíble realmente!

—Yo no lo hubiera aguantado.

—¿Qué hacer? —dijo, y estiró sus belfos—. No durará mucho tiempo... ¡Santo Dios, si supiera la que planeamos!

—Mi padre me ha dicho hoy que ya veré lo que me pasa si vuelvo a juntarme con Oldshatterhand y con los otros. Me pondrá verde y azul. Pero demasiado sabe que yo no lo aguantaré.

—¡Naturalmente que no!

—Lo que yo sé —dijo el Escribiente en alto-alemán— es que si yo fuera padre no sería tan cochinamente estúpido.

—¡Bah! ¡Los padres no tienen idea de nada! ¡Pero cómo se quedarán!

Capitán Pálido se levantó y dió unos pasos mirándose los pies.

—Es como si no se llevaran zapatos. No comprendo por qué madre ha devuelto los otros catorce pares.

—Ya no tiene remedio. ¿Qué le vas a hacer? Ahora, vámonos.

—Pero sin meter ruido.

Subieron el Schlossberg hasta la puerta de hierro que da acceso a la fortaleza, cerrada a aquella hora.

Agazapados, siguieron la loma de la montaña por la izquierda, hasta el borde, desde donde se divisaba abajo la ciudad. Y como a la voz de mando, crispando los puños, exclamaron mirando a la ciudad:

—¡Ay de ti!

Luego se metieron en los fosos.

De todas partes acudían al Schlossberg pequeñas siluetas, se asomaban al borde, y después de exclamar «¡Ay de ti!», despreciando los senderos más cómodos, escalaban los viejos muros, saltando dentro del foso.

La partida de bandoleros, formada por muchachos de catorce años, estaba reunida.

Era aquélla una magnífica y clara noche de otoño.

En lo alto se alzaba la sombra del castillo. Abajo se veía el Puente Viejo, las casas y las retorcidas callejuelas de Wurzburg. Los treinta campanarios descollaban, bañados por la luz de la Luna. El Main refulgía dividiendo en dos la ciudad. Las estrellas ardían claras y límpidas en el cielo verdoso. La vieja ciudad parecía de plata.

Los bandoleros estaban sentados en círculo dentro de los fosos y fumaban muy serios la pipa de paz: un largo junco, de los que crecían muchos en los fosos.

Muy cerca de donde estaban los bandoleros arrojaban sus sombras los muros del castillo.

Un pájaro se alzó, revoloteando, entre las matas de grosella. Los bandoleros estaban sentados inmóviles, contemplando el fuego del campamento, que ardía en el centro del círculo.

Encima de la hoguera se quemaba el letrero: «Reza y trabaja para que Dios te ayude», bordado en cañamazo. Las palabras se retorcían, y «Dios» y «trabajo» fueron devorados por las llamas. Winnetou había robado el cañamazo en su casa.

Winnetou se tragó la acre saliva, pues se tenía por vergüenza el escupirla, y dijo:

—Los indios de la América del Sur son pequeños, falsos y dóciles.

—¡La América del Sur! —dijo despectivamente el capitán.

—¡Ya hasta trabajan para los blancos! Yo mismo lo he visto.

—El barco grande, el nuevo de cargar arena, propiedad del pescador rojo, está sólo amarrado con una maroma debajo del puente. A la primavera, cuando venga la crecida, tenemos que marcharnos con ese barco Main abajo hasta el Rin, y por éste un trecho, y luego a pie hasta Hamburgo. Podremos estar allí en catorce días —exclamó Nube Roja.

Era un huérfano que aprendía en casa de una vieja tía suya el oficio de jardinero. Se llevaba mal con ella, pues se pasaba el día declamando, mientras pelaba patatas o tejía coronas, debido a haber representado una vez en una función de aficionados un papel en la obra *En el mar eterno*.

—Allí podremos estar dentro de catorce días.

Y abrió la boca, que por lo redonda y oscura parecía la madriguera de un ratón.

—¿Y después? —preguntó el Escribiente arqueando las cejas.

—Después, ¿y qué es eso de después? —exclamó Capitán Pálido—. Después desatracaremos un barco de vela y con él cruzaremos el gran charco.

—¿Y los marineros que lo guardan y que en él duermen? ¿Eh? Acaso el capitán mismo se halle vigilando en el timón, mirando al mar, para que no le apresen el barco. Más de una vez he leído estas cosas.

Winnetou acercó sus manos al fuego y rechinando los dientes miró de arriba abajo a los bandoleros. Luego retiró sus manos ennegrecidas.

—¡Ya lo veremos! Somos doce hombres —dijo despectivamente el capitán—. ¿Es que no sabes tú, Escribiente, lo que es un bichero? Eso, querido, es cosa de un momento.

Winnetou mantuvo colgando un rato la mano dolorida.

—Lo principal es que en una sola noche se extienda por todos los indios de la selva y de las praderas como fuego devastador la terrible noticia de nuestra llegada. Todo depende de nuestras primeras hazañas. Han de ser terribles e imponentes.

—Naturalmente que a las mujeres no se les hará daño —dijo Capitán Pálido estirando el belfo.

—Siempre se les guardan consideraciones a las mujeres. Nuestra empleada —dijo el Escribiente— sale media hora antes que nosotros. Ayer por primera vez he escrito al dictado. Generalmente lo hace el jefe de la oficina.

—¿Dictado...? En la trapería hay unos revólveres colosales. Allá nos harían buena falta.

—¿Crees tú que podríamos descolgar un par de ellos?

—Me parece difícil. Pero al que se le alcance con uno se le mata de golpe.

Winnetou cogió una brasa y apretándola fuertemente contó por lo bajo hasta nueve; luego volvió a arrojarla a la hoguera.

—Que había de ir yo a presidio..., le dijo el capellán a mi madre la semana pasada, por haber cogido en la lección de catecismo un poco de tinta para mi

estilográfica. Ahora me encierran todas las tardes tres horas en la leñera. ¡A mí..., a mí! —dijo levantándose y crispando los puños—. ¡No lo aguanto más!

—¿A presidio? ¡Estaría bueno que nos mandaran a presidio! —dijo el Escribiente, muy asombrado.

Winnetou se quedó mirando, descompuesto, al Escribiente, y volvió a sentarse en cuclillas.

—¿Sí?... Y ¿por qué no?

El Escribiente miró al círculo con mirada interrogante.

Nadie respondió. Los bandidos contemplaban cómo ardía la fogata. Oldshatterhand se fijaba en las lejanas montañas, bañadas por la luz de la Luna. Una estrella errante cruzó el firmamento. Oldshatterhand estaba recorriendo en su pensamiento todos los países, inclinó el cuerpo hacia adelante y hacia atrás y empezó a decir con gran tartamudeo:

—La tierra no... no... pu... pu... pue... de ser re... re... donda, pues al an... an... dar debiera uno de ca... ca... erse. O andar ca... ca... beza abajo y ca... ca... erse en el aire. Y veis a... arriba no habría a... aire si... si... no a... abajo —y señaló al cielo estrellado—. El ma... ma... maestro Ma... ma... ger no sabe nada... o muy poco. La tierra no es re... re... donda. Es plana. Sólo que ti... tiene muchas jo... jo... robas.

—Naturalmente, y al andar hacia Rusia, hacia China, siempre se ve el cielo encima —dijo el Escribiente, encogiéndose de hombros.

—¡Eso es! —dijo Oldshatterhand poniéndose rápido en pie. Los bandoleros le miraron—. Figuraos u... una bo... bo... la de los bo... bo... los... Si un hombrecillo no mayor que el pulgar... anduviera siempre en una misma dirección... tendría por úl... último que ca... ca... ca... erse. Por... tanto la ti... tierra no... no... puede ser re... re... donda. Es evidente. ¿No... no... lo ere... creéis así?

—No se sabe de seguro.

Volvieron a mostrarse en el firmamento varias estrellas errantes, que se dirigieron silenciosas hacia las montañas bañadas por la luz de la Luna. La Tierra aparecía sostenida por la luz del cielo, y los bandoleros parecían ser sus únicos habitantes refugiados en su última y más solitaria altura.

Winnetou miró impaciente a la bella cabeza del muchacho, en cuya cara brillaban dos ojos negros como el betún.

—¡Bah!... ¡Eso que cuenta Mager de una bola no tiene sentido! Pero ¿y si redujéramos a cenizas a Wurzburg antes de marcharnos? ¿No crees tú que deberíamos hacer arder el corazón de la ciudad? Ese corazón sería la fuente de los «Cuatro caños», pues está en el centro. Pero la fuente no arde.

—¿Y el petróleo? ¡Ah! Si fuera allá, para nosotros, ¡todo tan fácil! ¡Con llenar el estanque con cien barriles de petróleo! Yo estaría en «Burschen» haciendo que tomaba café y prendería fuego a la mecha. En una noche oscura, antes que pudieras darte cuenta, se alzaría una llama tan alta como la torre de una iglesia, que haría presa

en el Ayuntamiento y en la Plaza. Y, ¡Dios mío!, antes que esos de arriba disparasen su cañón estaría en llamas toda la ciudad. Y entre tanto ya haría rato que nosotros navegaríamos Rin abajo en nuestro barco.

—¡Ah! —dijo Capitán Pálido haciendo chasquear sus nudillos y brillar sus ojos de nácar—. ¡Debería estar aquí mi hermano de América! ¡Entonces sí que todo saldría bien!

—Lo primero que haremos al llegar allí será buscar a tu hermano.

—¡Naturalmente!

Capitán Pálido tenía un hermano que hacía dos años se había marchado a América de ingeniero y que era uno de los únicos hombres a quien el capitán no se atrevía a compararse y a quien citaba en cualquier ocasión como un objetivo imposible de alcanzar.

Cuando se fué a América dijo en la estación a Capitán Pálido:

—Volveré y derribaré el Puente Viejo y construiré uno nuevo de cien metros de alto, todo de hierro. Los wurzburgianos se quedarán ante él con la boca abierta.

Todos los bandoleros se representaban al americano del mismo modo. Le veían a lo lejos, sobrio de palabra, realizando grandes hazañas. Le veían al borde del Missisipí con unos planos en la mano. Miraba sus planos, señalaba con el dedo, y de pronto sus siete mil hombres se arrojaban sobre las vigas y soportes de hierro, y en un momento surgía un puente gigantesco sobre el Missisipí.

Sobrio de palabra, montaba luego su caballo y, cabalgando a través de la selva, volvía a su blocao.

—La escuela tiene también que arder —dijo el Escribiente—. Y el maestro Mager arderá también. ¡Je, je!...

—No, Escribiente. Se hará por fin justicia con él. Se le atará, sin más, y se le arrastrará al foso del castillo, y allí se le desnudará y se le sujetará a un tronco, al tronco de ese peral silvestre. Y durante siete horas se le martirizará. Durante toda la noche del incendio. Pero le dejaremos que viva. Lo mejor será darle caza, desnudo, a través de la ciudad ardiendo.

—No hace mucho fui con Sei... Sei... del a ver al maestro..., para... re... co... coo... ger los cua... cuadernos corregidos... A Sei... Seidel le dió una man... manzana... y a mí u... una bofetada... por... porque mi te... ma te... tenía mu... mu... chas faltas... Y no... no... pu... de siquiera lle... llevarme los cuadernos.

—Pero ¿por qué vas a ver a Mager con Seidel? ¿No sabes que es su favorito?

—Qui... qui... se tam... tam... bien una vez... llevar... yo... los cua... cuadernos. Pero... yo... tam... bién... sé... de al... alguno que habrá que mar... mar... tirizar..., al me... me... ca... cánico Tritt —exclamó Oldshatterhand furioso.

—¿Y qué hacemos con la gente buena?... Así como así hay sólo un par de ellas en Wurzburg —dijo pensativo Capitán Pálido—. Les invitaremos por medio de una carta a que abandonen la ciudad con las mujeres y los niños después de recoger las cosas que tengan en más estima... Hay que ser justos.

—Por ejemplo, al concejal Heberlein le escribiremos también una carta. Ayer me dejó que le regara el jardín.

—En el Lago de Plata edificaremos nuestro blocao. El lago está entre praderas y selvas vírgenes —dijo Nube Roja, señalando a la lejanía.

—¿Podré también al... al... guna vez man... man... dar a mi hermana un par de plumas de pa... pa... papagayo... para su sombrero? —dijo Oldshatterhand—. A... ca... caso... verdes.

—Si es que no muere en la noche del incendio.

—A ella, a ella habrá de avisársela por carta —dijo Oldshatterhand pasando a otro la pipa de paz.

—El que de nosotros quiera salvar a su familia que la escriba una carta —concluyó Capitán Pálido—. Yo no lo haré —dijo, dando las tres chupadas reglamentarias a la pipa de paz, y luego añadió con profunda voz de bajo—: ¡Ojo de Gavilán!

Y le dió la pipa. Luego se puso en pie y empezó a hacer gimnasia con una polea Shadow.

Ojo de Gavilán miró con un ojo al junco en brasas, mientras que con el otro miraba, como fantasma sin ver, hacia la derecha. Era un ojo de cristal. El reloj de la torre de una iglesia lejana dió la hora. Otros sonidos más graves se mezclaron a los primeros. Y vibraron durante un rato. Por último, empezó el reloj de la catedral a dar doce campanadas, fuertes y broncas, tam, tam, tam, que resonaron en el silencio de la noche.

—Conforme a los esta... ta... ta... tutos, te... tenemos que comenzar nuestra correría de hoy. ¡Oldshatterhand ha hablado!

El Escribiente contuvo la risa. Winnetou le dió un empujón. Oldshatterhand se puso colorado y miró al Escribiente echando chispas. De pronto apareció sobre la montaña una gran silueta que volvió a encorvarse al levantar uno de los ladrones la cabeza. Los bandoleros se pusieron en pie y bailaron pesadamente saltando sobre una pierna y otra alrededor del fuego, cantando con monótona y apagada melodía:

Ching, chang, ching, chang, bumbetewischki  
Rang kang killewi, wang kang killewi.  
Ching, chang, ching, chang, bumbetewischki  
Rang kang, killewi wau.

Capitán Pálido alzó las manos al cielo. La danza cesó de pronto, quedándose todos inmóviles en la postura en que estaban. Capitán Pálido bajó la mano, y entonces los bandoleros, despreciando el cómodo camino que conducía fuera del foso, escalaron el muro y salieron a la montaña. Desde allí extendieron los brazos hacia la ciudad y gritaron: «¡Ay de ti!».

La sombra se ocultó detrás de un árbol.

Los muchachos se hallaban entonces sobre un peñasco prominente, cubierto de vegetación y resquebrajado. El peñasco caía a pico, con una altura de treinta metros,



sobre el patio de una fábrica de malta, cuya chimenea podían ver los bandoleros.

Una valla, dispuesta en forma de abanico y hecha de listones ya podridos, cerraba la entrada al viñedo del Real Patrimonio.

Capitán Pálido se arrastró peña abajo sobre el vientre, y, asiéndose de los listones, volteó sobre el precipicio como badajo de campana y se metió en la viña.

Los demás hicieron lo mismo, menos Oldshatterhand, que permanecía, lleno de miedo, pegado a la peña, pues sus brazos no eran lo bastante largos para lograr asir la valla. No se atrevía a moverse.

Capitán Pálido se echó de bruces y, sostenido por los otros, tendió a Oldshatterhand los brazos, y así, a pulso, lo pasó por encima del abismo.

La valla crujió y se precipitó al fondo.

El Escribiente exclamó:

—¡Aho, Oldshatterhand, aho!

—Silencio —ordenó Capitán Pálido, mirando con severidad a su alrededor.

El ojo de cristal de Ojo de Gavilán brilló al reflejo de la Luna. Arriba se divisaba el castillo bañado por la Luna. Desde sus muros hasta la primera casita de la ciudad se extendía, en rápida pendiente, la viña real, de cuyos racimos se sacaba el famoso vino Leist, que se hacía en Bocksbeutel.

—Cada uno elegirá su cepa y comerá todo lo que quiera —dijo Capitán Pálido—. Y luego se guardará todo lo que pueda coger para nuestra despensa.

Los ladrones se desperdigaron, escogiendo cada uno su cepa.

La luna llena planeaba sobre la ciudad dormida. El reloj de la catedral dió la una.

En la viña se oía el susurro de las hojas; por entre las matas se deslizaban negras sombras. Oldshatterhand, en cuclillas, escuchaba sin resollar, lleno de miedo. A tientas, arrancaba las uvas y se las metía en la boca. De pronto creyó que los demás ya se habían marchado, y se escurrió por la pendiente de la viña hasta chocar con Winnetou: «¡Si ahora viniera alguien!».

Winnetou se puso en pie y miró hacia abajo, al Puente Viejo, por el cual pasaban, como visiones de ensueño, algunas figurillas retorcidas, y dijo en voz alta:

—Pues si alguien viene me pondré de pie para que me vea.

—Agáchate —murmuró Oldshatterhand asustado.

—¡Que guardéis muchos racimos! —se oyó decir a Capitán Pálido.

Oldshatterhand estaba asustado. Sin darse cuenta, arrancaba los racimos y se los guardaba en el bolsillo del pantalón.

Winnetou trepó por la colina y desapareció a la sombra de los muros del castillo.

—Tienes que cortarlos con el cuchillo —dijo Capitán Pálido enojado a Oldshatterhand— ¡si no, los espachurras!

Con manos temblonas buscó Oldshatterhand su navaja.

De pronto lanzó un grito estridente. Una luz brillante y grande que salió de la viña le dió en la cara. Capitán Pálido se arrastró hacia él y los demás le oyeron decir:

—¡Qué tontería es ésta! Es que nos van a cazar a todos. Se nos ve desde la ciudad.

Los demás bandoleros habían acudido. La llama iluminaba la cara de Winnetou:

—Si nos ven, que nos vean —gritó, pisoteando furioso la cepa que ardía.

La cólera de Winnetou había hecho enmudecer a los bandoleros. Sus labios temblaban. En sus mejillas brillaban las lágrimas.

—Es mejor que nos vayamos... Ya tenemos bastante —dijo Capitán Pálido.

El reloj de la catedral dió las dos.

—No comprendo cómo un hombre puede hacer eso; sólo para que le cacen.

Bien provisionados, salieron los ladrones de la viña y volvieron por el camino seguro, que antes despreciaran, a los fosos del castillo. Iba delante Capitán Pálido con un cesto lleno de uvas que ya de día había escondido vacío en la viña.

—¡Psch! ¡Aquí ha estado alguien! —susurró Ojo de Gavilán.

—¿Dónde, dónde?

—Ya se fué.

—¡Bah!, siempre ves visiones, y con un ojo solo —dijo el Escribiente.

Entonces el aludido se sacó el ojo de cristal, y dándoselo al Escribiente, le dijo:

—Haz tú otro tanto.

El Escribiente, enojado, miró hacia otra parte.

Ojo de Gavilán volvió a colocarse el cristal y miró a su alrededor.

Los bandoleros levantaron un bloque de piedra de la muralla del castillo y quedó al descubierto un gran agujero negro, que era la entrada a una galería subterránea.

Capitán Pálido encendió una antorcha de tea que se hallaba en la galería y entró el primero. Unos murciélagos colgaban del techo, otros revoloteaban, tropezando con los bandoleros, y salían al aire libre.

De la galería central partían varias galerías laterales. En cada una de éstas Capitán Pálido había puesto un letrero, con letra de imprenta y resguardado por un cristal, que indicaba adonde conducía la galería.

En uno de los letreros podía leerse:

«Galería de los asesinos. Conduce por debajo de toda la ciudad hasta el patio de las ejecuciones en el Palacio de Justicia. ¡Cuidado!».

Otro letrero decía:

«Galería de las monjas emparedadas vivas. Conduce, después de una hora de camino, al convento de monjas de Porta Coeli».

En el tercer tablón:

«Corredor de la Edad Media. Conduce al centro del río, hasta la cascada; está plagado de ratas. En esta galería metió en el siglo xiv el obispo de Wurzburg a unos falsos curas, que, con el agua hasta el ombligo, fueron devorados vivos por las ratas. Se ruega no utilizar esta galería mas que en caso de peligro de muerte. —*El Capitán*».

Los bandoleros tantearon la entrada hasta llegar a una cortina de muselina que Oldshatterhand había robado a su madre de la cuerda donde estaba tendida. Aquello fué su única aportación. Capitán Pálido descorrió la cortina e hizo entrar a los suyos en una estancia cuadrada, con unos bancos que los bandoleros mismos habían labrado en la roca.

Éste era «el cuarto».

Nube Roja encendió la lámpara de petróleo que colgaba del bajo techo y dijo, regañando:

—No está limpia.

Las uvas, maduras y doradas, fueron colocadas en los estantes de madera, fijos en las paredes, y en los cuales ya se veían otras provisiones: cigarros de todas las formas y clases que los ladrones habían robado a sus padres y que, mezclados con cigarrillos, los guardaban dentro de un cajón. Junto a ellos, una pella de cerdo ahumada, manzanas, peras, huevos colocados en fila, un puñado de bujías, doce pares de sandalias que los mismos ladrones se habían hecho con cuero grueso robado por Ojo de Gavilán en la tienda de curtidos donde aprendiera el oficio. Ojo de Gavilán pensaba mandar a su maestro, en compensación, la piel de los doce primeros búfalos que mataran en América.

Las sandalias estaban nuevas completamente, sin estrenar; pero todos los días las frotaban con grasa para que no hicieran ruido al deslizarse los bandoleros por las praderas de las pieles rojas.

En un rincón había un barril de cerveza vacío y otro lleno que Capitán Pálido había cogido en la bodega de su hermano. En una repisa se veían vasos de cerveza con su tapa metálica resplandeciente. El suelo negruzco estaba apisonado y cubierto con telas de sacos de patatas. De la pared colgaban una escoba, un cogedor y doce carabinas.

Reinaba en «el cuarto» un orden ejemplar.

En un gran estante se veían alineadas todas las historias de indios, ladrones y piratas que existían: *Hiesl el bávaro*, o *El rey de los bosques de Bohemia*, edición completa, en doscientos trece cuadernos amarillos, a diez peniques, atados con un alambre de gutapercha; *Rinaldini, el capitán de bandidos*, en otros doscientos trece cuadernos amarillos, también a diez peniques; *Por siete millones*, o *El traidor de Zanzíbar*; *El buque fantasma*, de Hauff, y todas las historias de indios que el maestro encuadernador Mannlein, el maestro de Capitán Pálido, tenía en su tienda, se veían muy bien alineadas en el estante.

En una repisa en rinconera se veía sólo un tomito de la colección «Reclam»: *Los bandidos*, drama en cinco actos por Federico Schiller. Éste era el libro de familia de la partida de bandidos.

Debajo de una campana de cristal, que antes sirviera para resguardar del polvo al crucifijo del cuarto de la viuda Benommen, había un revólver.

En un cartel adornado con dibujos de calaveras se leía: «Lugar secreto de reunión de la partida de bandidos de Wurzburg».

Unos ladrones se sentaron; otros se echaron en los bancos.

—Contador, registre usted los nuevos ingresos —dijo Capitán Pálido estirando el labio.

El Escribiente abrió un armario y sacó de él tinta, pluma y un cuaderno de apuntes.

Oldshatterhand rió alegremente. Se regocijaba cada vez que el contador le recordaba al otro la vergüenza de ser escribiente, cosa que éste aguantaba con cierto humor: «¿Qué es lo que soy? ¿Un escribiente? ¿Un chupatintas? ¡Ah, ah!...», decía poniéndose colorado.

—¿Cuántas tengo que registrar, señor capitán? —dijo mirando a las uvas.

—¡Bueno...; digamos cuatro arrobas!

«Cuatro arrobas y media de uva del viñedo del Real Patrimonio. Año 1899», apuntó el Escribiente. Y señalando a una lagartija de colores de la Real fábrica de porcelana de Nynphemburg, preguntó:

—¿Y esta lagartija es comprada?

—Tomada —contestó Capitán Pálido—. Escribe: «Una obra de arte, en forma de lagartija».

—¿Y esto, capitán?

—¿Quién se ha reído? —aulló furioso Capitán Pálido—. Si alguien vuelve a reírse será expulsado. Se pondrá a votación con bolas negras y blancas, y luego... fuera. Y después él verá lo que hace. ¿O es que os creéis que estamos aquí de juego? Escribe: «Una liebre blanca de corral, viva, comprada por treinta y cinco peniques al judío Meyerheim».

La liebre de corral estaba sobre el estante de los libros moviendo el hocico.

Quien se había reído había sido La Serpiente.

—Nos está ensuciando todo —y añadió—: Mañana correrá en mallas un corredor por las praderas de Sander.

—Iremos —contestó el capitán—. Si queréis —añadió enojado—, haré mañana una jaula para el «animal sagrado», que desde hoy habrá de llamarse la liebre de corral.

Oldshatterhand estaba en el centro del cuarto. Se acercó a la mesa y armó una ratonera, volviendo a su sitio sin decir ni una palabra.

Capitán Pálido volvió la cabeza hacia él y le preguntó:

—¿Comprada?

—Propiamente dicho es un regalo del herrero Gottlieb.

El Escribiente apuntó la ratonera y la tenca de tres libras, junto con la lata que Nube Roja había recogido en el barco de arena del pescador rojo, y volvió a guardar el librito en el armario.

El pez grande aspiraba con agobio el aire en su caja.

El capitán atacó el barril de cerveza con una espita de madera. En la galería subterránea se produjo un ruido atronador, como si volara una roca. El capitán llenó los doce vasos, encendió doce bujías, que colocó en los estantes, y apagó la lámpara de petróleo.

Los bandoleros, sentados alrededor de la mesa, bebían y fumaban.

—*O Felli* —dijo Winnetou, lo que significaba: «Pido la palabra».

—Habla —le contestó Capitán Pálido.

—Wurzburg está ardiendo, quedará arrasado. Todos los habitantes han perecido. Todos. Nosotros somos los únicos supervivientes. Sobre nosotros únicamente recaerá, es natural, la sospecha. Por eso os digo: tendremos que almacenar aquí grandes provisiones para poder ocultarnos cuatro semanas seguidas. Luego enviaremos a nuestros exploradores para informarse de todo lo que en la ciudad pasa. Y después, disfrazados de campesinos, nos pondremos en salvo y desapareceremos para siempre.

Los bandoleros se quedaron absortos de entusiasmo. Winnetou dejó de hablar, se echó. Las llamas de las bujías ardían fijas. Las caras pálidas, en medio de aquel humo de tabaco, semejaban lunas pequeñas envueltas por la niebla.

—Tendremos siempre que guardar solidaridad —exclamó Oldshatterhand muy excitado—. ¡Oh, allí en la salvaje América... ya lo veréis!... Si alguno de vosotros piensa quedarse en Wurzburg y casarse... es preferible que lo diga en seguida.

Capitán Pálido lanzó a Oldshatterhand una mirada terrible:

—No entiendo cómo puedes creer que entre nosotros haya un cobarde tan miserable.

De pronto, Rey de los Aires surgió del fondo y dijo:

—Yo, Rey de los Aires, leeré ahora el capítulo 127 de *La condesa pálida* o *El crimen del bosque*. Ahí nos quedamos la última vez.

Rey de los Aires era aprendiz en una fábrica de tejidos metálicos, tenía gran amor propio y era el rival de Capitán Pálido. Se tiraba desde lo alto de un muro nada más que para aumentar su fama y conquistar un día el cargo de capitán de la partida. Tenía la piel morena, los labios finos y un perfil de indio.

—¿No es preferible cantar la canción de los bandidos? —preguntó Oldshatterhand.

Rey de los Aires se abrochó el primer botón de su chaquetilla; alzó en alto el cuadernillo amarillo y exclamó con energía:

—¡*La condesa pálida!*

—«La canción del bandido» —rugieron los demás.

—Bueno..., bueno... «La canción del bandido» —repitió precipitadamente Rey de los Aires poniéndose en actitud y cerrando los puños.

El botón de su chaquetilla saltó, bajó la cabeza, se mordió los labios, hizo rechinar los dientes, sobre su frente se marcó una arruga y así empezó a cantar, mientras que los demás bandoleros escuchaban:

Robar, matar, ahorcar  
es nuestro pasatiempo.  
Mañana nos colgarán;  
vivamos alegres hoy.  
Robar, matar, ahorcar  
es nuestro pasatiempo.

Ojo de Gavilán cantó luego, con el ojo sano muy abierto y con el de cristal mirando indiferente hacia un rincón. Capitán Pálido cantaba con voz de bajo y muy desafinado. La Serpiente babeaba. Nube Roja adoptaba una actitud patética volviendo hacia atrás las puntas de los pies. Oldshatterhand cantó el último de todos, y al cantar se sentía muy seguro, pues no tartamudeaba. Para disimular su pequeñez, cantaba de puntillas, con delicada voz de muchacha.

El barril de cerveza quedó vacío. La Serpiente yacía cansado en un rincón, mientras que Oldshatterhand, dormitando, apoyaba su cabeza en el hombro de Nube Roja.

—*O Felli* —dijo el cansado Winnetou.

—Habla.

—Ya es hora, señor capitán.

—Pues entonces, hasta mañana —dijo en voz baja Capitán Pálido e inclinó la cabeza sobre el pecho.

Los bandoleros se levantaron penosamente, apagaron las bujías, encendieron las teas y, bostezando, se pusieron las bufandas.

El pez chapoteaba en el agua.

El Escribiente, que estaba borracho, pegó un puñetazo en la mesa y despertó a la liebre blanca, que saltó del estante corriendo con dificultad por el cuarto. El Escribiente se arrancó de un tirón el cuello y la corbata rosa, y rugió su estrofa:

Los gemidos de los padres azotados,  
las quejas de las madres asustadas,  
los suspiros de la novia abandonada  
regocijan mis oídos.

Los bandidos salieron del «cuarto» y volvieron a cerrar la entrada, reuniéndose luego en la cima de la montaña.

Empezaba a amanecer. La hierba estaba humedecida por el rocío. Un mirlo silbaba en un haya y una ardilla estaba royendo una avellana en el tronco de un tilo, y al ver a los muchachos bajó en espiral por el tronco y se escapó por entre las hojas secas.

La niebla envolvía la ciudad y el valle. Las treinta torres de las iglesias se destacaban, negruzcas, en el claro cielo matutino. Al este de la ciudad se veía un celaje rosa suave.

—Por aquí alguien ha saltado el muro esta noche. Aquí no estaba antes esta garlopa.

—¿Cómo habrá venido a parar aquí?

—Es una buena garlopa.

—¿Qué significa esto? —exclamaron todos a la vez.

—Si alguien nos ha espiado..., podremos pasarlo mal.

El miedo hizo presa en los cuerpos ateridos de los muchachos, que abrían los ojos asombrados y se miraban interrogándose.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Nube Roja patéticamente.

Capitán Pálido se guardó la garlopa entre la chaqueta y el chaleco y dijo:

—¿Qué significa eso de estar perdidos?

Nube Roja torció los pies y levantó la mano:

—Significa que en otoño del año 1899 visitó la partida de bandidos de Wurzburg la viña del Real Patrimonio... de noche.

—¡Qué tontería! No nos cazan tan fácilmente a nosotros —dijo Capitán Pálido—. La garlopa me la llevo para nuestra cámara.

Los bandidos se dispersaron, siguiendo cada cual su camino, para bajar la montaña.

Oldshatterhand pudo penetrar en la cocina sin ser visto. Allí dormía sobre un ancho sofá. Miró inquieto a su hermana, una costurera escrofulosa que tenía dos años más que él, que también dormía en la cocina, y que, inquieta y soñando, daba vueltas en el lecho. Sus labios se movían y su delgada mano colgaba sobre el suelo.

Oldshatterhand colocó sobre su silla unas uvas algo estrujadas; se deslizó hasta el armario de la cocina y bebió leche de la cazuela de barro, en la que vertió igual cantidad de agua. Mirando a su hermana dormida y desnudándose sin hacer ruido, se echó sobre el desvencijado sofá.

Rey de los Aires encontró a su regreso a casa a su padre, viajante de comercio, de barba muy bien cuidada, poniendo en orden sus cosas. El viejo miró a su hijo y no le dijo nada. Estaba ya desesperanzado de él.

El Escribiente, al salir de casa había atado la campanilla para que no sonara al volver. Retornaba alegre por su calle, agitando el bastón y cantando «Los gemidos de los padres azotados — Las quejas de las madres espantadas...». Empujó la puerta y la campanilla resonó por toda la casa. El señor Wiederschein, zapatero de oficio, la había soltado y esperaba a su hijo con el tirapié en la mano. Sin decirle palabra, agarró al Escribiente y le midió con él las costillas.

Con el bastoncito en el suelo a su lado, el pobre Escribiente agitaba brazos y piernas.

Winnetou, sin preocuparse, se dirigió hacia su casa por el pasillo oscuro en que los pasos retumbaban. Se quedó parado delante de la imagen de la Virgen, apoyando la cabeza en el brazo y recostado contra la pared. Así permaneció mucho tiempo sin

pensar en nada. De pronto sintió deseos de apagar la lamparilla perpetua de la Virgen y permaneció en la mayor obscuridad. Muy despacio entró en su cuarto.

Capitán Pálido renunció a subir por la escalera, y entró en su cuarto por la ventana, trepando por el pararrayos.

El Sol ya había salido y alumbraba las copas de los castaños del jardín del restaurante.

Capitán Pálido se colocó desnudo delante del trapito rojo, enfrente de la ventana, y muy seria y concienzudamente se puso a hacer un rato de gimnasia con las dos planchas.

\* \* \*

El domingo por la tarde entró en la famosa taberna de las Tres Coronas el pescador rojo, vestido con su chaquetilla azul, con la cabeza echada hacia delante y los labios estirados. Apenas hubo entrado, se le oyó regañar desde la calle.

Pasaban las mujerucas muy ataviadas, con su gran libro de misa y sus rosarios. Iban solas y en pareja hacia la iglesia de Burkart. Hacía sol. Tañían las campanas.

Oldshatterhand estaba sentado en una carretilla, en la Schlossgasse, frente a la casita del zapatero Wiederschein; balanceaba las piernas y miraba hacia una ventana adornada con geranios. De vez en cuando silbaba prudente, y tan bajo que apenas se oía, el silbido de la banda: «Abajo la tiranía», y chistaba: ¡Psch! Un gato rubio con manchas blancas que entre los tiestos estaba tomando el sol se volvía de vez en cuando a mirar a Oldshatterhand.

Aparte de esto, nadie se movía.

La familia Wiederschein estaba tomando su café. «Pi... pirripi», gorjeaba el canario.

—¡Psch! —hizo Oldshatterhand.

La mano del Escribiente apareció entre los tiestos, e indicó a Oldshatterhand que se fuera calle abajo. El Escribiente no tenía permiso para salir hoy.

Oldshatterhand abandonó de puntillas la Schlossgasse y fué a reunirse con la banda, que estaba congregada frente a la peluquería del señor Adam Rein. Allí dió cuenta de su gestión.

Capitán Pálido trataba en aquel momento con sus gentes si debía de afeitarse. Al ponerse de cara al sol, se le dibujaba un ligero bozo en el labio superior.

Entró decidido en la peluquería.

—¿Qué va a ser? ¿Cortar el pelo?

—No..., hoy sólo afeitar.

—¡Cómo pasa el tiempo! He afeitado a su padre de usted durante treinta años, y también a su abuelo y ahora empieza usted. Sí; se hace uno viejo —dijo el señor Rein, pasando sonriente la navaja sobre el suave cutis del capitán.

Radiante salió Capitán Pálido de la peluquería y preguntó a los demás si estaba bien afeitado y si Rein no le había cortado.



El padre de Oldshatterhand pasó frente a ellos, en su traje dominguero, muy bien cepillado y los zapatos con lustre. Los bandidos le saludaron algo confusos. El señor Vierkant se llevó la mano al sombrero y sonrió. Los domingos estaba siempre de muy buen humor. Limpiándose unas motitas de polvo de su manga se alejó.

La banda se dirigió presurosa a los prados de Sander.

Se oyó silbar: «Abajo la tiranía», y jadeante, agitando el bastón, se presentó el Escribiente.

Se pararon delante de la carnicería de caballo del señor Rücken. En la portada estaba pintada la cabeza de un caballo de carrera, resoplando.

El Duckmäuser estaba parado delante de la tienda y mordisqueaba su salchicha, contemplando las salchichas del escaparate.

Rey de los Aires relinchó como un caballo, y pegó un par de coces.

Duckmäuser dejó de masticar.

—¡Dios mío!, ¿cómo es posible que se sea carnicero de caballos? —dijo el Escribiente—. ¿Lo comprendéis vosotros? ¡Ser despreciado así por todos los hombres durante toda la vida! Parece algo así como ser judío, de los judíos que matan a los niños pequeños y se beben la sangre.

—Se dice que el judío Meyerheim lo ha hecho.

—Eso es mentira, animal. Sé muy bien que nunca han hecho eso los judíos.

—¡Jiji... jiji!... —relinchó Rey de los Aires.

Duckmäuser puso su salchicha en un saliente del muro.

—Un carnicero de caballo... ¿Qué me decís? —exclamó el Escribiente asustado, al ver al corpulento carnicero Rücken a través de la pequeña ventana de la tienda.

El señor Rücken, apoyado sobre su enorme brazo, miraba a la banda, infundiéndola terror.

—¡Oh, ah, oh! Salchicha de caballos. Soy capaz de comerme todo cuanto me digáis. ¡Sí! —dijo muy convencido el Escribiente.

Duckmäuser, indeciso, volvió a apoderarse de su salchicha.

Las praderas de Sander estaban rodeadas de árboles seculares. Cuando los soldados no hacían ejercicio allí ponían las mujeres a secar su ropa en la hierba. Aquel domingo corría en la pradera un corredor.

Alrededor del estadio se apiñaba una negra muchedumbre de impacientes —algún que otro traje blanco—, y entre ellos, la mancha de color de una blusa.

En el centro, y de pie sobre una silla, estaba un hombre vestido con una malla roja, con una pierna hacia delante, el cual decía: «Tres marcos, distinguido público, ofrezco a cualquiera que durante una hora corra conmigo sin que yo le alcance».

Tenía las piernas cortas, muy musculosas, y un bigote negro peinado hacia arriba.

Una mujer seca, de cara lánguida, de pie junto a la silla, tenía un plato abollado de cinc en la mano.

Capitán Pálido miró a los suyos.

—¡Oahoah!... ¡Eso lo haces tú, capitán!

A Capitán Pálido le temblaban los labios, y una sonrisa contrajo su cara.

Penetró en el estadio.

Sacó cien metros de ventaja, mientras que el corredor, sacando el pecho y con los brazos doblados, moviéndolos tan pronto hacia adelante como hacia atrás como émbolos de una máquina, le seguía trotando.

Al poco rato, Capitán Pálido, alentado por los gritos de entusiasmo de su banda, le llevaba ya casi una vuelta de delantera.

—El maldito perro bien merece los tres marcos —exclamó el pescador rojo.

Una ola de expectación agitó a la muchedumbre.

La madre del corredor, mientras tanto, pasaba el platillo por entre la muchedumbre, alejándose indiferente cuando no le daban nada.

El Capitán jadeaba, había moderado un poco la carrera e imponía silencio a sus jaleadores; se volvía para ver a su rival y corría de nuevo.

La distancia entre ambos disminuía notablemente. El Capitán corría cada vez menos; el corredor, siempre al mismo paso, alcanzó y adelantó al Capitán, en medio de las estrepitosas risas del público y los aullidos furiosos de la banda. Capitán Pálido se retiró de la pista completamente agotado.

La banda se alejó de aquel lugar.

El hombre de la malla roja siguió corriendo al sol, a lo largo de la negra muchedumbre.

Al pobre Capitán Pálido le caían gruesas gotas de sudor por la frente. Con la respiración entrecortada, decía:

—El corredor ha hecho trampa. Siempre era menor el círculo que describía. ¿Cómo sería si no posible?

—Pues volvamos entonces, y armemos un escándalo.

—¡Ah, bah, déjalo, no me importan nada los tres marcos!

—Pero has resistido media hora —dijo el Escribiente con el reloj en la mano.

—Habrá que esperar hasta que vuelva a correr.

—Propongo que vayamos al horno de Schlauch. Allí tendremos pasteles de queso calientes. Son ahora las cuatro en punto. En este momento los sacan del horno.

—No tengo dinero —dijo Oldshatterhand.

—Pero yo sí —repuso el Escribiente—. Setenta peniques que me han dado por haber entregado esta mañana un par de zapatos de parte de mi padre y he pedido setenta céntimos más por la compostura.

—Si tu padre lo sabe..., ¡querido!

—Pero no lo sabrá. Los parroquianos no dicen nada a mi padre, porque ya están acostumbrados a que las composturas les salgan caras.

El pastelero y tabernero Schlauch era un hombre piadoso, gordo y pálido.

Los bandidos se pararon ante su tienda. El Escribiente compró para él y para los demás siete pasteles de queso, que el señor Schlauch les despachó por la ventanilla. Oldshatterhand mandó espolvorear más azúcar en su pastel.

El Escribiente escupió un pedazo de torta, miró a los bandidos y dijo:

—La torta sabe a petróleo... Señor Schlauch, las tortas saben a petróleo.

Todos devolvieron al señor Schlauch por la ventanilla los pedazos de torta medio mordidos. El señor Schlauch se volvió, asustado, a mirar a sus parroquianos que estaban tomando vino y olió los pasteles.

—¿Petróleo? ¡Vamos...!

—Pruébelos usted mismo.

—¿Cómo pueden saber a petróleo las tortas de queso? —dijo el señor Schlauch, asustado y probando los pasteles con la punta de la lengua.

—De veras que saben a petróleo. Se nota en seguida —dijo el muy convencido Capitán Pálido—. De seguro que han estado cerca de la alcuza.

—¡Vamos, vamos! —dijo el pastelero enojado—. ¿Qué historias son ésas?

Y echó los pedazos mordidos sobre la mesa.

—Cuando le decimos a usted que saben a petróleo... Tiene usted que darnos otras. Ya las hemos pagado. Denos usted de otro pedazo.

Temblando les volvió a dar el pastelero otros siete pedazos.

Oldshatterhand volvió a pedir que le espolvearan más azúcar. Los bandidos volvieron a clavar los dientes.

—De veras que saben a petróleo —dijo el Escribiente después de un rato.

El pastelero se puso colorado.

—A mí no me saben —dijo el Rey de los Aires con la boca llena.

—Tú eres un animal —le dijo el Escribiente al oído—. Vamos, señor Schlauch, concederá que no está bien que las tortas sepan a petróleo. Tiene usted que darnos la razón.

De nuevo le devolvieron las tortas de queso por la ventanilla, a medio comer. El pastelero las cogió, y, juntándolas, dijo a su mujer:

—Anda, pruébalas y vé a qué saben.

—¡Echa a esos pillos! ¡Las tortas no saben a petróleo!

El pastelero cerró de golpe la ventanilla.

—Ábranos usted, que si no nos metemos en la tienda.

—Yo no —dijo Oldshatterhand—, que ahí dentro está mi padre.

Y desapareció.

Los bandidos penetraron a empujones dentro de la tienda.

—No quisiéramos llegar a esto —dijo el Escribiente—. Pero ¡si hemos pagado! ¡Dios mío, si esto se supiera!

La pastelera había perdido el resuello y miraba inquieta el tropel de bandidos, mientras que su marido, junto al estante, olía los pasteles y contemplaba a sus huéspedes, que seguían bebiendo en silencio. Capitán Pálido se adelantó y dijo:

—Bien pensado, tiene usted que devolvernos el dinero. Es natural.

Y mientras que el patrono y la patrona, ya tranquilos, echaban mano al cajón, dijo el Capitán:

—Si mi madre vende en su despacho pedazos de jamón que huelen, tiene que devolverlos. Es claro. ¿No lo comprende usted?

—¡Ah, ah!... Ahí dentro está agazapado —dijo Rey de los Aires que había descubierto al maestro Mager—. Yo me voy.

Winnetou ya se había marchado con Oldshatterhand.

Hacía algunas semanas que Oldshatterhand había sembrado un hueso de albaricoque. Winnetou y él buscaron bastante tiempo hasta dar con el sitio. Por fin descubrió Oldshatterhand un tallito del tamaño de una cerilla con tres hojitas en forma de corazón, y exclamó:

—¡Éste es mi albaricoquero!

Los dos se arrodillaron. A su alrededor yacían cubos desfondados, botellas rotas, cascotes, mondaduras malolientes de legumbres. Era el vertedero de la ciudad, el lugar favorito de Oldshatterhand. Había también allí agua estancada, cubierta de verdín, rodeada de avellanos y en la que abundaban las salamandras.

Oldshatterhand probó con un dedo la resistencia del tallito: «Tiene ya bastante fuerza», se dijo.

Se sentaron con las piernas abiertas de modo que el tallito quedara entre éstas.

—¿Qué tiempo necesita para dar fruto? —preguntó Winnetou en tono compasivo y moviendo el tallo.

Oldshatterhand le veía ya crecido, como un árbol.

—Todo lo que produzca será mío y tuyo. Crecerá rápidamente. Aquí la tierra es buena.

—Necesita mucha agua y mucho sol.

Oldshatterhand alzó la vista al cielo nublado y miró al tallito. Estaba emocionado de verlo tan pequeño y tan abandonado, pareciéndole el tiempo interminable. Su anhelo le hizo dar un salto.

—Cuando vuelva alguna vez, como forastero, con mi impermeable, entonces será ya un árbol grande, al que habrá que apuntalar.

—Podríamos hacerlo desde luego, ¿no lo crees? —preguntó Winnetou, sacando una cerilla de madera.

La hincaron en la tierra y ataron el tallo a la cerilla. Pero Oldshatterhand seguía emocionado. También lo estaba Winnetou. Ambos no pensaban en la planta, sino en el futuro. La planta resultaba ante éste cosa pequeña.

Winnetou se liberó primero de este peso, y mirando a la planta dijo:

—¿Quieres que...? ¿Qué opinas?... Es un buen abono —dijo sonriente.

Oldshatterhand miró asustado a Winnetou.

—De veras que es buen abono —insistió Winnetou.

Se levantaron. Los dos chorros se cruzaron, cayendo sobre la planta temblorosa.

Luego se acercaron al charco de las salamandras. Sobre las aguas flotaba una tabla ancha putrefacta. Valiéndose de otros pedazos de madera, para afianzar, anduvieron sobre el agua hasta llegar la noche en que, sofocados, se dirigieron a casa.



## Capítulo Segundo

La cosa ocurrió de pronto. Unos muchachos de la misma edad que ellos, de catorce años, y también aprendices de oficio, se habían reído, en las mesas de la taberna de la viuda Benommen, de la partida de bandoleros que pasaron en grupo ante ellos. El Escribiente propuso frecuentar la taberna, lo que hasta entonces había parecido indigno a los bandidos, pero que sin embargo respondía a un deseo reprimido. Desde entonces pasaban los bandidos muchas horas en la taberna y tenían a gala emborracharse. El prestigio del Escribiente fué en aumento, pues se entregó en cuerpo y alma a la bebida y estaba siempre borracho. Con gran enfado de Oldshatterhand, no se celebraban ya con la misma regularidad las reuniones en el «cuarto».

Los bandidos hallábanse cierto día tumbados al sol, en el césped del Schlossberg, esperando a Capitán Pálido. Winnetou mascaba hierba, pensativo.

Capitán Pálido subía lentamente el Schlossberg. Llevaba en la mano un tomo sucio de Karl May, sin tapas. Miró a los bandidos un rato en silencio, y dijo muy excitado:

—¿Qué os parece que ha sucedido? ¡Jamás hubiera podido figurármelo! ¡A Winnetou le han matado!

—¡Vamos, cállate!

—Pero si está ahí —dijo el Escribiente riéndose y señalando hacia Winnetou.

—Me refiero al Winnetou de las historias de Karl May —exclamó colérico Capitán Pálido.

—¡Cómo! ¿Ha muerto Winnetou? —preguntó Winnetou con voz apagada—. No es posible. ¿Cómo ha podido ser eso?

—Claro... ¡los otros eran unos doscientos... o creo que quinientos indios sioux, todos contra Winnetou solo! Le sorprendieron en una cueva que no tenía mas que una salida... Sesenta o setenta flechas le hirieron de muerte, pues los cobardes tiraban siempre hacia el interior de la cueva, sin atreverse ninguno a entrar.

—Pero ¿dónde estaba mientras tanto Oldshatterhand? ¿Cómo no estaba allí en aquella ocasión? —preguntó muy excitado Winnetou.

Oldshatterhand y todos los demás bandidos tenían la vista fija en Capitán Pálido.

—Ahí está la cosa. Le habían cogido prisionero. Pero él ya barruntaba lo que harían con él y se desató del poste del martirio. Luego realizó, os digo, una enorme hazaña... Cabalgó noche y día..., es decir, no cabalgó, sino que voló montado en su *Rih*. Y llegó, justamente, dos minutos demasiado tarde. Winnetou murió en brazos de Oldshatterhand momentos después. Leed vosotros las últimas palabras de Winnetou... No soy capaz de decirlas... Luego añadió: «Cien veces me salvaste la

vida, rojo hermano mío Winnetou..., y ahora llego tarde yo a salvar la tuya... Oldshatterhand hasta lloró».

Los bandidos callaron. Sus ojos, humedecidos, se representaban la salvaje América y la cueva en que Winnetou murió.

Oldshatterhand se imaginó un cuadro salvaje en el que una serie inacabable de indios sioux galopaban por la pradera, que reverberaba a los rayos del sol..., y al otro extremo de la pradera, donde el cielo y la tierra se confundían, había un pequeño punto negro; era la partida de bandoleros, dispuesta a la defensa.

—Ya no tiene remedio —dijo Capitán Pálido irguiéndose. Pero juro tomar terrible venganza.

—Préstame el libro hasta mañana —suplicó Winnetou.

—Me es de todo punto imposible. No lo he acabado de leer —dijo Capitán Pálido.

—Mañana mismo te lo devuelvo.

—Mañana temprano tengo que devolverlo; de lo contrario, tendré que pagar cuatro peniques más de préstamo. Además, lo puedes leer en seguida. Ahora vamos a la taberna «Zum Lochfischer». Tómalo y devuélvemelo en cuanto acabes.

Winnetou cogió el libro.

Los ladrones descendieron del Schlossberg. El Sol se había ya puesto.

El Escribiente llevaba debajo del brazo un par de botas de montar a las que el señor Wiederschein había echado unas palas. Se detuvo ante la casa del policía de las piernas torcidas.

—Tengo que entregar primero estas botas al sargento. Esperadme, que voy en seguida. ¿Vienes? —dijo a Rey de los Aires.

—¡Ehm!

—¿Crees que te va a comer?

—Pues vamos si te parece.

—¿Crees tú que aun quedará algún indio sioux cuando llegemos nosotros? —preguntó Rey de los Aires en la escalera.

El Escribiente puso las botas debajo del sobaco y dijo:

—Es discutible... Querido, si Oldshatterhand les ha jurado venganza sangrienta, quedará, a lo sumo, un indio con vida... Ya sabes cómo pasan las cosas en Karl May.

—... ¿Vas a pedir más por las botas?

—¡Cállate!

El sargento abrió en persona la puerta. Estaba a su comodidad. La guerrera colgaba del respaldo de una silla; tenía la pipa, de más de un metro de largo, apoyada en un rincón del sofá. El humo azulado subía de la boca del sargento para acariciar al turco a caballo, blandiendo el sable, que en marco dorado pendía sobre el sofá.

—Buenas, señor sargento. Mi padre me ha dicho que son tres marcos noventa.

Rey de los Aires se había quedado a la puerta, frotándose nervioso las manos.

—¿Ya están listas?

El sargento salió en zapatillas, se calzó las largas botas y se apretó las correas. Al esfuerzo se le puso la cara encarnada. Dijo:

—Tres... marcos... noventa...

—Sí; ése es el precio, ha dicho mi padre.

Rey de los Aires miró asombrado.

El sargento se paseó por el cuarto con una zapatilla en un pie y una bota en el otro, mirando escrutador al techo y zarandeando la pierna calzada. Luego palpó con los dedos el cuero.

—Ahora están como nuevas... Saluda a tu padre —dijo, y sacó el portamonedas.

—Ahora tengo que ir a casa a llevar los tres cuarenta —dijo al Escribiente cuando estuvieron en la escalera—. Los cincuenta de más no significan para él nada. Es solterón y hasta tiene dinero en la Caja de Ahorros.

—¿Por qué no le has pedido veinte peniques más?

—¿Qué dices? Entonces lo hubiera descubierto.

—No tenías mas que decirle que tu padre, por ser tan grandes los pies del sargento, necesitó más cuero.

—Hoy he entregado ya cuatro pares de botas... En total me he ganado un marco setenta.

—¡Ehm!

—Un marco setenta.

—Una bonita suma.

—Anda, ya le darás más tarde el dinero a tu padre —dijo Capitán Pálido delante de la casa—. Tendrás que empezar de nuevo y tú mismo te darás cuenta de que no tenía salvación posible; ahora nos vamos al «Lochfischer»...; pero ven en cuanto lo hayas leído —gritó a Winnetou que se alejaba, contestando:

—De seguro.

Winnetou siguió leyendo y caminando despacio hacia su casa.

Al llegar delante de la puerta, Winnetou se metió el libro entre el pecho y la camisa y trató de escurrirse en su habitación.

La madre abrió la puerta de la sala y gritó severa:

—Entra aquí.

Era una mujer enjuta de carnes y de ojos oscuros. De su pecho colgaba un crucifijo.

El joven capellán de mejillas rosadas estaba sentado, como siempre que tenía asueto, en el sofá, junto a la pálida y bella hermana de Winnetou. Sobre la mesa había café, pasteles y licores.

—¿Dónde tienes el libro?

Winnetou miró confuso a las estampas de santos que colgaban de todas las paredes.

—¿No sabes qué es lo que se hace al entrar?

Winnetou se acercó a una pila de agua bendita e hizo la señal de la cruz.



—¿Y ahora?

Winnetou se llegó a regañadientes al capellán y le dió la mano:

—Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo.

—Por los siglos de los siglos. Amén. ¿De qué libro se trata? —dijo el capellán libando de su cepita.

—¿Quieres contestar al señor capellán? Perdone su paternidad.

Palpó a Winnetou y sacó el libro.

El capellán hojeó el libro y leyó: «El férreo puño de Oldshatterhand cayó sobre el piel roja, que se desplomó muerto sin articular palabra». La pálida hermana de Winnetou callaba.

—Estas lecturas, señora Steinbrecher, no son para niños... Recuerde usted que robó la tinta del colegio.

La señora Steinbrecher se puso encendida.

—¿Quién te ha dado este libro?

—El Pálido... Me lo ha dado Oscar Benommen.

La madre puso el libro junto a la Virgen, sobre el paño de punto que cubría la cómoda.

—Mañana entregaré el libro a la señora Benommen... Adentro.

Winnetou miró a su madre horrorizado.

—¡Date prisa!

Se acercó lentamente a la cómoda y sacó una regla de roble que entregó a su madre. Winnetou estaba lleno de vergüenza, la sangre le nublaba la vista al poner la mano para el castigo.

—Ahora ven —le dijo la madre después del castigo.

Y cogiéndole de un brazo se lo llevó a su cuarto. Ella se puso pálida. Sus negros ojos brillaban.

De repente le pegó a Winnetou un guantazo y salió del cuarto, cerrando la puerta.

El capellán se entretenía con las blancas manos de la hermana de Winnetou, que, ligeramente sonrojada, se las entregaba.

Cuando la madre entró se puso a libar de su copita.

Winnetou se sentó sobre la cama. Su vergüenza se había convertido en horror. Sintió tan vivo horror contra su madre, que extendía las manos como alejándola de sí. En sus mejillas se secaron las lágrimas. Su cutis se distendió.

Winnetou se quedó dormido y soñó que un capellán de negra sotana corría tras de él por los claustros, con las manos extendidas para pegarle. La madre le decía animándole: «Allí..., allí está...».

Se despertó, lanzando un grito de horror. La madre había entrado en el cuarto. Le puso en la mesa un plato de pan con salchicha y salió sin decirle palabra.

Winnetou la oyó cerrar la puerta y se incorporó automáticamente. Había perdido por completo la sensibilidad, que poco a poco volvió a recuperar en forma de mareo y olvido. Vagamente se fijaron sus ojos en un viejo grabado de acero que representaba a

Cristo crucificado. La imagen presentaba manchas y chorreones amarillentos, pues en la última mudanza le había llovido encima.

Súbitamente pensó Winnetou que los bandoleros estaban reunidos en el «Lochfischer» y que le esperaban. Se quedó helado.

Era ya de noche. Winnetou se levantó de la cama y se asomó a la ventana. Vió al capellán paseándose por el jardín, del brazo de su hermana.

Esperó a que la pareja desapareciera por entre las matas. Subió al alféizar de la ventana y se descolgó por la parra que cubría toda la fachada sur de la casa.

Los bandidos se habían colocado en el «Lochfischer» alrededor de una gran mesa.

El cuarto era sólo capaz para tres mesas y una estufa de azulejos, tan baja, que el pescador rojo, que en aquel momento entró, rozó con el pelo el artesonado que figuraba el corazón de la Virgen.

El pescador rojo se sentó en la mesa con el dueño y la dueña. Ésta tenía cruzadas las manos y apoyadas sobre su viejo perro que descansaba en sus rodillas.

En la tercera mesa estaban sentados el maestro carretero, Jerónimo Griebe, comiendo muy pausadamente una ración de peces fritos, cuyas cabezas ponía en el plato de su hijo, el Duckmäuser.

Los bandoleros miraban con franco desprecio al Duckmäuser, que aunque de la misma edad que ellos, era un muchacho de gran estatura, fuerte, siempre hambriento, rubio y lleno de granos la cara. Iba todos los días a la iglesia; era muy aplicado en el taller; no se trataba con ningún otro muchacho y tartamudeaba mucho. No se atrevía a mirar a los bandoleros, a los que temía y odiaba, porque le habían puesto el mote de Duckmäuser.

El señor Jerónimo Griebe dió de una vez tres cabezas de pescado a su hijo, las cuales desaparecieron rápidamente en la boca de Duckmäuser.

La camarera rubia, a quienes todos los de la banda cortejaban a cierta distancia, colocó los vasos de vino recién llenos sobre la mesa, diciendo con voz alegre:

—Qué, ¿ya estáis aquí otra vez?

Los bandoleros se echaron a reír un tanto azorados.

—¡Dios misericordioso! Todo el Main está lleno de peces muertos. ¡Por San Kilián, quisiera saber quién empuerca así el agua!

El dueño guiñó un ojo al pescador y dijo despectivo, volviendo la cabeza:

—Quién ha de ser... El Miguel vierte toda la porquería de su tinte en el río.

—¡Sólo Satanás sabe qué venenos echa allí! ¿Es que va a seguir vertiendo ese borrego sus aguas al río? ¿Va a seguir?...

—Sí —dijo el patrón—. Es la historia de siempre. Buenos días, señores —dijo sonriente a los bandidos, apoyando las manos en el respaldo de una silla. Despectivamente, volvió a repetir al pescador la historia de siempre... —¿Qué hay, señor Vierkant? ¿Y su padre? Hace tiempo que no se le ve por aquí.

Oldshatterhand cabeceó, azorado:

—No sé dónde está.

—Un buen bebedor —dijo Capitán Pálido, esforzándose por beber y estirando luego los húmedos labios.

El patrón sonrió.

—Y ¿qué tal va, señor Wiederschein? —dijo a éste poniéndole la mano en la espalda.

—Mi padre está en casa trabajando, porque tiene mucho que hacer —dijo apresuradamente el Escribiente.

—Bien..., bien..., que aproveche... Gretle, el señor Wiederschein tiene vacío el vaso —dijo el patrón, y se dirigió hacia el mostrador.

Los bandoleros, azorados, no se atrevían siquiera a mirarse.

—Tenemos que hacernos parroquianos asiduos del «Lochfischer» —dijo Capitán Pálido.

Todos asintieron, alegres. De repente se callaron, mirando a la puerta. Un comisionista elegante de Berlín entró saludando, haciendo chocar los talones y cuadrándose ante la patrona, ante el pescador, ante el señor Jerónimo Griebe y ante la mesa de los bandoleros. Luego dijo:

—Diga usted, ¿podrían servirme peces frescos? ¿Hay aquí peces? ¿Peces frescos?

El pescador rojo se volvió pesadamente, y mirando al berlinés, le señaló una silla.

—Vamos, siéntese usted primero, que peces ya tendrá usted todos los que desee —y se volvió hacia su mesa.

El Escribiente llamó la atención de los bandoleros hacia los zapatos del berlinés.

—Yo mismo se los he entregado hoy. Tacones y medias suelas. El señor viene una vez por año a Wurzburg y hace que mi padre le trabaje.

El berlinés se levantó, y con las piernas abiertas, las manos en las caderas, contempló el corazón de María esculpida en el techo; miró, asombrado, a su alrededor y gritó alegre al patrón:

—Enormemente agradable —y leyó en alta voz la inscripción de la pared:

Que pueda vivir mañana  
cosa es que ahora ignoro;  
mas que he de beber si vivo es  
certísimo del todo.

El patrón sonrió. La patrona, colocándose las gafas en la punta de la nariz, se puso a hacer unas medias encarnadas.

El patrón sirvió vino al berlinés, que se había sentado entre el pescador y la rubicunda patrona, después de haber encargado una tenca:

—Estará fresca, ¿eh?

—¿Que si el pescado está fresco? Vamos que si se lo colara a usted en la barriga tan fresco como está, ya lo pasaría usted mal —dijo el patrón poniendo debajo de las narices del berlinés una tenca viva y coleando.

—Pero ¿qué se figura ése? —dijo el Escribiente en voz alta.

—Parece —dijo el pescador— que el pescado en Berlín acostumbra a apestar.

—¡Colosal error! Berlín, en punto a higiene, es insuperable. Es la ciudad que más jabón gasta.

—Pero ¿qué se figura usted? ¿Cree usted que nosotros no sabemos lo que es jabón? Aquí puede usted comprarlo en cualquier tienda de coloniales.

En esto entró el maestro vidriero Juan Jacobo Streberle, aun joven y que acababa de heredar la fábrica de cristal de su padre, y se sentó a la misma mesa del berlinés. El perro le ladró furiosamente.

—Pero ¿qué le pasa a ese chucho? Zet... zet... —dijo Streberle riéndose, y rociando saliva que le salía por entre los dientes que apretaba al reír, dijo: —¡Mirad los pilletes esos! Cuando uno era pequeño tenía que quedarse en casa. Ni siquiera teníamos dinero. Pero éstos ya se emborrachan.

El patrón, nervioso, golpeaba con los dedos sobre la mesa.

—Por lo que a mí hace —dijo el pescador rojo— hice lo mismo... Dejadles que beban. Ya les pegará su padre cuando les haga falta. Creo, Streberle, que a ti, desde que se aguó eso de la novia, te va mal.

—¡Anda! —dijo el Escribiente.

—¡Ah, bah, novias! Con dinero tengo todas las que quiera —dijo el vidriero rociando saliva.

Los bandoleros estaban muy callados. Tenían las mejillas encendidas. El Escribiente había pagado un litro de mosto. Oldshatterhand rasguñaba la guitarra.

—Ahora cantaremos —dijo en voz baja—. Vamos.

—Gretle, sirve otra medida —dijo el Escribiente. Su cara ardía.

—Vamos, vamos, señor Wiederschein, es usted un valiente —dijo la muchacha rubia.

—Estos muchachos... Estos muchachos... Beben como los antiguos germanos... Sírvales usted un litro de vino... por mi cuenta —dijo el berlinés.

—¡Bah!... Novias..., novias... Por dinero tengo todas las que quiera.

—Eso lo dice porque fracasó en lo de buscar novia —dijo de pronto el Escribiente.

Se puso en pie y balanceándose cantó con la música de «En un valle fresco» el nombre del odiado maestro vidriero:

Joahan Ja-a-kob Streberle  
Joahan Stre-e-berlee...

hasta acabar la melodía. El Escribiente estaba completamente borracho. El pescador reventaba de risa. Juan Jacobo Streberle, con risa forzada, rociaba saliva a través de la dentadura y miraba furioso a los ladrones.

—Bueno, ya basta —dijo el patrón sonriendo.

La muchacha sirvió a los bandidos el vino encargado por el berlinés. Oldshatterhand se inclinó sobre la mesa e imponiendo silencio dijo:

—¿Estamos... ya?

Y empezó a cantar con valor desesperado, pero con voz atiplada: «Abajo la tiranía». Los otros le hicieron coro. Al berlinés se le cayó el tenedor de la mano.

Viva la anarquía;  
vivan las ocho horas,  
la república y la paz.

Juan Jacobo Streberle movió la cabeza en ademán de reproche.

—Pague usted a esos pillos el vino... y harán más tonterías... Ya tienen bastante a su cargo... Sí...; ya veréis..., ya veréis, muchachos —dijo en tono misterioso.

—¿Qué quiere usted de nosotros? —dijo el Escribiente.

—¿Qué quiero de vosotros? ¡Oh!, ya lo veréis.

—¿Qué quiere? Nada puede hacernos.

Capitán Pálido apretó el brazo del Escribiente:

—¡Psch! Cállate —dijo mirando a la mesa—. ¿Sabéis cuál es la marca de la garlopa?

—¿De qué garlopa?

—¡Ah... ah...! Ya os tengo... —dijo Streberle, al ver que todos los bandoleros bajaban la vista mirando a la mesa.

—La garlopa que nos hemos encontrado en el Schlossberg tiene marcado «J. J. St.» —murmuró Capitán Pálido—. La garlopa es del Streberle. De seguro que el tipo nos ha espiado.

Los ladrones se incorporaron y todos ellos se quedaron mirando al maestro vidriero.

—Qué, ¿sabéis ya que no tenéis la conciencia limpia? Pero conste que no he dicho nada.

—Tampoco sabe usted nada..., nada —dijo el Escribiente.

—Si le diéramos su garlopa, acaso callara el pico —dijo Capitán Pálido.

El maestro vidriero montó en cólera:

—¡Ja...! ¡Ah...! ¿Conque tenéis mi garlopa? ¿Tenéis mi garlopa?

De un salto se acercó a la mesa de los ladrones.

—¿Qué quiere usted de nosotros? —El Escribiente bramaba.

Todos los bandoleros se pusieron en pie.

En aquel momento entró Winnetou.

Capitán Pálido explicó a Winnetou:

—De modo que nos han espiado. ¡Todos sois unos bellacos! ¿Sabe usted lo que ustedes? Un espía infame —dijo Winnetou en voz alta, y se sentó.

El maestro vidriero apretó los puños. El patrono los separó.

—Quietos. A disputar, fuera. Y usted... haga el favor de dejar en paz a los chicos.

—¡Bandidos! —dijo Streberle tratando de apartar al patrón.

Éste le miró altivo, y le dijo:

—¡Siéntese usted en su silla...! ¡Allí, en su silla!

—Pero... ¿se habrá visto cosa igual...? Dígalo usted mismo... No son hombres...

Pero el patrón no quería atender a razones.

Los bandidos también se sentaron.

El señor Jerónimo Griebe apuró, presuroso, su vaso; lo puso al trasluz y se lo entregó a su hijo que, mirando al techo, escurrió las gotas en su boca, chupando con avidez. El señor Griebe arregló el traje a su hijo y salió, rápido, de la taberna.

—No consiento que me echen los parroquianos.

—Pero... diga usted...

—Streberle... No quiero saber nada.

—Magnífico... ¿No es ése el hijo del zapatero Wiederschein? —preguntó el berlinés al pescador.

—Sí; es el hijo de Wiederschein.

—Siempre doy al señor Wiederschein mi calzado a arreglar, y me resulta más barato que en Berlín.

—¡Ah..., Berliiiiiiiiiin!

—Pero ahora, tampoco aquí en Wurzburg es tan barato como antes. Cuatro marcos por medias suelas y tacones...

El berlinés se llevó el vaso a la boca.

—¿Cómo...? ¿Ha subido?

—Los tacones...

—¡Ah, vamos! Yo pago siempre a Wiederschein dos marcos treinta por tacones y medias suelas... Desde hace veinte años.

El Escribiente seguía muy interesado la conversación.

—Pero ¡qué me dice usted! —El berlinés volvió a colocar el vaso sobre la mesa sin haber bebido—. Mañana tendré que ir en persona a ver al maestro. Igual precio para todos... Es mi principio... Soy viajante...

—Vendo mis peces a todos al mismo precio... Todo el que los pague los obtiene.

—Oiga usted, joven... Diga usted a su padre que mañana iré a verle...

Los bandoleros apartaron la vista del berlinés para fijarla en el Escribiente que se revolvía en su silla.

—Es posible que mi padre no esté mañana en casa, porque tiene que llevar calzado a Hochberg.

—Saben ustedes... En Berlín impera el principio de «Trabajo sólido..., precios fijos...». De aquí la prosperidad... Ésta es mi idea del mundo.

—Sí, sí; la honradez es siempre lo mejor.

—Voy un rato a jugar a los bolos a casa de Eckert —dijo Juan Jacobo Streberle levantándose.

—A Streberle no hay que perderle hoy de vista. Tenemos que descubrir qué es lo que se trae entre manos —dijo Capitán Pálido cuando se hubo marchado el maestro vidriero.

—Honradez... Verdad... A eso debe Alemania su prosperidad desde la guerra 1870-71.

—Aun me acuerdo hoy. Entonces estábamos los bávaros delante de París. Estábamos en un pueblo.

—¿Qué me dice usted de los bávaros? —interrumpió el berlinés—. Los prusianos...

\* \* \*

Al salir a la calle vieron los bandoleros que ardía el fuego en una fragua. El oficial herrero, que tenía que hacer una compostura urgente, salía en aquel momento del taller y miró al cielo para informarse del tiempo. El Escribiente, borracho, murmuró: «Ahora todo me es igual». Se acercó al herrero y, mirándole fijamente, le dijo con severidad:

—¿Es que no sabe usted que está prohibido trabajar en domingo?

—O te vas..., pequeño..., o te suelto una... —exclamó enojado el herrero.

—¡Pega si te atreves!

El herrero le pegó una sonora bofetada.

—Pega otra vez si te atreves.

Le volvió a pegar otra bofetada.

—Vuelve a pegar si es que tienes valor.

El herrero volvió a darle otra tremenda bofetada y se entró en su taller. Los bandoleros siguieron la calle hasta el «Spitäl». Todos estaban algo bebidos, incluso Winnetou, que les seguía a unos cuatro pasos de distancia y un tanto cabizbajo.

Los bandoleros se quedaron mirando la esfera iluminada del reloj. Sacaron sus relojes y los contrastaron. Era cerca de las dos.

—Ya os dije que había un hombre allí. Lo he visto muy bien —observó Ojo de Gavilán, que se agitaba en el círculo de los bandoleros señalando hacia el castillo.

—¡Tú qué has de ver! —dijo el Escribiente ya sereno.

—Pues adelante, tenemos que ir ahora al jardín de Eckert —exclamó Capitán Pálido—. Le diré a Streberle que si no abre el pico se le devolverá su garlopa... Pues si nos denunciase... no sé lo que nos pasaría.

Cuanto más se acercaban los bandoleros, más altas parecían las estatuas de los santos del puente y las torres de las iglesias, hasta que toda la ciudad quedó al fin a sus pies.

—¿No es mejor que vayamos «al cuarto»? —dijo Oldshatterhand—. Encenderemos las doce velas. Es mucho más bonito.

—¡Ohahoh!... —exclamó el Escribiente—. Oldshatterhand tiene miedo de entrar en la taberna.

—¿Miedo?... ¿Miedo? ¿Qué tiene que ver una taberna con los indios?

—¿Y las velas..., tienen ellas algo que ver con los indios?

—¿Las velas?... Pues sí; las velas tienen que ver con los indios.

—Está chiflado.

Rey de los Aires, que había cogido al salir de su casa el hueso de una pierna de cordero, trepó al San Kilián y se lo puso en la mano, que antes sostuviera un crucifijo. Durante varias semanas sostuvo San Kilián el hueso de cordero, mirando extático al cielo, mientras que, repeliendo la tentación, San Totnán, que estaba a su lado, mantenía en alto las manos como rechazando el hueso.

Rey de los Aires volvió a bajar hasta la barandilla del puente y empezó a caminar por ella con gran precaución. Los bandoleros siguieron su ejemplo. Balanceándose con los brazos extendidos y formando una larga fila negruzca, recorrieron todo el pretil del alto puente, y al llegar al final, alzando los brazos y pegando un chillido, saltaron al suelo.

Oldshatterhand se había quedado parado mirando al castillo. De pronto se subió también sobre el pretil, y cerrando los ojos emprendió una carrera. Los vecinos le contemplaban asombrados, sin respirar; los bandoleros no se atrevían a moverse, esperando ver a cada momento a Oldshatterhand caer al abismo. No se atrevían a chistar, hasta que Oldshatterhand llegó adonde ellos estaban y saltó al suelo.

Los bandoleros se quedaron pálidos, como si Oldshatterhand se hubiera librado de la muerte, reintegrándose a ellos. Él mismo sentía en su interior el impulso desconocido —ya pasado el peligro—, que le llevaba a arrostrar siempre los peligros más graves.

Aquella hazaña conmovió y aterró a los bandoleros.

El pequeño Oldshatterhand caminaba radiante de alegría entre ellos.

Los otros muchachos temían a los bandoleros y desde hacía años no se trataban con ellos. Formaban éstos una masa compacta, con la cual procuraban evitar todos los otros muchachos cualquier ocasión de pelea. Este mismo miedo se reflejaba en los adultos, bajo la forma de un respeto enojoso, pues habían sido víctimas de las jugarretas de la banda, o testigos de ellas. Este respeto aumentaba la desvergüenza de los bandoleros y les hacía aparecer más temibles de lo que en realidad eran. Este sentimiento lo tenían sólo los habitantes de la ciudad. Por eso contemplaron inmóviles los bandoleros, sin volver de su sorpresa, al herrero, nuevo en la ciudad, abofetear al Escribiente, como si éste fuera un mozalbete desvergonzado y no un miembro de una temida cuadrilla.

Hasta ahora no se dieron los bandoleros cuenta que Winnetou se había quedado detrás de ellos, y se detuvieron a esperarle en la fuente de los Cuatro caños.

Winnetou estaba parado inmóvil en el puente, mirando al río, detrás de un santo. En la corriente del río veía la sala de su casa, veía a su madre pegándole delante del



capellán, y sintió ganas, lleno de odio, de tirarse a la sala reflejada en el agua y de golpear al capellán. Apretó los puños contra las sienas. Incluyó el cuerpo sobre el pretil. Sus pies perdieron el contacto con el suelo. Ya planeando sobre el precipicio, se sujetó en el último momento con las rodillas, y dando un grito estridente hizo tambalearse al santo. Luego, muy despacio, se fué al encuentro de los bandoleros.

Capitán Pálido se acordó que antes tenían que ir al teatro Municipal a buscar a Nube Roja, que hacía de comparsa en *Guillermo Tell*, y dijo enojado:

—Cuando le hace a uno falta la gente hay que recorrer toda la ciudad para encontrarla.

Los ladrones se hallaban a la salida del escenario mirando al público que, entusiasmado, salía por la puerta principal, y enmudecieron de admiración al ver salir a una elegante pareja que montó en su coche particular.

Nube Roja salió por la oscura galería del escenario y se paró declamando: «¡Y hago libres a todos mis servidores!... Telón». Y al terminar se quedó con la boca abierta, que formaba una oscura concavidad.

—Tú, Streberle nos ha espiado y quiere denunciarnos.

Todos hablaban a la vez.

—¡Es inconcebible! ¡Cómo están contra nosotros!

—¿Qué es inconcebible?

—Ahora, cierra el pico.

—¡El teatro!... ¡El teatro! ¡Qué magnificencia!

—Te digo, Nube Roja, que la garlopa es lo único, que aun nos puede salvar.

—He hecho de comparsa... Me han dado veinticinco céntimos... Revolución, valor, libertad.

—¡Ah, bah, dejadle! Ya nos arreglaremos con Streberle. Debemos estar unidos.

—¡Estamos unidos! —exclamó Nube Roja entusiasmado.

Los muchachos estaban muy excitados y dispuestos a todo, cuando llegaron frente al jardín de Eckert, en las afueras de la ciudad, y lo exteriorizaron encargando un *liesl* de cerveza, o sea una jarra de dos litros, que el honor exigía llevársela a los labios sólo con una mano.

Juan Jacobo Streberle contemplaba enojado a la banda y sonreía de vez en cuando con mala intención. Estaba hablando con un soldado de Intendencia, diciéndole que tenía que invitar a aquellos pilletes a jugar, pues si no, no habría partida.

Los ladrones, dominada con energía la excitación de que estaban poseídos al principio del juego, buscaban siempre las bolas mayores, y sobre todo Oldshatterhand, que a cada jugada decía al oído de Capitán Pálido, Nube Roja y Serpiente:

—Tengo que llevarme uno de los primeros premios. Un premio. Acaso el primero.

Había puesto sus últimos veinte peniques.

—Ahora le toca al otro —dijo Streberle a Serpiente.

—No tiene usted mas que decirlo.

—Ya lo he dicho.

Rey de los Aires se arrodillaba al tirar y gritaba siempre: «Fuera, fuera, fuera», aunque nadie estuviera en la pista; se ponía de puntillas, daba vueltas, nervioso, a la bola entre las manos y se erguía levantándose sobre las puntas de los pies. En la frente se le marcaba la arruga. Y torciendo el gesto, exclamaba cada vez que fallaba el golpe:

—La asquerosa pista está desnivelada hacia la izquierda.

Capitán Pálido cogía con una mano la bola mayor del cajón. Tosía muy fuerte mirando a Streberle, y lanzaba la bola. Juan Jacobo Streberle, al contrario, elegía siempre bolas pequeñas, apuntaba bien y daba siempre, rociando saliva por entre los dientes.

Los otros jugadores, el soldado de Intendencia, dos de infantería y el herrero Gottlieb —el mismo que había regalado la ratonera a Oldshatterhand— eran de los más entusiastas. El afán de los bandoleros de conseguir el premio les había puesto nerviosos. Se enfadaban cada vez que Ojo de Gavilán examinaba la madera por la que rodaban las bolas, quitaba de ella un granito de arena, o de puntillas, con los brazos en cruz y los dedos extendidos, parecía remedar, en gran tensión, los movimientos de la bola, a la que seguía con su ojo bueno, mientras que el de cristal miraba vagamente a cualquiera de los otros jugadores.

Los bandoleros se acercaban cada vez más al primer premio. Crecía el entusiasmo. Las caras enrojecidas se contraían en aquel ambiente de calor, vaho de cerveza y humo de tabaco. Ya casi habían olvidado el asunto con Jacobo Streberle, menos Capitán Pálido, que, preocupado, se acercó al maestro vidriero e iba a abrir la boca para decirle que pensaba devolverle la garlopa.

En aquel momento hizo Oldshatterhand una jugada que fué declarada nula por Jacobo Streberle, por el soldado y por el herrero Gottlieb, en contra de los ladrones que a coro declararon que era válida.

Oldshatterhand, temeroso de perder sus veinte peniques que tenía comprometidos, dijo muy excitado al herrero:

—Miente usted simplemente y a sabiendas. ¡Usted, embustero!

Y al asegurarse Jacobo Streberle con un buen golpe el primer premio, dando con esto por terminada la partida, el herrero Gottlieb, hombre de dos metros de alto, sanguíneo, enfermo del corazón, muy bonachón, siempre borracho y herrador excelente y muy buscado, alargó la mano para pegar a Oldshatterhand; pero al punto la partida de bandidos cayó sobre él y los soldados sobre la partida. El patrono y el mozo acudieron y se confundieron en la reyerta.

Lamentos, jarros en alto, gritos, cacharros rotos. El Escribiente se tambaleaba. Ojo de Gavilán se llevó la mano a la cara, pues un golpe le había hecho perder el ojo, aunque por fortuna no el sano, sino el de cristal, que había rodado al suelo, a algunos pasos de la pista.

Llegó un guardia. El maestro vidriero se quejó a él. La banda huyó. Oldshatterhand, blanco como la nieve, huía perseguido por el herrero, dando vueltas alrededor de los castaños del jardín hasta conseguir la salida y reunirse con sus camaradas que fuera le estaban esperando.

Winnetou se había quedado durante todo el tiempo de la reyerta sin moverse de su asiento; pero al ver que todos los asistentes le contemplaban asombrados, se levantó muy despacio y salió en caza de los bandidos.

Siguieron un trecho calle abajo. El guardia salió del restaurante y se fué en dirección contraria, visto lo cual, los bandidos volvieron a la puerta del jardín.

Entonces se fijaron que el sombrerillo de terciopelo que Capitán Pálido se había comprado hacía poco, y por el cual pagara siete marcos, había quedado en el lugar de la reyerta. El sentimiento por la pérdida del sombrero se transformó en asombro cuando el Escribiente se ofreció para ir a buscarlo.

—Tráeme también mi ojo —dijo Ojo de Gavilán.

Silencioso y complaciente, con los brazos caídos, entró el Escribiente en el jardín y se llegó a la pista donde fué golpeado de un modo horrible. No se defendió, atento sólo a coger el sombrero, aguantó la paliza, y volvió a salir mohíno, pasando por delante de la banda, dirigiéndose al puente Nuevo, mientras que la banda irrumpía en el jardín y reclamaba sus premios ganados.

Al cabo de un rato volvió a aparecer el guardia, y los de la banda huyeron de nuevo.

En el puente se hallaba el Escribiente, cabizbajo y de espaldas al pretil. Se le caía la baba y presentaba manchas de sangre en la cabeza y en la pechera de la camisa. Tenía la mano apoyada en el sombrerillo de peluche que junto a él estaba.

—También nos hemos quedado sin nuestros premios —dijo Capitán Pálido.

El Escribiente continuó sumido en sus pensamientos. «Sólo cincuenta peniques de más; por esa miseria no debía ir ese acusón a ver a mi padre. Se los puedo devolver si quiere».

—Si no hubieras hablado tanto —dijo Rey de los Aires a Oldshatterhand— tendríamos ahora nuestro premio.

—¡Pero tú, imbécil, si la jugada era buena!

—Eso era lo esencial —dijo el Escribiente con voz bronca y escupiendo al río saliva con sangre—, la jugada era buena.

—Sí; es lo esencial —exclamó Capitán Pálido—. Pues estaría bueno que no aguantáramos nada de esos golfos guirlopantes.

El Escribiente mostró su camisa ensangrentada y dijo amenazador:

—Fué el soldado de Intendencia.

Capitán Pálido intentó en vano franquear a su gente la puerta del cuartel, preguntando, con sangre fría y comedido, al centinela si estaba de guardia el teniente von Blatten; pero el soldado, que no era tonto, echó del patio a los de la banda, que ya

se habían metido en el patio del cuartel. Éstos, dando un gran rodeo, al punto que los relojes daban las dos, penetraron en el restaurante de la viuda Benommen.

Los areneros y los pescadores entonaban dentro el himno de los bóers:  
¡Chitón! ¿Quién va quedo y silencioso  
por el río Tugela arriba, por el río Tugela arriba?  
¡Ah, sí!; son los infelices britanos  
que sufrieron sus buenos descalabros.  
Pronto se acorta su marcha, pronto se acorta su marcha...  
Se detiene de súbito la tropa,  
pues ya acude el enemigo; sí; ¡ahí se presenta ya!  
Ved, ya lucha, ya combate;  
cruza al galope por entre los enemigos  
el bóer gritando ¡hurra!, el bóer gritando ¡hurra!

—Préstame doce peniques —dijo Oldshatterhand al Capitán Pálido.

—A mí también me hace falta dinero —dijo—; pero te presto, no obstante, catorce peniques, añadiendo los otros dos para la propina.

En el centro de la sala, baja de techo, más deprimida que el nivel de la calle, y a la cual se descendía por cinco escalones, se veía una larga mesa; alrededor de ella, sentados los huéspedes. Sobre dos pedestales, entre dos banderas cruzadas, se veían los bustos del presidente Tom Krüger y del general Botha. Todo el cuarto estaba engalanado con banderitas de los colores bóers. Cada huésped tenía un ejemplar del himno bóer que Benommen, el dueño, había mandado imprimir, con el título de *Himno de combate, cantado en el campamento bóer del restaurante Benommen*. De esta manera mantenía vivo entre los habitantes del barrio del Main el entusiasmo por los bóers y hacía buen negocio durante toda la guerra.

Los bandoleros, a quienes los huéspedes de este restaurante acogían siempre respetuosos, se sentaron alrededor de la mesa. Los presentes miraron con respeto la camisa ensangrentada del Escribiente que, apoyada la cabeza en los codos y reprimiendo su alegría por la admiración tan merecida, estaba sentado muy serio. Ojo de Gavilán se hallaba sentado a su lado, con la cara amoratada por los golpes. La vieja caja de música que pendía de la pared sobre la cabeza de Ojo de Gavilán empezó a tocar:

Un muchacho vió una rosa...

El hermano de Capitán Pálido, Benommen el patrón, un hombre achaparrado, de párpados rojizos, casi cerrados, siempre con el abdomen y el labio inferior echados hacia adelante en tono despectivo, estaba sentado en el mostrador junto a su madre, siguiendo con la vista todos los movimientos de la bella camarera, una muchacha de aspecto sano, cutis blanco y ojos oscuros. La viuda Benommen, pequeña, llena de arrugas, cara apergaminada y manos secas, cruzadas sobre el vientre, observaba la pasión de su hijo por la camarera. El hijo tenía en arriendo aquel viejo y acreditado

establecimiento, y el que pasara a ser propiedad suya dependía sólo de su renuncia a la camarera, a la que ya la vieja había logrado despedir.

La camarera, con gracioso mohín, servía a un parroquiano que le pasó el brazo por la cintura. Ella se desasíó suavemente, sonrió con ojos dulces, mirando al patrón. Éste se acercó al parroquiano y, mostrándole la puerta, le dijo:

—En mi establecimiento no se hace el amor a la camarera... Llévalo en cuenta.

Capitán Pálido, recostado en su asiento, contemplaba aquella escena con exagerada indiferencia.

La viuda Benommen gritó con voz chillona a la camarera:

—Váyase usted en seguida a la Fischergasse, allí es donde debe usted estar.

La camarera dejó de sonreír. Dió al huésped la vuelta de un marco y recibió dos peniques de propina. Una sonrisa de agradecimiento volvió a animar su rostro.

En el barrio del Main, frente al muro muy alto y antiguo de un jardín, había tres casitas juntas, señaladas con los números 7, 11 y 13. Eran unas casitas pequeñas, encorvadas bajo el peso de los años, con el techo cubierto de musgo; pero al entrar en ellas todo aparecía de color de rosa. Un vaho de perfume y sonrisas femeninas acogían al visitante. Era la última manifestación del progreso en la ciudad de Wurzburg. Los habitantes de la ciudad habían sido sorprendidos por aquellas novedades de instalación higiénica, que sirvió de punto de partida para una cruzada predicada desde el púlpito y para que los habitantes de la Fischergasse protestaran contra tal desvergüenza y pidieran al Ayuntamiento que cambiara el nombre de la calle. Después de varios años de lucha y asiduas visitas desaparecieron las instalaciones higiénicas tan de repente como llegaron. Las casas seguían vacías, pues no se encontraba quién quisiera vivir en ellas. Al trimestre siguiente se rebajó el precio de venta hasta el punto de ofrecer las tres casas por seiscientos marcos. Pero nadie las quería, ni siquiera regaladas.

Mas de esto ya trataremos luego. Por lo pronto seguían las casitas iluminadas con la lámpara de pantalla roja, y el dueño de ellas se hallaba en la taberna de la viuda Benommen entre los areneros y pescadores entusiastas de los bóers.

Capitán Pálido sopló la espuma de su cerveza, bebió y absorbió la espuma del labio superior, como si fuera hombre bigotudo, y dijo:

—No cabe duda que los bóers vencerán.

—La justicia vence siempre —dijo Nube Roja levantando la mano.

El Escribiente añadió muy serio:

—¡Eso!

Apuró su vaso y se lo entregó displicente a la camarera, que no pudo reprimir una sonrisa al ver la afectada seriedad de los bandoleros.

El parroquiano a quien se le había prohibido expansionarse con la camarera hablaba con el patrono, teniéndole echada la mano sobre el hombro.

—En mi establecimiento no lo consiento —decía el patrón, adusto, cortando una loncha de tocino.

—¡En tu establecimiento! —dijo la viuda Benommen despectiva—. ¿Qué quieres? ¡Si ese pingo se deja sobar por todos!

—Silencio, madre. No me hace falta tu establecimiento. Estoy dispuesto a hacerlo todo añicos si no me dejas en paz.

La vieja miró furiosa a la camarera, sin moverse.

—Anda y métete en la cama. Te hace falta descansar. No puedo ni moverme en el establecimiento.

La viuda Benommen se retiró a la cocina, dando un portazo, y siguió observando a través de la ventanilla lo que pasaba en el restaurante.

El soldado de Intendencia entró. El Escribiente abrió desmesuradamente los ojos. «Es él». Todos los bandidos se volvieron hacia el soldado, que daba la mano a la camarera.

—El fué el autor —dijo el Escribiente señalando su camisa ensangrentada.

El dueño de la instalación higiénica, un sajón vestido muy superelegantemente decía, al patrono:

—Sirva usted un tonel pequeño para aquella mesa.

Se reunió con los pescadores y areneros, y en prueba de su entusiasmo por las rudas costumbres bávaras —a pesar de ir vestido muy elegante y calzar zapatos de charol—, no llevaba cuello de camisa.

El patrón trajo el barril y le puso la espita. El sajón atildado no dejaba de peinarse con un cepillo dorado la larga y suave barba de chivo, muy rubia, que le dividía en dos la almidonada pechera. Tiraba violentamente de la barba al peinársela, de modo que la boca se abría en forma de huevo, y podía vérsese un brillante en la pechera de la camisa. Pegó un puñetazo sobre la mesa y dijo:

—¡Pues estaría bueno! ¡Siempre adelante; Gsuffá, adelante!

Rebosante de alegría se puso en pie; todos los demás hicieron lo mismo, y alzando el jarro hasta el techo bebió, volviendo al punto a cepillarse cuidadosamente la barba.

Hasta entonces se había esforzado en vano en ganarse la amistad de los bandidos. Era para ellos demasiado delicado y elegante, y no fiaban mucho en su entusiasmo por las costumbres bávaras. Ni siquiera a fuerza de pagar cerveza podía lograr su deseo.

Pero los cansados areneros y pescadores no podían regatear su simpatía al sajón generoso que era, además, siempre tan amable con ellos. Mas de vez en cuando miraban algo azorados a la mesa de los bandoleros, cuya consideración estimaban en mucho los concurrentes al establecimiento.

—Lone, tráenos tres *liesl* de cerveza —gritó de pronto el Escribiente a la camarera.

—¿Con qué los vas a pagar? —preguntó asombrado Capitán Pálido.

—Así como así, ya he tocado al dinero de los zapatos del sargento.

—Pero ¿qué vas a hacer ahora, querido?

—Pues iré a casa y aguantaré lo que venga. Más de lo que me harán no me podrán hacer... ¡Si el diablo se llevara a ese berlinés!

La vieja había vuelto al lado de su hijo y permanecía sin moverse.

Las miradas de los bandoleros estaban fijadas en el soldado de Intendencia que acariciaba la mano de la bella camarera. Capitán Pálido alargó el labio, mientras que su hermano, mirando furioso a la muchacha, arrojó una ficha al mostrador y la viuda Benommen torció el gesto.

El dulce sajón se puso en pie y puso en movimiento la caja de música. Se oyó el chirrido de los resortes, y la máquina empezó a tocar, saltándose algunas palabras, por debilidad senil:

Un muchacho quería a una niña  
y juntos huyeron de casa  
sin saberlo padre ni madre.

Reinó el silencio en la estancia. Todos escuchaban con la misma atención que si estuvieran en un concierto sinfónico. La camarera, apoyada contra la pared, miraba con indecible emoción la caja de música, que siguió después de carraspear fuertemente:

Fueron de un lado a otro,  
sin suerte y sin fortuna;  
se hicieron malos y murieron.

—En la cocina hay un poco de asado que quedó del mediodía. ¿No lo quieres? Tómate un vasito de vino encima. Te sentará bien —dijo el patrón a su madre.

El dulce sajón señaló a la caja de música y dijo:

—El cantar es de Enrique Heine. Esas notas me llegan al corazón. Mi madre las cantaba siempre cuando yo era pequeño.

—Bien puede permitirse el lujo de abrir el pico... ¡Cuando se gana un millón por año!

—No será tanto. ¿Pero qué es eso de la Fischergasse?

—No se sabe de cierto... ¡Es la Fischergasse!

Solo y sentado junto a la ventana estaba llorando un carbonero. De vez en cuando se limpiaba con la palma de la mano la cara toda llena de polvo de carbón y lágrimas.

Un hermano suyo, arenero, de frente estrecha y mirada aviesa, entró en el establecimiento y alzó los brazos:

—¡Conque aquí estás tú, y mientras tanto tu mujer desojándose de llorar!

El carbonero sollozó y dijo:

—¡Mi hermano! ¡Mi propio hermano!

—¡No es verdad! —dijo el recién llegado—. Cuando yo te lo digo, que soy tu hermano..., ¡no es cierto!

—Eres un miserable. Mi mujer misma me lo ha confesado. Ayer pasaste toda la noche con ella —bramó el carbonero.

El arenero miró asustado a su hermano, con los ojos casi entornados.

—¡Pero..., hermano, yo te lo aseguro!... ¡Pregúntaselo a ella misma! ¡Yo, tu propio hermano, con tu mujer!... Es mi cuñada... ¡Por tanto!... ¡No soy capaz de eso! ¿No me crees tú? ¡Con la propia cuñada!

—¡No dices verdad! —replicó el carbonero alzando la cabeza.

—¡Pero escúchame! No hay nada de cierto en eso. Cuando yo te lo digo... Bebamos un jarro de cerveza los dos... —concluyó más tranquilo el arenero —Lone, trae una jarra de cerveza para mí y para mi hermano.

El sajón empezó a cantar el himno bóer y los dos hermanos, ya libres de preocupaciones, hicieron coro con voz fuerte.

La vieja se había ido a la cama.

—Siéntese y coma algo —dijo el patrón a la camarera sonriendo.

El soldado de Intendencia se ciñó el sable y salió.

—¡Ahora! —exclamó Capitán Pálido.

Los bandoleros pusieron apresuradamente el dinero sobre la mesa y se precipitaron fuera del establecimiento. El Escribiente, pálido y cansado, fué el último en salir.

Ya era casi de día. Las sombras de los santos de ladrillo del puente se destacaban a la luz crepuscular.

Delante del «Spitåle», el soldado iba tarareando: «Cuando los romanos se envalentonaron...», y llevaba el compás golpeando con su sable en el suelo.

Capitán Pálido dijo a sus gentes que se quedaran atrás y se dirigió solo al soldado, diciéndole:

—¡Eh! ¿Usted es el del juego de bolos? Le parece a usted una hazaña... cinco contra uno... Eso es lo que saben ustedes hacer... ¿Eh?

El soldado echó mano al sable.

—Deja en paz el cuchillo de cortar el pan. Te lo aconsejo.

Y de pronto la mano de Capitán Pálido asió la empuñadura del sable, y sacándolo de un tirón echó a correr, seguido de toda la banda, calle arriba, hacia el Schlossberg blandiendo el sable. La cosa fué tan rápida, que antes que el soldado pudiera darse cuenta ya había desaparecido la banda.

El soldado tuvo que volver sin sable al cuartel.

Aquella misma noche fueron los bandoleros al «cuarto», por la galería subterránea, a depositar el sable al lado de sus otras armas, y allí está desde entonces.

—Esta hazaña debiera haberla realizado mi hermano que está en América —dijo Capitán Pálido.

Bajaron el Schlossberg hasta llegar a los tilos, donde habían de separarse.



Oldshatterhand, escalofriado y pálido, se hallaba junto a Winnetou, que parecía ensimismado.

—¿Qué valor tiene todo lo que hemos hecho hoy? Dímelo —exclamó de pronto enojado sintiendo la hostilidad de los bandoleros—. ¡Para nosotros no tiene ningún valor..., pero ninguno!

—¿Y el sable?

—Voy a casa —dijo el Escribiente—. ¡Cuanto antes vaya, mejor!

La banda se puso en movimiento, desapareciendo por la Schlossgasse.

Winnetou se había quedado recostado contra un tilo. Volvió a subir lentamente el Schlossberg, y con un estremecimiento de miedo, desapareció de nuevo por el subterráneo. Al llegar al «cuarto» encendió una vela.

Con la vela en la mano se quedó mirando el muro, vió al capellán y a su hermana en el sofá, vió a la madre pegarle, y sus labios se contrajeron con una sonrisa amarga al pensar cómo se asustaría su madre cuando le presentaran su cadáver. Veía a su madre gemir sobre su cadáver y, lleno de odio, exclamó: «Anda ahora...; bien merecido; bien merecido te está». Con paso quedo se acercó a la vitrina que guardaba el revólver que, aumentando por el cristal, parecía tres veces mayor.

Al levantar la vitrina vió que el revólver era viejo y que estaba oxidado.

Los dedos le temblaban al cerciorarse de que el revólver estaba cargado, y poco antes de oprimir el gatillo sentía que su madre, oculta en su pecho, le incitaba a disparar de modo que la bala la atravesara también a ella. «Hopp», gritó, y oprimió el gatillo. Sonó el disparo. Winnetou cayó al suelo, apagando la vela al caer. El tiro del viejo revólver había fallado. Rompió a sudar. Llorando a mares, sintió que una voluptuosidad le invadía todo el cuerpo. Se revolcó mordiendo el polvo.

El cansancio le producía mareos; exhalaba con la boca abierta todo su terror. Winnetou se acercó a tuestas al banco de piedra y se quedó dormida en el oscuro «cuarto».

## Capítulo Tercero

Los vientos de fines de otoño arrancaban las hojas que aun colgaban de los tilos del Schlossberg, y las tejas de las casas. Una teja le cayó en el brazo al señor Jerónimo Griebe, quien estuvo dos semanas sin poder moverlo.

Los viñedos del Real Patrimonio yacían devastados y cubiertos de rocío. Por las calles de la ciudad pasaban los carros cargados con cubas, deteniéndose ante los despachos de vino. Unas mangas negras trasegaban el vino de las cubas a las bodegas, mientras que los caballos, engalanados, pateaban y resoplaban comiendo heno en las pesebreras colgantes, rodeados de los atrevidos gorriones. Toda la ciudad olía a mosto. Se había cosechado el, desde entonces, famoso «vino de 1899». Los borrachos hacían eses por las calles y la nariz del pescador, de violeta se había transformado en negruzca.

Todos estaban contentos y felices; sólo los bandoleros se hallaban reunidos, sin que faltara uno, en el banquillo de los acusados.

El maestro vidriero Jacobo Streberle los había denunciado al fiscal como autores de un robo en el viñedo del Real Patrimonio.

Cuando alguien preguntaba a Streberle por qué los había denunciado, se atusaba el bigote y, rociando saliva, sonreía, diciendo: «Me importaba mucho aquella fruta».

El fiscal había calificado el delito de robo con escalo en el viñedo real. Se había cerciorado personalmente de lo difícil, y hasta peligroso, que era salvar el cerco y penetrar en la viña.

La sala del Juzgado era baja de techo. Los jueces se hallaban sentados detrás de la barra; junto a ellos, el fiscal, y enfrente de éste, el defensor, el abogado Karfunkelstein —el patrón del Escribiente—, todos de toga. Junto al señor Karfunkelstein, en el largo banquillo, estaban sentados los acusados con sus trajes de domingo, y detrás de ellos se apiñaban los espectadores, entre éstos los abatidos padres. En primera fila, con las secas manos cruzadas sobre el vientre, los párpados hinchados y la cabeza ladeada, veíase a la viuda Benommen, que contemplaba a Capitán Pálido con mirada triste. A su lado, con la boca contraída de rabia y los pómulos como dos manzanas pequeñas, estaba sentado el maestro Mager, tieso como un huso.

El juez, hombre de elevada estatura, bigotes de coracero y nariz encarnada, miraba hacía un rato, con sus ojos bondadosos, severamente a uno y a otro bandolero.

—Oscar Benommen, parece que tú eres el inductor de algunas extrañas fechorías. Cuéntanos cómo fue el hecho.

—Ése, ahí, el pequeño Vierkant, señor juez —dijo la viuda Benommen alzando los brazos—, ha sido el que ha inducido a mi hijo. Tan pequeño como es y tan descarado... Es un demonio.

El corpulento juez sacudió sus bigotes, y mientras Oldshatterhand palidecía y se escurría del banquillo, bramó:

—A callar la boca; y tú, pilluelo infame, levántate y habla.

Capitán Pálido estiró el labio. No dijo más.

—No te hemos de cortar la cabeza —dijo el juez cambiando de tono.

Capitán Pálido, con los brazos colgando y los dedos abiertos, dijo, no en voz de bajo, sino con su voz natural, sonora, y muy de prisa:

—Es verdad, nos encontrábamos allí arriba, en nuestros fosos, alrededor de la fogata de nuestro campamento, dieron las doce, entramos en la viña..., comimos uvas... y nos llevamos un par de racimos; luego nos fuimos a casa.

—Nuestro campamento, nuestro foso, nuestras uvas... ¡Nuestro, nuestro, nuestras! Y ¿dónde fueron a parar esos racimos que cogisteis?

Silencio en el público.

—Miguel Vierkant, ¿dónde fueron a parar las uvas?

Oldshatterhand se bajó escurriendo del banquillo, demasiado alto para sus piernas, y se acercó casi hasta tocar el sitial del juez.

Capitán Pálido le dirigió una mirada suplicante, pero Oldshatterhand no lo advirtió. Extendiendo el brazo, alzó la vista al juez y dijo:

—A la postre, ya no había uvas.

—¡Cómo, pillo! —aulló el juez—. ¿No sabes que las uvas son propiedad de nuestro Príncipe Regente? Y ¿no sabes que el Príncipe Regente ha nacido en Wurzburg? ¡Y vosotros, pillos, le robáis las uvas! ¡Un sapillo como tú, tan pequeño que apenas si se te puede ver, roba al Rey sus uvas!

El juez había herido a Oldshatterhand en su punto sensible. Los labios le temblaron, y muy agitado exclamó:

—Ya creceré.

El juez logró conservar su seriedad.

—Siéntate; a buen seguro que si conocieras al Príncipe Regente le dejarías en paz la viña.

—Ya le conozco. Una vez le entregué un ramo de flores. Cuando la bendición del puente Nuevo. Y hasta perdí mi sombrero aquel día; tan grande fué la aglomeración.

—¿Y crees tú por eso que le puedes robar las uvas? Ahora, oye. Si no confesáis dónde habéis escondido las uvas os encerraré hasta que tengáis canas. Hans Lux..., dime dónde fueron a parar las uvas.

En la frente de Rey de los Aires se marcó la arruga. Estiró el cuello, rechinó los dientes, y nervioso, con los puños pegados a la costura del pantalón, hizo chascar los dedos.

—¿Qué hicisteis...? ¿Salisteis de la viña y...?

—Y las comimos —dijo Rey de los Aires, aludiendo a la cuestión de las uvas. Y añadió—: Bueno; y luego..., bueno..., luego; quería, quería yo..., quería yo leer el

capítulo 127 de *La condesa pálida... o El crimen del bosque*. Pero... bueno..., pero Oldshatterhand quiso que se cantara el himno de los bandidos.

—¡Oldshatterhand! ¿Qué es eso?

—Bueno, quiero decir Miguel Vierkant.

—Y ¿qué himno de los bandidos queríais cantar?

—Bueno; naturalmente, aquel de «Robar, matar, ahorcar es nuestro pasatiempo. Mañana nos ahorcarán...».

—Pero «hoy dejadnos gozar»... ¿No es eso?

—Sí. De Federico Schiller.

—¿Y luego...?

—¡Ehm!

—Que qué hicisteis.

—Luego, registramos.

—¿Cómo?

—Registramos. Aguarde usted, no; la registramos antes.

—Pero ¿qué habéis registrado?

—... Pues... bueno..., todo.

—Pero ¿qué diablos habéis registrado?

—Pues... una liebre de corral.

—¡Una liebre de corral!... Un conejo, querrás decir.

—... Comprado vivo.

—Y luego, ¿qué?

—Luego amaneció.

—Pero ¡demonio!, ¿podrás decirme qué es lo que hicisteis?

—Nada más. Volví a casa de mi abuela.

—Que, cuando menos, te daría una tanda de golpes.

La arruga desapareció de la frente de Rey de los Aires. Irguió la cabeza y, sonriendo, dijo:

—No, no me sintió volver; y no me oyó, porque es sorda.

—¿El qué?

—¡Sorda!

—¡Jorge Bang!

Rey de los Aires se sentó, y, muy intranquilo, dijo al oído a Nube Roja:

—No quiere creer que es sorda.

Nube Roja se quedó con la boca abierta.

—¡Jorge Bang!

Ojo de Gavilán se puso en pie de un salto, como estaba acostumbrado en la escuela. Su ojo postizo brillaba con reflejos blancos y azul-cobalto, mientras que el natural era castaño oscuro.

—No. Hans Wiederschein, tú primero.

El Escribiente, que había asistido a varios juicios con Karfunkelstein, se acercó desembarazado a la mesa del juez.

—Señor Mager, todos estos muchachos han ido a su escuela. Podría usted indicarnos acaso el medio de sacar algo de ellos.

El señor Mager se puso de pie, rígido como un palo.

—Ante todo he de manifestar, señor juez, que estos muchachos asisten aún a la escuela de ampliación y que volveré a tenerlos cuando sean reclutas. Además he de decir que no puedo hacer carrera de ellos mas que con fuertes castigos corporales, con toda la dureza a que estoy autorizado. Tercero, a muchos de éstos ya les dije en primera enseñanza que acabarían en presidio. Cuarto, que estos doce escolares están muy unidos. Prueba de ello que ninguno de estos doce se levantó jamás cuando yo preguntaba: ¿Quién se presta?

—¿Qué quiere usted decir, señor Mager?

—Señor juez: cuando un muchacho ha merecido un castigo ejemplar pregunto: ¿Quién se presta? Hay siempre voluntarios que se ofrecen a sujetar a sus discípulos en la silla mientras se les inflige el castigo.

—Bueno...; gracias, señor Mager —dijo el juez reponiéndose de su asombro.

El juez siguió preguntando, trató de sorprender a alguno, gritó a otro, se mostró jovial, pero en vano. Los bandoleros antes de la vista se habían juramentado con Capitán Pálido para no descubrir «el cuarto» de cuya existencia nadie, aparte de los bandoleros, tenía en Wurzburg noticia.

Oldshatterhand había leído hacía años en *El hombre muerto en la cueva, o perseguido por tierras y por mares* algo referente a puertas de trampa, y después de leerlo se dedicó a golpear los muros del castillo asustándose mucho al dar con un lugar que sonaba a hueco. En unión de Capitán Pálido barrenó, escarbó y aflojó tanto la piedra, que el cierre de la galería subterránea cayó a sus pies.

—Andreas Steinbrecher, acércate a mí y acuérdate de tu madre, que es una honrada mujer.

La señora de Steinbrecher miró a su hijo Winnetou, eludiendo toda responsabilidad.

—¡Confiesa francamente adonde fueron a parar las uvas!

—No volveré a coger más uvas —dijo Winnetou, y sus palabras sonaron a juramento.

—Creo que debemos dejar al fiscal que pronuncie la última palabra —observó el juez mirando resignado a sus adjuntos.

—Theobaldo Kletterer —dijo, rebuscando en sus autos, con voz suave y bondadosa—. ¿Eres huérfano de padre y madre?

—Sí.

—¿No mentirás?

—No.

—Bueno; pues cuéntame, cuéntame cómo fué.

Nube Roja abrió la boca, redonda y negra como una madriguera, y enseñó sus dientes sucios como chocolate. Adelantó un pie y levantó la mano:

—Ardía la fogata del campamento. La Luna iluminaba a la vieja ciudad...

—¿Dónde fueron a parar las uvas?

—Mucha era el hambre en aquel tiempo, y no quedó ni un grano...

El juez pegó un golpe con la regla sobre el pupitre e hizo al fiscal una señal para que rematara.

—Sentaos. También tú, Hans Wiederschein.

—Sí, señor juez —dijo el Escribiente desilusionado, pues le hubiera gustado decir también algo. Se dirigió cabizbajo a su sitio.

El fiscal, después de las palabras de rúbrica, pidió la absolución de los procesados, y que la escuela se encargara de castigarles.

Mientras el fiscal hablaba, la viuda Benommen levantó la cabeza cadavérica, y al concluir volvió a ladearla, mirando tristemente a Capitán Pálido, como si a éste le hubieran condenado a diez años de presidio.

Pero el defensor Karfunkelstein, hombre de baja estatura, se puso en pie. Al principio de cada frase señalaba con el índice hacia el suelo como si allí estuviera escrito todo lo que decía, y sin levantar la vista de aquel sitio pronunció un discurso, un largo discurso:

—Respetable tribunal: Examinemos los hechos delictivos desde el principio hasta el fin. Yo lo suplico, y luego no podrá darse el caso, estoy seguro de ello, de que condenéis a severa pena a los causados.

El juez contemplaba, lleno de asombro, al señor Karfunkelstein, el cual prosiguió:

—Examinen ustedes a los acusados. Son jóvenes, muy jóvenes. Son unos muchachos. Son unos niños. Volvamos a principiar las actuaciones. Tomemos separadamente a cada acusado. Veamos al primero.

El juez miraba a todas partes sin saber qué decirse; miraba al techo, estornudaba colérico, y con la contera del lápiz pegando sobre el pupitre, marcaba el compás de la marcha de Radetzky.

—Examinemos imparcialmente la edad de Hans Lux.

Y mientras Rey de los Aires se erguía y estiraba el cuello, apretaba los dientes y observaba con ojos de fuego a su defensor, cuando éste gritaba: «No tiene este hecho más valor que muchos libros... Volvamos la vista a su abuela. Sorda es la pobre vieja. Tracemos un paralelo entre la casa Lux y la de Oscar Benommen y notemos que la madre del primero es sorda, mientras que la del otro es viuda...».

El defensor siguió hablando de cada uno de los acusados: habló de hambre, miseria, y sólo de pasada, y por consideración a los jueces, como hizo notar, habló de las influencias de las enfermedades de la infancia, para alegar la teoría de la herencia, y pasar a examinar la influencia de la anemia de los acusados, llegando, después de una hora, al punto básico de su peroración, a la literatura popular.

Mientras el juez y el fiscal, desesperados, sacaban el reloj, y algunos medrosos entre el público temían que los jueces hicieran recaer sobre los muchachos la cólera que sentían contra el defensor, demasiado celoso de su misión, y les condenaran a una pena terrible, había llegado el abogado Karfunkelstein a abordar la terrible eventualidad de un error judicial. Y después de una exhortación a la bondad paternal y a la clemencia, terminó pidiendo una sentencia absolutoria para evitar que la vida de los acusados se viera envilecida por la mancha de una condena. Los jueces se retiraron a deliberar, y al cabo de unos segundos volvieron para absolver a los bandoleros, encargando al señor Mager que los castigara. En la sala se oyeron suspiros de alivio, mientras que el señor Karfunkelstein, radiante de alegría, estrechaba las manos de sus clientes, que con gran satisfacción y orgullo habían pasado ocho días encerrados, y sólo temían al día siguiente en que debían de ir a la escuela.

\* \* \*

Oldshatterhand, a quien pegó su padre después del juicio, estaba sentado a las nueve de la noche en el establecimiento «Las bellas vistas al Main», en el raído diván de cuero negro. De vez en cuando miraba a la rubia hija del patrón, que le sonreía algo despectivamente.

—Lleva a padre una media luna para el café —dijo a su hermano La Serpiente.

—Que se levante él a buscarla —contestó éste, mirando a Oldshatterhand y riéndose.

Capitán Pálido, Nube Roja y el Escribiente siguieron el muro del muelle, sin ponerse de acuerdo previamente. Torcieron hacia la derecha y escalaron los siete metros de muro del establecimiento «Las bellas vistas al Main», y penetrando en el salón fueron a sentarse en el diván, junto a Oldshatterhand, sin decir palabra.

En el salón de al lado se oyeron las notas de la ocarina.

—¡Rigodón! —gritó una voz nasal masculina y al punto se abrió la puerta. Dentro apareció una fila de parejas y en medio un hombre de levita, cuya cara aquilina semejaba a la de un papagayo amarillo. Con una elegante reverencia recibía de los hombres los diez peniques del baile, mientras que la hija del patrón, una muchacha anémica y pálida, con el pecho hundido, raspaba una bujía para encerer el suelo.

El hombre de cara de papagayo, encuadernador de oficio y a la vez maestro de baile, tuberculoso, llamado Gipfelmann, levantó la mano.

El acordeón infló su fuelle, y a las palmadas del señor Gipfelmann ejecutaron los bailarines las últimas figuras del rigodón, muy parcamente alumbrados por tres mecheros de gas, hábilmente dispuestos en la sala. Artesanos, areneros y soldados hacían reverencias muy ceremoniosas a las mozas, abriendo mucho las piernas al bailar la polca.

Junto al que tocaba el acordeón, un enano más ancho que alto, acurrucada y tiritando estaba la mujer del maestro de baile, muy parecida a la viuda Benommen.

Sacaba las manos de las mangas, donde las tenía siempre metidas, y sonriendo a su copa de licor, decía: «Esto me es indispensable, no me puede faltar. Sólo una copita», y volvía a meter sus manos temblorosas en la manga. Estaba también tuberculosa y siempre algo borracha. «Baila tú también un poco», decía a su hijo de mejillas hundidas, sentado junto a ella con la boca entreabierta y que de vez en cuando tosía llevándose a los labios el pañuelo color cinabrio, en el que no se distinguía la sangre, volviendo luego a apoyar contra la silla su cara blanca como la harina y de azulados labios.

Un par de días después, un miércoles, murió.

«En Grünewald, en Grünewald se subasta la leña», tocaba el enano a compás de mazurca.

La hija del patrón, enferma del pecho, se acercó al que tocaba el acordeón, y le dijo:

—Toca un poco más despacio.

El enano se inclinó, y la muchacha sacó a bailar al enfermo, con mucho cuidado, dándose encontronazos con un pescador pernicorto que con su pareja galopaba la mazurca por toda la sala gritando:

—¡Más de prisa! ¡Más de prisa!

La madre de La Serpiente, mujer robusta, de suave cutis de un rosa de tafetán y de exuberantes pechos, sujetos por el corsé, dijo, sonriendo, a los ladrones:

—¿No bailan ustedes, señores?

Y sin esperar la contestación, lanzó una mirada de enojo a su marido, hombre pequeño, tocado de un fez mugriento, que estaba mojando una medialuna en su café, y la mojaba tanto que, al tragarla, el líquido le chorreaba por la comisura de los labios volviendo a caer dentro de la taza.

—¿No te da vergüenza, marrano? —le dijo su mujer—. Quítale la taza y llévala a la cocina —gritó a La Serpiente.

Éste se quedó mirando a su madre muy desvergonzadamente, sin moverse de su sitio, y dijo despectivo:

—A mí qué me importa. Déjale que moje.

—Bailen ustedes, señores —repitió animándoles y poniendo la boca chiquitita en señal de amabilidad.

Capitán Pálido estiró, despectivo, el labio, y dijo:

—Como que nosotros íbamos a dar saltitos en el corro.

La Serpiente se echó a reír.

—Anda, vete, Bankert —le gritó la madre.

—No me muevo —repuso, y se recostó contra el mostrador.

La hija del patrón entró con las mejillas coloreadas, y acercándose a su padre hincó los codos sobre la mesa, sosteniendo entre las manos su cara ovalada, y dijo:

—Mira ya ha vuelto *Caro*, el perro de la viuda Benommen. Faltó de casa catorce días. La mujer lo anunció en los periódicos y un aldeano de Versbach lo ha traído



atado de un ronzal. La cuerda le ha raspado un poco el pescuezo.

—Ya tengo comprada una tintura por si tuviera sarna o algo parecido. Y mira... el nuevo peine.

El patrón sacó del pecho un gran peine para perros y miró con cuidado a su mujer.

—Guárdatelo. No hace falta que ella lo vea.

«St... St. Passsss», se oyó fuera. Juan Jacobo Streberle se presentó en la puerta con una muchacha que, avergonzada, se resistía a entrar. Llevaba aún falda corta, un lazo de seda azul sujeto al pelo suelto, rubio rojizo. Sus labios eran como el carmín. El padre de la muchacha había sido tratante en ganado, y habiendo perdido su fortuna se ahorcó en un tilo, en el Schlossberg, dejando a su hija huérfana y desamparada. Pero el encargado del establecimiento higiénico la acogió.

Los ladrones miraron a Juan Jacobo Streberle, que al verlos a los cuatro sentados en el diván uno junto a otro dejó de reír.

—He recibido el encargo de los cristales de las trescientas sesenta y siete ventanas de la clínica, con sus armaduras, pues yo lo hago por dos marcos menos ventana que los otros —dijo metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón y sacando el vientre—. Esto se llama ser listo.

Se oyeron voces de riña, cada vez más próximas. El pescador rojo entró envuelto en la piel de un perro de San Bernardo. Se había echado por encima de la suya la cabeza del perro disecado, con unos ojos verdes de cristal.

La robusta patrona, que en aquel momento se llevaba a la boca un terrón de azúcar, miró, despectiva, a su marido que, muy interesado, se había acercado al pescador, acariciando la piel del perro. De pronto sobrecogióse, pues había reconocido la piel de su propio perro. La patrona había hecho disecar al perro, para llegar así a poseer el salto de cama que deseaba. El pescador se reía a carcajadas.

—Has matado mi perro, mi *Sultán*.

La patrona miró al pescador. Los dos mantenían públicas relaciones. El mismo patrón, que había envejecido de repente, tampoco lo ignoraba; pero no podía hacer nada en contra.

De pronto, el hombrecillo dió un tirón a la piel del perro y se la llevó gritando. El pescador le miró asombrado y exclamó: «¡Y eso qué!», mientras que la patrona golpeaba, regocijada, con un cuchillo sobre el mostrador.

Juan Jacobo Streberle estaba en la sala de baile, donde las parejas se agitaban sofocadas, abanicándose con el pañuelo. Se adelantó dos pasos hacia la hija de la patrona que, sonriendo, recorría de nuevo la sala raspando una vela. El suelo estaba ya reluciente.

La bella huérfana, sentada junto al sajón, bebía una copita de licor. Se mojaba la lengua y luego se relamía los labios. Miraba interrogante a su protector, quien a su vez la contemplaba sonriente, mesándose la barba.

En una mesa hallábase sentado un estudiante del Liceo, con muchos granos en la cara, en la que se destacaba una prominente nariz. El muchacho miraba ansioso hacia

la sala de baile. Cada vez que sacaba el reloj callaban los ladrones, mirándolo codiciosos.

La segunda hermana de La Serpiente, una muchacha de catorce años, en la que ya se adivinaba un principio de flácidos pechos, y con pecas en la cara, cruzó la estancia y salió al jardín.

La Serpiente se acercó a los ladrones y les dijo:

—Vámonos con ella... Haremos algo con mi hermana.

—Yo no voy —dijo Oldshatterhand al punto.

Capitán Pálido y Nube Roja se miraron asombrados.

—¿Qué es lo que van a hacer con su hermana? —preguntó Capitán Pálido a Oldshatterhand.

—Ésos... hacen... cosas.

—¿Qué cosas? ¿Qué secreto es ése?

—Yo mismo no lo sé..., pero algo hacen.

—El hombre libre debe ser leal y franco.

—Será cualquiera nueva tontería —dijo Capitán Pálido poniendo fin a la conversación.

La muchacha se hallaba en el jardín del establecimiento, agazapada bajo los castaños, que se alzaban hasta el cielo.

Cuando los dos muchachos se acercaron a ella se echó a reír y bajó la cabeza.

—Primero yo —dijo La Serpiente al Escribiente—. Mientras tanto vigila tú, por si viene alguien.

La muchacha se metió la primera en el cobertizo oscuro, en el que se guardaban los picos, las palas y otras herramientas.

El Escribiente iba y venía del cobertizo a los castaños, vigilando.

Cuando después de un rato volvió La Serpiente solo, le dijo:

—Entra ahora tú con ella. Entra —y le dió un empujón—. Mientras tanto tendré yo cuidado. ¡Oh, tienes miedo! —murmuró, inclinándose y mirando al Escribiente que, muy despacio, se metió en el cobertizo.

La Serpiente se acercó al escondite, atisbo lo que dentro pasaba y se rió tanto, que tuvo que sujetarse el vientre.

El Escribiente babeaba al salir del cobertizo. Tenía los pelos de punta.

—Éste no puede —dijo la muchacha, marchándose corriendo.

Retorciéndose de risa, La Serpiente señalaba al Escribiente con el dedo:

—¡Oooooooh!

—¡Qué hay! —exclamó éste enojado.

—¡Lo que he visto...! Sabes, la primera vez que vayamos al «cuarto» llevaremos a mi hermana.

—Lleva también a la otra.

—Una sola basta..., una sola nos basta a todos.

Los muchachos volvieron a la sala al oír los pasos de un parroquiano. El Escribiente se sentó en el sofá.

Oldshatterhand, que apenas llegaba a la mesa con la barbilla, sacó un largo puñal para cortar la punta de un cigarro. Estaba prohibido llevar semejante arma.

—Préstame dos peniques —le dijo a Capitán Pálido—. No tengo más dinero y quisiera beber otro vaso de cerveza.

—Aun me debes catorce peniques de la última vez. Yo tampoco tengo dinero para mí.

El estudiante del Liceo salió sin hacer ruido y volvió al poco acompañado del guardia:

—Éste es —dijo.

—Vente conmigo.

Oldshatterhand se puso pálido; al ver entrar al guardia ocultó rápidamente el puñal en el forro del diván; dejó caer el labio en ademán despectivo y le preguntó, blanco como la pared de miedo, pero con desvergüenza:

—¿Qué quiere usted de mí?

—¡Sal, pillito!

El guardia palpó por fuera los bolsillos de Oldshatterhand.

—¿Dónde lo tienes?

—No sé a qué se refiere usted.

—Tiene un puñal muy largo —dijo el estudiante.

—Vacía en seguida los bolsillos.

—Vácelos usted mismo.

Rodeado de espectadores —todos los discípulos de baile habían acudido al cuarto, mientras que Capitán Pálido, tapado por el Escribiente, ocultaba mejor el puñal—, en medio de un gran silencio, sacó el guardia de los bolsillos de Oldshatterhand una larga pluma de gallo toda ajada, tres puntas de cigarro, una caja de latón de resorte, en la que se retorcían unas lombrices, cebo para la pesca; una frambuesa, un puñado de sellos, una flauta, una boquilla de espuma de mar con un barco de vela, que al mirar al trasluz al guardia se le presentó un paisaje alpino con vacas pastando. Un gusano de un rosa pálido salió por la boquilla y se enroscó en el dedo índice al guardia que, asustado, dejó caer la pipa, la que se rompió contra el suelo.

—¿Han visto ustedes el cuchillo?

—¡Bah! ¡Pero si no tenía ninguno! —dijo la patrona bondadosa.

—Y aunque lo hubiera tenido... —exclamó el pescador.

Pero Juan Jacobo Streberle dijo, señalando a Oldshatterhand:

—Yo lo he visto. Tiene que estar ahí.

Sin saber qué hacerse, le registró el guardia los bolsillos del chaleco y sacó diez y siete peniques.

—Los he ahorrado para comprar a mi madre una lámpara para la cocina el día de su cumpleaños —exclamó Oldshatterhand, mirando azarado a Capitán Pálido.

—¿Cómo es que me pides dinero si tú lo tienes?

—¿Es que no me lo crees? Puedes preguntarle a mi madre si no le hace falta la lámpara de cocina.

El guardia, después de mirar debajo de la mesa y del sofá, se retiró apresurado, por causa de la boquilla rota.

—Es como te he dicho.

—Hubieras debido confesarlo en seguida... ¡Dinero secreto! ¡A mí me daría vergüenza!

—Ahora te largarás; pero pronto —dijo colérico Oldshatterhand al estudiante.

Éste, que ya había echado mano a su gorrita negra, se deslizó hasta la puerta.

Los bandoleros se dispusieron a perseguirle.

Pero el estudiante les llevaba la ventaja del miedo y de las piernas largas.

Sin disminuir la distancia persiguieron al fugitivo, pasando por delante del guardia, sobre el puente Viejo, y a través de las tortuosas callejuelas. Al llegar a la Buttnergasse se pegó un encontronazo el estudiante contra la puerta de su casa y a saltos subió las escaleras. Luego asomado a la ventana, sacó la lengua a los bandoleros, que en aquel momento llegaron a la casa.

La frambuesa rasgó el aire y parecía ir a parar a la boca del estudiante; pero se estrelló en su cara, haciéndole abrir los ojos de espanto. La cabeza desapareció de la ventana y los bandoleros oyeron un ruido de cristales rotos. Luego, silencio.

Un par de horas después trepaban los bandoleros por el muro del restaurante, pues la puerta ya estaba cerrada, y deslizándose por el jardín oscuro vieron a través de la ventana al pescador con la patrona en el sofá. Oldshatterhand gritó horrorizado:

—¡Fuera, fuera; yo me voy!

De pronto La Serpiente salió de debajo del sofá y señaló con malicia hacia los dos.

Su madre y el amante dieron un salto y empezaron a imprecarle. La Serpiente escapó por la cocina y los ladrones por el jardín.

A la mañana siguiente unos areneros sacaron del río al pequeño patrón ahogado, que tenía asida fuertemente la piel mojada del perro.

\* \* \*

De la clase de al lado salía el monótono sonsonete de la lectura; pero los setenta discípulos del señor Mager permanecían inmóviles, en medio de un silencio sepulcral.

El señor Mager estaba sentado en su mesa, mondando una manzana, la partía en pedacitos, le quitaba las semillas y luego la extendía sobre una rebanada de pan, como hacía siempre al empezar la clase.

Capitán Pálido, Ojo de Gavilán, Oldshatterhand y Duckmäuser estaban sentados en el primer banco, y en el último Rey de los Aires, Nube Roja y el Escribiente. Los otros miembros de la partida estaban confundidos entre los demás escolares.

Winnetou estaba en su casa, enfermo, en cama, con fiebre.

A los reflejos del gas brillaban las caras, recién restregadas de jabón, de los aprendices. Los pelos, aun mojados, estaban de punta, y sus cabezas parecían erizos puestos en fila.

El señor Mager era muy exigente en cuestión de limpieza.

En el cuarto de al lado se oyó una voz profunda de hombre y luego una voz infantil. Parecía que aquellas voces salían de una cueva.

El señor Mager limpió su navaja, puso la hoja contra luz y volvió a limpiarla. De pronto se levantó, se pasó la mano por la barba roja, luego por su calva pálida para volver a mesarse la barba, y sonrió. El señor Mager sonrió a los discípulos del primer banco.

Tenía el señor Mager una manera especial de frotarse las manos. Entonces, como siempre que estaba contento, frotábase el dorso azulado de su mano gotosa con el dedo índice. Miró al reloj, y acercándose a la pizarra dijo:

—El famoso pintor Alberto Durero tenía un contrario que afirmaba ser el mayor artista de todos los existentes —y se puso las manos en las caderas, mirando, siempre sonriente, al banco de los bandoleros—. Los dos maestros acordaron hacer cada uno un dibujo, y el que mejor lo hiciera sería en lo futuro considerado como el mayor artista... El uno dibujó noche y día, durante medio año, y presentó tan prolijo trabajo al tribunal. Entró Alberto Durero sin llevar dibujo alguno, y los jueces le preguntaron, con enojo, dónde lo tenía. Él, quitándose la capa, dibujó en un cartón un círculo, de un trazo, marcando un punto en el centro. Todo a pulso. Cuando los jueces lo midieron se encontraron el círculo tan perfecto como si hubiera sido trazado a compás... Desde aquel momento se tuvo a Durero por el mayor artista —concluyó el señor Mager, tratando de describir en el encerado un círculo y marcando con energía un punto dentro de él—. Cuando tenía vuestra edad lo hacía mucho mejor que ahora —dijo, al notar que el círculo le había salido algo desigual—. Ahora, ensayad eso hasta la lección próxima... ¡Catecismos!

Setenta catecismos se abrieron en los bancos.

—Señor maestro, tengo que salir —dijo Ojo de Gavilán.

Y no volvió. Sus nervios no le permitían esperar unos golpes seguros.

Ojo de Gavilán no era cobarde. El invierno pasado se tiró desde las murallas del muelle al Main helado, para salvar a un niño de pecho que la niñera había dejado caer al río y había conseguido extraerlo felizmente. El ojo que le faltaba se lo habían saltado en lucha con cinco estudiantes, a quienes desafiara. Pero no podía soportar aquel refinamiento del señor Mager de aplazar los golpes seguros.

El señor Mager envió a Seidel, su mejor discípulo, a buscarle; pero éste volvió a entrar, diciendo:

—Señor maestro, ya no está ahí.

El señor Mager frunció el ceño y exclamó:

—¡Miguel Vierkant, sal!

Oldshatterhand echóse sobre la silla. Seidel le sujetó por la cabeza. Oldshatterhand gemía al silbido de la varita del maestro Mager.

Para los otros bandoleros, entre tanto, había sólo un problema: a quién le tocaría después de Oldshatterhand.

Pero a todos le llegó su vez. Al acabar con cada uno, decía el maestro Mager, sin resuello:

—Por hoy, estos seis golpes; la próxima vez otros seis, hasta completar los veinticuatro. Lo que siento es no poder dar doce de una vez.

Los demás escolares contemplaban la escena con los ojos muy abiertos. La carita del señor Mager habíase puesto muy encarnada.

Seidel apenas podía sujetar al Escribiente, que se resistía rabiosamente.

—¿Quién se presenta? —exclamó el señor Mager.

Cuatro muchachos se levantaron. Duckmäuser hizo el ademán; pero se quedó sentado.

El Escribiente arrojaba espuma. Como en éxtasis, bramaba en todos los tonos: «¡Ay, ay, ay!», y pataleaba de tal modo, que el señor Mager se pegó él mismo con la vara en los nudillos. Lleno de rabia, gritó:

—¡Miguel Vierkant! ¡Afuera! Sujétale.

Oldshatterhand no se movió.

El señor Mager se abalanzó sobre él y le empujó hacia la silla:

—Sujétale.

No se movió. De pronto dijo en voz baja:

—Señor maestro..., yo no lo sujeto.

Y hasta sus labios palidieron.

Absorto se quedó Mager mirando a Oldshatterhand, y empezó a cruzarle la cara con el bastón. Oldshatterhand ni siquiera levantó la mano para defenderse. Los ojos se le nublaron y cayó al suelo. Se repuso, y levantándose lentamente, volvió a dirigirse a su asiento. En su cara podían verse los verdugones que le había hecho la vara.

—¡Hans Lux, ven!

En la frente se le marcó la arruga. Irguió el cuello. Los cuatro ayudantes estaban preparados. Rey de los Aires cogió la silla por el respaldo, la colocó bien, se echó sobre ella, moviéndose hasta encontrar la posición exacta, y recibió los golpes.

Los cuatro ayudantes dejaron caer los brazos que ya habían extendido para sujetarle.

Los muchachos acostumbraban a hacer presa, con la mano abierta, en la cabeza de sus camaradas, clavándoles las uñas en el cuero cabelludo y gritándoles: «Garra de cuervo», al mismo tiempo que le sacaban la lengua. Oldshatterhand tenía al volver a

casa un solo sentimiento: como si una mano negra asiera su corazón y le gritara: «Garra de cuervo». Se estremecía y sentía un sabor a sangre.

—Ahora tenemos que marcharnos a las praderas de América e incendiar toda la ciudad. Fuera, fuera de aquí.

Y luego se reía como un loco:

—¡Ji, ji, ja, ja...!

Los bandoleros no le contestaron. El Duckmäuser pasó a corta distancia a su lado, mirando sin cesar a Oldshatterhand.

Llegaron así hasta el Puente Viejo. Oldshatterhand les seguía a alguna distancia, preguntándose el porqué sus amigos no le habían contestado. ¿Acaso porque en aquel momento pasaba una pareja amorosa abrazándose? Le parecía que su corazón goteaba sangre incesantemente, y empezó a tener miedo.

La ciudad estaba envuelta en densa niebla. En el puente de los Santos no podían distinguirse las luces. De pronto recibió Oldshatterhand un golpe en la cara que le hizo ver las estrellas y oyó una voz que le decía:

—¡A la derecha!

Vió por un momento un uniforme y las insignias de un suboficial y luego sólo niebla.

Ojo de Gavilán estaba sentado sobre una piedra delante de «Spitäle», con los codos en las rodillas, la cabeza apoyada en las manos, mirando con envidiosa melancolía a los ladrones que se acercaban y que ya tenían tras sí la primera tanda de golpes.

Ojo de Gavilán no se atrevía a volver a casa ni al taller. Durante unas noches durmió en un carro de basura, que le tenían sin darle empleo debajo del primer arco del puente, hasta que el guardia de las piernas torcidas le encontró y se lo llevó al señor Mager.

## Capítulo Cuarto

El hielo del Main se amontonaba en las bodegas de cerveza; florecían los saúcos y las lilas en los fosos del castillo, y las colinas que circundaban a Wurzburg blanqueaban de frutales en flor, que en sus ramas dejaban ver sólo alguna que otra mancha verde.

El señor Mager había licenciado a los bandoleros de la escuela de perfeccionamiento, recordándoles que se volvería a ver con ellos cuando ingresaran en filas. Todos ellos tenían ya derecho a afeitarse en la barbería del señor Rein, menos Oldshatterhand, que desde los doce años no había crecido ni el grueso de un dedo. Parecía un chico de la escuela y sólo les llegaba a sus camaradas al pecho.

Era éste un gran dolor para él, que le hacía excitable y quimerista. Era capaz de arrastrar a los bandidos a las más peligrosas empresas, para cambiar al cabo de un minuto y sentirse aplanado por varios días, durante los cuales estallaba en terrible cólera por cualquier pequeñez, o se sentía dolorosamente herido.

Una gran pena acongojaba, sin embargo, a Oldshatterhand. Cuando hablaba de la salvaje América le decían los otros: «Sí; pronto. Espérate un poco».

Ninguno de ellos creía ya en ello. Pero no lo confesaban. Jugaban con la ilusión de su juventud como con una pelota; ya sólo parodiaban en voz baja la comedia, y estaban dispuestos a renunciar, entre risotadas, a toda América a la primera ocasión.

Pero como Oldshatterhand insistiera siempre: «Ya es hora de partir. Las praderas están cubiertas de hierba, acaso ya se hayan iniciado las luchas sangrientas. Ya se habrán desenterrado las hachas guerreras. Allí hacemos falta y nos necesitan, y aquí no hacemos nada», los bandidos le contestaban que si tanta prisa tenía, podía él adelantarse, que ya le seguirían. Oldshatterhand, atormentado y lleno su corazón de anhelo, callaba, y asistía, sin interés y amargado, a las funciones de circo que la partida de bandoleros daba entonces en el Schlossberg. No hacía mucho que había pasado una compañía de circo por Wurzburg.

Todos hacían lo mejor que sabían, pues había también algunas muchachas entre los espectadores, sentadas sobre el césped. Fué el principio de la decadencia de la partida el gustarles tener público.

El éxito fué grande. Colgaron un trapecio de la rama de un tilo. Rey de los Aires, en pantalón ceñido y camiseta de un verde rabioso, igual que un artista de circo, rumiaba sentado sobre el trapecio.

El sol se ponía tras los tilos, y las siluetas de los bandoleros proyectábanse en largas sombras sobre el césped del Schlossberg.

Capitán Pálido se mantenía alejado, con los labios estirados despectivamente, viendo cómo Rey de los Aires soltaba el trapecio con un gran grito, y después de hacer un volatín caía al suelo de pie. «Eso no es nada. Ese ejercicio no hace



desarrollar la fuerza», decía Capitán Pálido al Escribiente, que iba vestido de clown con un traje de su hermana. Pero una muchacha de trenzas castañas decía: «Ése puede ya ir al circo». Y el Escribiente dió los más atrevidos saltos y anduvo con la cabeza hacia abajo delante de la muchacha de las trenzas castañas.

Para consolidar su fama, que iba disminuyendo, levantó Capitán Pálido un bloque de piedra muy pesado, lo que nadie podía hacer más que él. Pero al tirarse desde lo alto Rey de los Aires para agarrarse al trapecio y volverlo a soltar para asirse de nuevo a la rama del tilo, salió un grito de todos los espectadores. Rey de los Aires había caído al suelo de bruces sobre la hierba sujetándose la pierna y gimiendo. Se había roto una pierna y desde aquel momento pareció ser suya la jefatura de la partida.

Todos le rodearon admirados y asustados.

Duckmäuser se deslizó junto a ellos, no atreviéndose a mirar.

El sol se había puesto ya. Los gusanos de luz brillaban en la oscuridad. El césped despedía su fragancia, embalsamando el ambiente. Junto al lugar de la representación se hallaba el campo de instrucción de los soldados de Intendencia, rodeado de un foso profundo y de una empalizada. Un caballo relinchaba en la arena del campo.

Capitán Pálido tomó una resolución desesperada, y sin decir nada a nadie saltó con una carrerilla de cinco metros el foso y la empalizada, se subió al caballo que coceaba furioso, y sujetándose con pies y manos dió una vuelta a la pista.

La admiración de los espectadores se volvió hacia él.

Capitán Pálido estaba abrazado, contra su voluntad, al cuello del caballo, como un indio a su cabalgadura.

Como locos, gritaron los bandoleros:

—¡Cuidado, cuidado! ¡Un brigada!

El brigada, rojo de cólera y con el látigo en alto, corría detrás del caballo. Capitán Pálido se cayó al suelo enarenado, describiendo una gran curva, y seguido del brigada salió de la pista corriendo, seguido de los espectadores y de las muchachas, Schlossberg y Felsengasse abajo.

La fama de Capitán Pálido y su jefatura estaban de nuevo aseguradas. Jadeante, exclamó:

—¡Si mi hermano de América hubiera visto esto!

Rey de los Aires habíase quedado solo, gimiendo al pie del tilo.

Oldshatterhand volvió a subir al Schlossberg y se sentó en el zócalo del Cristo, que parecía desfigurado por las muchas capas de pintura y de gotas de sangre con que los siglos le habían embadurnado. En la estatua se leía:

En este lugar Alois Würz  
con su carro de heno se despeñó.  
Murió al punto con su caballo.  
Era un hombre piadoso,

y se fué con el carro derecho al cielo;  
lo cual no se podría decir de su caballo.

Sobre la ciudad se cernía la neblina y el humo. Era ya casi de noche. Sonó la campana de una iglesia. Oldshatterhand se sentía deprimido. Contrajo sus músculos, contuvo la respiración y, expeliendo con fuerza el aire retenido, exclamó: «¡Pah!»; pero ni aun así sintió alivio.

Entre los tilos resplandecía la ropa, puesta a secar. El viento la inflaba simulando gruesos vientres humanos. Oldshatterhand aguzó la vista en aquella dirección y tenía miedo; pero no se movió del zócalo, con el oído puesto en el tono inexplicable que venía de la ciudad: un suspiro terrible, como si fuera expresión de todo el dolor de los hombres y los animales.

Detrás de una loma apareció la cabeza de Duckmäuser, que observó a Oldshatterhand, y arrastrándose se acercó a él con gran sigilo.

Duckmäuser tardó unos minutos en salvar la distancia de diez pasos que le separaba de Oldshatterhand, hasta que, sin que el otro lo notara, se sentó en el zócalo junto a él.

Ya había anochecido por completo.

Duckmäuser permaneció un rato sin moverse y conteniendo la respiración. De pronto dijo:

—Por... por...

—¡Ah!... —exclamó Oldshatterhand, y se tiró del zócalo; pero volvió a recobrar una fingida indiferencia, manifestando su asombro porque el otro se había atrevido a sentarse junto a él. El despreciado Duckmäuser hacía años que no había cambiado palabra con los ladrones.

—Algo... me... ha picado...; por eso me asusté —dijo Oldshatterhand.

—Por... porque quiero ir... a los indios, por... por eso he ensayado el arrastrarme ante el enemigo —dijo Duckmäuser, terminando su frase.

—¿Tuuuuuuuu... a... a los indios?

Oldshatterhand se sintió terriblemente asombrado e indignado. Pero al ver a Duckmäuser que alargaba la cabeza, se ponía rojo como la amapola y hacía esfuerzos por hablar. Pensó Oldshatterhand, avergonzado, que no procedía que tartamudease y se propuso hablar sólo con palabras de sencilla pronunciación:

—¡Oh, no! Tendrías que aguantar que te pincharan la barriga con astillas envenenadas, que luego se encienden. ¡Oh, no!... Yo sí lo aguanto. Yo aguanto cincuenta cerillas ardiendo en el vientre. Y aunque hubiera de quedarme ciego no me importaría nada.

—¿Ceeee... rillas... di... ces?

—¡Oh!, sí... Yo como serpientes venenosas como pasteles.

—El sorprender al enemigo, eso es lo principal... Pues no hay mas que clavarle un puñal en el corazón.

—¡Bah! ¿Y es eso noble?

—Soy monaguillo, y por tocar las campanas me dan setenta y cinco peniques al mes.

Oldshatterhand montó en cólera. Él, lo mismo que Nube Roja y La Serpiente, habían solicitado tocar las campanas por cobrar los setenta y cinco peniques; pero no le admitieron por ser muy pequeños.

—¡Bah!... También yo iba a tocar las campanas a tu clerigalla. ¿Es eso oficio de hombres? Pero si pretendes ir a los indios, tienes que aprender a nadar lo menos media hora debajo del agua... Y así..., con los ojos abiertos..., por si por encima pasara una canoa.

—Se... se... setenta peniques me dan al mes.

En aquel momento apareció el carretero Jerónimo Griebe en la obscuridad, y al ir a santiguarse se quedó asustado viendo las dos sombras sentadas en el zócalo.

Duckmäuser pegó un salto.

Sin decir palabra, el señor Jerónimo Griebe cogió a su hijo de la mano y lo alejó de Oldshatterhand, que se quedó sentado, viendo despectivo cómo los dos se alejaban hasta desaparecer en la obscuridad.

\* \* \*

La bella hermana de Winnetou tuvo un hijo. Toda la ciudad sabía que era del capellán.

A las pocas semanas le dieron al capellán la mejor parroquia de los alrededores de Wurzburg y la muchacha se fué de ama de llaves. Ante los hechos callaron las murmuraciones.

Pero la madre se puso enferma del susto y de vergüenza. Le dió una pulmonía y entró en el período agónico.

Con energía, y sin pronunciar palabra, hizo señas a Winnetou para que se sentara en el sillón, junto a la cama. Winnetou se sentó y la miró de frente.

Se oyeron pasos que se acercaban. Entró el corpulento párroco revestido de casulla y seguido de los sacristanes y monaguillos. Winnetou se puso en pie.

Duckmäuser acercó el incensario, mirando a Winnetou con aire de importancia.

La enferma recibió los Santos Oleos. El sacerdote y sus acólitos se arrodillaron junto a la cama y rezaron. Winnetou, entonces, se arrodilló también.

El sacristán fué el primero en incorporarse, y cogiendo al sacerdote por debajo de los brazos le ayudó a levantarse.

Cuando Winnetou se quedó solo con su madre volvió a sentarse en su butaca, como antes.

Automáticamente volvió la cabeza hacia la moribunda; contempló aquella cara pálida, rodeada de una toca plisada y almidonada, y se inclinó de pronto hacia ella; le parecía que su madre se había vuelto mucho más joven. Las huellas de la severidad habían desaparecido de su cara. En vez de éstas, observó Winnetou una expresión de

felicidad creyente en su rostro, alargado y dulcificado. A Winnetou le invadió una especial sensación y un anhelo de que semejante estado perdurara. De pronto temió que su madre abriera los ojos y de nuevo le mandara severamente sentarse en la butaca. No apartaba la vista de su cara, y se lamentaba en su interior, y sin palabras, de sentir temor en aquel momento tan dulce, que de seguro no volvería, y cayó de hinojos, sollozando al lado de su madre, que había abierto los ojos, y suavemente, con extraordinaria bondad, le acariciaba el cabello.

Winnetou lloraba profundamente. Su cuerpo se estremecía. Se sentía invadido de una felicidad apenas llevadera. En medio de sus lágrimas empezó a cantar bajito. Tenía plena convicción de que si dejaba de cantar por lo bajo no podría llorar más ni tampoco ser feliz.

Mientras que Winnetou dejaba correr el llanto, dando lugar a la emoción que la falta de cariño de su madre durante toda su vida le había hecho sentir, la moribunda le acariciaba cada vez más débilmente, hasta que dejó caer el brazo en el borde de la cama. Su vientre se hinchó y echó a Winnetou a los pies de la cama.

Bañado en lágrimas miró Winnetou a su madre; salió del cuarto, y entre risas y sollozos avisó a la cocinera que su madre había muerto.

La cocinera miró a Winnetou aterrada al verlo reír, y corrió al cuarto de la difunta.

Winnetou salió y, sin saber adonde dirigirse, se encaminó rápidamente en dirección a la ciudad.

A su lado caminaba una vieja pequeña y gruesa, apoyada en unas muletas, que se dirigía a la parada del tranvía. Ésta se volvió al coche que velozmente se acercaba, y agitando desesperada una muleta gritó:

—No llegaré nunca. ¡Santa María, no llegaré nunca!

Winnetou miró a la vieja y se puso en medio de la vía.

El conductor tocó el timbre.

Winnetou hizo como si no oyera, para obligar al conductor a moderar la marcha, y muy lentamente siguió andando hasta la parada. La vieja corría apresurada.

El conductor, furioso, tocaba el timbre sin cesar. Los viajeros gritaban alarmados. El coche se acercaba a toda marcha. Winnetou volvió la cabeza, palideció y siguió andando despacio por la vía. En el último momento echó el conductor el freno y paró en seco. Winnetou dió un salto y se apartó de la vía.

Temblando de cólera y de miedo, se apeó el conductor para ver si Winnetou estaba herido.

Mientras tanto la vieja se había montado en el tranvía.

El conductor y los viajeros regañaron a Winnetou, que les miraba con gesto atrabiliario como si hubieran cometido con él alguna injusticia.

Un viejo canoso que estaba sentado a la ventana de la casa de la esquina fumando su pipa se levantó penosamente y amenazó con el puño a Winnetou, que en aquel momento volvía la esquina.

El Escribiente y Capitán Pálido le salieron al paso.

—Ven conmigo a tirar —le dijo el capitán, llamando aparte a Winnetou y enseñándole una carabina nueva—. Iremos al cuarto de Ojo de Gavilán y allí tiraremos. Ven con nosotros.

—No voy..., voy a otra parte —dijo Winnetou tomando el camino de la iglesia.

Los otros le miraron enojados.

El oficio divino había empezado ya. Winnetou se persignó y se sentó. Al oír las palabras latinas del sacerdote y el lejano tintineo de la campanilla del monaguillo en las amplias naves de la iglesia volvió a sentir el placer del anonadamiento que ya experimentara en el cuarto de su madre moribunda.

Le invadió el cansancio y se quedó dormido.

Los acentos del órgano le despertaron. Entonces se dió cuenta Winnetou que la devoción y la fe no se compaginaban con sus ideales de bandido.

Salió silenciosamente de la iglesia y se recostó contra el muro, desde donde vió alejarse, calle abajo, al Escribiente y al capitán, que le habían estado espionando.

Winnetou miraba a los dos bandoleros, cada vez más pequeños, alejarse, hasta que se convirtieron en dos puntos diminutos y desaparecieron de su vista. Volvió a entrar en la iglesia.

Los dos bandoleros llamaron a la puerta de la madre de Ojo de Gavilán, y al no recibir respuesta subieron hasta la buhardilla, donde Ojo de Gavilán, que aun estaba en la oficina, dormía.

En la mesilla de noche, junto a la cama, había un vaso de agua con un ojo de cristal dentro. De la pared colgaba una pipa debajo de una estampa de San José. Una ardilla saltaba dentro de su estrecha jaula, inquieta y sin cesar. Ojo de Gavilán la había cazado en los tilos del Schlossberg.

Frente a la ventana se alzaba un muro, en el cual había un gorrión.

Capitán Pálido apuntó largo rato y disparó por fin.

El gorrión siguió, como antes, espulgándose las plumas con el pico.

Y mientras los dos discutían si el gorrión estaba o no herido, se echó éste a volar.

—La bala describe una parábola, porque la distancia es muy grande... ¿Cómo sería, sino, posible?... —dijo Capitán Pálido tomando un blanco más cercano—. Sujeta la carta —dijo cogiendo el as de corazón de la baraja de Ojo de Gavilán.

—¿Y si me das en el dedo?

—¡Daré en la carta!

El Escribiente se colocó al lado de la ventana y, extendiendo el brazo, sujetó la carta por el ángulo inferior.

—Apunta un poco más hacia la derecha. Lo prefiero; si no, me das en la mano.

Capitán Pálido apuntó largo rato, disparó y atravesó la carta por el centro. El Escribiente respiró.

—Ahora, sujeta tú la carta.

Capitán Pálido cogió la carta, pero no por una punta, sino bordeándola con sus dedos. Estiró los labios y dijo:

—¡Dispara!

El Escribiente se asustó, distendió sus músculos, apuntó y atravesó la carta. Capitán Pálido la dejó caer despectivamente.

—Me dejo poner el vaso en la cabeza que me lo dispares... Eso es ya algo —dijo el capitán, y se puso en la cabeza el vaso que contenía el ojo. Se le vió palidecer.

El vaso saltó hecho pedazos. El ojo rodó debajo de la cama. El Escribiente lo volvió a recoger.

—Sostengo el ojo entre dos dedos —exclamó lleno de entusiasmo.

—No corres peligro alguno.

—... ¡Dado!

El ojo voló por la ventana.

—Estaba visto —dijo Capitán Pálido encogiéndose de hombros.

El Escribiente se dió cuenta de que le faltaba la uña y que por la muñeca le corría un hilillo de sangre.

—¿A ver?... Ya volverá a crecer...

—Fue un buen blanco —dijo el Escribiente, levantando la mano con gesto dolorido—. Pero el ojo se ha fastidiado.

Los bandoleros se sintieron invadidos de un espíritu destructor. Dispararon contra el suelo, contra los angelitos pintados en el techo, contra los papeles de la pared, atravesaron el San José... El Escribiente disparó contra el cántaro; el agua se derramó por el suelo. Disparaban ya a ciegas, die sen donde diesen. Rompieron el cristal de la ventana; el edredón quedó agujereado con numerosas quemaduras. La ardilla se agitaba en su jaula; de pronto se paró, mirando a los bandoleros con ojos inteligentes, y volvió a agitarse. La habitación estaba llena del humo de la pólvora. Los bandidos, sofocados, cogieron las sábanas y las echaron al suelo sobre el agua; pusieron los colchones en la ventana, volcaron las mesas, corrieron la cama de su sitio y escaparon escaleras abajo.

Hacia las ocho estaban enfrente del «Spitäle».

Ojo de Gavilán venía de su casa, y al verlos se metió las manos en los bolsillos y pasó de largo.

Le miraron riéndose. Ojo de Gavilán se volvió y, sonriente, les lanzó una mirada despectiva y siguió adelante. Desde aquel día no se trató más con los ladrones.

—¡Santo Dios, hemos olvidado el mejor blanco!

—¿Cuál? —preguntó Capitán Pálido.

—La ardilla.

Tomaron el camino de Durrbach, que todos los días, acabada la jornada, hacían a pesar de distar una hora, para beber allí más mosto que el que podían resistir, por serles servido por las dos hijas del dueño y despertar los celos de los aldeanos. La cosa terminaba con frecuencia a golpes, después de los cuales los dos bandidos se creían obligados a volver al día siguiente.

Ojo de Gavilán se entregó apasionadamente a pescar con caña. Pescaba día y noche. Rey de los Aires yacía con su pierna rota en el hospital de Julio. Nube Roja leía dramas clásicos y estaba enamorado de una muchacha bonita, hija de una maestra. Algunos fundaron un club de fumadores, con sus estatutos copiados a máquina, y celebraban sesiones todos los sábados en el restaurante de la viuda Benommen. El Escribiente daba mucha importancia a ir bien trajeado y se cuidaba mucho de su bigote. Era el único que lo tenía. Cuando el señor Rein afeitó por primera vez al Escribiente, lo hizo con gran respeto, pues el padre del Escribiente era un hombre de barba muy fuerte, y era de esperar que el hijo fuera también un buen parroquiano. Le decía: «Señor Wiederschein, mírese usted al espejo y se verá reflejado». Hacía cuarenta años que le había gastado la misma broma al padre, cuando aun era mozo, y no se había olvidado de aquella gracia.

El solitario Oldshatterhand rebuscaba plomo en los fosos del castillo y lo fundía en el «cuarto», para hacer balas antes de marcharse a América. Iba todas las noches al «cuarto» a leer historias de indios. Por entonces pendía de los muros del recinto un mapa de América, en el que aparecían señalados con lápiz los lugares y las praderas que pensaba recorrer.

Rara vez oía los pasos de otro bandolero que se acercaba por los subterráneos. Durante muchas noches dibujaba horas enteras el «animal sagrado». Con el tiempo, nadie iba a verle al «cuarto».

La partida de bandoleros se había disuelto al marcarse las diferencias de carácter y los intereses distintos de sus miembros.

Un acaecimiento reunió un domingo por la mañana a los miembros de la banda por última vez, para una empresa en común.

El empedrado de las calles del barrio del Main hallábase cubierto de juncos y las fachadas de las casitas, hasta el primer piso, adornadas con ramas de haya. Los burgueses vestían sus trajes domingueros. El Sol brillaba. Todas las campanas repicaban. Muchachitas, vestidas de blanco o con lazos rosa, verdes y azules en la trenza, llevando cestas de flores, mujeres tocadas de fiesta, hombres enlevitados, con chisteras muy altas... todos se encaminaban a la iglesia para unirse a la procesión.

La primera estación de altar era el establecimiento del vinatero y panadero Schlauch. El escaparate se había convertido en un altar con su reclinatorio, crucifijo y cirios, adornado con ramas, flores y vasos de cristal de lo mejor de la casa.

Delante de muchas casas, por donde pasaron los romeros, se habían instalado altares por el estilo.

Oldshatterhand, el Escribiente, Nube Roja y los demás que habían fundado el club de fumadores se hallaban ante el «Spitäl», vistiendo sus trajes de domingo.

—Ya veréis cómo él va en la peregrinación. Yo mismo he visto a Winnetou dirigirse con un cirio a la iglesia —dijo Capitán Pálido.

Encima del castillo se vió formarse una nubecilla blanca y sobre la ciudad engalanada sonó el estampido del cañón. La romería se acercaba, procedente de la

iglesia de Burkarter.

El pescador rojo, el señor Mager, el maestro vidriero Juan Jacobo Streberle, el zapatero Wiederschein, el tonelero Benommen, Jerónimo Griebe, todos de levita, con un cirio encendido en la mano, marchaban a paso de procesión, entre las filas de espectadores a ambos lados de la calle, cantando a coro con los niños que dejaban oír sus agudas vocecitas, entre las voces profundas de los monjes y las cascadas voces de las viejas, y acompañados por el ruido de la música de la banda.

A la cabeza iba un viejo que llevaba un crucifijo en alto con un Cristo de plata. Le seguía el pequeño obispo, de pontifical, con la custodia por delante, a cuyo paso todos se santiguaban y se arrodillaban, después de extender la mayoría de ellos un saco en el suelo.

El maestro de ceremonias, un sastre remendón, cojo, se balanceaba sobre la pierna sana y exclamaba alargando las sílabas: «Alabado sea Dios por los siglos de los siglos». Mientras los fieles respondían, se acercó a Oldshatterhand exclamando: «Maldito granuja»; de un golpe le tiró al suelo el sombrero de paja y siguió rezando: «Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar».

Oldshatterhand no se había descubierto al pasar el obispo bajo el palio. Llevaban el palio Duckmäuser, Winnetou y otros dos muchachos.

El golpe hizo que se encendiera la mejilla de Oldshatterhand. Los ladrones se quedaron absortos. Pero no se podía hacer nada.

—Ahí está —dijo Capitán Pálido, señalando a Winnetou, que bajó la cabeza al pasar delante de los ladrones.

El Escribiente dijo, meneando la cabeza:

—¡Dios mío, quién hubiera podido figurarse eso de Winnetou!

Los bandidos le miraron en silencio.

Los peregrinos pasaron, y entre el ruido de las campanas, los cañonazos y la música, destacaban los cánticos de las viejas: «¡Oh María, sálvanos!».

El maestro de ceremonias era hombre rico y tenía una casa grande, con muchas vidrieras, pues el beato sastre era, principalmente, sacristán y celoso practicante, que tenía oficiales para el remendado. Su negocio florecía.

Por la noche, el pescador rojo murmuraba en la taberna:

—Ni una libra de pescado vendería en todo el año si no fuera en la procesión.

Las arterias de su cuello parecían estallar.

—Y ¿qué buen burgués me daría a remendar sus zapatos, si no fuera yo un zapatero devoto y temeroso de Dios? —pensaba el señor Wiederschein, entregando el vaso vacío a la camarera.

Era éste hombre callado y trabajador, con seis hijos a quienes dar de comer.

Antes de que anoheciera, las mujeres quitaron el junco del trecho delante de su casa, regaron y barrieron el suelo. En unos sitios veíase luego limpio, pero en otros, cuadros perfectos de juncos. A las nueve todas las calles estaban limpias. Así lo exigían los ediles de Wurzburg.



Los bandidos, cada uno con una gran piedra en el bolsillo, pasaron indiferentes por delante del guardia en el «Spitäle», doblaron una esquina y se metieron en una callejuela, cerrada por la fachada principal de la casa, con muchas vidrieras, propiedad del beato sastre remendón.

Capitán Pálido distribuyó las ventanas, les recomendó buena puntería, dió en voz baja la orden de tirar, levantó la mano y los cristales cayeron.

Los bandoleros escaparon por la oscura callejuela.

El sastre asomó medio cuerpo a la ventana, como en el escenario de un teatro Guiñol.

Abajo reinaba un profundo silencio.

Aquellos vidrios rotos marcaban el final de la primera juventud de los ladrones.

A la semana siguiente, todos los habitantes del barrio del Main hablaban de lo mismo. Al maestro vidriero Juan Jacobo Streberle le había ocurrido una desgracia. Había cortado un centímetro más estrechos los trescientos sesenta y siete cristales de la nueva clínica, así es que resultaban inservibles. Se vió obligado a pagar la multa contractual y a declararse en quiebra.

Durante un par de semanas anduvo paseándose, triste, por Wurzburg. Su orgullo no le permitía trabajar de oficial. Un buen día desapareció.

\* \* \*

Capitán Pálido, el Escribiente y Oldshatterhand estaban juntos a la orilla del río. Ojo de Gavilán se acercó a ellos con decisión y energía.

A las espaldas llevaba algo metido en un estuche de lona. Parecía una escopeta.

—¿De dónde vienes?

—De caza —exclamó Ojo de Gavilán, sacudió la red y pasó de largo.

—Cuando te digo que se puede hacer eso cada día cinco o seis veces... No le hace a uno daño; se queda uno tan fuerte como antes —dijo el Escribiente a Capitán Pálido, y concluyó—: Nunca hubiera creído que había eso en el mundo. Es colosal.

El Escribiente presentaba grandes ojeras y las mejillas hundidas.

—¿Qué es eso? ¿Cómo se hace? —preguntó Oldshatterhand.

—No es cosa para ti —dijo el Escribiente y sonrió a Capitán Pálido—. Acaso seas demasiado pequeño para eso. Mañana te lo enseñaré.

Los tres siguieron río abajo, hasta el islote de arena, donde se sentaron junto a un pequeño lago bordeado de sauces.

Era una tarde cálida. Las aguzanieves saltaban graciosas en las orillas. Los cuervos revoloteaban, graznando, sobre los campos.

Las nubes rosas desaparecieron con el crepúsculo y en el cielo viéronse las estrellas.

—Ahora, decidme, por fin, ¿cuando nos marchamos? —preguntó Oldshatterhand en voz baja, enroscándose una rama de sauce en la muñeca hasta hacerse daño.

—¡A América! —dijo riendo el Escribiente—. ¡Ja, ja, ja! ¡Oldshatterhand!

Capitán Pálido hizo una mueca.

—Digamos la semana que viene —exclamó muy serio el Escribiente.

—Muy bien..., la semana que viene... ¡Muy bien!

—Por fin..., por fin —dijo Oldshatterhand—. Mejor sería que nos fuésemos ahora mismo, por el sendero de arena hasta Frankfurt, luego por el Rin hasta Hamburgo... Allí hay barcos —y siguió enroscándose el sauce a la muñeca—. Barcos de mar.

Capitán Pálido hojeaba un catálogo de una fábrica de paraguas.

—¿Sabes una cosa...? Ya no hay más indios.

—Ni un solo piel roja existe ya.

—¿Cómo? Hay millones..., millones. Pues ¿y éstos de que cuentan nuestros libros?

—Bueno, queda un par de ellos; pero recientemente he leído en los periódicos que han sido extirpados.

—¡Oldshatterhand, Oldshatterhand! Eres un poco pequeño para ir a América.

—Pero tengo valor y eso es lo principal.

—¡Pues adelante; a América entonces!

Oldshatterhand pegó un salto.

—¿Es que no vais a venir vosotros, cobardes? Habéis estado mintiendo durante todo el año.

—Te diré... He estado aguantando tres años de aprendizaje. Ayer cobré el primer jornal, quince marcos. Igual cantidad cobraré todas las semanas... ¿No sería un animal si ahora me fuera?

—Claro —dijo el Escribiente—. Yo tengo ahora cuarenta marcos al mes. Tengo que dar treinta a mi madre; pero diez son para mí. Ahora la cosa ha cambiado —concluyó pensativo.

—Con el jornal de la semana próxima me compraré un paraguas. —Capitán Pálido señaló en el catálogo—. Ocho marcos cuesta. ¿Qué os parece? Ocho marcos por un paraguas —se reía graznando y no podía estarse quieto—. Pero es tan ligero como un portaplumas y todo de seda.

Ya era bien entrada la noche.

Oldshatterhand se levantó y se fué, sin decir adiós, con paso lento. Al poco rato las lágrimas le corrían por las mejillas.

Una balsa pasó silenciosa Main abajo. En ella tocaba el barquero el acordeón. Se oía el lejano cantar de una muchacha.

\* \* \*

—¡A dar caldas a las cerraduras! —gritó a Oldshatterhand el maestro Tritt.

A Oldshatterhand le dió un vuelco el corazón.

Si el maestro le hubiera dicho: «Tira un cordel a lo alto y trepa hasta el cielo, Oldshatterhand», lo hubiera intentado con menos miedo.

Nunca había el maestro Tritt forjado una cerradura sin que los aprendices que habían de ayudarle temblaran y sin que a las miradas del maestro siguieran los cachetes. El cachete no era lo peor, sino el intervalo entre la mirada y el golpe, que no se sabía cuándo había de venir ni cómo podría evitarse, pues la mirada de los ojos verdes fascinaba.

Las cerraduras eléctricas del señor Tritt eran famosas en todo Wurzburg. Debíase a que el señor Tritt forjaba los resortes con el mejor acero, al claro fuego, y que los trabajaba a mano, a fuerza de lima, los ajustaba, para que se acomodaran a la nueva cerradura eléctrica del carnicero Rücken o del trompeta Wohlleben.

A causa de sus cerraduras había quebrado el señor Tritt varias veces, pues tardaba tres meses en concluir una, que cobraba como si hubiera invertido una semana en hacerla. Pero como si Dios protegiera el delicado trabajo del señor Tritt, cada quiebra coincidía con la muerte de su mujer de entonces, de modo que el señor Tritt volvía a casarse con otra que le traía nuevo capital. Esto no le era difícil, pues el señor Tritt era un hombre guapo y manguero segundo del cuerpo de bomberos de la ciudad.

Oldshatterhand limpió de ceniza la fragua, sopló hasta el último polvillo de los rincones, sacó nuevos pedazos de carbón y puso ramas de pino, elegidas sin resina, soplando luego, hasta formar una llama límpida. Muy asustado, sacó una brizna de paja que empañaba el fuego, le preparó el martillo al maestro, las tenazas, otro martillo para él, restregó el yunque con su brazo y esperó.

Pero de pronto, pensando en otro aspecto de la vida, se quedó ensimismado. Sacó fuerzas de flaqueza, corrió hacia el taller, y le dijo al maestro:

—¡Quiero marcharme de aquí!... No aguanto más.

Primero el maestro le miró fijamente; luego, le pegó una bofetada. Después de un empujón, le tiró al suelo. Los otros aprendices permanecieron inmóviles, mientras que al oficial, de risa, se le cayeron los lentes al doblarse sobre el banco.

El maestro siguió trabajando. Estaba ocupado, en uno de los tornos relucientes, en hacer un tornillo de hierro para una cerradura eléctrica, operación en que el más antiguo de los aprendices había de ayudarle a dar vueltas al torno, poniendo toda su alma en ello, como si estuviera tocando el piano.

El maestro apartó el buril del hierro y miró fijamente al aprendiz, que sin quitar ojo del maestro siguió pedaleando hasta recibir la bofetada. El maestro volvió a su trabajo. La viruta de hierro se retorció en espiral buril arriba.

Después que hubo terminado el tornillo, le parecía al aprendiz, sudoroso, que había terminado un examen de piano en el cual hubiera ejecutado una pieza muy difícil. El maestro, como si creyera ser el compositor, se fué muy decidido a la fragua a forjar el resorte.

Oldshatterhand corrió presuroso «al cuarto». Como si no tuviera ni un minuto que perder, cogió el revólver de debajo de la vitrina, y, arrodillándose, prendió fuego a un paquete de cuadernos: *La condesa pálida* o *El crimen del bosque* y a toda la biblioteca.

Contempló aún cómo las llamas llegaban hasta el techo; el humo le obligó a buscar la salida.

De los subterráneos salía, silencioso, un humo blanco.

Oldshatterhand oyó un terrible estrépito: una nube de polvo y de humo, saliendo del subterráneo, se elevó al cielo.

La galería subterránea se había cegado; el «cuarto» quedaba soterrado para siempre. Oldshatterhand permanecía absorto en el foso.

Desde aquel momento desapareció de Wurzburg.

Por la ciudad corrió el rumor de que detrás de un armario de la celda de la superiora del convento Porta Coeli, a una hora del «cuarto», se había elevado una columna de humo.

## Capítulo Quinto

Camino de América, Oldshatterhand marchaba por la carretera.

En el fondo del valle veíase Würzburg. Oldshatterhand se volvió, no para lanzar una mirada de despedida a la odiada ciudad que aparecía envuelta en la neblina de una fina lluvia, sino con tanta indiferencia como si dirigiese su vista a la izquierda o a la derecha, para contemplar un pájaro o un árbol, sin pensar en nada al hacerlo así.

Otras veces deteníase mirando las cunetas, y seguía insensible, sin percibir nada más que una opresión en el pecho.

De pronto vió a un hombre sentado en una piedra indicadora de kilómetros, y se quedó parado ante él. Antes estaba la piedra solitaria y ahora había un hombre sentado en ella.

¿Había salido del inmediato bosque oscuro? ¿Había surgido del interior de la tierra? ¿Había bajado del aire... o... había vuelto del futuro de Oldshatterhand a su realidad presente?

Nunca había visto él un hombre como aquél.

Mas aquel hombre, que ahora se levantaba y parecía más delgado, no tenía nada de particular. Se acercó a Oldshatterhand, quien sintió frío, cual si un fantasma le tocara.

El forastero llevaba un impermeable. Tendría unos treinta años, de labios delgados, de rasgos fuertes y algunas canas entre los negros cabellos de sus sienas.

—¿Permites que te acompañe un trecho?

—Sí; ¿pero hacia dónde va usted? ¿En qué dirección?

—Ahora te acompañaré un rato; luego volveré a andar... Tú quieres dirigirte a la primera gran ciudad para buscar trabajo y ganar dinero... —dijo, más bien que preguntó, el forastero.

Oldshatterhand se sintió avergonzado. Creía haber podido contar a cualquiera sus propósitos y he aquí que no se atrevía a referirlo al primero que se le presentaba. Muy azarado, dijo:

—Me llamo Miguel Vierkant —y al decir esto se le cayó su libro de aventuras de indios, muy manoseado.

El forastero, sonriendo, recogió el libro y pidió permiso para verlo. Lo primero que leyó, en la cubierta, fueron estas palabras: «Tom se dirigía a las praderas de América con el propósito de cortar el hilo de la existencia a todos los blancos que pudiera...». El forastero devolvió el libro a Oldshatterhand.

—¡Ji, ji, ja, ja! —soltó Oldshatterhand la carcajada, con la misma risa vesánica que cuando volvía del colegio—. Acaso sea necio todo lo que se cuenta ahí, y además mentira.

El forastero dijo pensativo:

—Sí; es anhelo... porque es tormento... Hace muchos años que anduve como tú este camino mismo, hasta la montaña, que cerraba la vista a mi juventud y tras la cual soñaba hallar un país anhelado y maravilloso. Vi abajo un valle azul, donde se oía el ruido del trabajo, y descendí.

Oldshatterhand miraba al forastero, mientras que éste contemplaba desde su altura a Oldshatterhand, con ternura y emoción.

De pronto Oldshatterhand sintió un asombro indescriptible al darse cuenta de que renunciaba a ir a América. Siguió una pausa. Caminaba junto al forastero, puesta en él toda su confianza, y de pronto le dijo con voz queda:

—Quiero trabajar... No soy tan débil como parezco.

—No..., no eres débil —dijo el forastero con sonrisa indescriptible.

Silenciosamente, como caído del cielo, iluminó el sol de súbito la carretera, que aquella hora parecía de oro mate. Los manzanos arrojaban sobre ella su movediza sombra.

Dos liebres saltaron de la cuneta y, con las orejas estiradas, echaron a correr por la carretera, recta y sin fin.

—¿En qué trabajas ahora? —preguntó el forastero a Oldshatterhand, como si hablara con su yo anterior.

—Pienso en cómo puede desprenderse del árbol una flor antes de convertirse en fruto, mientras que otra, a su lado, se hace fruto y madura... En eso pienso ahora constantemente... Ése es mi trabajo... Ahora tengo que seguir adelante...

Oyeron el silbido de un pájaro que cruzaba los aires. Al llegar sobre sus cabezas se elevó hacia el cielo.

El forastero echó los brazos a Oldshatterhand y le besó.

Luego se marchó, rápido, a través de los campos, y Oldshatterhand se le quedó mirando hasta perderle de vista, como si se hubiera evaporado en el aire.

Al cabo de un rato vió Oldshatterhand al lado de las mieses un caserío, y que hacia él caminaba un hombre en botas de montar. Llevaba unas gafas doradas con cristales que brillaban y a la espalda una escopeta de caza de dos cañones.

—¿Tienes tiempo? ¿Adónde vas?

—Voy a Francfort a buscar trabajo.

—Si te conviniera podrías ganar seis marcos y la comida. Para ello tendrías que trabajar una semana en mis almacenes escogiendo patatas.

—Sí —dijo Oldshatterhand, y se fué con el hombre.

\* \* \*

Las correas de transmisión de la gran fábrica, de bicicletas de Dresde chirriaban su klipp... klapp... klipp..., golpeaban los martillos..., giraban los tornos y taladros, rechinaban las limas, y todo aquel concierto parecía decir a Oldshatterhand: «¡A luchar! ¡To-re-ro!», como en *Carmen*, que había oído en Francfort antes de pasar a

Dresde, y no podía olvidar aquel pasaje que siempre tarareaba. Era la primera vez que había estado en la Opera.

Trataba de entonar el himno «De boca y corazón, load al Dios del Cielo» o «A quien Dios favorece, le hace caminar por el mundo», y apenas se ponía a trabajar, volvía a resonar en el taller la letra de *Carmen*. Así, durante todo el día...

Por la nave de la fábrica resonó un silbido, primero como un lamento, como si no tuviera aire bastante, y luego como un grito desesperado de dolor salvaje, que cesa de pronto.

Los martillos y las limas descansaron sobre los bancos. Los hombres sudorosos se incorporaron. Las correas giraron más despacio, golpearon más lentamente, hasta que enmudecieron y quedaron colgando, inmóviles. Se hizo el silencio, cual en la noche, como si se despertara de un sueño ensordecedor, salvaje: había llegado la hora de la merienda.

Oldshatterhand tenía su torno junto a la ventana, al lado de un hombre tembloroso, de mejillas hundidas y marcadas ojeras, el cual, sentado entonces en su banco, cortaba cuidadosamente el pan en rebanadas finas que se metía en la boca, abriendo ésta mucho, para que el pan, untado de manteca, entrara de golpe en ella.

A cada rebanada que se llevaba a la boca miraba a Oldshatterhand, y señalándole un frasco de miel dentro del cual tenía una solitaria le decía:

—Ahora me como yo solo mi pan con manteca.

Desesperado, se apartó Oldshatterhand de su lado sin poder ya seguir comiendo.

Volvió a resonar el pito en los cerebros de los obreros. Las máquinas, como seres vivos, volvieron a moverse. Los hombres, aun masticando, se desperezaron y, bostezando, volvieron a coger el martillo y la lima. En los oídos de Oldshatterhand resonó de nuevo la melodía de «¡A la lucha! ¡To-re-ro!».

El silbato de las seis, que señalaba el término de la jornada, sonó ya de otra manera. Lo daba otro silbato de vapor y parecía el flauteo de un pájaro para luego terminar con un suspiro entrecortado.

Los 1200 obreros salieron de la fábrica con la satisfacción y la alegría de ser aquel día de pago, pues era sábado.

Oldshatterhand caminaba, pensativo, a lo largo de la empalizada. Sus dedos jugaban con el dinero cobrado que llevaba en el bolsillo del chaleco. Volvía a invadirle el mismo anhelo que sintiera todo el año, desde su salida de Wurzburg, de ser algo. Quería ser algo. No precisamente ministro o alcalde; pero sí algo que le asegurase el respeto de las gentes. No podía pretender el título de doctor, pues recordaba sus años de escuela y la opinión que de él tenía el maestro Mager, de que era demasiado corto de inteligencia. Cuando pensaba ser algo, recordaba las humillaciones de su juventud y se sentía largo rato deprimido; pero otras veces, aguijoneado, tenía que ser algo que excluyera toda posición subordinada o humillante.

Días antes se había quedado parado en la calle, viendo a un agrimensor que, parco de palabra, dirigía a sus ayudantes y los hacía manejar los palos y el metro. Oldshatterhand se acordó de pronto de Benommen, el americano en el Mississipí, a quien comparaba con el agrimensor. Durante algunos días le preocupó la idea de hacerse agrimensor. El José que vió en la Opera le sumió en un estado de entusiasmo por convertirse en artista, y tal pensamiento no le abandonaba desde entonces. No precisamente actor o cantante, pero sí artista... Acaso allí se le presentara la posibilidad de ser algo.

Cuando Oldshatterhand se tropezaba con alguien bien vestido, que caminaba tranquilamente, sin señales de humillación en su rostro, le seguía ensimismado, y su fantasía le hacía creerse él otro.

En Francfort había sido chico de ascensor durante algún tiempo y los huéspedes del hotel no podían leer en los ojos del muchacho que él, en espíritu, era tan forastero como ellos, cuando con ellos subía en el ascensor.

Oldshatterhand anduvo un largo trecho. Volvió la vista a los inaccesibles, alejados y selváticos jardines, en los que vivían sus sueños y sus anhelos de juventud, rodeados de un muro gris, sin entradas, que sólo se le abrirían cuando él fuera algo.

De pronto se quedó absorto ante un muchacho que tenía una cara sin expresión, como la cera, y unas ojeras violáceas. Llevaba la camisa abierta y enseñaba un cuerpo macerado, con los huesos y las costillas al aire, y cubierto de sudor. Con gran cautela, como si temiera caerse, caminaba el joven a lo largo de la empalizada de una fábrica de cristal, en la cual trabajaba.

Un par de obreros que pasaban se volvieron para ver a Oldshatterhand que se quedaba absorto.

Éste se separó con paso rápido. Volvió a pararse y miró entristecido aquellas siniestras formas que desfilaban a lo largo de la empalizada. Niños, viejos, muchachas, todos rígidos, como de cera cubiertos de harapos: procesión acusadora, que se alejaban por dos horas, de los ardientes hornos de la fábrica de cristal.

—¿Es esto posible? ¿Es esto posible? —se preguntó, y echó de pronto a correr.

Llegó a una amplia calle muy bien asfaltada y muy limpia, con casas todas de igual altura, blancas, de tejados planos. La calle era amplia como un sueño.

Cada vez que se oía ruido de herraduras sé volvía Oldshatterhand, creyendo que se acercaba un jinete; pero los caballos arrastraban un coche, que rodaba silencioso por el asfalto pulido, a lo largo de la calle recta y sin fin. Otras calles magníficas, anchas y largas desembocaban en aquella calle elegante.

Dobló una esquina y luego otra. Esta calle era estrecha y húmeda. Por el suelo se veían residuos de verduras, cáscaras de frutas, pedazos de papel, trapos. Sobre el empedrado estaban sentados unos niños sucios. Olía a cloaca.

En aquella calle vivía Oldshatterhand.

Subió la escalera hasta llegar al techo. La hija de su patrona le abrió y corrió otra vez a la sala. Tenía una cara amarilla, oriental, floja e iba ligera de ropa.



—Acérquese usted, señor Vierkant.

A la izquierda de la muchacha, junto a la que fuera máquina de coser, había un montón de tabaco aromático, y a la derecha un montón de boquillas.

—Tengo aún que hacer hoy setecientos pitillos —dijo manejando con destreza el rellenador y las tijeras—. Éste no me ha salido del todo bien... Este y este otro tampoco.

Oldshatterhand dió las gracias y cogió los cigarrillos, fijándose en las robustas espaldas y en los desarrollados pechos de la muchacha, pues la camisa la tenía baja y muy descolada. La muchacha tenía entreabierta su boca grande.

El novio, un albañil muy atildado, sin cuello de camisa y unas estopas rojizas por barba, entró, y después de mirar a su novia medio desnuda y a Oldshatterhand, dirigió la vista a la ventana. Estaba enojado.

La muchacha siguió trabajando con afán:

—¿Cuánto?

—Cincuenta marcos. La semana que viene sesenta —dijo él de mal talante.

La cara de la muchacha se alegró.

—Puedes ahorrar treinta... Y si sigues ganando tanto, nos será posible casarnos para Navidad.

Oldshatterhand se retiró a su cuarto. Era estrecho como un pasillo. Había en él cuatro camas en fila y ningún artefacto más. En una de ellas dormía un cabrero —en un rincón del cuarto se veía su grasiento cayado—; en la otra, el novio; en la tercera, un idiota de cuarenta años, hijo de la patrona, que sólo podía balbucear, pero a quien de vez en cuando le acometían accesos de furia en los cuales se desnudaba y se abalanzaba con un cuchillo contra su madre. Estaba sentada en la cama con su cena, que consistía en un pepino largo como un brazo con sal y pan.

Junto a la ventana dormía Oldshatterhand, hoy por primera vez, pues había ajustado aquella misma mañana la cama.

Al amanecer soñó que un enjambre de ratones le corría por todo el cuerpo, incesantemente. Sentía el contacto de muchas patas. Metió la mano debajo de las sábanas y sacó un animal aplastado que, corriéndole por la mano, volvió a escapársele.

Las sábanas estaban manchadas con puntitos de sangre de chinches aplastadas.

Llamó a la patrona para decirle que se marchaba.

—En la cama hay chinches.

—¡Ah, quia!

—Muchas.

—No muerden.

—Me han mordido.

—Pero no le comerán a usted.

—¡Comer...!

—No. Aquí tiene usted su café.

—Primero yo —dijo el cabrero.

—Y luego yo —exclamó el novio—. Es lo tratado.

Oldshatterhand esperó hasta que los dos hubieran utilizado la única taza que había.

—Me voy por causa de las chinches.

—¡Chinches! —exclamó la patrona.

El cabrero y el novio se pusieron en pie, amenazadores.

—Y además... la taza no tiene asa —exclamó Oldshatterhand furioso.

El idiota se quitó la camisa. Sus pupilas se inyectaron. Y poniéndose el cuchillo en el ombligo con la punta hacia afuera corrió hacia su madre, que mirando a su hijo de modo enigmático se puso a salvo desviándose.

El cabrero y el novio se reían y echaron al idiota desnudo sobre la cama del primero, donde se quedó acurrucado, comiéndose un pedazo de pan que encontró en la cama.

Oldshatterhand se hallaba ya en la puerta de la escalera, con su maletilla de lona y enojado porque había pagado toda una semana, una cincuenta por adelantado, y no le devolvían el dinero. La novia salió en camisa y abrazó contra su blando cuerpo al escuálido Oldshatterhand:

—Escríbeme tus señas —le dijo.

El novio abrió la puerta del cuarto y la muchacha se escondió en la sala.

\* \* \*

Ya a las seis estaba alumbrado, como si fuera de día, el gran salón de baile y lleno de gente: cocineras, vendedoras, con sus trajes claros de verano; obreros, horteras elegantes, y los suboficiales, corpulentos, altos, esbeltos, con uniformes estrechos, galones y bigotes levantados y pegados a la cara, apenas se distinguían de los tenientes cuando, con cortés reverencia y juntando los talones, sacaban a las damas a bailar con los brazos extendidos y la cabeza echada hacia atrás.

Decoraban el techo y las paredes amarcillos de estuco, y ninfas veladas tocando la trompeta se veían en todos los rincones y nichos.

La música tocó unos compases invitando a la danza, y cesó.

Los caballeros fueron a sacar a su pareja.

Oldshatterhand se levantó y se dirigió a una cocinera pequeña y regordeta con traje de muselina roja, que se había quedado sin pareja y que estaba tiesa como un bastón, con la cabeza inclinada.

—Si usted permite...

Ella lanzó un suspiro de satisfacción. Tenía la pecosa y abultada cara encendida. El corsé sujetaba sus colosales pechos como si fueran los palos de una valla. Tenía la cabeza muy hacia atrás y el pelo recogido en forma de un trompo, formando moño.

Los instrumentos de viento empezaron a tocar, y un suboficial alto y arrogante, con sus brillantes botas de charol, cruzó la sala el primero con su pareja.

Hacía medio año que Oldshatterhand estaba en Dresde e iba todos los domingos al baile con pasión, y bailaba, si el dinero alcanzaba, hasta el amanecer. Sus mejillas estaban flácidas, y sus ojos azules parecían mucho mayores. Con frecuencia le dolía el pecho. Crecía rápidamente, lo que ejercía un beneficioso influjo en su órgano vocal, pues había dejado de tartamudear.

Del brazo de su dama volvió a la mesa; e inclinándose estirado la preguntó:

—¿Usted permite que me siente a su lado? Tendría sumo gusto.

Ella le contestó, limpiándose el sudor con el revés de la mano:

—¡Si eso le agrada a usted tanto!

—¿Permite usted, señorita, que le ofrezca mi pañuelo?

El pañuelo de Oldshatterhand desapareció en la mano gigante de la cocinera. Se lo pasó por la cara, por la boca, y al limpiarse ésta, estiró los labios mostrando su interior húmedo y rosado. Preguntó a Oldshatterhand si era siempre tan galante.

Él se inclinó sin contestar. Llevaba Oldshatterhand una chaquetilla de un amarillo claro, cuyas mangas, por haber crecido mucho, le estaban bastante cortas. Llevaba el pelo peinado hacia atrás. Mientras se retorció los dedos, con las manos debajo de la mesa, preguntó a la cocinera:

—¿Me permitirá acompañar a usted a casa esta noche, señorita? —Y muy cortado, añadió—: No es mi ánimo... ofenderla a usted.

Ella se puso el pañuelo de Oldshatterhand delante de la boca y después de mirarle un rato contestó:

—Hoy no es posible. Duermo en el cuarto de la señora, que no está muy bien... Hoy no. No hay posibilidad.

Se quedó mirando a la cocinera y se echó a reír: ¡Ji..., ji..., ji...! con su risa alocada.

—Las señoras eligen —gritó el director del baile.

La cocinera se inclinó ante Oldshatterhand.

A los pocos días era fiesta y camino del salón de baile se quedó Oldshatterhand parado delante del Museo. Ante la puerta se detenían muchos coches, de los cuales bajaban los forasteros para entrar en el Museo.

Oldshatterhand también entró, andando de puntillas por los frescos salones, admirándolo todo.

Al poco rato se sentó, cansado, en un diván. Muy inquieto, pensó en sus dibujos, que hiciera en el «cuarto» para sacar el animal sagrado, y los comparó con las obras de arte que pendían de las paredes. Confusos e inquietos pensamientos atormentaban su cerebro febril; le asustó el temor de que alguien pudiera leer en su cara tales pensamientos, y haciéndose el indiferente miró cuidadosamente a su alrededor.

Desde aquel día fué todas las tardes, al salir del trabajo, al Museo y aun tenía tiempo para contemplar durante veinte minutos los cuadros.

Ahorrabá el penique y guardaba el dinero ahorrado en una bolsa que día y noche llevaba al pecho. Cuando creyó tener bastante dejó de ir al trabajo; sólo iba al Museo

y contemplaba las horas muertas cómo trabajaban los copistas. Todos le conocían ya y le sonreían al verle llegar.

Lo primero que hacía al entrar era contemplar un pequeño paisaje que volvía a ver antes de salir del Museo. Era un paisaje montañoso, con manchas de praderas, un par de manzanos en flor, un cielo de tormenta, cuyas nubes rasgaba el sol. Le gustaba aquel paisaje, que le recordaba las colinas de la Baja Franconia.

Por cincuenta peniques se compró una caja de colores con su pincel, y desde la ventana de su buhardilla pintó la vista de Dresden.

Así transcurrió el invierno.

\* \* \*

Fué aquél un verano muy caluroso. Los más viejos burgueses de Wurzburg, que no echaran de menos el agua hacía mucho tiempo, tuvieron entonces que decidirse a bañarse en el Main. Los niños se pasaban el día chapoteando en el agua.

Capitán Pálido salía de su taller de encuadernación para ir a su casa a comer. Llevaba ladeado su pequeño sombrero de terciopelo, dejando al descubierto media cabeza. Pasaba con los labios estirados rozando las paredes de las casas y parecía como si con el pulgar fuera empujando hacia atrás el camino al apoyar aquél contra la pared.

Comió rápidamente y subió a su cuarto a ejercitarse con las pesas que acababa de comprar.

Las tenía desde tres libras hasta 280, ordenadas por pesos, en hilera. Las vigas cedían y el techo amenazaba hundirse.

Capitán Pálido había leído un libro: *Para ser atleta*.

Desde aquel día había cambiado radicalmente. Ya no fumaba, ya no bebía y hablaba sólo lo indispensable. El resultado fué que su hermano Benommen el tabernero se enfadó con él, pues adivinaba que perdería la parroquia de los ladrones si a todos ellos les daba por ser atletas.

Capitán Pálido levantó una pesa y la volvió a poner en su sitio, pues la hora del mediodía había pasado. Aspirando con fuerza, midió con un metro el pecho, apuntó la medida y notó con satisfacción que el músculo había aumentado en una semana milímetro y medio. Después de haberse medido el antebrazo y los muslos, se dirigió, pegado a la pared y sin levantar la vista, a su trabajo.

En la Domstrasse se encontró con el Escribiente y vió cómo éste saludaba a la muchacha de las trenzas negras.

El Escribiente caminaba inclinado, y tenía unas manchas rosadas en las flácidas mejillas.

—Eso que me has dicho que se puede hacer todos los días tantas veces como se quiera... es lo más peligroso que hay en el mundo —dijo Capitán Pálido—. Y por lo que respecta a las muchachitas, te digo que en cuanto ves a una, ya no puedes resistirte..., y eso te debilita. ¡Adiós!

Aquella fué la frase más larga que habló en muchos años Capitán Pálido.

Los ladrones habían dejado de reunirse.

Nube Roja se pasaba el día cantando: «¡Hacia el hogar quisiera volver!», pues era miembro de la Sociedad coral «El joven alegre», que también daba representaciones teatrales. Pronto iba a ser la fiesta del aniversario de la fundación, y se ensayaba hacía tiempo la canción inaugural. Nube Roja era el primer tenor. Rey de los Aires era un gimnasta asiduo, y se le había ocurrido, con otros partidarios suyos más jóvenes, dar una función de variedades en un pueblo cercano a Wurzburg. Ojo de Gavilán era miembro activo de la Sociedad de pesca «La Ballena».

Cada uno había elegido su camino. Grande fué, sin embargo, el asombro de los ladrones cuando supieron que Capitán Pálido había obtenido un premio en el club atlético «Músculo», del que formaba parte.

\* \* \*

La pequeña y regordeta señora de Vierkant estaba hacía una hora en el andén de la estación de Wurzburg esperando la llegada del tren. De vez en cuando se limpiaba los ojos humedecidos y sonreía feliz.

Cuando el tren entró en la estación desapareció de sus labios la sonrisa, y con temerosa esperanza y duda miró a los viajeros que salían. Entre ellos salía un joven esbelto, con traje azul a la última moda, corbata a rayas negras y blancas, muy abombada, y bastoncito con reluciente puño de metal blanco, sujeto debajo del brazo, pues se estaba poniendo los guantes de cabritilla.

Se quitó el sombrero e hizo una reverencia a la señora Vierkant, a quien, sonriente, alargó la mano.

Ella la asió con timidez y se llevó de pronto las manos a la cabeza.

Hasta aquel momento no había reconocido a su hijo Oldshatterhand, que había crecido más de una cabeza.

—¿Te has comprado un impermeable? —le dijo, su madre asombrada.

## Capítulo Sexto

Los bandidos hallábanse reunidos en el cuarto de Capitán Pálido en honor de Oldshatterhand, que había regresado.

Winnetou faltaba.

Los fundadores del club de fumadores tuvieron que colocar sus pipas fuera, a la ventana, pues Capitán Pálido había dicho: «El humo es un veneno... para el atleta».

Los bandidos estaban sentados en la cama. En una esquina estaba Oldshatterhand con elegante apostura. *Para ser atleta* yacía abierto sobre la mesa.

—¿Has conocido a bonitas muchachas por donde has estado? —preguntó el demacrado Escribiente.

Oldshatterhand se apartó de la pared.

—En Francfort hay una calle: la Rossengasse. Es tan estrecha que no pueden pasar dos personas una junto a otra. Las casas son grises..., oscuras..., lúgubres. Pero en los portales, en las escaleras, con las piernas y los brazos desnudos... mirad, así están ellas sentadas, con trajes escotados de color rosa, violeta, y varias de seda encarnada. Y cuando se pasa por la calle miran, sonríen y le llaman a uno.

—¿Has estado con alguna de esas muchachas?

—¡Ji... ji... ji..., ja... ja!

—Pues se te agotaron las fuerzas... Ya se ve —dijo Capitán Pálido.

—No hago nada con muchachas.

—Que hagas o no, es lo mismo. Basta con pensar en ellas para que las fuerzas se vayan al diablo.

Capitán Pálido asió al Escribiente por un brazo.

—Quítate la chaqueta —y sacándole la manga, le palpó el débil y delgado brazo, que dejó caer despectivo—. Sigue, sigue haciendo lo mismo.

—Ayer pesqué una carpa de libra y media —dijo Ojo de Gavilán.

—¿Acaso en ese ejercicio ganas en fuerza?

—¿Qué?

—En fuerza, digo. La fuerza es lo más importante del mundo. Ahora veréis algo. Mirad todos a la ventana.

—Ahora.

Los bandidos se volvieron y vieron a Capitán Pálido acurrucado como un gran sapo junto a las fuertes pesas. Oyeron cómo el aire entraba en su pecho y cómo las pesas de cien libras tocaron el techo. Tenía Capitán Pálido la cabeza echada hacia atrás. Parecía una estatua de la juventud bañada por la fría luz de la luna. No le faltaba el pedazo de paño rojo cinabrio, del tamaño de la mano.

La pesa rebotó contra el suelo. Se oyó un crujido; trozos del techo del restaurante cayeron sobre las cabezas de los huéspedes.

Los ladrones rodearon a su capitán y palparon asombrados su cuerpo. Era como de marfil.

La viuda Benommen se acercó, regañando. Abrió la puerta y retrocedió al ver a su hijo desnudo. Capitán Pálido estiró el labio despectivamente, y la madre se fué, cerrando de un portazo.

Capitán Pálido volvió a colocarse bien el paño rojo que se había corrido, y dijo:

—Ahora tengo que haceros una proposición... Fundemos un club atlético sobre bases razonables.

—¿Qué es eso? ¿Bases?

—Bases... es la palabra —dijo Capitán Pálido, poniendo el puño sobre *Para ser atleta*—. Ya tengo local. Llamémosle «Club para la educación racional del cuerpo». Nos reuniremos todas las tardes en nuestro local y ejercitaremos, naturalmente, desnudos. Ello es necesario para la transpiración. Y una cosa os digo: libraos de las mujeres... y de otras cosas...; ya sabéis a qué me refiero.

—¡Pero si por la noche tengo ensayo! —exclamó Nube Roja.

—¿Es que con ese ejercicio desarrollas las fuerzas?

—Fuerzas... no... Y al fin y al cabo, ¿qué significa eso de «Al hogar quiero volver...», si nunca he salido de Wurzburg?

—Os ponéis en ridículo con vuestras estúpidas chácharas. Pero cuando se tiene músculo, ya es algo, y se sabe lo que se tiene —dijo Capitán Pálido. Y cogiendo el metro midió la cavidad torácica y los músculos de brazo y muslo de los bandidos, quienes entusiasmados se habían desnudado al punto, y anotó las medidas en una libreta.

El «Club para la educación racional del cuerpo» quedó fundado.

—Ahora beberemos un par de vasos de cerveza en el establecimiento de tu hermano.

Sonriendo despectivamente, miró Capitán Pálido al Escribiente.

—Si quieres ser atleta has de abstenerte del alcohol. Sólo de vez en cuando podrás beber, pero sólo un traguito. Tienes que comer carne, cruda y picada con huevo, o *bistec*, cuanto más puedas.

Los bandidos bajaron al establecimiento y volvieron a tomar asiento en el viejo diván de cuero, en la mesa junto al mostrador. Cada uno tenía delante de sí un plato de carne cruda picada y revuelta con huevo.

El patrón Benommen miraba con enfado los vasos de leche que se habían servido en la mesa de los atletas.

La hermosa camarera seguía aún allí. Su vientre era más prominente. Con gran alegría vió otra vez reunidos a los bandidos.

En el juego de bolos cesó el ruido. Un mozalbete de cabellos negros cruzó, silencioso, con las puntas de los pies para dentro, el establecimiento. Su cara era delgada, con pecas y de un amarillo de ocre, y sus ojos miraban febriles. Acababa de

llegar enfermo hacía poco de Hamburgo, la ilusión de todos los muchachos de Wurzburg. Se sentó al lado de una ventana, junto a un joven rubio, de ojos claros.

El enfermo, acompañado por la guitarra, cantó la segunda voz tan bajo que apenas se oía, mientras que el otro, con gran entusiasmo, llevaba la voz cantante.

«Marinero, marinero —cantaron los dos—

»Que vas por el mar...».

—Ooo, ohe, oheí —dijo el segundo.

\* \* \*

Una hermosa tarde de verano subía Oldshatterhand con su hermana y una amiga de ésta, Lenchen, los cientos de escalones que conducen a la capilla de Wurzburg, a lo largo de los cuales estaba representado todo el calvario de Cristo, desde su prisión hasta la crucifixión, en catorce pasos, que eran símbolo y expresión en el valle de la piedad del gótico Wurzburg.

Burgueses, campesinos de las cercanías, viejas con los rosarios enroscados a sus secas manos, todos estaban arrodillados por los escalones, moviendo los labios rezadores. Había también muchos enfermos, catarrosos, tísicos implorando salud. También había niños que pedían a Dios perdón por sus pecados.

Ya a las tres de la madrugada habían rezado el primer padrenuestro en el primer escalón, pasando al segundo de rodillas y rezando, y siguiendo así, escalón por escalón, hasta llegar al primer paso, donde debían rezarse tres padrenuestrros. Siempre de rodillas, rezaban de escalón en escalón, de paso en paso, hasta que por la tarde ya llegaban a la ansiada meta. Allí caían casi extenuados al pie de la cruz. Pero los piadosos monjes eran caritativos enfermeros y les auxiliaban con su botiquín, reanimándolos para que pudieran asistir a los oficios en la pequeña capilla. Se veían allí caras llenas de gozo, pues los pecadores sabían que por su larga y dura peregrinación de rodillas a través del polvo y del calor, Dios, desde los cielos, oiría sus súplicas.

Los dos hermanos y la joven acompañante subieron, pasando junto a los peregrinos, hasta el Pie de María. Lenchen probó su pie en la cavidad en que se dice que, habiendo descansado allí la Virgen un momento, se marcó en la piedra como si fuera blanda manteca la huella de su pie.

La hermana les llamó la atención sobre una vieja centenaria que después de mirar con mucho cuidado a su alrededor se saltaba siempre un escalón, pasando al siguiente.

Los tres permanecieron quietos y vieron cómo la vieja, llegado que hubo al séptimo paso —en el que un tosco soldado, con lanza y paño de ignominia, clava una corona de espinas en la cabeza de Cristo—, volvía a repetir el escamoteo de los padrenuestrros con muchísima precaución.

Oldshatterhand sentía placer contemplando a Lenchen Leisegang. Era la muchacha como una pajarita; era su cabello de un rubio blanco, y llevaba su traje



color canario de días de fiesta.

«Me gustaría estar una vez sentado a solas con ella en un banco del parque», pensó Oldshatterhand.

Acompañados del tañido de las campanas, llegaron a la capilla. Alrededor de la iglesia estaban instaladas las barracas, donde podían comprarse cirios, desde el grueso y la longitud del dedo de un niño hasta tan gruesos como el muslo de un hombre y de dos metros de alto. Aquellos cirios estaban adornados con corazones de María, recortados de papel. Quien tuviera dinero bastante podía comprarlos y ofrecerlos a la iglesia.

Veíanse allí toda suerte de rosarios, limonadas, cajas de música, incensarios, bastones de cera. Tortas de Nuremberg, amuletos, Cristos, anillos de San José, de cinc y a diez peniques. También podía beberse una copita.

Un muchacho señalaba hacia el valle azul, por el que corría el Main, dorado por el sol. Por entre la muchedumbre iban y venían claqueando con sus sandalias monjes de largas barbas.

De la iglesia, llena de gente, salía el tintineo argentino de los oficiantes. Todos cayeron de rodillas y se percibió el murmullo de la oración.

Las vendedoras de cirios, con una mano se persignaban y con la otra recibían el dinero de la venta, disputando desesperadamente con los campesinos, que no querían comprar los cirios baratos, sino los grandes, por creerlos de más eficacia, y procuraban pagarlos a la mitad de su precio; regateaban horas enteras, para luego ofrecerle el cirio, muy satisfechos, a la Virgen.

Las dos muchachas y Oldshatterhand estaban paradas ante un puesto donde, sujetos de una cuerda, colgaban brazos pequeños, piernas, corazones, manos de cera, que se compraban para ofrecerlos al santo patrón, para que sanara la pierna, la oreja o el corazón enfermos.

—¿Compro un brazo de cera? —preguntó la hermana, que a consecuencia de una caries en el hueso del brazo no podía mover éste—. Daño no puede hacerme, y acaso sirva de algo.

—No creo que te sirva de nada —dijo Oldshatterhand.

La muchedumbre abrió paso, rezando: «Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo», y un monje alto salió, seguido de Winnetou, con su roquete blanco, agitando el incensario.

Oldshatterhand se alegró al verle, y quiso llamarle; pero Winnetou bajó la cabeza y pasó de largo.

Los monjes de la capilla tenían un perro de San Bernardo. Éste bajaba todos los días, solo, los cientos de escalones y caminaba media hora por el valle del Main hasta casa del tabernero y panadero Schlauch —que no hacía mucho había regalado a los frailes una figura de yeso de la Virgen—, y volvía a subir un saco lleno de panecillos para los monjes. Se contaba de él que había salvado la vida a siete personas. Era un animal grande y hermoso, pero le faltaba un ojo.

El deseo de convertirse en guardián del perro y cuidar de éste fué lo que movió a Winnetou a llegarse a los frailes, luego que la inesperada bondad de la madre, al morir, le convirtió en joven piadoso. Atraído por la mística vida del claustro, pasó varias noches con los monjes. Ya le permitían, en substitución del hermano Anastasio y cuando éste se encontraba enfermo, sentarse en la celda húmeda, junto a la ventana de la caridad, y repartir el pan de anís a los niños pobres que recitaran un padrenuestro. Los niños le conocían ya, pues Winnetou cortaba grandes rebanadas y no se fijaba en si acudían dos o tres veces al día, ni tampoco si el peticionario era protestante y apenas sabía mascullar el padrenuestro católico.

Los ojos oscuros de Winnetou aparecían, en su cara juvenil y noble, rodeados de profundas ojeras. Sobre el labio le crecieron unos largos pelos negros. Hacía algún tiempo que vivía siempre con los monjes. No tenía oficio alguno.

Los tres abandonaron la plaza de la Capilla y bajaron por una senda que corre a lo largo de la viña.

La hermana se había comprado un brazo de cera y lo había colgado en el altar del oratorio. Acaso así conseguiría que la herida del brazo se cerrara.

La herida había vuelto a abrirse hacía algunos años, con motivo de haberla pegado el señor Mager —que entonces era maestro en la escuela de niñas— unos fuertes golpes con el palo en la mano, a pesar de saber que la muchacha tenía el brazo enfermo.

A Mager le quitaron acto seguido de la escuela de niñas y confiaron a sus disciplinas, que nunca se estaban quietas, la clase de niños. Pero la herida del brazo de la hermana no volvió a cerrarse desde entonces, a pesar de que la señora Vierkant, siguiendo los consejos de una vieja curandera, había dado a comer a un perro el hueso que le extrajeron a su hija en la necesaria operación.

—Si el perro enferma por comer el hueso, se cerrará la herida al menos —había dicho la curandera—; pero si se muere, entonces podrá ella mover el brazo como cualquiera.

Pero el perro había comido el hueso cariado y gozaba de excelente salud.

Tranquila, después de la oferta, siguió andando la muchacha.

Caminaba junto a Lenchen Leisegang, la cual se había enganchado el vestido en un alambre de espino, haciéndose un jirón, que contemplaba triste.

—Lo puede usted zurcir muy bien —le dijo Oldshatterhand consolándola—. Habría que hacer un viaje a pie alrededor del mundo y cortar y destruir todo el alambre de espino que se encontrara. Llevar consigo unas tijeras para cortar los alambres y apartar los vallados..., para que nadie pudiera hacerse un jirón así en el vestido. Los cierres de espino son peligrosos y traidores.

Un campesino pasó con un cerdito en brazos, que iba gruñendo. La campesina le seguía penosamente. Un par de chicos descalzos, que pasaban corriendo, por poco derriban en su huida a la campesina. El más pequeño de los chicos arrojó las

manzanas robadas y, después de sacarse una espina de la planta del pie, siguió corriendo, aunque cojeando y chillando.

En lo alto de la colina apareció un guarda con un perrillo.

—¿Han visto ustedes por dónde han ido esos pillos? —preguntó.

—Por allí —dijo Oldshatterhand, señalando en la dirección contraria.

Descendieron a la ciudad, atravesando la garganta de Anna, un despeñadero pocos años antes completamente abrupto e impracticable, por el que se precipitaba un torrente. La Sociedad de Ornato de Wurzburg había transformado la salvaje naturaleza en un idilio, después de larga lucha con ella. Había hecho unos pequeños lagos de agua turbia, poblados por dos docenas de peces de colores; había construido un puente rústico con ramas de álamo retorcidas; casitas, miradores, también de álamo; bancos, indicadores, letreros conmemorativos, advertencias, todo de álamo, que embellecían el paisaje.

Se sentaron en un banco de álamo en el que se leía: «Regalo del señor Kilián Nikodemus Anastasius Pimpf, párroco de Wurzburg».

—Hacéis buena pareja —dijo la hermana a su amiga, que, azorada, se levantó y echó a andar delante.

Es tonta esa muchacha. Cuando alguien la mira en la calle, quisiera meterse debajo de tierra... Y tú..., tú eres también tonto. Durante todo el tiempo que estuviste ausente de Wurzburg no hemos hecho mas que hablar de ti cada día. Y antes que te viera, ya estaba enamorada de ti. Si no fueras tan tonto...

—No tengo nada de tonto..., ¡ji... ji..., ja... ja!

Oldshatterhand se fijó en una nube rosácea, sobre la que aparecía cabalgando un ángel plateado. Llamó la atención a su hermana y los dos contemplaron cómo la nube con el ángel se alejaban.

En el bosque de pinos del valle, Lenchen-Leisegang habíase parado ante un avellano, muy contenta. El bosque exhalaba un fuerte aroma y el sol teñía de rojo los troncos de los árboles.

—Deme usted el brazo —le dijo Oldshatterhand, haciendo una reverencia.

Se lo dió, no sin dirigir antes una mirada a la hermana. «Así...», y le puso su ramo de flores campesinas en la mano.

Y así se dirigieron a casa.

\* \* \*

—Tócame... —dijo Rey de los Aires, sofocado por el esfuerzo, e hizo que Ojo de Gavilán le palpara el músculo—. ¿Qué te parece?

—Durísimo, colosal. ¿Y el mío?

Ojo de Gavilán se puso en posición de ataque, elevando los ojos al cielo.

—Como una roca. De veras. Ahora, vámonos.

Pasaron por la Fischergasse anterior. En el jardín del restaurante «La bella vista al Main» varias mujeres y niños, muy callados, rodeaban un féretro con un cadáver

amortajado.

Los dos muchachos entraron y también guardaron silencio.

Blanco como una flor yacía en el féretro la pálida hija del dueño. Sólo sus labios se mostraban aún encarnados y sonreían graciosos, como si en sueños estuviera raspando la vela para que los bailarines pudieran danzar sobre el entarimado.

El sol de la tarde arrojaba reflejos rosáceos sobre su cuerpo. Los pájaros piaban en el castaño, bajo el cual estaba extendida la piel del perro de San Bernardo, que presentaba grandes calvas.

La Serpiente estaba subido en el árbol y apuntó con un erizo de castaño a la calva de una vieja; pero dió en la cara a su hermana difunta, en la que se marcaron tres puntitos de sangre. Al brotar entre los labios sanguaje, en torno del cadáver se produjo sepulcral silencio.

El rojo pescador pasó malhumorado junto a las mujeres y entró en la tienda. Ya dentro de ella estaban el sajón rubio y la huérfana, apurando unas copitas de un licor verde.

Estos tres eran, hacía tiempo, los únicos parroquianos de «La bella vista al Main», que tenía mala fama, pues el párroco, desde el púlpito, prohibió a sus feligreses concurrir a semejante establecimiento.

El pescador descuidaba la pesca y se pasaba los días y las noches con la patrona. Nadie le compraba ya peces...; se olvidaba de ir en la procesión el día de Jueves Santo.

La dueña se hallaba detrás del mostrador, mordisqueando un pedazo de azúcar. Su cara estaba tan hundida que no se le distinguía la boca.

—Están ahí alrededor del féretro como monos. Mándalos al diablo —dijo el pescador levantando el brazo—. María y José... A quien está muerto ya no le pican las pulgas. Ahora mismo vengo de casa del cura. Me ha dicho: «Ya lo pensaré, desde el punto de vista de la iglesia». El maldito perro se niega a enterrar a la muchacha cristianamente. Pero ya le he dicho lo que yo pienso.

—Pero qué hermosa está en el féretro. Le llega a uno al corazón —dijo Streberle.

—¡Sí, corazón!

La dueña salió al jardín y acercándose al féretro trató de cruzar sobre el pecho las manos de la muerta; pero éstas estaban ya rígidas.

La Serpiente descendió del árbol sin ser visto, entró en la tienda y, metiéndose detrás del mostrador, sacó del cajón un puñado de monedas de níquel.

La dueña espantó los pájaros que bajaban del castaño a arrancar los pelos de la piel del perro para construir su nido. Tocó la piel y se quedó con un puñado de pelos en la mano. Meneando la cabeza, se volvió a meter en la tienda, mientras que las mujeres cuchicheaban, señalando a la muerta que aparecía demacrada, ya que se había puesto el sol.

—Ya ha estado hoy tres veces en casa de nuestro párroco —decía una vieja—; pero éste se niega a venir.

La vieja siguió cuchicheando al oído de la otra mujer.

Se oyeron pasos y resoplidos. El ventrudo párroco, revestido, subía la escalera con los monaguillos y el sastre remendón, cojo.

Duckmäuser le alargó el incensario, humeante.

—Libra su alma del infierno. *Dominus vobiscum. Et cum spiritu tuo.*

Las mujeres se arrodillaron.

El rojo pescador se hallaba delante de la puerta del establecimiento, con la gorra contra el pecho.

\* \* \*

Con sus bártulos de pintor y un cuadro empezado caminaba Oldshatterhand Main abajo, hacia el bosquecillo de sauces, junto al pequeño lago donde hacía tiempo dijera al Escribiente y a Capitán Pálido: «No queréis ir, cobardes. Habéis estado mintiendo durante todo el año».

El sol caminaba alto, sobre el bosque. El río se deslizaba anchuroso. Olía a pradera, agua y monte. No se veía a nadie en todo el valle. El lago pequeño aparecía azulino y transparente como si fuera un ojo de la tierra.

La mirada de Oldshatterhand iba y venía de los sauces al lienzo. Estaba pintando, con gran cuidado y entusiasmo, un abejorro pendiente de una rama.

Con gran temor se atrevía a retocar la figura de muchacha que pintara bajo el ramaje, en actitud de bañarse y con el pelo rubio cayéndole suelto por la espalda.

Por las alturas, sobre del río, cruzó volando una garza y desapareció en dos aletazos.

Cuando Oldshatterhand volvió a levantar la vista, planeaba de nuevo la garza en el cielo azul, encima del río.

—¡Ji..., ji..., ja..., ja...! —exclamó Oldshatterhand con su risa alocada, y pintó con caracteres góticos el nombre de la muchacha al pie del cuadro ya terminado: «A Elena, en testimonio de adoración eterna». Borró la palabra adoración y escribió: «de amor eterno».

—¡Ooo!... ¡Ohh! —Se oyó del lado del río, y pasó una gabarra con tres percheros que, desnudos de medio cuerpo para arriba y encorvados, afianzándose a la pértiga, la iban haciendo avanzar.

En la proa de la gabarra, que parecía que remontaba sola la corriente, ladraba un gozquecillo. Su ladrido sonaba en la lejanía como el croar de un sapo.

Por la tarde, a las ocho, esperaba Oldshatterhand en la Eichenstrasse a Lenchen Leisegang. La esperaba todos los días hacía dos meses.

Caía una lluvia cálida que salpicaba en los charcos, en los cuales se reflejaba la luz de los faroles.

Frente a una imagen iluminada de la Virgen esperaba un oficial de infantería, grueso, a la bella y robusta hermana del maestro vidriero Juan Jacobo Streberle. Era también costurera y trabajaba en el mismo taller que Lenchen Leisegang.

Oldshatterhand llevaba puesto el impermeable.

Paseaba contento de un lado a otro, llevando el cuadro debajo del impermeable. De pronto, como cuando una reunión llama la atención del transeúnte y enmudecen todas las conversaciones, se hizo un silencio y cesó de llover.

Lenchen Leisegang se asomó a la puerta, miró con un mohín al cielo, sonrió a Oldshatterhand, y de puntillas, a través de los charcos, cruzó la calle.

Pasó una sección de soldados. «Vista a la derecha», aulló el sargento. Los soldados chapotearon en los charcos con fuerza, haciendo saltar el fango, mientras que el oficial hacía señas dispensando el saludo, y se envolvía en su capa por temor a las salpicaduras. En aquel momento salía la señorita Streberle moviendo las caderas, y se dirigió hacia él.

Donde empezaban los parques y terminaban los faroles se inclinó Oldshatterhand, y dijo:

—Deme usted el brazo.

—Qué pretensiones —dijo, ofreciéndoselo.

Entonces él la entregó el cuadro. Su corazón latía.

—No tiene nada de particular; lo he pintado de prisa —dijo con indiferencia.

«En testimonio de amor eterno», leyó ella en voz alta y sonriendo, azorada.

Al llegar al portal se quedaron mirando al suelo, con las manos entrelazadas.

—¿Sería posible que usted hoy me diera un beso?

—¡Qué pretensiones! —dijo ella, y se metió en casa.

Oldshatterhand se alejó lentamente.

—Hasta la vista —exclamó ella y le mandó un beso.

Oldshatterhand bajó la calle oscura. Un sentimiento desconocido le invadía, incitándole a quedarse. Imaginábase el blanco cuerpo de la muchacha, y el deseo que hasta entonces sólo le había acosado en sueños de acariciar con sus manos aquel cuerpecito surgió en él de pronto por vez primera. Súbitamente perdió por completo la sensibilidad, como si su cuerpo se quedara sin sangre y se vió en la calle de los burdeles, en Frankfurt... «¡Villano! ¡Soy un villano!».

En el cuarto de la señora Vierkant estaba la corpulenta novia del oficial de cerrajero Faulbank, sentada, rígida, en el sofá, cuando Oldshatterhand entró.

Fuera llovía y soplaba el viento. La señora Vierkant molía el café. Oldshatterhand comenzó a pintar el retrato de la muchacha para dárselo como regalo de boda.

—Señora Vierkant, ¡le digo a usted que tengo un miedo a eso! Ya se lo he dicho a él. ¡No lo haré! Prefiero no casarme.

—¡Qué tonterías! —La señora Vierkant se reía—. ¡Después que tenéis relaciones hace ya ocho años! ¡Qué chica más boba!

—No lo haré. Nunca. Nunca.

La novia abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Hay que hacerlo necesariamente!

—Tiene usted que estarse quieta —dijo Oldshatterhand punteando con un lápiz duro con gran escrupulosidad las numerosas y oscuras porosidades de la muchacha.

La muchacha, impaciente, se levantó para ver lo que hacía, y le dijo:

—¡Qué fresco! No tolero que me haga usted eso.

—Tengo, sin embargo, que pintar todo como está ahí —dijo Oldshatterhand defendiéndose, y sombreó una gran verruga que la novia tenía junto al párpado izquierdo.

Tomó rápidamente su café y se apresuró a ir a los ejercicios del Club para la educación racional del cuerpo.

Su cerebro no había conseguido averiguar qué era lo que tanto temía la novia del cerrajero. Había oído sólo las palabras; pero por temor a tales sensaciones no las había interpretado. Durante muchos meses le atormentó el pensamiento de ser un villano.

Los bandidos estaban ya reunidos en la cámara de Capitán Pálido. Todos estaban desnudos; cada uno con un taparrabos de tela rojo.

Un ruiseñor cantaba en un castaño y, como les estorbara en sus ejercicios, el Escribiente le tiró un pedazo de teja.

Uno de los bandidos hacía ejercicios echado sobre el vientre. Rey de los Aires mascullaba a la vez que hacía girar dos pesas. Nube Roja estaba derecho, sobre las manos, con las puntas de los pies tocando el techo; la sangre se le agolpaba en la cabeza y respiraba con dificultad. Capitán Pálido, reloj en mano, contaba el tiempo.

El Escribiente jadeaba.

—Silencio —exclamó Capitán Pálido, enojado.

El ruiseñor empezó a cantar de nuevo en el castaño.

Los bandidos siguieron ejercitándose. Todos ellos estaban delgados. Se colocaban siempre de modo que no se pudieran ver sus posaderas, pues no las tenían resguardadas por ningún trapito rojo.

Capitán Pálido hablaba sólo lo estrictamente necesario: «Sí, no, y buenas tardes». Tenía la cara flaca, pero su pecho era de una anchura colosal. Tenía un aspecto terrible cuando caminaba con los brazos arqueados como un atleta, los labios estirados, a lo largo de las casas, con el sombrerillo de terciopelo echado sobre la oreja.

—¡Hanna! ¡Hanna! —exclamó una voz en el jardín del restaurante—. ¡Cerveza, cerveza!

Y en seguida se oyó la voz chillona de la viuda Benommen, dirigiéndose a la hermosa camarera.

Capitán Pálido midió el cuerpo de los bandidos y apuntó los resultados en su libreta.

De ellos resultaba que el brazo del Escribiente había aumentado tres milímetros de grueso.

A la mañana siguiente, el Escribiente, despreciando el lujo y las muchachas, se fué a la oficina sin cuello, con los brazos a lo atleta, desviados del cuerpo y el sombrero ladeado sobre la oreja.

—Señor Wiederschein..., esto no puede ser —dijo el señor Karfunkelstein—. Usted no es un desharrapado. Así andan los golfillos, los pendencieros, los aguadores... Una vez le he librado a usted con mi defensa. Si vuelve usted a caer, acaso no me sea posible salvarle otra vez... Cuando menos, tiene usted que ponerse cuello para venir a la oficina.

Al día siguiente se presentó el Escribiente ya con cuello; pero al salir de la oficina se lo metía en el bolsillo, y ladeándose el sombrero y separando los brazos del cuerpo se dirigía a casa, con actitud atlética.

\* \* \*

A la sombra de San Totnán, en el Puente Viejo, Oldshatterhand pintaba el panorama que ante él se ofrecía, bañado por el sol, del viejo Ayuntamiento y la calle de la Catedral, cerrada por el templo.

Hacía ya un rato que un señor elegantemente vestido, de blancas patillas y la barbilla afeitada, le estaba mirando trabajar. Llevaba monóculo.

—¿Podría usted venderme el cuadro? —preguntó, amable, el forastero.

A Oldshatterhand le temblaron las piernas. Lleno de vergüenza, siguió pintando, reclinado sobre su cuadro, sin decir palabra.

—Me gustaría tener el cuadrito, como recuerdo de Wurzburg.

—¡Se lo doy a usted!

—¿Y cuál sería el precio?

—¿El precio?

Pasó un carro de cerveza haciendo resonar el empedrado, durante la larga pausa. El cochero se inclinó en el pescante para ver el cuadro.

—Pues un marco, acaso.

El señor viejo sonrió, sacó una tarjeta de su cartera y un libro de cheques y, después de rellenarlo, le dijo:

—Tome usted. Siga usted pintando y envíeme usted el bonito cuadro al hotel Kronprinz.

Oldshatterhand miró con precaución a su alrededor para cerciorarse de que nadie había presenciado el negocio de la venta del cuadro, y se quedó mirando al forastero hasta perderle de vista.

Cuando en la sucursal del Banco le dieron tres piezas de a veinte marcos, se quedó mirando como embobado al empleado sin poder moverse.

En seguida fué a una papelería:

—Empaquete usted con cuidado esta obra de arte y mándela usted al hotel Kronprinz... ¿Sabe usted? A ese hotel elegante en la Residenz-Platz. Que allí se entregue al señor barón de Habenberg, con saludos de parte de Miguel Vierkant...



que soy yo. Tenga usted mucho cuidado, pues la obra de arte tiene un valor de sesenta marcos.

Deslumbrado por el resplandor de su felicidad, se quedó parado en la calle. La idea de su futura fama artística crecía ante él hasta lo infinito.

Subió el Schlossberg llevando una caja de cigarros debajo del brazo, y empezó a rebuscar plomo en los fosos antiguos para sacar algún dinero, pues la idea de tener dinero para poder convertirse en un artista había tomado ya en él forma concreta.

Estaba prohibido rebuscar plomo, a pesar de que ya quedaba muy poco, pues acaso haría ya cincuenta años que se había disparado por última vez en aquel lugar, y ya muchas generaciones de muchachos se habían enriquecido con la reventa del plomo.

Oldshatterhand encontró un par de libras de balas de fusil aplastadas, cuando de pronto surgió un oficial de detrás de una zarza.

—¿Qué busca usted ahí?

—¿Qué busco?... Lombrices.

Y mostró una de ellas al oficial. Éste saludó llevándose la mano a la visera y se fué.

Él mismo, de estudiante, hacía veinte años, había rebuscado plomo en los antiguos fosos para llevárselo al prendero, Ei, que era también el comprador de Oldshatterhand, y que pagaba once peniques por libra, un penique más que los otros negociantes, y que jamás se preocupaba de dónde procedía el plomo.

El prendero Ei era hombre sin prejuicios y rico. Su hijo era estudiante y pertenecía a una corporación estudiantil de las más feudales de Wurzburg.

Aquel mismo día le dijo Lenchen Leisegang al cogerle del brazo en los oscuros jardines:

—Mi padre necesita un mozo que le ayude. Ya es viejo y no puede dar abasto solo... Si usted quisiera, le diría que le tomara a usted.

El señor Leisegang era practicante en el hospital Julius de Wurzburg hacía veinticinco años.

Oldshatterhand, muy cortado, dijo que sí.

—Sesenta marcos al mes y muchas propinas.

—Yo no acepto propinas —dijo enojado y soltándola el brazo.

Oldshatterhand sintió sobre sus labios un beso de la muchacha, y absorto la vió desaparecer, corriendo por el parque en la obscuridad.

Oldshatterhand se encontraba en el laboratorio de la clínica, junto a un japonés más amarillo que un membrillo.

—Las japonesas no son guapas. ¿No le gustan a usted más las muchachas alemanas?

El japonés abrió los labios, sonriente, dejando ver una fila de dientes compactos, que constantemente mordían un cigarrillo.

—Me gustan mucho más las japonesas —dijo, filtrando orina en un tubo de cristal graduado.

Hacía un año que analizaba el japonés, en silencio y con gran paciencia, la orina de todo el hospital, fumando un sinnúmero de cigarrillos y con el aprecio del director von Leube. Oldshatterhand le llevaba con grande asiduidad las sustancias para analizar.

—No hay en todo el Japón ni una muchacha rubia. No entiendo el porqué... Y ¿por qué son todos los japoneses tan negros como el carbón?

—Porque allí se afeita a los niños desde que nacen. Cada semana se les afeita la cabeza. Eso hace que les salga el pelo negro. Cuanto más negro se tenga el pelo tanto más bonito se es.

Un turco de cara abotagada trabajaba al lado del japonés. Oldshatterhand se le quedó mirando.

—¿En Turquía puede uno tener cien mujeres? El turco se sonrió.

—¿Y no existe la fidelidad en Turquía?

—¿Fidelidad? —exclamó el turco, volcando un balón lleno de alcohol.

No era capaz de llevar nada a cabo. Empezaba muchas cosas y no terminaba ninguna. Pero al doctor von Leube le gustaba que en su laboratorio trabajaran extranjeros.

Oldshatterhand recogió el alcohol derramado.

—Pero si cada una de las cien mujeres tiene diez hijos, puede así un turco ser padre de mil criaturas... Mil hijos en una familia.

El turco sonrió, distendiendo las mejillas.

—Por eso no suelen tener los turcos mas que una mujer. Sólo el que tiene mucho dinero puede tener más mujeres... Las mujeres son muy caras... y lo pasan muy bien en nuestro país. No como las mujeres alemanas.

El señor Leisegang recorrió el laboratorio, mirando severamente a su alrededor. Era pequeño de estatura y tenía una pierna de palo, de modo que se le sentía desde lejos.

Los doctores le miraron de reojo y, medrosos, siguieron trabajando afanosos. Oldshatterhand enjuagaba unos vasos de reactivos.

El señor Leisegang era el tirano del hospital. El director le prefería a todos sus ayudantes médicos y les hubiera despedido antes que a su hábil practicante.

Oldshatterhand sentía cierta desazón al pensar que el señor Leisegang pudiera enterarse de que era él quien acompañaba a casa todos los días a su hija, pues sabido era en todo el hospital que el señor Leisegang tenía decidido casar a su hija con un médico ayudante que merced a las influencias del señor Leisegang pudiera llegar a ser consejero privado.

Oldshatterhand tuvo que desembalar una caja que había llegado de Rusia para el señor Leisegang. Una caja grande muy encordelada y precintada. Tenía una capa de heno, luego una envoltura de lona, en la que había, muy bien envuelto en lana, un

frasquito. Contenía orina que una princesa rusa enviaba para su análisis al famoso clínico.

—¡Fuera esa basura! ¡Venga la substancia! —exclamó el señor Leisegang—. ¡Veamos! ¿De una princesa? —Olió el frasco, lo miró al trasluz y vertió una pequeña cantidad en un tubo de reactivos—. No tiene la princesa albúmina. —Eché otra prueba en un segundo tubo—. ¡Bah!... ¡Y para esto molesta ese tipo de mujer a nuestro doctor! Tampoco tiene azúcar. Se cree que por ser una princesa... Voy a comunicar al consejero el resultado.

El señor Leisegang salió enfadado del laboratorio.

El señor director pareció ser de distinta opinión, pues una semana después se presentó la princesa en Wurzburg con un gran séquito. Tenía ochenta y cinco años, y como estaba impedida, había que llevarla en andas.

Oldshatterhand se interesaba por un *fox-terrier* blanco encerrado en una jaula. Le habían inoculado el virus del baile de San Vito, y el animal hacía una semana que no cesaba de dar vueltas en círculo. Un círculo blanco de locura.

El turco quería hacer un trabajo sobre la sangre. Oldshatterhand fué al matadero a buscar sangre fresca de cerdo y de buey.

El matadero de cerdos no era grande. Oldshatterhand se llegó a la caldera en que hervía el agua.

Una piara de cerdos, acosada, entraba medrosa por la puerta gruñendo y hozando el suelo. Los matarifes, apostados a ambos lados de la puerta, les daban un golpe de maza en la nuca, que crujía como cuando un perro masca un hueso. El chillido quejumbroso que los cerdos lanzaban con todas sus fuerzas hería el tímpano de Oldshatterhand, y terminaba luego con un triste lamento. Los animales se tambaleaban, caían, y aun convulsos, eran arrojados por dos mozos dentro de la caldera de agua hirviendo. Sólo en el tránsito de la vida a la muerte podían arrancárseles con facilidad las fuertes cerdas.

Sacados los cerdos de la caldera, se les hacía un pequeño corte en el pescuezo y la sangre caía en el tubo graduado que Oldshatterhand sostenía tembloroso. Así la quería el turco. Sangre fresca.

Al echar a andar, le pareció a Oldshatterhand que llevaba zapatos de plomo. Pasó de un lado a otro hasta llegar al matadero de reses, que era grande y construido de hierro.

Un poste sucedía a otro. Un vaho de sangre llenaba la nave. Se oían gritos, maldiciones, bramidos y se veía ir y venir a los matarifes arrastrando pieles y mondongos y terneras sacrificadas.

—Quisiera un poco de sangre fresca de toro —dijo Oldshatterhand a un joven matarife, a quien se quedó mirando, pues cubierto de la sangre que le salpicaba la cara había reconocido a La Serpiente—. ¿Eres tú ahora matarife?

—¡No; cazador de búfalos! —bramó La Serpiente en la plenitud de su fuerza, hundiendo el cuchillo en una cadera de vaca.

Oldshatterhand miró confuso a su alrededor en la nave humeante, y luego volvió a mirar pasmado a La Serpiente.

—¿Por qué miras como las vacas en la tormenta?

—¡Quisiera sangre!

—Aquí puedes recibir un tonel lleno.

La Serpiente y tres mozos, con las caras salpicadas de sangre coagulada y remangados hasta los hombros, ataban las reses, rápidos como energúmenos.

Las reses llevaban un aparato disparador en la testuz, sobre el cual se daba un ligero martillazo. Se oía un débil gemido, parecido al ruido de la piedra que cae al agua, y el animal, más rápido que el pensamiento, se desplomaba. La bala, penetrando por el cerebro, les llegaba al corazón.

Los matarifes, arrodillados sobre la cabeza de la res, la daban un tajo en el cuello del que manaba espesa la sangre a chorro del grosor de un tronco de rama. La sangre corría por las regateras al canal y del canal al Main, donde los pescadores de caña, uno junto a otro, sacaban incesantemente los peces del agua ensangrentada.

Un mozo cortaba los remos de las reses; otro desollaba; La Serpiente abría el vientre y extraía el mondongo que apartaba con el pie.

Luego se colgaban las reses en unos ganchos. Sus violáceas arterias se marcaban sobre la roja carne, y los ojos aparecían vidriosos. Se les ponía el sello azul del matadero en una pierna, y así quedaban formando fila una junto a otra. Tres minutos había durado toda la operación.

Oldshatterhand contemplaba enojado a La Serpiente, al dar éste un puntapié en el vientre a un ternero, que resbaló en la sangre y cayó al suelo. Iba a decirle algo, pero se contuvo al ver a un señor pequeño y atildado, con un bigotillo. Llevaba traje negro, buena camisa y unas gafas de oro sobre la nariz, ligeramente encorvada. Era el matarife judío. Tenía en la mano un cuchillo reluciente de un metro de largo, plano y sin punta. Estaba mirando atento a los mozos, ocupados en atar a un buey que, mugiendo, yacía en el suelo.

—¿Listo?

Tranquilo, se arrodilló ante la cabeza de la res, junto a La Serpiente, que sostenía el hocico hacia arriba; apoyó el cuchillo —sin cortar aún—; de pronto se abrió la garganta; el cuchillo la había seccionado, llegando hasta la nuca. La sangre llenó el suelo.

El buey pataleaba, y derribó a los tres mozos arrodillados sobre él; mugió de un modo terrible, arrojando cada vez más sangre; tembló convulso durante cinco minutos y expiró.

La Serpiente le sacó los ojos. El animal dió una sacudida, levantó la cabeza de lado, y la dejó caer exánime. Los matarifes se retorcían de risa al estampar La Serpiente los ojos contra la pared, donde se quedaron pegados y como si desde la pared mirasen a los matarifes.

—¿Por... por... qué mar... mar... tirizáis a... así a... al buey? —dijo Oldshatterhand volviendo a tartamudear de espanto.

—¡Martirizar a un buey...! ¿Deliras? —contestó La Serpiente sonriendo—. Además, ésta es la ley judía.

—Pero ¿por... por... qué le has sa... cado los o... o... ojos, y los has ti... tirado contra la pared? Vivía aún.

—¡O... o... ojos! —exclamó La Serpiente, revolcándose de risa en la humeante piel del buey. Los matarifes se reían, dándose palmadas en las piernas.

El degollador se acercó al segundo buey, que ya le tenían preparado.

Una muchachita, llevando un corderillo blanco de madera se acercó con menudos pasos a su padre, el degollador, quien la acarició, y besándola, la apartó de su lado.

Oldshatterhand se retiró. Entraron más bueyes tambaleando, con ojos de espanto, sabedores de su suerte, mugiendo en tono bajo y llevando el hocico en alto.

Eran atados al aparato; tres minutos después yacían, ya despojados, desollados, las patas tiesas, los ojos vidriosos..., uno junto a otro, en fila.

Oldshatterhand huyó a través del vaho de sangre, y salió al sol. Los gorriones revoloteaban, cantando.

Se detuvo y pensó cuántas veces había pasado por delante del matadero y oído los mugidos de los animales; cuántas veces había visto pasar los carros de los carniceros, llenos de cerdos y bueyes ensangrentados; cuántas veces había visto entrar rebaños de carneros... «Se pasa de largo».

Echó a correr por el parque cubierto de nieve; se detuvo creyendo oír el indescriptible eco de los estertores de agonía, y de pronto arrojó los vasos de sangre sobre la nieve. La nieve se empapó de sangre y parecía que en aquel lugar había sido asesinado un hombre.

Con las manos en los bolsillos de la chaqueta y los hombros erguidos se presentó en el laboratorio.

—No traigo sangre.

—Pues necesito sangre.

—¡Ja, ja, ja, no traigo sangre! —repitió, provocador, con expresión de cólera, acercándose al turco—. No traigo sangre —dijo, dando media vuelta y alejándose.

Pasó por el aula en forma de embudo, en donde el señor Leisegang se hallaba dando a la manivela del aparato de oxígeno, mientras que un enfermo, en bata de hospital a rayas azules y blancas, aspiraba, con el tubo de oxígeno en la boca.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! —dijo el señor Leisegang—. ¿Cómo puede ser uno tan animal? Ahora dé usted a la manivela.

Las mujeres de la sala de enfermedades cutáneas que estaban en un rincón para asistir al curso que el doctor Edelmut explicaba se echaron a reír.

—¿Os reís? ¡Pues tenéis ganas de risa! ¡No faltaba más! —exclamó el señor Leisegang, mientras que el calvo doctor Edelmut dirigía a las muchachas una mirada de indignación.

Oldshatterhand se detuvo amedrentado. Las caras acostumbradas a los afeites aparecían ahora libres de ellos y cubiertas de manchas y tumores. Entre aquellas muchachas se hallaba la huérfana que el dueño de las tres casitas había recogido. Sus labios marcaban la línea de una boca concedora del vicio.

Hacía tres semanas que noche y día pasaba la niña en la sección, junta con las demás enfermas. Miró sin ruborizarse a Oldshatterhand y le sonrió. Oldshatterhand procuró pasar inadvertido ante las mujeres y salió al pasillo.

En él se encontró a tres examinandos, en levita y corbata blanca, los cuales cuchicheaban uno con otro como si estuvieran en la habitación de un muerto.

—Señor Vierkant, ¿está hoy el señor profesor de buen humor? —balbució uno de ellos, alto y grueso—. ¿Se ha reído hoy ya?

Los tres estudiantes rodearon a Oldshatterhand, quien de pronto exclamó con énfasis extraño:

—¡Se ha reído...! ¡Pero todos nosotros somos unos bellacos! ¡Os digo que todos somos unos bellacos! ¡Todos! ¡Se ha reído, sí!

Los estudiantes le miraron asustados. Hasta sus labios estaban blancos.

—¿Se ha reído? —dijo anonadado el grueso.

En aquel momento abrió el señor Leisegang la puerta.

—¡Señores, el señor profesor les espera! —Y les precedió cojeando muy tieso.

Al día siguiente, sin que nadie se lo mandara, fué Oldshatterhand al matadero. Colocó su vaso junto al animal que aun se agitaba convulso y recogió la sangre que entregó al turco. Éste se dispuso a darle un marco.

—¡No admito propinas!

Cuando Oldshatterhand fué aquella noche a casa de Capitán Pálido se encontró abierta la puerta del restaurante y recostada contra la pared a la hermosa camarera, muy avanzada en el embarazo y más pálida que su delantal. Mientras que el dueño, con los ojos malos muy abiertos, arrojaba furioso desde el mostrador al centro de la sala el barril de cerveza con tal fuerza que la tapa saltó y el líquido, formando un arco, se elevó hasta el techo. La viuda Benommen presenciaba la escena inmóvil, detrás del mostrador, mordiéndose los labios y con sus manos secas cruzadas sobre el vientre. Capitán Pálido estaba en un rincón, con ambas manos apoyadas en las caderas. En el restaurante no había parroquianos.

\* \* \*

Una tarde de mayo fueron los bandidos a pasear a las orillas del Main, junto a la isla de arena, donde los sauces bordean el pequeño lago.

De pronto se interrumpió la animada conversación que sostenían. Entre los sauces aparecieron unas muchachas, por parejas, adornadas con rosas y claveles. Silenciosamente desfiló la procesión de muchachas por delante de los jóvenes y volvió a desaparecer entre los sauces, donde se oyeron en la obscuridad ecos de risas apagadas. Los ladrones se quedaron escuchando, y sin ponerse previamente de

acuerdo, estaban a los pocos minutos a la entrada de Fischergasse, donde las pantallas rosadas arrojaban sus reflejos sobre el empedrado.

—¿Por qué nos pasamos por la Fischergasse? —dijo Ojo de Gavilán, vacilante, mientras que los ladrones, siempre en silencio, seguían ante la entrada de la calle.

—Yo no paso —dijo Nube Roja, retrocediendo dos pasos.

El Escribiente se le quedó mirando algo avergonzado, sonriente, y dilatando el pecho, dijo:

—Yo pasaré solo, ya que vosotros no tenéis valor.

El Escribiente recorrió la calle muy rápidamente, aparentando indiferencia, con la mano izquierda apoyada en la cadera y con la derecha haciendo molinetes con su bastón.

Los ladrones le vieron venir hacia ellos en dicha forma.

—Ha sido una hazaña —dijo, y contó tantas cosas, que todos, formando un compacto grupo, se resolvieron a pasar por la calle de las casitas iluminadas de rosa, de las cuales no salía ni un eco.

Luego se fueron a hacer los ejercicios a casa de Capitán Pálido, que no había estado con ellos.

Al llegar la noche, Oldshatterhand se hallaba solo, recostado contra el muro, frente a las tres casas, con la vista fija en las ventanas color rosa y esforzándose por percibir algún sonido. Se llevó la mano al corazón y entró.

Una vieja de cabellos castaños le abrió la puerta del cuarto. Lo primero que llamó su atención fué el brillo niquelado del aparador, y luego, entre humo de tabaco, a tres mujeres en bata clara escotada, las cuales se levantaron del sofá donde estaban sentadas. Siguieron hablando entre sí. Oldshatterhand no oía lo que decían. Sólo veía girar colores a su alrededor, alternando el verde corrosivo con el rosa oscuro. Las mujeres se presentaron ante él y se miraron confusas unas a otras, porque Oldshatterhand no se movía ni hablaba.

La mayor de ellas, de pechos exuberantes, sujetos con un corsé de colorines, se movía como un maniquí ante Oldshatterhand, tocando castañuelas con los dedos.

Una rubia, de pelo rojizo y labios murrios, que se había quedado sentada en el sofá, recogió la mirada suplicante de Oldshatterhand y, levantándose, le dijo sonriente:

—¿No quieres venir conmigo, pequeño?

Y como no contestara, le llevó consigo hasta el primer piso.

Hízole entrar en un cuartito muy pequeño, en que sólo había una blanca cama, preparada, y una otomana con un tapiz turco. La pantalla rosa, pendiente del bajo techo, iluminaba el cuarto débilmente.

La muchacha dejó caer el traje descotado y se quedó desnuda ante Oldshatterhand, mientras que con las manos se atusaba indiferente el cabello. Oldshatterhand se fijó en el vello de los sobacos. Todo su cuerpo temblaba de debilidad y extremada temblorosa excitación.

—Anda, dame el dinero. ¿Cuánto me das? ¿Cinco marcos?

Le dió el dinero...

Se echó sobre la otomana y cruzó las piernas, haciéndole señas de que se acercara.

Oldshatterhand se acercó a ella lentamente y la miró.

La muchacha se echó a reír al asirle.

—Coge aquí, ven, abrázame.

Finalmente, acariciándole la mejilla, tuvo que decirle:

—Anda, vete, que hoy has bebido mucho.



## Capítulo Séptimo

Benommen el americano había regresado sin avisar previamente a la familia.

Se hallaba sentado ante la viuda Benommen, cabizbajo, y con los largos y secos brazos colgando entre las piernas.

Al preguntarle su madre por qué no había escrito anunciando su venida, repuso, apático:

—No tenía sellos —y exclamó con incomprensible entusiasmo:

—¿Qué te figuras tú? El mundo fuera es distinto de esto.

Benommen hallábase cubierto de harapos ante la madre. Aun tenía encima el polvillo del carbón. Había hecho el viaje durante el rigor del verano, como fogonero auxiliar en las entrañas de un buque. Esto parecía haberle agotado completamente. Al mirar a alguno, movía el maxilar y estiraba los delgados labios, descubriéndose en él las huellas de las privaciones que había pasado en América durante su larga estancia allí.

No había conseguido encontrar colocación como ingeniero, que era su carrera. Pudo ir viviendo de descargador de buques; luego vendiendo periódicos, y últimamente de oficial de panadero.

Todas las miradas del barrio del Main estaban fijas en la familia Benommen.

Y la familia Benommen tenía mucho amor propio.

Benommen el dueño, que había heredado el amor propio de su padre, acostumbraba a despachar cerveza muy despectivo detrás del mostrador con el vientre prominente y los labios estirados, y no concebía otra manera de despachar la cerveza; se sintió muy indignado que en su familia hubiese pasado algo que no justificara semejante manera de tratar al público.

La viuda Benommen, una burguesa acaudalada, temida y respetada por la rigidez de sus principios, comprendía que la vuelta de su hijo, orgullo de la familia Benommen, en aquel estado desharrapado y destrozado, como un vagabundo, manchaba su antiguo establecimiento, la memoria de su padre y sus propias canas.

Capitán Pálido sintió la vuelta de su hermano como un tiro fatal contra sus convicciones. Una semana antes de tal regreso había estado en un bosque de arbustos sin ser visto. Los ladrones se hallaban junto al lago. Pasó la procesión de las muchachas. La hermosa de las trenzas negras arrojó una rosa, y los bandidos la cogieron y se lanzaron a la persecución de las muchachas; el Escribiente el primero. Al poco rato vió Capitán Pálido a muchachas y muchachos confundidos en la espesura de los sauces. Dos horas después estaban sentados los ladrones en el establecimiento de la viuda Benommen, y ya borrachos, cuando Capitán Pálido entró y se quedó como un poste.

—No tenéis carácter —exclamó.

—¿Y tú? —dijo riéndose el Escribiente, completamente borracho.

—Yo... Yo tengo firmeza de carácter... Yo soy el único que la tiene.

Se fué, cerrando la puerta decidida y suavemente, y desde aquel día rechazó con energía todos los intentos de aproximación de los ladrones. Como en los dos últimos años, caminaba por las calles rozando los muros de las casas, no hablaba con nadie y se conducía como un poseído.

Capitán Pálido había tenido absoluta fe en el americano y era por eso más severo con él que la madre y el hermano.

—Es cosa que puede pasar —decían los menos leales—; no todos tienen suerte en América.

—¿Qué tiene eso de particular? Que la vieja le compre un par de zapatos y le haga un traje a la medida y se acabó la historia —gritaba el pescador rojo.

—En toda familia puede suceder cosa análoga, pero no en la familia Benommen.

De esta manera el americano se veía rodeado de dureza, frialdad y desprecio en el seno de su propia familia.

Pero los bandoleros se sentían rehabilitados por la desgracia del americano. El país de los anhelos de su juventud se había portado mal, se había descubierto tal como era, al no hacer justicia al grande americano. El suelo en que vivían parecía así a los ladrones más amplio y firme.

Pronto se vistió de nuevo al americano y ya no llamó la atención durante cierto tiempo. Pero al poco su conducta se hizo cada vez más extraña; mas de ello sólo se dió cuenta la familia, pues el americano salía poco.

Frente a la casa de la viuda Benommen alzábase otra casita de un piso que ya tenía varios siglos, propiedad del maestro hojalatero Jerónimo Griebe. El americano, desde su ventana, se pasaba el tiempo mirando a dicha casa, desde el desayuno hasta que daban las doce, sin moverse. Cuando su madre le llevaba la sopa, la decía que deseaba derribar la casita y levantar en su lugar un rascacielos de sesenta pisos. En tal negocio ganaría más de cinco millones, según sus cálculos de aquella mañana. La viuda Benommen le miraba despectivamente, y sin decir nada le llenaba el plato. El ingeniero comenzó en seguida a hacer los planos.

Los habitantes del barrio del Main no se enteraron del estado del americano hasta que una tarde, armado de pala y pico, empezó éste a escarbar en el muro de la casa del maestro hojalatero para examinar si el suelo tenía bastante consistencia para sostener el rascacielos. El señor Griebe, muy sorprendido, se opuso decididamente a tal pretensión.

El americano era imberbe y flaco. Cuando estaba sentado en un establecimiento con Capitán Pálido permanecía tranquilo; pero sus ojos parecían divisar algo terrible, pues a veces exclamaba sonriendo despectivamente: «Fuera de aquí; salgamos al mundo», interrumpiendo así las conversaciones, a lo que el capitán se levantaba y salía del establecimiento con el ingeniero. Al público le parecía que el capitán se llevaba a su hermano para demostrar a todos que no le pasaba nada de particular.

Capitán Pálido sufría en su orgullo. Ordenó con severidad a su hermano que no hablara cuando fuera con él y que no hiciera locuras, pues de lo contrario se acordaría de él. Estas advertencias no surtían efecto; cada día llamaba más la atención y la cólera de Capitán Pálido iba en aumento; sólo el gran desprecio que hacia el americano sentía le contenía de pegarle.

Oldshatterhand se quedó una noche estupefacto al encontrarse al americano junto a la orilla del río. El ingeniero tenía un gran rollo de papel en la mano, y puesto en cuclillas, daba saltos iguales a derecha e izquierda, hacia adelante y hacia atrás, midiendo el terreno a lo largo de la orilla.

A Oldshatterhand le preocupaba la idea de la impotencia de los hombres ante la causa que hacía dar aquellos saltos al americano, impotencia igual a la que se tiene ante un terremoto. De pronto tuvo la visión de un terremoto: la tierra se resquebrajaba, abriendo enormes fauces, y los hombrecillos tenían que dar saltos de un lado a otro para librarse de caer en ellas; pero las fauces se multiplicaban, y cada vez más anchas, obligaban a los fugitivos a más desesperados saltos. Ante lo cómico del espectáculo se rió Oldshatterhand con su risa alocada. Y así riendo se acercó al americano.

Éste siguió en cuclillas:

—Tiene usted que andar por el mundo... La Plata, el Brasil. ¡Ah! ¡Allá voy yo en seguida! ¡A todas partes! ¡Brasil! ¡Se lo enseñaré a usted! ¡Ea, venga usted!

—¡Ji..., ji..., ja..., ja...!

El americano asió de un brazo a Oldshatterhand y a la luz de un farol desarrolló el papel.

En él se hallaba dibujado un puente gigantesco. Una mujer corpulenta, bajo el mismo, con las piernas enormes al alto, figuraba los postes. Otras figuras de mujer, gruesas y desnudas, en actitudes obscenas, se arrojaban desde arriba. Otras eran aplastadas por un tren que corría por el puente.

—¡Allí! —gritó exaltado el americano, señalando al puente sobre el Main... Lo derribaré... Abajo con los santos... Allí construiré mi puente. Mañana empezaré... El mayor constructor de puentes del mundo soy yo. ¿Lo sabías?

—Sí..., sí —aulló Oldshatterhand saltándosele las lágrimas—. ¡Ji..., ji..., ja..., ja...!

El americano bramaba de entusiasmo. Oldshatterhand, tratando de defenderse y palpando el aire, cayó al suelo sin sentido.

El americano se arrodilló junto a él y con la barbilla apoyada en la rodilla le dijo:

—Tú no sirves para ir por ese mundo... Tú no... Tú no sirves —dijo sin cesar de sonreír.

Aquella misma noche, el policía de las piernas torcidas encontró al americano jadeante, junto a uno de los pilares del puente, escarbando la tierra. Le cogió por el cuello, y con el sable desenvainado llevó al americano, que se defendía desesperadamente, al cuerpo de guardia.

Al día siguiente el tabernero Benommen llevó al americano al manicomio del distrito, metiéndole en primera clase, que costaba al día veinte marcos. Así lo había dispuesto la viuda Benommen y así lo impuso, a pesar de la resistencia del hijo tabernero, que impugnaba la primera clase, tratando de demostrar a su madre, con números, que de vivir el americano nueve años se iría al diablo todo el dinero de la familia. Pero la madre contestó: «Mi Heiner tiene que pasarlo bien».

El americano murió cuatro semanas después de su ingreso en el manicomio.

Desde el día en que el americano ingresó en el manicomio cambió Capitán Pálido de una manera incomprensible para los bandoleros. Se hizo más amable y jovial. A los bandoleros les parecía que se les había quitado un peso de encima, y se sentían con la libertad del que sale de la escuela.

Oldshatterhand, el Escribiente y Nube Roja se encontraron a Capitán Pálido en el Schlossberg, y se asombraron al ver que el capitán no pasaba de largo esta vez, sino que, dirigiéndose hacia ellos, les tendió la mano, sonriendo amablemente y diciendo:

—¿Qué hacéis? Hoy hace un tiempo magnífico. Pero ¡qué calor, Dios mío! Sería capaz de beberme yo solo un tonel de cerveza.

Y se rió a carcajadas.

El Escribiente se puso encendido de asombro; pero la alegría de que Capitán Pálido volvía a dirigirle la palabra le entusiasmó hasta el punto de exclamar en alto alemán:

—¡Calor atroz; tienes razón, Oscar!

—Dios, y cómo me siento; sería capaz de arrancar un árbol de raíz.

Se agarró a una rama de tilo y trepando a ella sacudió lleno de alegría la copa del viejo árbol.

Se fueron en seguida a beber cerveza. Capitán Pálido pagó un litro tras otro y hacía alardes de bebedor apurando media jarra de un trago.

—¡Qué calor! —decía, limpiándose la espuma de los labios como si tuviera bigote.

—¿Es que ahora vuelves a beber? —le preguntó el Escribiente.

—Naturalmente; y ¿por qué no?

Nube Roja torció las puntas de los pies, levantó la mano..., pero no le vino a la memoria la cita de Shakespeare sobre la bebida. Se quedó mirando hacia arriba con la boca abierta y ensimismado.

Capitán Pálido había cambiado por completo. Ya no andaba rozando las paredes de las casas, sino que caminaba por el centro de las calles y saludaba cuando se encontraba con algún conocido, hablaba con él, se reía a carcajadas, en suma, se conducía como cualquier joven alegre, sano de cuerpo y sin preocupaciones. Pero no por eso dejaba de andar tan tieso como antes. Mandó llenar de nuevo los jarros a costa suya, y mantuvo el suyo largo tiempo aplicado a los labios; pero en realidad se echó sólo un pequeño trago, y pegando con el jarro en la mesa, bramó:

—¡Bebed!

Al principio era su alegría muy exagerada; pero luego se moderó, de modo que nadie podría pensar en que por su adusta reserva y su especial naturaleza fuera el Capitán Pálido tan loco como Benommen el americano.

Pronto perdió el miedo de que le tomaran por loco; los ataques de alegría explosiva cesaron por completo. Sin embargo, tampoco volvió a mostrarse tan raro y reservado. Se convirtió en un joven ni muy callado ni muy expansivo; un joven con sus pequeñas preocupaciones, como los demás de su edad y clase, y se sintió mejor que nunca en su vida.

Capitán Pálido se sumió en la masa, sin distinguirse de ella por nada.

Por aquel tiempo cumplió los veinte años y empezó a cortejar a la obesa hija del tabernero y panadero Schlauch. Tenía ésta una cara redonda como una luna y unos labios de negra, como Capitán Pálido.

La señorita Schlauch sentábase detrás del escaparate del despacho para vender el pan, y sonreía al ver pasar a Capitán Pálido, que la devolvía la sonrisa. Tal fué el principio.

La viuda Benommen lo veía sin reparo. Había estudiado la situación económica de la familia Schlauch y se mostró satisfecha. Hacía unos años que el panadero había derribado su casa y hecho construir en el mismo sitio otra de ladrillo, la cual, aunque por desgracia no fuera de más de tres metros de ancha, tenía sin embargo cuatro pisos, de modo que como se alzaba entre dos casas bajas de patricios podría tomarse por un gracioso rascacielos. Hacía poco que el señor Schlauch había ofrendado a la iglesia tres cirios magníficos, del grueso de un muslo de hombre. Su negocio marchaba muy bien. Todo esto y algo más lo sabía la viuda Benommen y estaba satisfecha.

Benommen el tabernero salió sin menoscabo de la vergüenza que el americano trajera sobre la familia. Ello se debió sólo a la «primera clase». En adelante podía seguir despachando su cerveza con el vientre echado hacia adelante y los labios estirados despectivamente, pues cuando bien le pareciera podía ufanarse de la «primera clase» y de los veinte marcos que costaba al día.

La viuda Benommen pareció más blanda y humanizada después de la desgracia ocurrida. Ya comenzaba a sonreír amable a la hermosa camarera, aunque todavía pocas veces; pero era para alegrarse y agradecerlo también, tanto más, que la camarera había dado a luz un niño. El nieto tenía los labios abultados, característicos de la familia Benommen.

La cosa iba tan bien que el dueño solía poner delante de su madre la mano en el hombro de la camarera y decirle: «¿Qué tal, Ana? ¿Cómo le va a usted? ¡Coma usted algo!». Así, pues, el americano, a pesar de la vergüenza que acarrearía a la familia, contribuyó a descargar la pesada atmósfera que en ella reinaba.

Un nuevo acontecimiento contribuyó a que el triste suceso pasase a segundo término. Con gran susto de la presidencia de la Asociación de jóvenes cristianos y gran asombro de los bandidos desapareció Duckmäuser de Wurzburg.

Durante muchos años nadie se ocupó de él.

\* \* \*

El señor Leisegang se había soltado las correas de su pata de palo y sentándose en su sillón. Su mujer le puso delante un gran plato de choucrout, adornado con las correspondiente tajadas de cerdo asado.

—Naturalmente, la carne resulta otra vez demasiado grasienta —dijo el señor Leisegang, cogiendo su pierna de palo con las dos manos y golpeando con ella la mesa, hasta que volvió su mujer—. ¿Dónde está mi vaso de desinfección?

La señora Leisegang miró desesperada al techo y le trajo un florero de cristal verde. El señor Leisegang quitó la tapadera de amianto y metió el cuchillo y el tenedor en el líquido desinfectante.

En casa del señor Leisegang se desinfectaba todo, hasta el dinero.

La señora de Leisegang volvió a sentarse junto al fogón a trabajar en su colcha de pedazos. Hacía ya dos años que se ocupaba con la misma labor, pues la colcha tenía que ser de gran tamaño para adornar la cama de matrimonio, y como siempre faltaban trapos, había que esperar a que los hubiera para continuar la labor. El señor Leisegang había tenido el capricho de poseer una colcha por el estilo.

Ya llevaba cosiendo su mujer cerca de media hora sin ser molestada, y asombrada de ello, fué al cuarto en que estaba su marido. Estaba sentado en su poltrona, como antes, mirando con cara plácida, tan plácida, que la señora Leisegang se sonrió por la paz que reinaba en la habitación. De pronto lanzó un grito. El señor Leisegang estaba muerto. Aun estaba caliente el plato de col en conserva, pero vacío.

La señora Leisegang, en pie ante su marido, se devanaba los sesos pensando en el porqué de tan plácido aspecto. Nunca le había visto tan plácido en los treinta y siete años de matrimonio. El señor Leisegang había puesto su pierna de palo atravesada sobre la mesa.

En la clínica entró otro practicante que no necesitaba ayudante.

\* \* \*

Oldshatterhand desde entonces frecuentaba mucho el trato de Nube Roja, después de haber intentado en vano reanudar su amistad con Winnetou, quien iba todos los días con los monjes de la capilla.

Oldshatterhand ayudaba a Nube Roja a plantar remolacha y ensalada durante la tarde, dibujaba flores, mientras Nube Roja estudiaba sus papeles. «¡El arte escénico es un arte divino! ¿Qué harían los grandes poetas Schiller y Goethe con sus tragedias si no hubiera actores?». Esto lo repetía Nube Roja todos los días.

Una tarde hizo de comparsa en *Guillermo Tell* y se pasó la noche estudiándolo. A las cinco de la mañana se levantó para ir al patatal, bañado por el sol naciente. «Por esta calle estrecha ha de venir», exclamó señalando con el azadón hacia el profundo

surco, a cuyo extremo su vieja tía, arrodillada, sudaba sacando patatas, y moviendo la cabeza al oír a su sobrino declamar: «No hay otro camino que lleve a Küsnacht. Aquí lo realizaré. La ocasión es propicia».

Y después de un paseo con la hermosa hija del maestro, su amada, escribió Nube Roja al famoso actor Conrado Dranez, de Munich, preguntándole si podría visitarle para declamar en presencia suya.

Aquella misma tarde se hallaba el pescador rojo sentado en el muelle con las piernas colgando sobre el agua y la cabeza apoyada en las manos, mirando, triste, la corriente.

Al preguntarle Oldshatterhand si le permitía remar un poco, asintió sin levantar la cabeza. Al ver a Oldshatterhand sentado en la barca le gritó:

—¡Para qué he de necesitar yo aún una barca! No necesito ninguna barca. Amárrala después en la otra orilla de la ciudad.

Nube Roja y su novia paseaban en el muelle, río abajo. Ella era de faz redonda y cutis sonrosado; sus modales eran agradables e inocentes.

El Escribiente y su amada paseaban por el muelle, río arriba. La muchacha de las negras trenzas parecía azorada y medrosa. El Escribiente estaba sofocado. Venían de los sauces del oscuro islote de arena.

Las dos parejas se encontraron junto al pescador rojo.

—Os daré un paseo en barca —dijo Oldshatterhand desde la barca.

Subieron. Oldshatterhand remó hacia el centro del río. El pescador rojo no levantaba siquiera la cabeza.

La barca era estrecha y larga. El Escribiente y su amada estaban casi echados en uno de los extremos de la barca de forma arqueada. La otra pareja estaba muy junta en el extremo opuesto. Oldshatterhand, sentado en el medio precisamente, remaba muy despacio.

Ya había obscurecido. Aquí y allí se veían las lucecitas de los barcos atracados; se oía cantar a los niños que jugaban en las orillas; un pescador dejó caer su red en el agua.

—El «arte es sagrado» —dijo Nube Roja con voz apagada.

Oldshatterhand escuchaba la melódica voz de la muchacha.

—Representaremos *Romeo y Julieta* —dijo mirando dulcemente a Nube Roja.

—Julia —repuso Nube Roja, conteniéndose.

—Y tú serás Romeo.

—No tiene nada de particular. No sé yo qué es lo que tú te figuras para tener ese miedo —dijo vivamente el Escribiente.

La muchacha se apartó medrosa del Escribiente. Oldshatterhand se fijó en su cara pálida y asustada, que brillaba en la obscuridad, y se acordó de Lenchen Leisegang.

—¡Ah, qué bello sería navegar así siempre cada vez más lejos! —oyó exclamar Oldshatterhand a la muchacha detrás de él.

—«Con la amada navegar... ¡Ooooooooo!».

Y vió cómo el Escribiente acosaba a la amada con tal vehemencia que la barca amenazaba zozobrar.

«Quiere que nos casemos... ¿Yo he de casarme?... —se preguntaba Oldshatterhand en voz baja, y así pensando en Lenchen Leisegang soltó los remos—. Yo también lo deseo; pero antes habré de ser algo... Acaso célebre».

La barca navegaba río abajo. Un pez saltó.

A sus espaldas oyó Oldshatterhand a Nube Roja que decía:

—«El arte... templo».

—Todos han de saberlo —decía la hija del profesor—. ¡Mira que te quiero!

—Llévanos a la orilla —exclamó colérico el Escribiente.

La muchacha se había apartado de su lado y estaba sentada rígida en un asiento.

Oldshatterhand remó hacia la orilla de la ciudad y atracó.

Desembarcaron. El Escribiente iba haciendo molinetes con su bastón. La muchacha le seguía, cabizbaja, a algunos pasos.

«En la verde pradera la pregunté si se dejaba», gritó un mozalbete a las dos parejas. El que así les hablaba estaba sentado en la concha de la fuente de los Cuatro Caños con media docena de mozuelos más, que rehuían el trabajo y eran la escoria y el terror de la ciudad. Eran los «Strizzi» de Wurzburg, que llevaban siempre un cuchillo de fuerte empuñadura en el bolsillo del pantalón. Vivían los días y los años sin trabajar, robando cuanto sin riesgo podían, y no permitían que nadie pasara delante de la fuente sin molestarle con cualquier observación. Eran perdidas existencias. Todos habían estado ya en la cárcel.

—Déjalos —dijo Oldshatterhand, apartando al Escribiente, que, lleno de cólera, se había detenido porque uno de los mancebos le había dicho: «Has zurrado bien a tu futura». Entre risotadas siguieron diciéndoles improperios. Silbaban a través de los dedos. El guardia, balanceándose sobre sus piernas, desapareció por una calle lateral.

—Tengo que ir a buscar a alguien —dijo Oldshatterhand parándose en el puente y mirando a las dos parejas que, ya reconciliadas, seguían su camino.

Yendo en busca de Lenchen Leisegang, se paró Oldshatterhand de pronto, y dando media vuelta, se dirigió hacia su casa.

En la fuente de los Cuatro Caños se encontró con La Serpiente:

—No tienes que enfadarte conmigo porque en el matadero te haya dicho... ¡O... O... O... Ojos!

—Puedes hacerme la burla que quieras —dijo Oldshatterhand, sonriendo tranquilo a La Serpiente. Después de una pausa, añadió—: Creo que no hay más remedio; tienen que existir también hombres como tú. ¿No me entiendes?

—No...; no lo entiendo.

—Creo que tú eres inocente...; que no es tuya la culpa. ¿Me entiendes?

—No sé de qué hablas.

La Serpiente sacó una tabaquera.



—Tomemos un polvo de rapé —dijo uno de los que estaban en la fuente de los Cuatro Caños.

—¿Quién es ése? —preguntó otro de ellos.

—Es un matarife... Anda, dame.

La Serpiente se sentó con ellos en la fuente y pasó su tabaquera.

Oldshatterhand prosiguió su camino pensando en cómo durante su corta conversación con La Serpiente había experimentado que no era él quien hablaba, sino el misterioso forastero que le había besado en la colina de Wurzburg.

\* \* \*

Cuando se va de Aschaffenburg —lugar de nacimiento del más grande pintor alemán, Mathias Grünewald—, Main arriba, la carretera se desvía marcadamente del río y se mete en el oscuro Spessart. Durante horas se camina a través del robledal; al llegar a una altura se contempla a los pies aquel mar de verdor hasta perderse en el horizonte, con tranquilos valles, surcados por arroyos llenos de truchas, y durante horas enteras no se encuentra un hombre. Un ciervo sale de la espesura, alza la cornamenta y huye al divisar al hombre. Los gamos pastan en las declives. Cantan los mirlos. Golpea con su pico en las cortezas el pico carpintero. Grandes glebas oscuras se mueven en el suelo del bosque, sin distinguirse apenas de él; de pronto resopla el jabalí y huye a través del bosque desgajando las ramas y haciendo temblar la tierra. Al punto callan todos los pájaros. Un mirlo vuelve a cantar, y parece ser el único ser viviente en medio del súbito silencio de la selva.

En aquella soledad, y apartada del camino, se alza una casa gris y ruinoso, sin puertas ni ventanas y con el tejado cubierto de hierba.

Los pocos habitantes del Spessart cuentan aún hoy de un hospedero a quien hace años perteneciera la casa y que mataba a los huéspedes que en ella se albergaban, por lo cual fué ahorcado en Wurzburg en el «Letzten Hieb».

—Esta casa no es de nadie —había dicho el tío de Francisco Grünwiesler, de blancas barbas, que era el alcalde del próximo lugar, distante tres horas de camino de la «casita gris»—, y no hay quien se atreva a acercarse a ella.

Francisco Grünwiesler se pasaba todo el día pintando. Era un hombre sobrio y sufrido. Remediaba las depresiones frecuentes en que Oldshatterhand caía de pronto, dándole consejos de técnica pictórica, y repartía con él lo poco que tenía.

Oldshatterhand trabajó muy poco durante todo el verano. Las dificultades técnicas le impedían crear lo que él anhelaba. El resultado fué días de desesperación y minutos de gran entusiasmo.

Leía mucho la Biblioteca de los Románticos propiedad de Grünwiesler, y pasaba largos ratos con el pastor de gansos, que apacentaba hacía sesenta años todos los gansos del Spessart. Una manada de más de mil gansos. Una vez al año llevaba el pastor los gansos a poblado, cuando estaban gordos, y recogía los nuevos gansos flacos para conducirlos al bosque. El viejo tenía más de ochenta años y era un enano,

sin barba, con una gran joroba. Al mediodía partía su comida —pan negro y tocino ahumado— con Oldshatterhand, mientras que los mil gansos metían la cabeza debajo del ala y dormían. El viejo contaba después historias que él mismo inventaba, haciendo reír a carcajadas a Oldshatterhand; tanto, que los pájaros se espantaban entre las ramas y los gansos se despertaban, sacando las cabezas graznando un poco, para seguir después durmiendo.

Una muchacha llegó una noche a la «casa gris» y pidió posada para aquella noche. No dijo ni de dónde venía ni adonde iba. Tampoco se lo preguntó nadie. Se quedó allí.

Francisco Grünwiesler se preparaba él mismo sus lienzos. Tenía un gran surtido de tela. La muchacha carecía de ropa.

—Éste es el más suave —dijo Grünwiesler, entregando a la muchacha un rollo de lienzo que brillaba como seda.

Aquella misma tarde tenía la muchacha ya listo y puesto su vestido de lienzo.

A Grünwiesler se le ocurrió pintar unas flores en el vestido.

—Unos cólquicos azules acaso la sentarían bien —dijo a Oldshatterhand, señalando unas campanillas azules que florecían dispersas entre la hojarasca—. Y delante un gran lirio.

Oldshatterhand vió a la muchacha echada sobre el musgo junto al lago del bosque. Se alejó al poco, pues su vestido de lienzo colgaba de la rama de una encina.

La muchacha se pasaba el día desnuda, junto al lago. No hacía nada. Sólo descansaba. Parecía que necesitaba descansar muchos años, por los que ya había vivido. Sólo cuidaba de tener limpio su cuarto. No hacía nada por los otros dos.

—Tampoco la regalamos nada —decía Oldshatterhand—. La casa no es de nadie. Ni siquiera puertas tiene.

Se entraba a la casa desde el bosque, y por la otra puerta volvía a salirse al bosque. Cuando se sentaba en el tejado de la casa, cubierto de musgo y hierba, y hasta coronado por tres toperas, parecía que se estaba sentado en el suelo mismo del bosque; tan tupida era la vegetación que sobre aquél crecía.

—¿Qué tal si pintáramos su cuarto con angelitos? No se iría nunca de aquí —dijo Grünwiesler al irse a acostar.

—Si ella lo consiente —repuso Oldshatterhand, que había construido una elegante mecedora y la había puesto en su cuarto mientras ella estaba echada junto al lago.

El pastor le trajo un saco lleno de hayuco, que sabía a nuez casada con aceituna.

La muchacha tenía unos muslos apretados, pero delgados. Había arreglado su vestido haciendo mayor el escote y más estrecha la falda. Oldshatterhand la vió ir así al lago y con gusto la hubiera acompañado; pero no se atrevió y se fué en busca del pastor.

Grünwiesler se pasaba pintando desde la mañana temprano en el valle. A sus pies serpenteaba un arroyuelo a través de la pradera.

El cartero rural se presentó en el bosque, y después de contemplar apoyado en su nudoso bastón el cuadro y el motivo, entregó a Grünwiesler una carta.

—¿De quién podrá ser? —preguntó el cartero.

Grünwiesler se ruborizó. Él mismo era el que aparecía pintado en el sobre, de rodillas ante Oldshatterhand, en actitud de adoración.

—¿De quién es la carta?

—De mi amigo Immermann.

—De seguro, también pintor.

Como Grünwiesler no respondiera, dijo el cartero:

—Pues entonces, adiós.

Y se fué.

Desde luego escribía Immermann que no era precisamente muy de su agrado el que Grünwiesler tuviera trato con Oldshatterhand, hombre inculto y hasta peligroso. ¡Cómo podía ser Grünwiesler tan cándido, para no ver que semejante advenedizo trataba sólo de explotarle! Que el rapaz no tenía nada que perder. Además, ya se sabía qué clase de familia era la familia Oldshatterhand. Que de ninguna manera consentiría él que Oldshatterhand frecuentara el círculo de sus amigos, y que como amigo podía exigir de Grünwiesler tal prueba de consideración. «No es que en el fondo me importe mucho; pero me asombra el que hayas podido pasar el verano en Spessart con ese Vierkant en vez de conmigo. Si aun te importa algo mi amistad, vuelve. Estoy haciendo bocetos en el Schleehof de Würzburg».

Grünwiesler estiró los labios, pensativo; se metió la carta en el pecho, y recogiendo sus bártulos, volvió en seguida a casa.

Pasaron unas horas.

—¿Qué tal te parece? —preguntó Oldshatterhand colocando en el caballete el cuadro recién empezado.

—La perspectiva no está bien, como de costumbre.

—Pues explícame en qué consiste.

—Que no está bien. Cuando la miras desde arriba, se acortan las líneas. No lo logras todavía.

—No puedes explicármelo —gritó Oldshatterhand excitado—. ¡Explícamelo, explícamelo!

Grünwiesler, intimidado, volvió a contemplar el cuadro.

Oldshatterhand agitaba colérico las manos señalando el cuadro.

—¡Muéstramelo; dime en qué consiste la falta!

Grünwiesler quiso corregir con el carboncillo.

—No; déjalo estar. No quiero que me retoquen; ¡muéstrame sólo la falta!

—Ya te he explicado varias veces lo referente a la perspectiva. Hay una perspectiva del aire y una perspectiva del color... Ya te lo estoy explicando.

—¡Ah, bah! Pero ¿cómo?... De manera que no hay quien lo entienda... Eres... eres... francamente estúpido.

La bondad de Grünwiesler se cambió en furiosa cólera, rayana en la locura; se le cortó la respiración y dejó oír un débil silbido entrecortado; pero como otras veces aquel verano, cuando Oldshatterhand impotente ante las dificultades técnicas se mostraba con él excesivamente injusto, Grünwiesler se tragó su cólera, y, atemorizado, dijo a su colérico discípulo:

—No me atormentes. Para todo hace falta tiempo.

Sólo en sus ojos quedó un destello peligroso, propio de los locos que durante años se dejan dominar, hasta que de pronto en un ataque de locura estrangulan al loquero.

La muchacha pasó ante ellos, dirigiéndose al cuarto.

Oldshatterhand se tranquilizó inmediatamente.

—Ya lo lograré —dijo sonriendo a Grünwiesler—. Para mí no hay nada difícil. ¿Quieres que haga el té?

—Eres muy amable —dijo Grünwiesler, como si le quitaran un peso de encima y mirando desde su rincón a Oldshatterhand—. Tú..., he recibido una carta de Immermann.

—¿Qué es lo que te escribe? —dijo Oldshatterhand afectando indiferencia y poniendo la tetera encima de la mesa sin servir el líquido.

—Nada de particular... Has hecho el té muy bien... La semana que viene me reuniré con él.

—Pero ¡si no has terminado aún el cuadro!... Y además...

—No —dijo Grünwiesler, encogiendo los labios con una sonrisa que dibujó un hoyuelo negro en la comisura de los labios, como si le sobrase labio—. Pero tengo que verle de nuevo... Es un hombre muy notable.

—¡Bah! —exclamó Oldshatterhand despectivamente—. Enséñame la carta.

—¿La carta? La he roto... La he tirado al arroyo, ¿sabes?

—Tienes la carta aún —exclamó Oldshatterhand—. Immermann ha vuelto a hablar mal de mí.

—No... oooo —dijo Grünwiesler, alargando la sílaba, como si le diera lástima la desconfianza de Oldshatterhand.

—No me digas nada, que ya lo sé.

—... He de decirte una cosa, y es que Immermann no habla nunca mal de nadie. Sólo dice la verdad... o lo que él piensa... Immermann no es así.

—Mientes... Te lo noto.

—Có... ooooo —repuso Grünwiesler con triste entonación.

—Mientes, sencillamente.

Grünwiesler se quedó mirando a Oldshatterhand.

—Si quieres saberlo... Immermann ha hablado hasta bien de ti... Sírveme otra taza —exclamó con camaradería—. Has hecho muy bien el té.

Oldshatterhand acercó la tetera a Grünwiesler.

—Ya conozco yo a Immermann; quiere ser más que todos... El capitán... Tiene celos de mí porque no estás con él, ni bailas al son que él te toque... Pero ya le

demostraré yo quién es más. ¡Yo seré superior a todos!

—Bueno, ahora ya somos otra vez amigos —dijo Grünwiesler, tendiéndole animoso la diestra—. Entonemos ahora una canción.

Cantaron a coro. Al acabar, dijo Grünwiesler:

—Immermann está ilustrando esta canción. Cada estrofa es un cuadro. Serán maravillosos... Nunca he tomado un te mejor que éste.

Y se quedó mirando a Oldshatterhand.

Cuando estuvieron tendidos sobre los colchones en el suelo, forjóse Oldshatterhand con entusiasmo creciente su futura fama.

—Lo que Immermann pinta no tiene valor alguno. Hay que ser grande. Como... Grünewald; si no, no merece la pena...

—¡Guai! —dijo Grünwiesler medio dormido.

—¿Es que no lo crees? Yo lo tendré todo —exclamó alegre—. Todos vendrán a mí.

Cuando advirtió que el otro se había dormido, siguió pensando solo, en silencio.

\* \* \*

Francisco Grünwiesler y Oldshatterhand estuvieron andando desde la mañana hasta la noche por el Spessart, empleando también el día siguiente en dirección a Würzburg.

Parados sobre una altura, miraron hacia atrás. Grünwiesler guiñó los ojos y tapó con la mano el primer plano del paisaje. Su nariz empinábase, formando arrugas a fuerza de perspectiva.

El Main corría, describiendo un amplio arco en torno del Spessart, al pie de pueblos y ruinas de burgos. El Sol en su ocaso acariciaba las copas de los árboles y convertía el bosque otoñal en un mar de oro, en el cual los enhiestos pinos se elevaban como promesas de lejana primavera.

El bosque yacía ante ambos como un año de vida intensa, y sobre sus cabezas la atmósfera mostraba maravillosos y suaves juegos de colores.

—Vamos —dijo Grünwiesler, aspirando alegre el aire a pleno pulmón y tomando la dirección opuesta, por donde se extendía el paisaje ya sin sol en la profunda soledad del atardecer.

Como si por sus ojos hubieran penetrado en su alma demasiadas cosas ya en su vida, apartó Oldshatterhand la vista y sintió deseos de sentarse a esperar que su profunda e inexplicable tristeza se desvaneciera. En su frente se marcó una arruga vertical, desde el nacimiento de la nariz hasta el arranque del pelo. «Si pudiera ahora encolerizarme furiosamente...». Grünwiesler le miró asustado. «Quisiera saber de dónde dimanan las lágrimas. Las lágrimas manan de pronto y manan siempre... Hace cinco años que no lloro». Miró a Grünwiesler que marchaba cabizbajo y que contemplaba a Oldshatterhand como el canario a la hoja de lechuga. «¿Qué se ha hecho de las lágrimas que no he vertido? No lo sé. En algún sitio deben hallarse las

no vertidas. Acaso se pierdan todas en un ¡ay!», dijo, respirando fuertemente y riéndose de pronto como alivio a su opresión.

Alegre ya, caminaba junto a Grünwiesler por la blanca carretera a cuya revuelta se alzaba el techo rojo cinabrio de una casa aldeana que brillaba al sol.

Al llegar a ella vieron que su aspecto era muy diferente de como se la figuraran de lejos. Oldshatterhand dijo:

—Ahora estará la muchacha sola en la casa. Y ¿qué hará en invierno, cuando nieve y haga frío? No hay ninguna estufa en la casa.

—No —dijo Grünwiesler—, ni tampoco puertas ni ventanas.

\* \* \*

En un alto de Wurzburg existe una gran casa de labor. Sobre un montón de estiércol hallábase sentado el pintor Cristino Immermann, hijo del ya fallecido Fürchtegott Immermann, pintor revocador. Estaba echando migas de pan a las gallinas y dibujando sus distintas posturas. El gallo se tragaba la mayor parte de las migas, paseándose orgulloso por entre sus gallinas, y cuando una gallina se le adelantaba cogiendo la miga, se erguía majestuoso como si despreciara el pedazo. Una yegua, negra como un cuervo, se revolcaba al sol en el suelo, echando las patas al aire, para levantarse de pronto y salir por la puerta del corral dando graciosos brincos. Por la misma puerta entró el dueño de la casa de labor, con tipo de *jockey*, acompañado de otro hombre con botas de montar y cazadora.

—El veterinario, señor Amrhein —dijo el dueño presentándoles—. Mi querido amigo Immermann.

Immermann puso la mano sobre el hombro del dueño. La yegua entró escapada, se detuvo, dió un salto, y girando sobre las patas traseras volvió a salir. La criada, gruesa y lozana, con los párpados bajos, echaba agua con un cubo sobre el montón de estiércol y miraba tímida al pintor, que contrajo los labios e hizo como si no la hubiese visto. La criada se retiró indecisa a la casa. Estaba embarazada.

—Saque usted el verraco —le gritó el dueño—. Traiga usted agua limpia y caliente, y que venga el criado.

Oldshatterhand y Grünwiesler llegaron al corral y se acercaron a Immermann. Grünwiesler miró al pintor con sus ojos de canario suplicante, sin cesar de ponerse colorado. Oldshatterhand estaba indignado por la expresión despectiva de Immermann.

—¿Qué tal te va de salud? —le preguntó Grünwiesler, medroso.

—Tan bien como le puede ir a un enfermo del corazón.

Immermann tenía los labios azulados. Grünwiesler lo observó con tristeza. Oldshatterhand estaba enojado, porque creía que Immermann hacía afectación de su enfermedad del corazón.

El pintor dió un apretón de manos a Grünwiesler.

Oldshatterhand tendió la suya. Immermann se encogió de hombros y le presentó el dedo meñique, que Oldshatterhand, sorprendido y confuso, asió. Immermann contrajo el gesto.

Oldshatterhand miró al pintor como quien siente el desdén, y cuando éste con indiferencia se apartó de él, pensó Oldshatterhand en lo que debía haberle contestado: «Un dedo es poco; añada usted los otros cuatro». Y poniéndose la mano en la cadera, exclamó irónico:

—¿Un dedo? ¡Qué avaricia!

Se le ocurrieron varias contestaciones muy oportunas; pero se olvidaba de que ya era tarde y cuando se dió cuenta de ello tenía ya los ojos nublados por el coraje. Immermann leyó en el semblante de Oldshatterhand lo que éste pensaba y se lo pagó con una sonrisa irónica.

—¿Recibiste mi carta? De veras que me alegro que hayas venido —dijo volviendo ostensiblemente la espalda a Oldshatterhand.

Grünwiesler se sentía feliz. Hablaron de sus bocetos de gallinas, sin preocuparse ni lo más mínimo de Oldshatterhand, que pensó en marcharse sin despedirse, pues estaba indignado consigo mismo por seguir allí.

A una ventana del piso bajo se asomó la dueña de la casa, una mujer rubia, y miró con interés el grupo que alrededor del verraco se había formado. La moza y los criados sujetaban al animal, mientras que el veterinario examinaba una cuchillita reluciente.

El verraco lanzó un chillido prolongado y desgarrador. El veterinario se levantó y, sonriendo, arrojó sobre el montón de estiércol un despojo ensangrentado, que olfateó el perro de caza, sin comérselo. Las gallinas se arrojaron sobre el despojo, formando círculo a su alrededor; pero luego se alejaron sin demostrar interés alguno por él.

La dueña miró ligeramente ruborizada a Immermann, que se mordió los labios, como antes al ver a la criada. El verraco, ya tranquilo, fué encerrado en el establo.

El dueño se acercó a Immermann, que le puso la mano en el hombro. La mujer rubia se retiró en silencio de la ventana, mirando a Immermann. Tenía cejas negras y ojos azules.

—En un mes mataremos el verraco, es decir, no el verraco, puesto que ya no lo es. Su carne podrá entonces comerse. Está usted invitado —dijo el dueño a Immermann.

La muchacha pasó por delante de Immermann, mirándole confusa. La dueña volvió a asomarse a la ventana y preguntó a su marido:

—¿Se ha marchado ya el veterinario?

—¡Bah! Ya se ha marchado hace rato.

Immermann se mordió los labios.

La casa de labor estaba situada junto al bosque. Los dos pintores y Oldshatterhand se fueron bordeando la empalizada. Oldshatterhand se sentía

deprimido. «¿Por qué soy con él injusto, si es verdad que padece del corazón?», se decía a sí mismo. «Soy un bellaco».

Grünwiesler le habló entusiasmado de la muchacha que se les había presentado en la casa del Spessart.

—Una cualquiera —dijo Immermann lacónico. Grünwiesler guardó silencio, aterrado.

Oldshatterhand sentía como si le pellizcaban el corazón. Al poco rato se sintió aliviado. «Se da tono con su enfermedad del corazón», pensó, y se extrañó mucho de que no le afectara lo que Immermann seguía diciendo de la muchacha.

—Esas mujeres no tienen documentos de identidad.

—¡Documentos de identidad! Y ¿qué falta hacen? —dijo Oldshatterhand en voz alta.

—¿Y si hubieras cogido algo con esa cualquiera? ¿Qué dirías entonces?

Immermann se dirigía a Grünwiesler, sin hacer caso de Oldshatterhand.

Éste se encolerizó, quiso defender a la muchacha, pero no dijo ni palabra.

Immermann se mordió los labios.

—Aquí tengo algo menos peligroso. La una está embarazada, y la dueña..., ¿te gusta, acaso? —dijo sonriendo abiertamente a Grünwiesler—. He escrito otra leyenda poética..., ¿sabes...? Creo que soy romántico.

—¡Lo que es usted es un bellaco indecente! —exclamó Oldshatterhand de pronto—. Y con su enfermedad del corazón no hace usted mas que darse tono.

Echando chispas se apartó de ellos y tomó el camino de Wurzburg solo. Grünwiesler le miró por encima del hombro con su mirada de canario.

—¿Lo ves cómo no se puede tratar con un plebeyo piojoso como éste? —dijo Immermann indiferente, dominando su cólera.

—Ya me doy yo mismo cuenta... Pero me da lástima. Hemos pasado unas horas muy agradables juntos.

—Por mi parte, haz lo que quieras.

—No...; no... —exclamó Grünwiesler asustado—. Lo he dicho por decir... Sólo quisiera haber dibujado su desnudo... Ha hecho un desnudo maravilloso... Pero también me ha atormentado con el mismo.

—Porque eres demasiado bondadoso...; casi me atrevería a decir que eres un infeliz. Ahora se reirá de ti, naturalmente, después de haberte explotado.

—... ¿Opinas que me ha tomado por un bolonio?

—¿Pues qué te figuras tú acaso?

—Basta, basta —gritó Grünwiesler en un súbito ataque de cólera.

—Sí, talento no le falta...; pero talento lo tienen muchos. Pero tú mismo comprenderás que un individuo de su calaña no pertenece a nuestro círculo.

—Cristino, ahora lo veo claro. Ha vivido a mi costa durante todo el verano. Me ha explotado. Pero ya le conozco.



—Comprenderás que si yo me he formado un círculo de gentes de mi gusto, no he de consentir que individuos tales entren en él. Seamos sencillos, y basta. No nos amarguemos el buen humor.

—Tienes razón.

—Penetremos más en lo profundo del bosque, y te recitaré mi poesía.

—¡Oh, magnífico! —dijo Grünwiesler, poniendo la mano sobre el hombro de Immermann, y desapareciendo entre los pinos.

—Pintaré el asunto de la poesía... Una muchacha dulce..., el solitario susurrar del bosque..., un romántico caballero. ¿No ves el cuadro?

—¡Oh, sí..., maravilloso!

Se sentaron sobre el musgo. Junto a ellos el pico carpintero picoteaba un tronco.

—¡Psch!..., allí está —dijo Grünwiesler.

Immermann empezó a recitar su poesía. Se escuchaba encantado a sí mismo y se puso en pie. Con los brazos abiertos, elevando la voz y con gran unción, pronunció la última estrofa.

Grünwiesler le escuchaba atento; las palabras eran para él imágenes. Muy emocionado, contemplaba a Immermann.

—¿No percibes la imagen?

—¡Oh, es magnífica!... Para eso me falta fantasía —dijo tristemente.

—¡Tom el poeta se hallaba junto al río! —exclamó Immermann entusiasmado.

Los varios caminos y senderos que a las viñas conducían estaban obstruidos, pues las uvas comenzaban a madurar. Oldshatterhand se fijó en el hombrecillo gris que estaba inmóvil, sentado en el borde del bosque, con una trompetilla de metal al cinto.

—¿Es verdad? —le preguntó al guarda de las viñas— ¿que usted les disparaba a los chicos que venían a robar un par de racimos un tiro de sal y pimienta en las nalgas?

El viejo le miró maliciosamente y, golpeando su trompetilla, dijo:

—Eso era antes. Ahora toco esta trompetilla y todo el pueblo rodea la viña y siempre cazamos al rapaz.

—¡Ah, qué cosa! —dijo Oldshatterhand asustado, y siguió andando hasta llegar a la huerta de Nube Roja, que estaba algo apartada de la casa del jardinero y cercada por un espeso seto vivo, recortado por igual.

Se quedó parado junto al seto, y mirando al jardín, escuchó.

La joven y bella hija del profesor estaba junto a Nube Roja y de un jovencuelo de rosadas mejillas. Éste decía:

—Hasta pasado mañana tenéis tiempo de aprender los dos papeles principales de mi obra —y le entregó su manuscrito.

—*Klarchen, la del torrero, y el capitán de gitanos*, tragedia en cinco actos —leyó Nube Roja.

El bosque proyectaba sus amplias sombras vespertinas hasta la noria de la huerta. Nube Roja abrió el manuscrito y, dando vueltas al manubrio de la noria, empezó a

declamar.

Huye, Clarita, conmigo,  
en medio de la tempestad y de la noche.

La cadena del pozo chirrió. El cubo llegó a la superficie.

La hija del profesor echó el agua en la regadera y regó el semillero de verduras, y mirando ruborizada a Nube Roja, exclamó:

—¡Viva el arte y el amor!

## Capítulo Octavo

Los trabajos de los jóvenes pintores en solicitud de ingreso en la Escuela de Bellas Artes de Munich pendían de las paredes. En la sala no había un alma. Sólo se veía en ella una cabeza de negro, en la que resaltaba la blanca esclerótica, y que se repetía, sonriente, en las doscientas copias.

El viejo bedel, de barbas a lo San Pedro, abrió las puertas y los concursantes entraron; un enjambre de jovenzuelos, la mayoría de ellos de cabellos largos y pantalón corto de pana. Iban a ver si estaban admitidos. Un círculo marcado sobre el dibujo significa admisión; una cruz, en cambio, significaba que el trabajo estaba rechazado.

Un pintor joven, con cara de cardenal, de rasgos muy pronunciados, entró el primero en la sala. Su mirada vagó buscando a su alrededor, mientras que su cuerpo se zarandeaba como si tuviera que vérselas con un peligroso enemigo. De pronto se abalanzó a su cabeza de negro.

Los otros entraron apiñados y medrosos, para luego desperdigarse por la sala. Ninguno de ellos podía dar en seguida con su trabajo, pues a primera vista no era posible distinguirse unas de otras las cabezas sonrientes del negro.

Caras regocijadas; exclamaciones de alegría; miradas indignadas o tristes, fijas en las cruces...

Oldshatterhand, que se había quedado parado a la puerta, recorría ahora con mirada indiferente los dibujos, y dijo a uno: «Este trabajo está muy bien; pero muy bien». Miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie se fijaba en él; se dirigió al sitio en que estaba su cabeza de negro, y sonriendo a un inglés de cráneo puntiagudo, le señaló el círculo que adornaba a su negro.

Oldshatterhand había sido admitido en la Real Escuela de Bellas Artes.

Lleno de alegría se dirigió a su casa, empujó la puerta de la habitación y retrocedió, pues se había olvidado en su apresuramiento de lo difícil que era entrar, a causa de los muebles acumulados en el cuarto, en el que sólo podía penetrarse por una estrecha rendija. Con mucho cuidado penetró por ella, teniendo que saltar por encima de la cama; volvió a bajarse de la misma al otro lado de la puerta para poderla cerrar, y se sentó ante la mesa, es decir, en la misma cama. Encima de la mesa vió una carta de la madre. Ésta le escribía que Lenchen Leisegang había empezado unas relaciones con un sargento de artillería. «¡Ah! —exclamó Oldshatterhand—. ¡Ah! Es demasiado fina para un sargento de artillería». Siguió leyendo. Su madre le escribía que el famoso pintor Franz Lehmbach había muerto. Ella creía que Oldshatterhand ocuparía el lugar que dejaba este pintor, pues el señor Lehmbach entró a pie en Munich, de aprendiz de albañil, y llegó allí a ser el mejor pintor.

En el patio silbaba el viento otoñal. Abrióse una ventana y penetró en el cuarto de Oldshatterhand una sonrisa de muchacha. Oldshatterhand la cerró con fuerza y gesto de desafío, alejando así, ante el brillante futuro que su madre le pronosticaba, el recuerdo de Lenchen Leisegang. Luego se puso a comer un trozo de queso de Limburgo.

El viento silbaba en las alturas llevándose la risa de la muchacha, y los ecos de un fonógrafo que, no obstante su vigorosa sonoridad, al fin dejaron de oírse, arrastrados por el boquete del patio hacia lo lejos.

Oldshatterhand se levantó, y abriendo el pestillo de la puerta se deslizó a través de la rendija y se fué al Museo Schack.

Los cuadros de Schwind, Feuerbach y Bocklin le gustaron mucho; pero, sin embargo, él había esperado otra cosa. Ante la copia de la Venus de Giorgione, hecha por Lehmbach, se detuvo largo rato, alegrándose de poder contemplar, ya como persona mayor, un desnudo de mujer sin llamar la atención. Veía sólo a la mujer hermosa y desnuda, de pechos y cuerpo exuberantes. Pero apartó los ojos, porque a la postre, en vez de la Venus veía a la rubia rojiza que en la Fischergasse se acostara desnuda en la otomana. Como por ensueño cambió semejante aparición por la de la muchacha del Spessart, y con una sensación de voluptuosidad las tres mujeres se fundieron en él en una sola.

Oyó hablar a su alrededor. Un pintor con zapatos de doble suela dió unos pasos, y el suelo retumbó como si estuviera hueco. Un inglés dijo al pasar a su acompañante: «Lenbaetsch».

Una pintora, en sandalias, pasó rápida, de cuadro en cuadro; llevaba corsé y sus pechos se balanceaban, saltaban bajo su túnica. Ante cada cuadro se llevaba la mano a los ojos; movía la cabeza y pasaba de largo.

Sus ojos ardientes, de largas pestañas, que llegaban a las tupidas y negras cejas, formaban sensual contraste con su dulce cara de Madonna, y con su boca pequeña, redonda y roja como una cereza.

Se detuvo ante Oldshatterhand. Él la miró, enajenado por completo, pues aun no había solucionado el contraste que su conciencia artística le causaba: entre si los pensamientos sensuales ante la Venus de Giorgione eran legítimos o eran villanos.

—Sí; es muy hermosa —dijo la pintora, mirándole insistentemente.

Él asintió. Sin ambages, empezó la pintora a hablar de su vida libre, de Cristo, de Nietzsche, afirmando que únicamente éstos merecieron el dictado de hombres.

Se sentía identificada con ellos. Ella también sufría por la Humanidad. Siguió hablando de su familia, y concluyó diciendo que su madre era una mujer pequeña y estúpidamente burguesa, y su padre, un hombre débil y sin carácter.

—Venga usted conmigo a mi estudio. ¿Me entiende usted? Veo que he encontrado, por fin, a un hombre. ¡Un hombre!

Y cogiéndole de la mano, le condujo fuera.

El estudio era grande. El suelo estaba lleno de castañas. Cadenas de castañas colgaban de las paredes recubiertas de muselina. Un cajón volcado y cubierto de muselina hacía de cómoda. También la otomana, el único mueble que había en el cuarto, estaba cubierta de muselina. Oldshatterhand se sentó en ella. La pintora empezó a reírse con toda su alma, sin motivo aparente. Se desternillaba de risa, y así riendo se sacó por la cabeza su traje de muselina, quedándose ante Oldshatterhand con una túnica amarilla, clara, con flores azules, de seda fina, y que sólo le llegaba hasta las rodillas.

Oldshatterhand se la quedó mirando, sin poder explicarse por qué se reía, y le preguntó, turbado:

—¿No lleva usted camisa?

Ella se acercó a Oldshatterhand, que seguía sentado, y poniéndose muy seria, se abrió el pecho de la túnica y apretó la cabeza de Oldshatterhand contra su cuerpo desnudo.

Automáticamente le echó Oldshatterhand los brazos al cuello desnudo, aspiró el perfume de su boca y la besó. De pronto surgió ante él el viejo puente de Wurzburg con sus doce santos, y apartando el cuerpo de la muchacha, se quedó absorto en contemplación de Wurzburg, y creyendo percibir el olor de la Felsengasse, se sintió asqueado y se levantó.

La muchacha le miraba con profunda, enigmática tristeza, sujetándose la parte anterior de la túnica con la mano.

Oldshatterhand había retrocedido hasta la puerta.

—Tengo que volver a casa —dijo—; mi patrona y yo tenemos que cambiar los muebles de sitio, porque mi cuarto es muy pequeño.

La muchacha experimentó un cambio notable. Parecía como si un ser humano desnudo pasara sin transición del ardiente verano al invierno frío, y aguantase, rígido e inmóvil, el cambio de temperatura... Se acercó a la pared y, poniéndose un collar de castañas al cuello, dijo pausadamente:

—¡Yo! ¡Cristo...! ¡Hoeldelin y Nietzsche...! ¡Sobre nosotros se cierne, invisible..., el azote del mundo... siempre...!

Oldshatterhand miró aterrado a la muchacha y lleno de emoción.

La muchacha volvió a soltar la risa sonora, que sacudió su cuerpo bajo la túnica de seda. Oldshatterhand también se echó a reír. Se reía a carcajadas, sintiéndose liberado, como en aquella ocasión en las alturas del Spessart. De pronto se acordó de una escena de su infancia y se vió con otros muchachos sentado en los macizos del Schlossberg, formando círculo y comiendo a porfía manzanas que crujían.

Durante los días siguientes pensó Oldshatterhand en la muchacha del Spessart; viola dirigirse al lago; pero ya no llevaba el traje de lienzo que Francisco Grünwiesler le había querido adornar con flores azules de otoño, sino una túnica de seda amarilla, clara, con flores azules, que no le llegaba ni siquiera a las rodillas.

Aquella noche soñó que la muchacha del Spessart estaba en el lago. La Luna había descendido del cielo y posábase sobre su cabeza. Tenía abierta la túnica por el pecho y se hundía vertical y lentamente en el agua, cada vez más, hasta que la túnica se quedó flotando sobre el lago. El disco de la Luna volvió a remontarse al cielo.

A la mañana siguiente fué a ver a la pintora y llamó inútilmente a la puerta. Al marcharse preguntó por ella a la portera que barría la entrada. La mujer le miró y dijo: «Ayer se la llevaron al manicomio». Y siguió barriendo. Oldshatterhand se quedó parado mirándola y esforzándose por recordar la escena del estudio. «Yo no tengo la culpa —se decía—. No puede ser». La mujer le advirtió que podía limpiarse los pies antes de entrar en la casa.

Se alejó lentamente. «En efecto, tenía que cambiar los muebles. La cama se ensuciaba mucho... No la he mentado». Se detuvo. «Si no, ¿a qué iba a volver?».

Cuando regresó a su casa cambió los muebles de sitio, con ayuda de la patrona, de modo que para entrar en su cuartucho sólo tenía que pasar por debajo de la mesa. La cama quedó junto a la ventana, lo que tenía el inconveniente de que Oldshatterhand se helara por la noche, pues el invierno había sobrevenido de pronto y la ventana juntaba mal. El cuarto le costaba, con desayuno, un marco cincuenta por semana.

Pronto llenó Oldshatterhand las paredes de su cuarto con sus bocetos. Era lo único que allí había, además de la cama y de la mesa, sobre la cual, junto a la grande y vieja pistola del «cuarto», estaba un cráneo que parecía reír monstruosamente, pues le faltaban los dientes. La misma calavera se reía en los bocetos de las paredes, reproducida varias veces, de modo que al despertar Oldshatterhand en las noches claras veía el cuarto lleno de risas.

Su madre le mandaba regularmente albondiguillas de patatas; veinte de cada vez. Sólo tenía que ponerlas en agua caliente y podía llevar a un convidado, pues cada albóndiga era del tamaño de la cabeza de un niño. Su hermana añadía de vez en cuando una pieza de tres marcos.

De los noventa marcos que Oldshatterhand había ganado de mozo de clínica en Wurzburg, y con la venta de sus cuadros sólo le quedaban cuarenta. A los cinco meses de estancia en Munich sus mejillas habían adelgazado. Estaba, sin embargo, convencido de que a fuerza de ahorrar podría terminar sus estudios con aquel dinero, y por miedo a verse obligado a dar algo no había dicho a su madre que lo tenía.

Como una joven estudiante, invitada a comer las albóndigas de patatas, se hubiese hecho un chichón al entrar por debajo de la mesa, y como estaba seguro de que la muchacha repetiría la visita, tomó como pretexto lo caro del cuarto para despedirse de la patrona y buscar otro más barato y acaso más confortable.

No quería cambiar las dos monedas de oro que aun llevaba en el bolsillo. Y como su hermana le había prometido enviarle otros tres marcos, llamó a la patrona y le dijo: «Me marchó; pero no la puedo pagar a usted hasta el lunes. Le dejo a usted en prenda todos mis bocetos», dijo señalando a las paredes y mirando a la mujer, asombrado,

pues ésta exclamó, despectiva: «Me importan poco las pinturas. No valen ni cinco céntimos. O paga usted o tendrá que dejar aquí su cofrecillo».

Y allí siguió viviendo Oldshatterhand, reconciliándose con la patrona, que nada comprendía de semejantes cosas. La estudiante volvió varias veces sin que le preocupara tan complicada entrada.

\* \* \*

Parado ante el pequeño café de Artistas, Oldshatterhand miraba ansioso hacia el interior. Todo lo que en él había le parecía maravilloso. Los divanes estaban cubiertos de terciopelo rojo. Los objetos de metal brillaban.

Junto a la ventana, dos artistas, inmóviles, jugaban al ajedrez. Cerca de ellos estaba el pequeño profesor de dibujo, con su gorro de pieles, y el cual no le llegaba siquiera a la cadena del reloj al camarero que, encorvado, le estaba sirviendo coñac en copa grande. Su abrigo de pieles le llegaba hasta los pies. Oldshatterhand oía la risa hueca del maestro de dibujo: «Oh... Oh... Oh», que presentaba de nuevo el vaso vacío al camarero.

Oldshatterhand se asombraba de los jóvenes artistas, que tenían el valor de entrar en el café, y se asustó de su osadía en pensar siquiera hacer lo mismo, en entrar en aquel café, donde había sentados tantos hombres notables. Temía que el dueño se acercase a él y le preguntara: «¿Qué desea usted aquí?», o que hiciese una seña a los camareros para que le echaran fuera, sin que nadie lo notara.

Siguió andando, triste. Gruesos copos de nieve caían y se fundían en el lodo.

Volvió a detenerse ante la segunda ventana. De entre el torbellino de los parroquianos llegó a él la penetrante mirada y sintió su memoria atormentada, como si buscara un nombre que no recordaba. El hombre de la mirada le hizo a Oldshatterhand una seña, y éste volvió a sentir la impresión del contacto de un fantasma: reconoció al forastero misterioso que en las alturas de Wurzburg le había dicho: «Me pregunto por qué unos brotes de los árboles caen antes de convertirse en fruto, mientras que otros, a su lado, maduran». Aquel forastero cuyo indescriptible influjo le hiciera renunciar al punto a la América selvática.

Sin voluntad, como si su voluntad estuviera incorporada a la del forastero del café, entró Oldshatterhand en la sala. El efecto que le produjo fué tan angustioso y medroso, que se quedó parado en el centro, junto a la estufa, que por algunas partes estaba al rojo. Como impulsados por una corriente eléctrica central, que se comunicara por un alambre a cada uno de ellos, los hombres aquellos, fantásticamente vestidos, se agitaban vivamente en los bancos de terciopelo, aspaban los brazos, echaban la cabeza atrás, abrían las manos... y hablaban extrañas palabras, sonidos abigarrados extranjeros, confusos, que Oldshatterhand no entendía, y, hablando, encontraban tiempo para llevarse a la boca el cigarrillo, volviendo luego a gritar, a alzar los brazos hasta el techo y golpear contra el suelo. Otros estaban sentados, la cabeza apoyada en las manos, y miraban adustos a su alrededor.

Oldshatterhand, que iba modestamente vestido, se acercó al forastero, que en aquel momento besaba la mano a una señora rubia en señal de despedida.

—Miguel Vierkant —dijo el forastero presentándole.

Oldshatterhand abrió los ojos, mirando interrogativamente a la hermosa dama que le tendía la mano para que se la besara.

—Y ya sabe usted muy bien —decía la dama, terminando la conversación— que es peligroso en la vida ser consecuente, sin apartarse del camino central. Paralelamente, y cruzando el camino de nuestra vida, hay millones de caminos, y en sus cruces atisban al consecuente la locura y la ruina. Pero, adiós, y hasta entonces —dijo risueña, y se retiró.

En la mesa de al lado un pintor volcó en el vaso de leche un plato lleno de compota de airelas; movió la mezcla y la miró al trasluz. Parecía, con sus múltiples venitas violáceas, el cutis de una cara untuosa. El pintor apuró la mezcla.

—¿Qué quería decir la dama con los millones de caminos en la vida? —preguntó Oldshatterhand al forastero, que le miraba emocionado, como se contempla una fotografía de la juventud de uno mismo.

—La dama se refería a que hay que hacer concesiones en la vida, pues, si no le aplastan a uno.

Oldshatterhand se puso colorado, porque no sabía qué significaba la palabra «concesiones». Y no se atrevía a preguntarlo.

—Un zapatero —le explicó el forastero— tiene su tienda en un barrio elegante. Su clientela, las señoras elegantes que allí viven, quieren sólo zapatos finos, muy ligeros. Pero el zapatero repite constantemente: «Hago sólo zapatos fuertes, de doble suela, que son los únicos que duran...». Por ser consecuente, quebrará en su negocio.

—¡Ah, sí! —exclamó Oldshatterhand, accionando—. Es lo mismo que el mecánico Tritt. Trabaja tres meses en una cerradura eléctrica de la que se siente orgulloso, y que podría concluir, por el precio a que la pagan, en una semana...

—Y, naturalmente, hace quiebra. A eso se refería la dama.

—Sí..., pero el señor Tritt vuelve a casarse con una mujer rica...

—Y sigue haciendo sus cerraduras eléctricas.

—Sí.

—Es entonces un artista de la vida.

—El señor Tritt no es artista de nada. Es un villano vulgar.

—¡Si todo artista de la vida tiene su tanto de villano! Y al que no lo es le crucifican... Hay muchas muchas clases de cruces, y los hombres cuelgan de ellas.

Oldshatterhand palideció; hasta los labios se le pusieron blancos, y se quedó mirando al forastero, pues creía verse a sí mismo reír. El forastero se había reído con la misma risa alocada de Oldshatterhand. Encorvado y señalando con el índice, murmuraba:

—También hay una Cruz en la diabólica y horrorosa soledad. En ésta se ve clavado y atormentado el hombre que no puede vengarse, que no puede defenderse,



ni quiere, porque sabe que todos los que le hacen daño, aun el más empedernido criminal, sólo son unos pobres seres sin culpa. Porque también a ellos les han torturado, pegado y humillado durante tanto tiempo, hasta convertirlos en malignas y peligrosas fieras... El hombre que sabe esto y que obra conforme a este conocimiento, está crucificado en la Cruz más terrible y en el más terrible y solitario Calvario. Todos le atormentan, porque saben que no se defiende.

—Ése es Jesucristo —dijo Oldshatterhand, muy despacio.

—Oye, tú —le dijo el forastero asiéndole del hombro, y su frente se puso encarnada, amenazando estallar—, hay muchos Cristos.

—Sólo ha habido uno.

—¡No, no! Siempre viven muchos, pero no se les conoce. No se los quiere conocer.

La frente del forastero palideció. Se incorporó y dijo:

—Camarero, vea usted si ha llegado la carta.

—Laaaaaa —aulló un concurrente abriendo los brazos—. La bemol, ¿entiende usted?

El dueño, diabético, permanecía inmóvil detrás del mostrador. Sólo de vez en cuando hacía con la vista una indicación a algún camarero. Hacía treinta años que pasaba así la vida. Su cara era como de cera, y debajo de los ojos la piel formaba arrugas negruzcas.

Los parroquianos cambiaban de sitio y se visitaban de mesa a mesa. Un grupo nuevo entró.

Todos los rostros se volvieron hacia un rincón; estiráronse una porción de gaznates, gran número de parroquianos se acercó a un italiano esbelto que mostraba en alto un dibujo.

El dueño mismo volvió lentamente la cabeza como si fuera un mecanismo de relojería, y miró hacia el rincón.

—Conocí a dos pintores —dijo el forastero arrellanándose en el sillón—. Los dos eran pobres, muy capaces, y enormemente entusiasmados por su arte. El uno se pegó un tiro en París. El otro ilustra ahora tarjetas postales en Berlín... Unos cerditos guiando un auto... Liebres con botas de montar, sable y casco... El centinela ante una garita presentando armas a una liebre en uniforme de general... Este pintor vive tranquilo, le va bien, pues gana bastante con sus tarjetas postales... Es raro que nazca un hombre que durante toda la vida no adquiriera compromisos.

—Nunca pintaré yo cerditos guiando un automóvil.

—No; usted no —dijo el forastero con el mismo tono con que le había hablado antaño en los altos de Wurzburg—; no; usted no, porque usted no es débil.

—Antes me pegaría un tiro —Oldshatterhand echó la cabeza hacia atrás—. ¿No lo cree usted? Pues entonces no me conoce... —dijo despectivo.

—Pero me conozco.

—Y luego me vengaré —Oldshatterhand apretó sus labios—. El maestro Mager me cruzó una vez la cara con el puntero hasta derribarme al suelo porque no quise sujetar en la silla a un camarada. Hasta derribarme al suelo. Si estuviera ahora aquí el maestro..., aquí en esta silla...

—Acaso sea el maestro así..., así se pasee y viva, porque la atmósfera de la ciudad no permita otra cosa... El catolicismo..., los conventos, los monjes, los curas, las angostas y tortuosas callejuelas, los húmedos sombrajes, las iglesias góticas, los altos y grises muros, de los que se destacan las horripilantes imágenes..., todo eso influye en el hombre desde su juventud... Así, una ciudad produce el mal, que ya los niños de siete años confiesan como pecado; idiotas, locos religiosos, avaros, jorobados de nacimiento, asesinos encubiertos, tullidos, ascetas, estupradores..., también artistas. Y hombres como el maestro Mager... Que el maestro Mager pretenda de usted que sujete en la silla a su camarada para pegarle es, como usted dice, una villanía.

—No he dicho villanía.

—Bueno; pero sin embargo lo es. Y acaso la ciudad, sus habitantes, las órdenes de las autoridades académicas... hayan hecho del maestro Mager un villano empedernido, una máquina de castigar... El venga en sus alumnos la acción que a él mismo le ha inferido la vida de embotarle y entenebreecerle el alma.

—¿Lo cree usted? —preguntó Oldshatterhand anonadado.

—¡Alto! ¡Alto! —dijo el forastero—. Pégueme usted, tome usted venganza. Dele con el puntero en la cara hasta derribarlo al suelo.

El forastero contemplaba a Oldshatterhand medroso y fijamente, y cuando vió que su cara volvió a adquirir una expresión de dureza, sonrió y dijo persuasivo.

—No le preocupe a usted eso que he dicho de la vida y de la ciudad... Lo he dicho sólo por decir algo: pura conversación. Naturalmente que hay que defenderse. Hay que coger al maestro Mager de las solapas de la chaqueta y decirle: «¡Señor Mager, es usted un pingajo! ¡Un pingajo es usted!».

El forastero miró fijamente a Oldshatterhand, y cuando éste asintió, lo hizo también el forastero.

—La terrible tragedia de la vida moderna es la habitación amueblada —dijo uno que jugaba solo al billar.

Llevaba una pelerina tirolesa, sujeta sólo por el primer botón y echada sobre los hombros, de modo que le colgaba hacia atrás como un manto de príncipe. Oldshatterhand hacía un rato que le estaba observando con interés, y por fin preguntó por qué aquel señor no se quitaba la pelerina para jugar.

—Hace ya cuatro meses que juega así; todo el invierno. Tiene un agujero en el pantalón.

—Un agujero... ¿Sabe usted...?, prefiero evitar tropezarme con el maestro Mager cuando vuelva a verle en el Puente Viejo.

—¿Cómo? —dijo el forastero y palideció, mirando fijamente a Oldshatterhand.

—Sí; allí está siempre mirando la esfera iluminada del reloj.

En el café había podido Oldshatterhand seguir sin dificultad el pensamiento del forastero, con asombro dominado y nueva sensación de goce. Pero ahora, mientras chapoteaba por la nieve derretida, camino de su casa, no comprendía, ya lo que el forastero le había querido decir. Por más que se esforzara, era incapaz de discurrir sin tener un interlocutor. Esto le parecía incomprensible y extraño. La atmósfera del café le oprimía de un modo insoportable, como en su infancia un difícil ejercicio de cálculo, que sabía que, después de una noche de miedo, había de presentar al día siguiente al maestro Mager sin haberlo resuelto, recibiendo, en cambio, de éste burlas y golpes. Pero no obstante las humillaciones inevitables a que por su ignorancia se sentía expuesto, sabía con toda seguridad que había de volver al café, como la noche sigue al día. Habían experimentado sus nervios lo desconocido que a él, ignorante, separaba de aquellas gentes que frecuentaban el café. Como si pudiera vencer lo desconocido con su esfuerzo corporal, quería volver y luchar contra lo mismo con pies y puños. Surgió en su cerebro la duda sobre su capacidad de un modo inesperado. «El maestro Mager no me preguntó en mucho tiempo, pues había dicho a la clase que de mí no se podía sacar nada. El mecánico Tritt me ha pegado. Mi padre me pegaba todos los días. El Escribiente se reía de mí. Capitán Pálido tiene cien veces más energía de carácter que yo. Todos son más fuertes y más respetados que yo, siempre era yo el último en todo. ¡Cómo he podido figurarme que de una persona tan débil, tantas veces humillada y castigada, de una persona completamente ridícula podía salir un artista...!».

En su garganta se ahogó un sollozo; pero sus ojos no se humedecieron.

Se detuvo ante un escaparate en el que se hallaban expuestos unos cuadros al óleo. Se fijó abstraído en el cuadro grande del centro, que representaba un descendimiento de la Cruz, y cuando más embebido estaba, se inclinó y asió de pronto a uno que estaba junto a él por el hombro:

—La pierna izquierda es demasiado larga. ¿No lo ve usted? Está muy descentrado —y con el dedo trazó en el escaparate polvoriento muslo, rodilla y pantorrilla—. ¡Así tiene que ser, así!

—Usted que es pintor lo sabrá. Ahora advierto yo también el defecto.

—¿No es verdad? —Oldshatterhand se acercó cuidadosamente al señor para ver si era más alto que él.

El señor era más bajo.

Satisfecho, prosiguió Oldshatterhand su camino; vió a una dama elegante, y mirándola cara a cara se quitó el sombrero. No conocía a la señora.

Iba a ponerse en seguida a pintar su cuadro para el concurso de la Academia. «Leyenda» era el tema propuesto. Ya tenía en su cuarto el lienzo de la altura de un hombre.

Al entrar, retrocedió. Vió sobre la cama un soldado en uniforme de aerostación, mirando los desnudos que colgaban de las paredes.

—Pero ¿todo eso...; eso todo lo has pintado tú?

—Todo yo... ¿Y tú... eres soldado?

—Sí; y me he presentado voluntario en el batallón de aerostación —dijo Rey de los Aires—. Pero todavía no he visto ni un globo. ¿Qué te parece? Y en estas cuatro semanas no me han dejado salir del cuartel... Los del segundo año dicen que eso de volar, ni por mientes. Lo único que te mandan es que tires de una sogá, tan gorda como una caldera de la colada. ¡Qué piara de cochinos! Bueno, y ahora tengo que volver al cuartel; si no, me meten en el calabozo. —Salió por debajo de la mesa—. Del domingo en ocho días tengo permiso. Ojo de Gavilán, Capitán Pálido, el Escribiente y todos los demás te envían sus saludos. Y del domingo en quince días vendrán todos a Munich, porque Capitán Pálido toma parte en un concurso en Nuremberg. Así es que vendrán todos a Munich, y te visitarán a ti, y al mismo tiempo a mí también. —Y señalando al desnudo, le preguntó: —¿Y se dejan que las veas sin ropa?

—Sí.

—¿Así tendidas? También quisiera yo tener un cuadro así.

Oldshatterhand le dió un dibujo.

—¡De modo que desnudas del todo! Bueno; ahora tengo que marcharme de prisa. Bueno, pues adiós. Todos vendrán aquí, y yo también.

«¿Y si el hombre que estaba delante de la tienda de cuadros hubiera sido más alto que yo? Pero igual da un hombre que tenga 1,70 ó 1,60. Esa diferencia de estatura no tiene importancia... ¡Cómo grava durante la vida todo el bagaje de la infancia! ¡Sin duda pesa durante toda la vida, y no puede uno librarse de él! ¡Muchos no pueden librarse de él jamás...!».

Sobre la mesa vió una carta de Francisco Grünwiesler. Éste se quejaba de tener que estar metido en un rincón de la tierra, en Lohz sobre el Main, en casa de una tía que, si bien le daba comida y casa, no le daba un penique; a pesar de tener, mejor que cualquiera otro, que residir en Munich para pintar desnudos y estudiar a los antiguos maestros en los Museos; ¡ahora, precisamente, que había empezado a hacer un gran cuadro sin modelo, por no poder disponer de él en el lugarejo sin producir una revolución, y no lo podía terminar! ¡Así no adelantaba un paso! La tía estaba metida en cuerpo y alma en la iglesia. Uno de los curas se pasaba todo el día en su casa, cuando la tía no estaba en la iglesia, o con los curas. Soñaba con tonsurados y con hábitos, que se metían por la noche en el jardín de la tía. Había legado ésta su fortuna al convento. A él le dejaba sólo seis mil marcos en obligaciones; pero a la muerte de la tía, ¡cuando ya no le haría falta el dinero!

Grünwiesler no parecía haber enviado la carta en seguida después de escrita, pues tenía la siguiente posdata con lápiz: «He cogido los seis mil marcos en obligaciones que para mí estaban destinadas en la cómoda de mi tía. Vivo en constante sobresalto de que mi tía me descubra, pues estoy convencido de que me denunciará. Te pido

insistentemente tu consejo. Dime qué he de hacer. Envíame tu retrato, pues deseo ver la cara de un amigo. Tuyo, eterno amigo, *Francisco Grünwiesler*».

«Devuélveme esta carta en seguida». Esta frase estaba escrita también con lápiz y tres veces subrayada.

Grünwiesler había partido su dinero con Oldshatterhand; le había enseñado que el azul y el amarillo dan el rojo; con gran paciencia, le había ayudado a vencer las dificultades técnicas, haciendo así posible el que Oldshatterhand saliera de su antigua situación y venciese, si no le faltaba constancia.

Muy agitado por los acontecimientos de aquel día y por la carta de Grünwiesler, escribió una larga carta llena de reconocimiento y entusiasmo, cuyo final decía: «Preséntate ante tu tía con un revólver en la mano. Confiésalo todo, y dile: Si me denuncias, me pego un tiro a tu presencia».

Y llevó en seguida la carta al correo.

Con la grata sensación de que su cuerpo se desarrollaba y crecía, volvió a su cuarto y empezó a pintar el cuadro para el concurso. El boceto resultó una calle oscura y medrosa, con una luz irreal.

Sobre la mesa estaba aún la carta de Grünwiesler. Oldshatterhand se había olvidado de devolvérsela.

\* \* \*

Oldshatterhand, en el andén de la estación central de Munich contemplaba la azul lejanía por donde, arrastrándose como negro dragón, se aproximaba el tren de Nuremberg, en el cual venían los bandoleros.

La amiga de Oldshatterhand, vestida con traje descotado de piqué, se reía, asombrada, porque la inquietud de Oldshatterhand se le había contagiado a ella. Tenía ojos de japonesa, y llevaba un ramo de rosas al pecho tan grande como su cabeza. Se llamaba Sofía Meinhalt.

La locomotora, jadeante, se detuvo lanzando un silbido.

«¡Qué tiranía...! Ocho... ocho... ocho... horas... Paz y república», terminaron cantando los bandoleros.

—¡Oha, oha! —gritó el Escribiente, asomándose por la ventanilla.

—He ganado el premio 37 —exclamó Capitán Pálido poniendo en alto el premio ganado.

Los extraños se sonreían.

Cargados con sus mochilas, saltaron al andén y guardaron silencio al tenderles la mano la hermosa amiga de Oldshatterhand.

También los bandoleros habían traído consigo a dos muchachas. La más amada del Escribiente y Kätthe Schlauch, la novia de Capitán Pálido. Su sombrero era tan plano como la tapa de un cesto, y adornado con piñas artificiales. La amada del Escribiente llevaba en tres vueltas sus trenzas alrededor de la cabeza. Tenía los ojos algo saltones.

—¡Caramba! ¡Esto es una estación!

Ojo de Gavilán contemplaba la nave de hierro. Todos miraron asombrados hacia arriba.

En la plaza de la estación se hicieron seña las dos muchachas y cada una sacó un velo arrugado.

—Si alguien se entera en Wurzburg —dijo Capitán Pálido— que os habéis puesto semejantes pingos, andará el demonio suelto y todos os mirarán por encima del hombro.

—Pues trae acá, Kätthe —dijo el Escribiente y ató el velo al sombrero de piñas de la señorita Schlauch—. Ahora, Kätthe, eres una señora elegante.

—Ésos quieren ir a la cervecería —dijo mimosa la amada del Escribiente—, pero yo prefiero ir a los almacenes. Y también quiero ver las tiendas de sombreros, todas las tiendas de sombreros. —Y mirando de arriba abajo a Sofía Meinhalt, le dijo—: Yo soy modista.

Seguían parados en la plaza.

—¿Dónde está la Gran Pastelería Real? Mi padre me ha dicho que no dejara de verla.

—Eso, ahora, no es lo principal —dijo Capitán Pálido a su novia—. Pero me asombra que todas las gentes vayan aquí como en Wurzburg. Me había figurado que todos gastarían trajes regionales... montañeses. Y mira ese costal de patatas.

Pasó la pintora, en sandalias y traje reforma; pasó de largo, con el pecho saliente y paso hombruno. Su velo, de un verde corrosivo, flotaba a sus espaldas. Las muchachas se echaron a reír y todos se la quedaron mirando.

—¡Cuidado!

En el instante supremo había librado Oldshatterhand de que un auto atropellara a Nube Roja.

Las muchachas tenían que pasar las primeras por debajo de la mesa para entrar en el cuarto de Oldshatterhand.

De las paredes pendían dos desnudos de tamaño natural, uno de hombre y otro de mujer. Las muchachas se asomaban a la ventana, dirigían la vista a los rincones y al techo, y de reojo observaban a los bandoleros, que contemplaban a hurtadillas la mujer desnuda.

—Liesle, eres tan bella como ella —dijo el Escribiente en voz baja.

La modista se volvió colérica y, refunfuñando, se deslizó por debajo de la mesa. Sofía Meinhalt la siguió, e inmediatamente después salió tras ellas la señorita Schlauch.

—¿Por qué no te callas? Demasiado sabes cómo son las muchachas.

—¡Oh!

El Escribiente se quedó perplejo.

Capitán Pálido, estirando los labios, dijo amablemente:

—No hubiera creído nunca en mi vida que fueras capaz de pintar esas cosas.

Ojo de Gavilán contempló de cerca la pierna de la mujer.

—¿Lo has dibujado con carboncillo? —preguntó Nube Roja—. ¿Lo has fijado?

—Sí.

—Lo suponía.

Los bandidos permanecían callados ante el desnudo de mujer. Sofía Meinhalt entró.

—Ahora tendréis que salir. Las muchachas quieren lavarse.

La modista se enjugaba sonriente las lágrimas.

Los bandidos se fueron por el pasillo hacia la ventana y se sentaron en los escalones, reunidos como antaño en los fosos del castillo.

—¿Por qué no ha venido con vosotros La Serpiente? —preguntó Oldshatterhand.

—¿La Serpiente? Querido, con él ya no se puede tratar. ¿Qué te figuras? Es de los de la fuente de los Cuatro Caños. ¿Sabes? De los que se estacionan en la fuente de los Cuatro Caños.

—¡Oooh! —dijo Oldshatterhand, sorprendido. Y durante todo el día no habló casi nada más.

Uno subió la escalera, empujó la puerta y retrocedió a los gritos de las muchachas.

—¡Vamos y vamos!... ¡Qué tontería!

Rey de los Aires se adelantó a saludar a los ladrones. Estiró el cuello y en su frente se le marcó la arruga:

—¿Cuánto tiempo necesitan aún esas gansas...? Hasta las doce tengo permiso... Están locas... ¡Lavarse en pleno día! ¿Qué os parece?

En la calle iba Sofía Meinhalt delante, del brazo de las muchachas. Después de comer querían ir los bandidos a tomar café.

Oldshatterhand los condujo al pequeño café de Artistas. La señorita Schlauch había vuelto a ponerse su velo.

Al entrar, tembló Rey de los Aires ante un oficial de infantería, que presuroso le dispensó el saludo, y pasó marcialmente ante él, haciendo resonar contra el linoleum las suelas de sus botas. Los parroquianos se asustaron.

Los bandoleros entraron en el café en tropel, como si entraran en una barraca de feria. Se sentaron junto a la ventana y durante un rato miraron anonadados los raros tipos que allí estaban. Sofía Meinhalt sonreía, y todos los ladrones soltaron la carcajada, al punto que los parroquianos pegaron un salto, mientras que Rey de los Aires, echando chispas, les llamaba la atención y miraba al teniente, que sin embargo seguía tranquilamente leyendo su periódico.

El jugador solitario de billar, el de la pelerina colgada a la espalda, lanzaba frías miradas a la mesa de los bandidos.

La modista miraba, toda ojos, a una joven pintora que estaba medio acostada en un diván y fumaba, echando el humo por las narices.

Sin hablar, cogió la señorita Schlauch un gracioso panecillo de Munich de la cesta del pan y se lo entregó a Capitán Pálido, que lo rechazó asombrado, y moviendo la cabeza, lo volvió a poner en el cesto:

—De éstos me como treinta, y después no sé si es que he soñado o me los he comido.

El forastero se acercó saludando a Oldshatterhand, quien le presentó a sus amigos: primero, a las muchachas, y luego a los demás. El forastero se sentó con ellos a la mesa.

Los bandoleros habían enmudecido al contemplar a una muchacha de cabello rubio claro, en un *sweater* de pelo de camello, y la cual, en sandalias y sin medias, se dirigió hacia la pintora, seguida por un joven muy alto, de dos metros, y muy delgado, envuelto en una capa de tela de sofá. La capa le llegaba a los pies y la llevaba prendida al pecho con un imperdible. Andaba con los estrechos hombros tan levantados, que éstos se ocultaban entre sus largos rizos. Llevaba unas grandes gafas de cristales redondos, enmarcados en gutapercha. El joven se sentó con apatía en el sofá, junto a Rey de los Aires.

—El amor no mancha; puedo entregar mi cuerpo a quien quiera —exclamó muy agitada la muchacha blondina—. Mi padre es un imbécil.

Los bandidos se miraron. La cara del Escribiente enrojeció visiblemente. Abrió desmesuradamente los ojos, y se llevó la mano a la boca para contener la risa. Por fin soltó una carcajada estrepitosa.

El hombre de la pelerina le lanzó una mirada; miró primero con interés el loco curso de la bola de billar, e irguiéndose muy gravemente, dijo:

—Permita que le diga que aquí no está usted en una Casa de fieras.

Capitán Pálido estiró los labios.

—Espera a que el teniente se vaya.

—No sé lo que opinará usted —dijo Capitán Pálido al forastero—; pero si esa osamenta habla de «Casa de fieras», ¿no tengo yo derecho a romperle la crisma a ese fantasma? Y además, cuando entre nosotros una muchacha llama a su padre «imbécil», se le da, sin más, una en los hocicos.

El hombre de la pelerina, con el taco atravesado, se dirigió a sus amigos, diciéndoles:

—¿No sabéis que toda la Alemania del Sur está agitada? Al Oeste, al Este... La región del Rin también se agita... Existe una Asociación secreta... Nadie sabe de la vida de nadie... Pero todos se conocen superficialmente. Yo tengo los hilos imponderables en la mano. ¡Yo!

La rubia tecleaba vivamente con los dedos. Abría desmesuradamente los ojos.

—Rememoro en octavas... muy de prisa... muy de prisa... hasta la época en que yo era una niña... Ahora veo a mi madre andar por el jardín —dijo— y coger mi trajecito blanco de la cuerda de secar... Entonces tenía yo trece años.

Despertó. El joven largo la acariciaba suavemente las manos, tranquilizándola.



El teniente salió del café.

—Bueno; pues ahora vamos a darle a ése algo de la Casa de fieras.

El forastero ofreció un cigarrillo a Rey de los Aires.

—¿Ha volado usted ya?

—¡Oh! ¡Así creí yo!... —Se puso en pie y empezó a mover los pies—. Hace seis semanas, movimiento de pies... O despliegues... Se corre hasta que el suboficial dice: «¡Alto!». Luego, se sienta uno y mira los muros del cuartel... O vista a la derecha..., a la izquierda...

Rey de los Aires rumiaba haciendo girar la cabeza... Sobre su frente apareció la arruga.

—La comida es excelente... ¡Vaya un trozo de carne..., y patatas, todas las que se quieran!... ¡Todo lo necesario!... Bueno; y ¿qué hacemos ahora con la Casa de fieras?

Todos miraron al jugador de billar.

—Si queremos llegar a tiempo al circo tenemos que irnos en seguida —dijo el forastero poniéndose en pie.

Después de la función del circo se condujo a la señorita Schlauch y a la amada del Escribiente al hotel. Los bandidos se despidieron en la puerta. Dormían en otro hotel.

Al día siguiente se presentó Capitán Pálido, momentos antes de la salida del tren para Wurzburg, solo, en casa de Oldshatterhand. Estaba turbado:

—¿No sabes que soy el número diez y siete del campeonato de atletismo de la Baja Franconia?

—¿Qué quieres decir con el número diez y siete?

—Quiero decir que soy el número diez y siete en fuerza entre los de la Baja Franconia y Aschaffenburg.

Se desnudó.

Oldshatterhand contempló a Capitán Pálido con ojo de pintor. Tenía las piernas un tanto largas y algo delgadas, en forma de O, y parecían no poder llevar el tronco, colosalmente desarrollado, duro y blanco como el marfil.

Sintiendo que por su boca no hablaba en aquel momento él mismo, sino el forastero, dijo Oldshatterhand, resuelto y con una sonrisa:

—Tienes que hacerte el hombre más fuerte de la Baja Franconia.

Y se percató, estremecido, de la distancia que había entre él y el joven desnudo.

Al cabo de unas semanas llegó una carta entusiasta de Wurzburg. Capitán Pálido había sido calificado con el número quince en el campeonato de atletismo de la Baja Franconia y Aschaffenburg.

Nube Roja no volvió con los bandoleros a su pueblo. Muy agitado, declamaba, puesto en pie, en el cuarto de Oldshatterhand, el monólogo de *Fausto*. Aquel mismo día se proponía visitar a Conrad Drauer.

Nube Roja se paseaba entre los nevados macizos del parque, moviendo los labios. Se detuvo, recitó largo rato accionando con los brazos. Estaba alegre y satisfecho de

haber empleado tan bien sus años de juventud, aprendiendo dramas clásicos.

—El señor Drauer no está visible en este momento.

—Pero si le he escrito. Diga usted nada más que aquí está Theobaldo Kletterer.

—Pero habrá visto usted el coche del señor actor de la Corte a la puerta. No puede recibir visitas en este momento. No tiene tiempo.

—¡Ah..., ah...! ¿De modo que el gran actor es actor de Corte?... He venido de Wurzburg hasta aquí sólo para visitarle. Es un paso decisivo para toda mi vida —dijo alzando los brazos.

El criado sonrió. Volvió a salir a los pocos momentos e hizo pasar a Nube Roja.

—Señor actor de Corte, soy Theobaldo Kletterer de Wurzburg.

—Bien; y ¿qué desea usted?

Conrad Drauer estaba de frac, arqueó las cejas y miró al reloj.

—El arte escénico es un arte divino. Usted, actor agraciado, tiene que apoyarlo. La musa divina...

—Es usted jardinero, ¿no es cierto?

—Sí... Quisiera recitarle a usted el monólogo de *Fausto*, señor actor... Usted me dirá si es posible hacerlo mejor que yo.

Echó los brazos atrás y empezó.

—Diga usted... ¿Es usted de Bamberg? Allí he estado yo en una ocasión..., hace treinta y cinco años. Habla usted lo mismo que el alcalde de Bamberg.

Nube Roja dejó caer los brazos.

—Soy de Wurzburg —y volvió a empezar.

Conrad Drauer cortó la punta a un negro puro y agarró a Nube Roja de un botón de la chaqueta.

—Es usted muy bajo de estatura para ser actor. Demasiado bajo.

Nube Roja abrió la boca, formando un agujero negro y redondo.

—Pero usted es jardinero. ¿Cuánto gana usted de jardinero?

—Mi tía tiene un jardín y una casita que yo heredaré.

—¡Herede usted, querido, herede usted! Créame usted que es lo mejor. Es usted jardinero..., siga de jardinero. Tiene usted su ingreso... Cien actores, mil actores, se mueren de hambre... Es una pena... Ahora tengo que salir. Estoy convidado a almorzar. Adiós, señor Kletterer. No tengo más tiempo. Adiós.

Nube Roja volvió a paso lento a través de la nieve. De pronto echó a correr. Dentro de veinte minutos salía un tren para Wurzburg. Llovía muy fuerte. Una lluvia de primavera mezclada con granizo.

Bajó corriendo a través de los charcos la Kaufingerstrasse, chapoteando en el agua y llegó a tiempo para saltar en el coche en el momento en que el tren se ponía en marcha. Nube Roja no sabía si el sabor salado que notaba en su lengua era debido a la lluvia, al sudor o a las lágrimas.

## Capítulo Noveno

Oldshatterhand y el forastero se hallaban en lo alto de la plaza de la Iglesia, en Basilea, y contemplaban a sus pies la ciudad y el Rin.

Un bote, a impulso de la corriente, bajaba disparado con su barquero sobre las impetuosas aguas de un amarillo obscuro.

—El Rin no es tan cursi como le han pintado los poetas y pintores alemanes —dijo abstraído el forastero.

—Aquí se ofrece el mismo panorama que desde la capilla de Wurzburg. Sólo que allí todo es más pequeño. El Rin parece muy peligroso.

—El Main es muy amable —dijo el forastero, que había invitado a Oldshatterhand a un viaje por Italia.

Volvieron sobre sus pasos. Los castaños de la plaza de la Iglesia tenían ya brotes oscuros y brillantes. En las rinconadas había aún nieve sin derretir. La cordillera refulgía deslumbrante al sol.

Entraron en la iglesia, donde estaban predicando.

«Dios está en todas partes —decía el pastor—. Contemplad la Naturaleza y veréis a Dios. En el bosque y en el prado, en el arroyo, en la flor, en la roca». Su voz se había hecho más baja y suave, y volvió a crecer al decir: «Pero venid también a mí, que yo, con la ayuda de Dios, os puedo mostrar el arroyo y el prado y las flores aun cuando la nieve lo cubre todo fuera. Venid. En la Naturaleza está Dios». El pastor abrió la Biblia.

—En Wurzburg no hablan así los curas en la iglesia —dijo Oldshatterhand, asombrado, cuando salieron de nuevo a la plaza—. Hablan muy distinto, muy distinto... El pastor ha dicho cosas muy bonitas.

La matinal neblina no se había disipado aún en los nevados valles bañados por el Sol. En el expreso veían los dos pasar ante su vista los postes del telégrafo y los ennegrecidos caseríos. La cadena de los Alpes aparecía inmóvil.

—El mar —exclamó Oldshatterhand, y de un salto se acercó a la ventanilla.

—No, es un lago.

—¿No es el mar?

Oldshatterhand no había visto nunca tanta agua.

Lentamente parecían acercarse las montañas. Los valles se hacían cada vez más estrechos. Desde la ventanilla se veía alzarse a pico la rosa húmeda.

El tren, dejando el valle nevado, se metió en la obscuridad de la noche. La atmósfera del túnel era sofocante, cargada de humos antiguos. Aquel túnel le pareció a Oldshatterhand mucho más largo que los demás. De pronto se hizo de día y el tren se precipitó en medio de esplendorosa primavera. Ya no había nieve. A lo largo de la vía crecían las flores, y en las laderas de obscura roca florecían, rosáceos, los

albaricoqueros. A sus espaldas se elevaba el macizo montañoso, cada vez más alto, hasta perderse en el firmamento, envuelto en niebla.

Oldshatterhand no volvía de su asombro, alegrándose de aquella inesperada primavera, sin poder disimular su alegría. Miraba las casitas italianas con sus tejados planos, cubiertos de musgo y ruinosos.

De pronto, un hombre con una pata de palo apareció a la puerta de salida y empezó a tocar la guitarra a los viajeros de segunda y tercera, hasta sudar, y luego recogía el dinero.

En la feria de Wurzburg se presentaba todos los años un minero lisiado y exhibía un modelo de mina. Tenía el mismo aspecto que este hombre. Llevaba también una pata de palo y recogía dinero. Pero no hablaba ni una palabra.

El tren se había detenido y volvió a ponerse en marcha. Unos pequeños italianos, niños y niñas, corrían por la vía, llena de guijarros, descalzos, junto al tren, arrojando ramos de flores a las ventanillas, ya sin esperanza. Voló por los aires una moneda y todos se arrojaron sobre ella, formando un montón movedizo de pantalones, puños y pies morenos, cuando ya el tren desaparecía.

El tren pasó ante algunas casas aisladas de los arrabales de Génova.

—¿Qué es esto?

—¡El mar!

—¿El mar?

Anonadado, fijó Oldshatterhand la vista en la amenazadora franja de agua verdosa, tan estrecha que a veces la tapaban las camisas y pañales que estaban tendidos en las ventanas. Oldshatterhand enmudeció ante la estrecha franja de mar que sin embargo se perdía de vista a lo largo. El tren continuó marchando lentamente.

En el puerto se veían infinitos mástiles, enhiestos unos y extendidos otros en los aires, y Oldshatterhand vió entonces el mar de veras.

En una altura se elevaba, retador, un fuerte, y en la ladera del monte, hasta el puerto lleno de barcos, se extendía, al sol, la poderosa y blanca ciudad de Génova.

Pasó un muchacho italiano descalzo por el andén, a lo largo del tren gritando: «*Co... rri... ere della Sera, Corriere della Sera*».

—Suenan esto como una bella canción —dijo Oldshatterhand, sonriendo, al ver a una docena de mozos de estación que, señalándose ellos mismos con el índice, decían: «¿Si signore... Si signore?...».

Tomaron un coche abierto, protegido por un enorme quitasol a rayas, y por la animada calle principal del Corso llegaron ante un viejo palacio.

Al entrar en el alto portal de arco, en el que ya lucía la grande lámpara colgante, el conserje entregó al forastero un telegrama.

—Tengo que continuar hoy mismo mi viaje. Tengo que ir lejos, hasta España, donde se encuentra mi amigo.

Fuera de la vieja con el manajo de llaves, el cocinero y el portero, Oldshatterhand vivía solo en el silencioso palacio. Habitaba un enorme salón y dormía en una cama,

de cuyo baldaquino, de dos metros de ancho, pendían pesados cortinones. Con frecuencia oía el ruido de las llaves, que se perdía a lo lejos.

Oldshatterhand podía vivir en el palacio todo el tiempo que quisiera. Todo el verano, aunque el forastero no volviera.

Al tercer día volvió a sentarse Oldshatterhand en el muelle, sobre un rollo de maroma. Junto a él e inmóvil, un negro, con vello blanco en el pecho, miraba con sus ojos aterciopelados el mar, en dirección a África. Oldshatterhand le ofreció un cigarrillo.

Los pequeños remolcadores pasaban pitando y se deslizaban entre los barcos colosos, en todas direcciones, incesantemente y rápidos como insectos acuáticos.

Un enjambre de emigrantes sentados sobre sus equipajes estaba en el muelle. Los hombres fumaban. Uno de ellos escupía su saliva de tabaco a una cáscara de naranja que flotaba sobre la sucia agua del puerto. Su mujer, joven, daba el pecho a un niño, mientras que el abuelo tomaba rapé. Unos extranjeros elegantes, seguidos de unos mozos con sus hermosos cofres amarillos, se dirigían a embarcarse. Tres marineros chinos, con sus trajes blancos y las trenzas colgando, salían de la taberna cogidos del brazo y haciendo eses sobre el puente de tabla que unía el barco al muelle.

Oldshatterhand siguió sentado. Los emigrantes, apiñados en un abigarrado conjunto de esperanza y miseria, miraban desde la cubierta más baja del barco a los que se quedaban en tierra.

Un pequeño remolcador fué enganchado al barco, que empezó a balancear pesadamente y se apartó del muelle al estirarse el cabo de remolque. El remolcador trabajaba con celo, silbaba y gemía avanzando entre los anclados gigantes del mar, mientras que los emigrantes, inmóviles, mantenían la vista fija en el puerto, que se alejaba, hasta que no pudieron distinguirlo.

Luego el puerto le pareció transformado a Oldshatterhand, cuando apartando su vista del humo del barco que se alejaba la fijó en el sitio donde antes había estado anclado: un gran hueco entre los demás colosos, en el que se mecían trozos de papel, restos de frutas y un cesto. El viejo negro seguía mirando en dirección a África.

Oldshatterhand permanecía sentado junto a él. Como en su infancia, le invadía una grave tristeza, cuya causa desconocía. Algo desconocido le atraía siempre al muelle, le hacía entornar los ojos como antes cuando corría a galope por el puente de Wurzburg. Un miedo mortal le hacía flaquear las piernas y sintió el deseo irresistible de hundirse en la negra agua del puerto. Se levantó suspirando y se alejó de la orilla.

La vieja del llavero entró en el salón sin hacer ruido y, sonriendo a Oldshatterhand, le entregó una carta: «Una lettera, signore». Encendió las tres velas del candelabro, sonrió y se fué.

Era Francisco Grünwiesler quien le escribía. Siguiendo el consejo de Oldshatterhand, se había presentado a la tía con el revólver en la mano y le había dicho: «Si me denuncias, me pego un tiro». Ella entonces le mandó partir; pero le había lanzado una mirada tan rencorosa, que vivía en constante sobresalto, temeroso

de que le detuvieran de un momento a otro. Oldshatterhand, en nombre de la amistad que les unía, debía volver al punto a Munich, para que pudiera él al fin explayarse con una persona que le aconsejara lo que tenía que hacer. Él prefería comprarse con los seis mil marcos una casita, en la cual, apartado de todo el mundo, viviría y trabajaría con Oldshatterhand. Carecía de señas fijas, pues temía que la policía le buscara y le cogiera. Oldshatterhand le encontraría en la Pinacoteca vieja, donde se pasaba el día copiando. «Te ruego que quemes esta carta en seguida». Esta frase aparecía subrayada.

«Me pegaré un tiro a tu presencia..., escribí yo», se dijo Oldshatterhand lentamente. Y a la opresión que durante la lectura sintiera siguió el arrepentimiento, que sin embargo venció a la opresión, pues le permitió pasar revista a los hechos anteriores. Reconcentróse luego, se tranquilizó y dijo en silencio como hablando consigo mismo y con Grünwiesler: «Al fin y al cabo, nadie tiene derecho a quitar nada a nadie».

Pero mientras empaquetaba sus efectos, perdió otra vez la clara conciencia, y se dijo: «¿Por qué un hombre no había de tener derecho de quitar a otro lo que, sin darse cuenta, como en sueño, sólo le han quedado un par de piltrafas sin sentido ni coordinación?».

Aquel mismo día partió de Génova, en donde hubiera querido pasar todo el verano.

Cuando sintió el ritmo del tren al unísono con los latidos de su corazón, el afán de gloria le orientó hacia el otro lado de la vida y terminó de soñar despierto, diciéndose: «Todo depende del hombre. Las cualidades y la fuerza deciden. Napoleón pasó por encima de cien mil cadáveres para lograr su objetivo. Y acaso sea yo mayor que Napoleón», añadió con entusiasmo creciente y cuadrándose.

—*Niente Napoleone* —contestó un viejo italiano señalando un castillo gris—: *Una castello Genova.*

Oldshatterhand pensó en lo que Capitán Pálido había dicho, que la fuerza era lo principal en el mundo, y sonrió al pensar que la fuerza a que se refería Capitán Pálido y su fuerza eran dos cosas distintas.

El resto de los noventa marcos que Oldshatterhand había ahorrado como mozo de clínica, y con lo que creía tener bastante para hacerse un pintor famoso, había alcanzado exactamente para el viaje de vuelta.

Pasó la noche en el tren y llegó a Munich a mediodía. Había nevado recientemente, y el barro le salpicaba cuando Oldshatterhand atravesó la calle. Pero aun llevaba Italia en sus ojos, y al cerrarlos podía ver el rollo de maroma, al negro sentado a su lado y oler el sol, la brea y el agua del puerto de Génova.

Aun estaba su cuarto sin alquilar. Desempaquetó sus efectos y se dirigió a la vieja Pinacoteca en seguida.

Grünwiesler, de pantalón corto, estaba subido en una escalera frente a la *Susana*, de Van Dyck, sin quitar ojo de su copia, confrontándola con el original. De pronto se

sobrecogió al ver a Oldshatterhand. Siguió mezclando el color en su paleta y estiró los labios, exactamente lo mismo que su amigo Immermann, detalle que observó Oldshatterhand extrañado. Luego bajó Grünwiesler de la escalera y con una sonrisa dejó caer a plomo la mano sobre la espalda de Oldshatterhand.

—¡Ya has venido! Eres muy amable.

Oldshatterhand no podía alegrarse. Veía los labios de Grünwiesler y sentía un nudo en su garganta.

—La frente es demasiado alta —dijo señalando a la copia.

—¿Lo crees así? —Comparó—. En efecto.

Y volvió a subirse a la escalera.

Oldshatterhand se sintió más animado por haber descubierto el defecto.

—Vámonos. Aquí no podemos hablar.

—En seguida. Voy a buscar a Bratmund. Está copiando en la sala de Murillo.

—No nos hace ahora ninguna falta.

Grünwiesler inclinó la cabeza y miró a Oldshatterhand con su mirada de canario.

—Se lo he prometido. Es un buen chico. Le traigo en seguida. Espera un poco.

Oldshatterhand se sentó en el diván, mirando, sin verla, a la *Susana* de Van Dyck. Volvió a sentirse oprimido.

Los dos volvieron. El pintor Bratmund tenía los labios abiertos, una nariz abultada, frente muy alta y su cara, a pesar de las muchas arrugas, carecía de expresión, como si fuera la de un idiota incurable.

—Ahora vámonos a comer —dijo Grünwiesler sonriendo alegremente.

Ya en la calle, le preguntó:

—¿Qué piensas del asunto? ¿Dónde ha de estar la casa? ¿En el Spessart?

Oldshatterhand dió con el codo a Grünwiesler, que iba entre los dos, con las cejas arqueadas y dando el brazo a ambos. Así caminaron un rato.

Oldshatterhand fué animándose.

—Haremos reconstruir totalmente la casa, y pondremos una repisa de madera de roble, barnizada de oscuro en torno del cuarto y allí colocaremos platos pintados, jarros antiguos y utensilios de metal... Naturalmente, hemos de tener huerto.

—¡Cómo! ¿Una casa? Para eso hace falta dinero. ¿Es que tenéis dinero para una casa?

—Tenemos dinero. Lo importante es quererse comprar una casa... Depende todo de tener derecho...

Oldshatterhand sonreía, seguro de su triunfo. Grünwiesler se reía y se apoyaba en el hombro de Oldshatterhand.

—Yo tendría, seguramente, derecho; pero me falta dinero.

—Nosotros tenemos dinero, porque tenemos derecho. Eso no lo comprende usted —Oldshatterhand se irguió cuadrándose—. Ahora hay que comer; luego, ya veremos lo que se hace... No tengo dinero bastante para un almuerzo.

Grünwiesler miró cariñosamente a Oldshatterhand y le dijo:

—Estás convidado.

Entraron en el Schellin Salon, donde había varios estudiantes almorzando, y se sentaron en una mesa redonda, en el centro de la sala.

Los dos se hallaban ya comiendo su menú de 0,80 marcos, y como Oldshatterhand no tenía gran apetito, examinó la lista de menús y encargó, por fin, langosta con salsa a la mayonesa, que costaba 1,30. Grünwiesler miró al pintor Bratmund, que reía a hurtadillas.

—Viviremos en nuestra casita y trabajaremos enormemente.

—Tú y yo, el uno para el otro —dijo Grünwiesler, poniendo su mano sobre el hombro de Oldshatterhand.

—Pintaremos muchos cuadros y concurriremos a todas las Exposiciones. Ya no tendrás que copiar tanto como antes. No es eso lo que procede. Todo el mundo es capaz de copiar.

Puso a un lado la langosta a la mayonesa:

—No tengo ganas.

Grünwiesler se puso colorado y exclamó de pronto:

—Ya no aguanto más. ¿Es que tú crees que le he robado a mi tía los seis mil marcos?

Y se quedó mirando fijamente a Oldshatterhand.

Éste no resollaba y sentía la sensación de estar lleno de aire helado hasta la garganta.

—¿Que no tienes los seis mil marcos? Pues entonces, ¿a qué me lo has escrito cuando yo nada sabía de que hubieras cogido los seis mil marcos?

Grünwiesler mecía en su tenedor un pedazo de carne, sin dejar de mirar a Oldshatterhand.

—Quería saber tan sólo qué me contestarías. ¿Entiendes?

Se echó a reír y miró a Bratmund.

—Pero entonces, ¿a qué me has hecho venir de Italia para que te ayude? No tenías necesidad de hacerlo... Vivía en un palacio.

—¿Por qué? Ya lo verás. Quería tener ocasión de decirte una vez lo que tú no debiste hacer nunca... Tú tenías noventa marcos, y durante todo el verano, en Spessart, no me dijiste una palabra y consentiste que yo te mantuviera. Eres un canalla y yo, imbécil, creía que eras mi amigo.

—No soy un canalla —balbució Oldshatterhand—. Con los noventa marcos quería hacerme pintor. ¿Quién te ha dicho que yo tenía noventa marcos? Provenían de un cuadro que vendí una vez en el Puente Viejo de Wurzburg.

—Te diré. —Grünwiesler se metió en la boca el pedazo de carne—. Si tu misma madre no cree en ti..., entonces... ya sabes... Encontró un día la bolsa con los noventa marcos en tu jergón y se fué llorando a ver a Immermann y le contó qué clase de canalla eras tú, que tenías un montón de dinero, mientras que tu padre no



podía salir de apuros... Immermann entonces me explicó lo que tú eras. Ahora ya lo sabes. Y ¡lárgate!

—Quería ser pintor... Quería ser pintor con los noventa marcos... Ya ganaré luego bastante dinero y te lo daré todo a ti. ¿Por qué, pues, me has escrito aquellas cartas, diciéndome que querías coger, que habías cogido dinero, y me pedías consejo? Y ¿por qué me has hecho volver de Italia? Dímelo. ¿Es que ya no eres mi amigo? ¡Qué va a ser ahora de mí!

—Pues, tú verás.

—... Me has denunciado —balbució Oldshatterhand, y sus labios palidieron.

Miró a Bratmund, implorando auxilio, el cual, sonriendo, tenía la vista fija en el plato.

—¡Y cómo no! ¿Acaso hubieran podido detenerte en Italia? Pero aquí en Munich, sí. El fiscal tiene ya tu famosa carta y tu fotografía.

—¿Para eso me has hecho venir de Italia, para que me detengan? Todo esto lo ha planeado Immermann. No hay hombre más villano —dijo Oldshatterhand pausadamente.

—Immermann es mi mejor amigo. Mi único amigo. Pero tú te has creído que yo era un bellaco.

Oldshatterhand miró a los estudiantes que estaban comiendo y lentamente salió del local. El mozo que estaba a la puerta se llevó la mano a la visera saludándole.

Oldshatterhand caminó a través de la nieve. No podía odiar ni a Grünwiesler ni a Immermann, pues le faltaban fuerzas para ello. El músculo de la fuerza estaba en él relajado. Respiraba con dificultad por la boca abierta. «¿Eh?», preguntaron sus lacios labios a su vida pasada, y movió luego tristemente la cabeza. Nada se podía contestar.

Oldshatterhand no comprendía nada; no sentía su pecho oprimido; no sufría. Su capacidad sensitiva estaba deprimida. Probó a pellizcarse en las mejillas con las uñas, pero no tenía fuerza bastante para hacerse daño. «Sería magnífico morir helado», pensó, sonriendo dulcemente. Se sentó en un banco en el parque. Hacía mucho frío. Se desabrochó el abrigo, la chaqueta y el chaleco, cerró los ojos y se quedó inmóvil.

Poco a poco volvió a él la sensibilidad, pues notó que, de frío, había perdido la sensibilidad, primero, en los dedos de los pies, luego, en las piernas hasta las rodillas. Gozaba al sentir el frío penetrar en su pecho y miró sus manos que estaban rojas de frío y colgaban inmóviles. Sentía en su interior algunos centros aún calientes, y como creyera que su cuerpo había quedado ya yerto por el frío, se figuraba que aquel sitio aún caliente era el lugar del alma. Mientras que su cuerpo se iba muriendo poco a poco, sentía su alma cada vez más ardiente; se tomó el pulso, que él creía ser su alma, y de pronto percibió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

Automáticamente, sin quererlo ni saberlo, se levantó y empezó a patalear rítmicamente en el suelo y a echar los brazos al aire. Cada vez más agitado, bailó pataleando en círculo.

Un cochero de punto, envuelto en su capote, se reía desde el pescante. Oldshatterhand le miró, se abrochó su ropa y se fué en dirección a su domicilio. De pronto sintió un peso en su conciencia bajo el esternón y encima del estómago, que es el sitio de la conciencia. Figuróse ver las calles y las torres de las iglesias de Wurzburg... Saldría en el *Diario de Wurzburg*. Su padre volvería sudoroso del trabajo. «¡Silencio!», exclamaría el padre tirando el periódico sobre la mesa. Los bandoleros sonreirían azorados pasando a su lado. «Ahora podrá juntarse con La Serpiente en la fuente de los Cuatro Caños». «¡Yo, con los golfos de los Cuatro Caños!», exclamó Oldshatterhand. Se veía de niño colgado del brazo de su padre, caminando a través del bosque de Wurzburg, por la tarde, con la Sociedad coral de Wurzburg. Todo el coro cantaba «Cuando la golondrina vuelva...».

La imagen de su juventud se desvaneció. Oldshatterhand siguió andando de prisa y cantando: «Cuando la golondrina vuelva...».

—Ya lo veremos —exclamó un joven panadero que llevaba una cesta.

Oldshatterhand se asustó y corrió, con el pensamiento en Wurzburg, hasta llegar ante la puerta de su cuarto y se metió por debajo de la mesa, sentándose luego en la cama. Días enteros se los pasó Oldshatterhand sentado en la cama y pensando. No quería creer en su soledad repentina y con versaba con Grünwiesler.

Hasta que la patrona le puso la cédula de citación en la mesa, y leyó: «Por demanda de Francisco Grünwiesler; denuncia del fiscal contra Miguel Vierkant por inducción a estafa con medios violentos».

Bajó corriendo la escalera y quedó deslumbrado por la luz del día. Siguió andando despacio a lo largo de las casas. Una mujer gritaba desde el piso alto: «Haaansis..., ha... a... a... ansis...». Oldshatterhand se fijó en el niño que hacía tortas con la nieve sucia, y que alzando la vista hacia su madre se metió en casa pasito a pasito.

—Un guardia pasó lentamente a su lado.

—*Marroni...*, *marroni* calientes —le gritó un italiano, vendedor ambulante, señalándole con el dedo la mercancía—. *Marroni* finos. Cinco peniques.

Oldshatterhand se acercó al italiano, sin perder de vista al guardia.

—*Si, si signore*.

El guardia pasó de largo. Oldshatterhand también siguió su camino, comiendo las castañas. Sintió repugnancia y, volviéndose con cuidado, las dejó caer en la nieve.

Al final de la calle se detuvo ante un hombre de bigote, con gabán negro, apoyado en su bastón de contera de acero y que estaba esperando al tranvía.

—Es un detective. Un agente de la secreta. Precisamente porque no se le nota —balbució Oldshatterhand, y el corazón le dió un vuelco.

Retrocediendo, se fué hasta un escaparate en cuyo espejo podía observar al hombre que en aquel momento cruzaba la calle en diagonal y en dirección hacia Oldshatterhand.

Con todos los músculos en tensión, siguió andando Oldshatterhand sin llamar la atención, hasta llegar a la esquina y allí empezó a correr.

El hombre se subió al tranvía.

Durante la carrera recordó Oldshatterhand al corredor de la Sanderrassen. Este recuerdo le movió a correr con paso gimnástico y con el pecho saliente.

Jadeante, llegó hasta su cuarto. Allí se encontró con una citación para comparecer en el cuarto número ochenta y seis del Palacio de Justicia.

\* \* \*

En la puerta se leía en una placa: *Doctor Carl Robert, psiquiatra forense.*

—Soy Miguel Vierkant.

El señor de barba puntiaguda y gafas le invitó a tomar asiento junto a su mesa, y se sentó también. Colocó una cinta métrica sobre los autos, la volvió a coger y, hojeándolos, dijo:

—Ha escrito usted una carta muy a la ligera, muy a la ligera.

De pronto Oldshatterhand se reanimó y sólo la idea de que su bondad provocaría en él la sonrisa y volvería a sentir la opresión, le impidió sonreír.

—¡Cuénteme usted cómo fué la cosa!

El médico no dejaba de observar a Oldshatterhand disimuladamente, como deseando averiguar algo distinto de lo que preguntaba.

—El pintor Immermann está detrás de todo esto —comenzó diciendo Oldshatterhand y accionando—. Vea usted, señor doctor: Grünwiesler había pintado un cuadro, una aldea iluminada por el sol en medio de una verde pradera. Se lo enseñó al alcalde, un viejo campesino. Éste cogió el cuadro y lo examinó muy atenta, sí, muy atentamente; se fué con él a un rincón oscuro del cuarto; pero el sol no desaparecía del lugar. Lo tuvo allí hasta que Grünwiesler dijo: «Ese sol del cuadro es pintado». Esto no lo podía comprender el alcalde... Y así, pensaba yo, señor doctor, que no un cualquiera, sino Grünwiesler, que sabe pintar un cuadro semejante, debía recibir los seis mil marcos.

Oldshatterhand cerró la mano como si hubiera cogido algo.

El médico le observaba atentamente. Oldshatterhand notó que de vez en cuando le temblaba la ceja izquierda y tal temblor le infundía confianza. Y sin que pudiera decir por qué, deseaba siempre advertir aquel temblor.

—Grünwiesler usa lentes y tiene un mirar bondadoso... Siempre que está confuso, mira de lado... Así me figuré yo que se presentaría delante de la tía y la diría: «Si me denuncias, me pegaré un tiro delante de ti...». Si el pintor Immermann no hubiera trazado este plan tan villano, sólo para hacerme desgraciado..., digo: que si la historia desde su principio hubiera sido verdadera, Grünwiesler se habría matado. Y esto es lo único que importa... Grünwiesler es un hombre bueno; pero viene Immermann y le dice esto y lo otro y Grünwiesler se hace hombre malo... Yo

mismo no lo entiendo; pero Grünwiesler sería durante toda su vida un hombre excelente si Immermann no hubiera dicho esto y lo otro... Así lo creo yo...

Oldshatterhand sentía deseos de confesión. Luego, retrotrayendo sus pensamientos, dijo:

—Creía que me daría algo de dinero, acaso mil marcos.

Y al decir así tuvo la sensación de haber venido a parar sobre un abismo, colgado de un hilo de plata.

El médico sacó de los autos la fotografía de Oldshatterhand.

—¿Por qué le ha enviado usted la fotografía al señor Grünwiesler?

Oldshatterhand se quedó mirando su retrato.

—Pero... ¡sí, de veras que le ha dado a usted mi fotografía! Grünwiesler me pidió en su carta que se la enviara, pues quería ver la cara de una persona amiga. ¡Y ha entregado mi fotografía a la policía...! Ahora diga usted mismo lo que le parezca —concluyó pausadamente.

—¿Usted le ha aconsejado al señor Grünwiesler que quitara a su tía los seis mil francos?

Oldshatterhand pegó un salto.

—¿Yo..., yo? —exclamó alargando la sílaba y buscando en sus bolsillos la carta de Grünwiesler—. Aquí, vea usted. Puede usted leerlo. No sabía nada de nada. Él mismo me escribe: «He cogido los seis mil marcos y vivo en constante sobresalto. Mi tía me denunciará, seguramente. Aconséjame qué es lo que tengo que hacer. Tuyo, eterno amigo...». ¡Y luego me denuncia! Ahora lo sé todo. Escribió esto, intencionadamente, con lápiz... ¿Y sabe usted por qué? Me escribía con lápiz que le devolviera la carta para poderlo borrar con la goma. Pero a mí se me olvidó mandarle la carta... Mire usted, a mí me gusta el orden... —Que lo haya en mi cuarto, por ejemplo...—, pero yo mismo soy desordenado..., terriblemente desordenado. Aquí está la carta. Lea usted mismo —Oldshatterhand ardía—. Y también me escribió en la segunda carta que la quemara. Ahora ya me explico por qué... Y efectivamente, la quemé.

—La carta que usted le escribió al señor Grünwiesler era muy difícil de leer. Se podía interpretar también así: «Si me denuncias, te mato».

—*Me, me*, naturalmente —exclamó Oldshatterhand, riéndose con su risa alocada—. «¡Te... mato...! ¡Ante tus ojos!». Eso no puede ser... Ja, ja, ja... «¡Ante tus ojos!».

—De todos modos ha estado mal... —dijo el médico y parecía querer decir: «Grünwiesler es un miserable; pero usted será condenado».

El médico jugaba con el metro plegable, haciendo triángulos y cuadrados y una horca.

De pronto se levantó Oldshatterhand y se dirigió a la puerta. Súbitamente volvió a sentir su corazón oprimido. Y luego, «¡fué cosa tan terrible que yo no pudiera pagar la langosta a la mayonesa!».

—Adiós —dijo antes de que el médico le despidiera, y salió del cuarto mirando a todos partes.

Por los pasillos iban y venían hombres de negra toga. Una puerta se abrió, salió un ordenanza y volvió luego a cerrarse suavemente. A Oldshatterhand le dió en la nariz un olor a carne asada.

—Ultimo Golpe —dijo él.

—¿El qué? —preguntó el ordenanza.

—Así se llama una montaña escarpada de Wurzburg.

—¡Granat! —gritó una voz masculina.

El ordenanza dió media vuelta y volvió a entrar en el cuarto.

—Debióse sólo al deportismo el que se ascendiera en aquella ocasión al Ultimo Golpe en bicicleta con un cambio de velocidad nueve veces mayor.

Oyó pasos firmes y sonoros; se detuvo y escuchó.

Los pasos volvieron a extinguirse. Cerróse una puerta.

«Un metro plegable se puede transformar en un cuadrilátero, en una horca... Debía construirse un círculo, con el que se pudieran formar ovaes. ¡Un círculo oval! ¡Qué invento!», pensó Oldshatterhand, quien seguía sin moverse del sitio.

El criado volvió a salir precipitado del cuarto y cerró despacio la puerta tras sí.

—En ella —en la horca— eran ajusticiados antiguamente los criminales. En el Ultimo Golpe... ¿Te mato? ¡Quia! ¡No! ¡Me mato! ¡A mí! Es lo que he escrito —gritó y retrocedió de dos saltos adonde se encontraba el médico; abrió la puerta y, sin soltar el picaporte, se colocó en el umbral, exclamando:

—¡Me mato! ¡Me! he escrito ¡Me mato! —gritó amenazador y cerró la puerta, a la vez que se erguía.

Cuando iba a salir del edificio de la Audiencia le alcanzó un ujier y le hizo volver a presencia del médico.

Éste, sentado a su mesa y apoyando la cabeza en sus manos, contemplaba la fotografía de Oldshatterhand, como un padre contempla la imagen de su hijo.

—¿Volvería usted a escribir una carta semejante? Siéntese aún un momento.

Oldshatterhand se puso en jarras; levantó la vista al techo en ademán reflexivo, para clavarla luego en el médico.

—No lo sé —dijo lentamente—. Se es injusto conmigo. Pero yo aguanto las injusticias que se me hacen —terminó diciendo, risueño y con labios temblorosos.

El médico no contestó; sólo observó en silencio y atento a Oldshatterhand, jugando con la fotografía: la puso derecha, la contempló y la dejó yacer. Durante aquellos momentos de silencio, Oldshatterhand trajo a su memoria los días en que era aprendiz, cuando, en vez de encasquetarse la gorra simplemente y marcharse, se llegaba antes al maestro Tritt para recogerse, de ordinario, un bofetón.

Así es que, dirigiéndose al médico, le dijo:

—La policía sabe dónde vivo. Que vaya a mi casa. Allí la espero... No me escapo. Prefiero soportar todo lo que venga —y miró al médico cara a cara—. Me

marcho. Adiós.

—¿No tiene usted más fotografía suya que ésta?

—Sólo tengo ésa. ¿La puedo recoger...? Realmente me pertenece.

—No, señor Vierkant; la fotografía tiene que acompañar a los autos procesales.

—¿A los autos? —interrogó Vierkant, y sintió que se le secaba la garganta.

Se apoderó de él el miedo. El médico observó aquella alteración.

—Sólo he escrito: «Me mato a tu presencia». ¡A tu presencia!... Ésa es la pura verdad.

El médico movió un par de veces la cabeza con la vista fija en Oldshatterhand.

—La pura verdad —volvieron a articular los labios macilentos de Oldshatterhand.

Tendió sus brazos, adoptando la figura de un crucificado.

—Muchas veces tengo la convicción de que soy el más inepto y también la persona más vulgar e insignificante. Otras veces, en cambio, estoy seguro de ser el más grande. ¡El más grande del mundo...!

El médico tomaba notas. Oldshatterhand dejó caer de pronto los brazos y salió arrogante del cuarto.

Llegado a casa se puso en seguida a pintar en su cuadro fabuloso, destinado al concurso de la Academia.

De noche pintaba a la luz de una vela. Tres días después quedó terminado el cuadro: Una calleja oscura y húmeda; en las escalinatas, que daban acceso a las casas, aparecían muchachas sentadas, rodeando con sus brazos las piernas, y vestidas de rosa, azul y violeta. ¡Tristes seres aquéllos, en espera de su Redentor!

Era aquélla la calleja de las ramerías de Francfort sobre el Main. A la entrada habíase pintado Oldshatterhand a sí mismo, de puntillas, con sus largos dedos extendidos, señalando con éxtasis hacia la calle, con ademán medio repulsivo, medio acariciador...

En el cuadro se descubría el horror y la dulzura.

Oldshatterhand no había visto nunca cuadro alguno de Daumier. En los periódicos, después, comparábase el cuadro con una de las obras de Daumier.

Púsole un lema y lo envió a la Academia.

Un gran temor embargó su espíritu, viéndose obligado a luchar con él mientras pintaba. Así había soportado el miedo, y por este motivo habían quedado impresos en el cuadro el horror y la dulzura. Empero ya que el cuadro estaba terminado, se apoderó el temor de su corazón de manera irresistible. No veía modo de librarse de él, ni podía tampoco abreviar la resolución.

Algunos pintores a quienes él conociera durante sus relaciones con Grünwiesler dejaron de responder a su saludo, porque Grünwiesler les había referido el caso que hemos expuesto, guardando silencio sobre la carta inductora. La calumnia prendió en torno suyo. De aquí que Oldshatterhand ya no se atreviera a salir a la calle; permanecía el día entero sentado en su lecho, con las manos cruzadas y dejándolas

caer entre sus rodillas; así se pasó las horas muertas con la vista fija ante él. Hallábase aprisionado por su carácter de manera más irremediable que en un presidio.

Tras una noche en tal actitud, salió a la madrugada con el tren para Wurzburg, impulsado por la idea de que habían de venir en su auxilio y podrían salvarle los veinte años pasados allí, su infancia, su madre, alguna cosa en la ciudad, su pertenencia a la ciudad, la ciudad misma...

En el tren le dió un pequeño vértigo. Hacía días que no comía nada. Una estirada dama le dió un vaso de vino. Al instante se sintió embriagado. Sin embargo, recibió una sensación agradable.

—¡Ah joven —exclamó de repente—, si el médico hubiese formado conscientemente la horca con el metro... sólo para asustarme! —Y se inclinó hacia la dama—. ¡Por lo mismo pensé yo en el Ultimo Golpe; porque allí eran ajusticiados antes en la horca los delincuentes...! ¡En la horca! —murmuró.

La dama se levantó espantada y huyó del departamento. Los viajeros se agolparon a la entrada de éste, y con toda precaución fijaron sus miradas en Oldshatterhand, quien se había asomado a la ventanilla opuesta. Entre frutales cubiertos de blanca flor apareció en llamas la casa de un aldeano. Las leves lenguas de fuego apenas se distinguían en el aire transparente. Oldshatterhand escuchó el tañido de una campana tocando a fuego y vió correr por la calle camino del siniestro a dos hombres, tocados con el metálico casco del cuerpo de bomberos, refulgentes al sol. Contempló con mucho interés a un ciclista, también cubierto con el casco del servicio de incendios, y el cual alcanzó a los otros dos hombres que le comunicaron algo.

—Eso será pasto, sin duda, de las llamas —exclamó compasivo Oldshatterhand y fijó la vista en el aldeano, quien cruzaba en lontananza un barbecho, corriendo hacia la casa incendiada.

Una vez en Wurzburg, Oldshatterhand erró medroso por las calles de la ciudad. Vió al Escribiente que venía en dirección contraria, dando vueltas al bastoncito entre los dedos, y en el momento crítico pudo escurrirse por una calleja lateral sin ser conocido; anduvo rondando largo tiempo la casa de sus padres; vió a su padre cuando regresó fatigado del trabajo a casa, y cuando volvió a salir al trabajo, y temió verse ante los ya cansados ojos de su madre.

Tocaron y volvieron a guardar silencio las campanas de las iglesias. Sobrevino la noche.

Oldshatterhand observó cómo se apagaba la luz en la habitación de sus padres; percibió el llanto de un pequeñuelo. Un caballo piafó en la cuadra, al lado de él, y pensó por un momento en que si pudiera él acostarse en la paja del pesebre, ante el caballo, éste le reconocería y le miraría con agrado con sus grandes y negros ojos. Introdujo su cabeza al imaginarse la bondad del caballo contrastando con el despectivo silencio con que le acogería su familia en el caso de osar él subir las escaleras de la casa.

Con los hombros erguidos, escapó huyendo al obscuro Schlossberg.

La media luna se filtraba por entre las copas de los tilos. Oldshatterhand descubrió al centinela delante de la garita, con los brazos cruzados sobre el fusil y el pecho. El centinela dirigió una mirada al firmamento y luego a sus zapatos y comenzó a pasearse de un lado a otro.

Oldshatterhand se hallaba apostado tras el tronco de un árbol. Los tilos despedían su olor característico. Oyó una risotada y la voz contenida de una muchacha, a la vez que el ruido de muchas pisadas cada vez más próximas.

—Sí, amor mío, eso tienes tú que mostrárnoslo primero. ¡Ja, ja, ja! —oyó decir al Escribiente, y se le heló el corazón.

—De modo que, si ayer me salté en la lección de gimnasia una distancia de cinco metros sesenta, bien sería capaz de saltarme este cenagoso foso —repuso Capitán Pálido.

Los bandoleros se pararon junto al centinela, al pie del farol. Dió la hora el reloj de una torre. Oldshatterhand pudo reconocer a todos los bandoleros y distinguió la voz ronca del centinela.

La señorita Schlauch, novia del Escribiente, y una joven finita y rubia se separaron del grupo, y de repente, asidas de la mano, se dirigieron saltando hacia donde Oldshatterhand se encontraba, sentándose en el verde cerca de él.

Los bandoleros las siguieron a paso lento. Ojo de Gavilán tenía entre los dientes una rara pipa de fumar. Primero salía recta de la boca y descendía luego en ángulo recto. La ígnea ceniza parecía pendiente del aire. Capitán Pálido estaba ya a tres pasos de Oldshatterhand. Los otros se habían sentado al lado de las jóvenes.

—¿Qué apostamos, pues, a que me salto el foso a la primera vez?

—¡Ja, ja, ja! Un barril.

—¿Palabra de honor?

—¡Siempre!

—Vosotros sois testigos.

Oldshatterhand no quitaba ojo de la pipa en ángulo recto de Ojo de Gavilán; pensaba en el metro plegable del psiquiatra del Juzgado y ahogó un suspiro en el pecho. Tenía la sensación de que se le abría seca la boca y de que ardientes lágrimas le inundaban el corazón.

Ojo de Gavilán escupió, limpió con el pañuelo las incrustaciones de metal y se esforzó por agarrar bien otra vez con los dientes la pesada pipa, para poder sostenerla.

Capitán Pálido echó unos pasos atrás para tomar carrerilla. Y Oldshatterhand tuvo que agazaparse para no ser visto por él, pues el tronco del tilo era más delgado por la parte alta. Ante el temor de ser descubierto se mantenía con los ojos cerrados y sólo percibió el vientecillo fresco y el ruido del salto de Capitán Pálido. La señorita Schlauch dió un grito.

—¡Miedosa! —exclamó Capitán Pálido; alargó los labios y se sentó junto a su novia.

—¡Qué, Escribientillo! Has perdido el barril.



—¡Ja, ja, ja! Vámonos en seguida a beberlo... Liesl, ¿vienes con nosotros?

—¡Pues no...! —dijo su novia con énfasis; se tumbó boca arriba y, poniéndose las manos debajo de la cabeza, dirigió la vista a la luna.

El escribiente metió la mano bajo las de la joven.

Ojo de Gavilán rodeó con su brazo la cintura de la rubita, que, aparentando resistirse ligeramente, terminó por sonreírle. Quitóse la pipa de la boca. Nube Roja echó mano a la pipa.

—Trátala bien —dijo Ojo de Gavilán sin mirarle siquiera, y aproximó el rostro al de la rubia, quien retiró primero la cabeza, para terminar por reclinarla en la mejilla de Ojo de Gavilán.

Oldshatterhand, tembloroso, permanecía arrodillado detrás del tronco del árbol, contemplando al capitán y a su novia, ambos a dos pálidos, que estaban muy tranquilos sentados el uno al lado del otro. Asaltóle un deseo ardiente de sentarse también junto a ellos y de mostrarse risueño como un muchacho.

«Pero si ya no puedo ser como ellos —se dijo, y experimentó que era tan enorme la distancia que los separaba, como si jamás hubiese él conocido a los bandoleros—. Yo no soy de la índole de La Serpiente...; me injuriáis —bisbiseó Oldshatterhand—. ¡Oh!, no; yo no... Acaso La Serpiente tampoco hubiese sido así..., si su padre no hubiera sido un canalla...».

Capitán Pálido cerró un automático de la blusa de su novia y dijo:

—Me he comprado un aparato fotográfico a plazos. ¡A plazos! ¡Santo cielo, que exista eso..., pagos a plazos! En verdad que es algo caro; pero lo he recibido nuevecito, directo de la fábrica.

—¿Y mi pipa, arde todavía? Es de la misma fábrica... También me he encargado una escopeta Flaubert, con incrustaciones de plata.

—¿Y con estuche?

—¡Anda! ¿Tú qué te has figurado? He pedido un pedazo de piel de becerro en mi taller, y el guarnicionero Grumbe me lo va a hacer, lo que me cuesta veinte peniques en total.

—¿Y la escopeta Flaubert?

—Setenta y siete marcos cincuenta.

—¡Caramba, amigo! ¡Un capital!

—Es que tiene incrustaciones de plata.

—Quién sabe si no llegarás a pegarme un tiro con ella —añadió la joven delgada con gran aplomo.

—¡Pues no has dicho nada! —repuso Ojo de Gavilán soltando una carcajada—. ¿Es que tienes miedo?... Yo sólo tiro a las ratas.

—No hay que jugar con las armas de fuego. ¿Verdad, Liesl? —dijo el Escribiente, y se echó también boca arriba al lado de su novia, entreteniéndose en soplarla el pelo. Volvió ella el rostro hacia él y movió ligeramente la cabeza al acercarse a sus labios a la boca de la novia. Los dos se quedaron contemplando la luna.

En medio del silencio de la noche oíase acompasado el paso del centinela. Oldshatterhand, que seguía hincado de rodillas, se abrazó al tronco del árbol. Las sienes amenazaban saltarle.

«Imposible que yo hable con éstos de mis asuntos», se dijo repetidas veces, siempre que trataba de levantarse y llegarse a ellos. Y ansiaba con toda su alma despegarse del árbol.

—¿Duermes? —interrogó Capitán Pálido a su novia.

Oldshatterhand se soltó del tronco del árbol. Fijas en el círculo de los bandoleros sus miradas medrosas, retrocedió a gatas, como un indio, sin hacer ruido, hasta colocarse junto al tronco del árbol próximo.

—Se me figura que he dormido.

—Pues sigue durmiendo aún un poco —oyó decir Oldshatterhand al Capitán Pálido, y continuó escuchando.

—¿Adónde habrá ido a parar Duckmäuser? No se ha vuelto a oír de él.

—¡Duckmäuser! —exclamó riendo el Escribiente—. ¿Dónde va a estar? Os aseguro que estará de sacristán en alguna parte.

Oldshatterhand siguió retrocediendo a gatas; comenzó a correr; pero se detuvo al punto, porque de repente le asaltó el recuerdo de Winnetou. Oyó que uno de los bandoleros tocaba una armónica y se quedó un rato atento con raro deleite. Después tomó el camino del Kappel.

Junto al Puente Viejo oyó una voz y tuvo la sensación de percibir el olor de la habitación de sus padres, antes de reconocer a su padre, el cual, de camino al ensayo de canto, se encontraba a dos pasos de él en compañía del policía de las piernas tuertas. Los dos habían hecho hacía treinta años, juntos, en Augsburgo el servicio militar.

El miedo libró a Oldshatterhand de un vértigo. Dejó la dirección que llevaba, tomando por una calleja lateral; salió corriendo y se detuvo al fin, sin aliento, en la *Via Dolorosa Christi*, que conduce al Kappel arriba en la altura. Para tomar aliento dió un profundo suspiro, y se frotó los párpados para conseguir arrancar lágrimas a sus ojos.

Aquí y allí, ante las diversas estaciones de la Pasión, alumbraba una luz rojiza, permanente.

Realmente no sabía lo que iba a decir a Winnetou. Sólo tenía una idea fija, la de que Winnetou le podría salvar.

Ante la impotente cruz, de Ja que pendía Jesús, allí en la altura, su persona se le presentaba en extremo pequeña.

Sus pasos resonaban en medio de aquel profundo silencio al acercarse él a la celda del portero.

Al ir a tirar de la campanilla volvió a retirar la mano. Finalmente, resonó la campanilla como si no existiese ningún otro ruido en el Universo.

La ventanilla del portero se abrió y oyó decir a Winnetou:

—A estas altas horas de la noche no me está permitido dar pan —y vió, a la vez, el pedazo de pan blanco que le alargaba Winnetou.

—Winnetou, ¿puedes salir? —preguntó Oldshatterhand, y cogió el pan.

—¡Miguel! ¿Eres tú?... Pensé que era un pobre el que venía tan tarde. En seguida estoy contigo. Siéntate en ese banco adosado al muro.

Oldshatterhand gustó el pan; sabía a anís. En aquel instante se figuró ser el muchacho de seis años: la noche se le antojó pleno día, inundado de sol, y se vió acompañado de Winnetou, un día caluroso de verano, realizando la ascensión al Kappele y pidiendo pan a la ventanilla del portero. Hubo de reír involuntariamente al recordar que Winnetou se había valido de recursos de pícaro para conseguir que el hermano portero le diese por dos veces en un mismo día el pan de anís conventual. Vióse corriendo descalzo, como muchachuelo alrededor de las estaciones de la *Via Dolorosa Christi*, seguido de Winnetou, y no pudo contenerse de soltar una carcajada al recuerdo del salto mortal involuntario que Winnetou diera por encima de un penitente allí arrodillado. A la carcajada sobrecogióse él mismo y exclamó:

—¡No, no!

Las añoranzas se disiparon ante la noche del presente.

Dejó el pan sobre el banco de piedra y se levantó. Como un nudo en la garganta sentía él la imposibilidad de confesarse a Winnetou, y dió un par de pasos adelante intentando huir. En esto oyó llamar.

—¡Miguel! ¿Dónde estás?

Vió que Winnetou se dirigía hacia él y que el grande y tuerto perro de San Bernardo, rozándole las piernas con su cuerpo, le miraba, le acariciaba y terminaba por echarse a sus pies.

—¿Todavía vive el perro? —interrogó Oldshatterhand con voz alterada y tuvo el propósito de añadir: «Winnetou, escucha lo que se me atribuye. Ayúdame».

—Tuve que pedir permiso primero. ¿Ibas a marcharte?

—No..., no; tan sólo me retiré un par de pasos. Sólo eso...

Sentáronse en el banco. El perro se levantó en seguida y los siguió.

Winnetou le puso a Oldshatterhand la mano sobre el hombro y dirigió una sonrisa a la luz rojiza y permanente de la Madre de Dios.

—Miguel, nos encontramos de pronto con que hemos salido de la edad infantil. Se nos figura que hemos despertado de un sueño y pasado a otro sueño nuevo y tranquilo que ya no ha de terminar jamás.

—¿Vas a quedarte para siempre con los monjes de los pies blandos?

—¿Por qué los llamas monjes de los pies blandos?

—No; quise decir que las pezuñas del perro acaso sean blandas..., y luego Italia...

—Sí; espero que me quedaré aquí para siempre. El prior me aprecia. Todos me aprecian y me dicen que sólo debo continuar así un par de años; y ya entonces, cuando yo haya alcanzado la dicha perfecta, llegaré a ser monje... Te acordarás de

que en su día nos formamos el proyecto de incendiar a Wurzburg... Yo lo recuerdo muchas veces —dijo Winnetou y sonrió alegre.

—Y yo... el negro tiene la vista puesta en África... ¿Quieres un cigarrillo?... ¡Oh..., semejante pipa rectangular! Quita de allí a la Madre de Dios... y el metro plegable...

—¡Oh cielos! —Winnetou se había puesto en pie—. ¡Estás enfermo!

—Trátase sólo de un asunto... Apiádate de mí... —Oldshatterhand sacudió la cabeza con violencia—. ¡No, no! Opiné que en lugar de aquella Madre de Dios debía yo pintar para allí un cuadro de la Madre de Dios... ¡Socórreme! ¡Oh Dios! ¡Qué es eso! —exclamó Oldshatterhand y escuchó asustado.

—Es que los hermanos están rezando en la huerta el breviario de la noche. Ven, ven —suplicó Winnetou con temor y cariño—; te conduciré al bondadoso prior. Él te dará alguna cosa y te ayudará.

—¡Estuve en el extranjero! ¡En el extranjero! —exclamó Oldshatterhand riendo—. ¡En Italia! En Génova, por ejemplo. ¡Amigo, aquel puerto! Allí vivía yo en un palacio. Realmente, aquél me pertenece. Vivía yo solo en él... ¡Cielos, si tú hubieses visto nada más que aquel lecho! —terminó con un movimiento despectivo de la mano, y sus labios temblaron de vergüenza—. ¿No te hacen a ti nada los monjes?... Alguna cosa que pone los pelos de punta...

—No; pero cielos, ¿qué es lo que tienes? No sé qué temo por ti...

—¿Yo? ¡Realmente yo no temo a nada! ¿No lo crees? No he hecho sino hacer un simple viaje a Wurzburg. Nada más.

Una voz ronca llamó a Winnetou.

La media luna lanzaba sobre la ciudad su resplandor débil y triste. Las torres de las iglesias, semejando espectrales vástagos de dragones gigantes, introducíanse en el firmamento manchado por las nubes.

—Ya tengo que entrar; haz el favor de volver mañana, a la misma hora. Pero vuelve, no faltes.

—Mañana, a la misma hora —dijo Oldshatterhand, y salió corriendo la *Via Dolorosa Christi* abajo.

Regresó a Munich en el tren de la noche.

Con la destreza de un salvaje pasó en su cuarto por debajo de la mesa al lecho; atormentado y con odio impotente, contempló las bien conocidas cabezas de estudio en las paredes, y poco después quedó sumido en una especie de somnolencia. Las experiencias abrumadoras por que acababa de pasar y Wurzburg con las puntiagudas torres de sus iglesias volvieron a acosarle en confusa mezclanza, le suministraron la última sacudida y se retiraron cual eco a inmensa distancia, alejándose de él en unos segundos como si mediasen años entre ellas y él, de modo que se sintió de repente solo y pudo respirar con libertad y refrigerio.

De igual manera que el extranjero en días pasados, sobre las alturas de Wurzburg, se reintegrara del futuro al presente de Oldshatterhand para guiarle, así el

Oldshatterhand de veinte años de edad recorría ahora en segundos sus diez años futuros, llegaba a sus treinta años, atravesaba, medio dormido, un airoso puente de filigranas, pasando junto a una mano de mujer que le acariciaba, y llegando así a una región elevada hasta una sonrisa de feliz promesa en el horizonte —hasta el extranjero, que se desvanecía como un sueño, y en lugar del cual se convertía en extranjero Oldshatterhand mismo—, dirigía su mirada escudriñadora y retrospectiva a las cadenas y los obstáculos del débil Oldshatterhand, que en lastimoso estado de decrepitud se hallaba sentado en el lecho allí en su cuarto. Y él dijo a este Oldshatterhand débil y viejo:

—¿Por qué estás desesperado y quebrantado si sabes que has obrado bien?

—He obrado bien. ¡Yo no soy ningún ser vil! —gritó el Oldshatterhand del lecho y señaló diciendo por lo bajo—: Pero mira esos ojos fríos y despectivos de los pintores, que no contestan a mi saludo. Llevan puestos sombreros de copa; también éstos son cabezas que apartan la vista despectivamente. No puedo soportar sus dos caras.

Mas el Oldshatterhand que se había convertido en extranjero replicó:

—Eres un cobarde. Sabes, sí, que has obrado bien; pero al ver que no obstante te desprecian los hombres —porque son falsos—, te lamentas; y es que no puedes vivir sin la consideración de los seres falsos.

—Sin la consideración de los hombres no puedo vivir. Las calles en que me crié y todas las ventanas se avergüenzan de mí, me arrojan, bisbiseando, su desprecio al rostro. Las caras de los que se hallan asomados a las ventanas se retiran a lo oscuro a mi paso... Un niño me señala con el dedo... ¿En dónde me esconderé?... Conozco a un hombre con quien podría recuperar la consideración: un enano fornido, que toca el acordeón. Sólo necesito acompañarle con mi canto, para que se regocijen cuantos me conocen. Y tengo que reír cuando ellos rían y maldecir cuando maldigan... Entonces todo lo borraré la consideración... Pero yo me pongo triste al verlos reír; y cuando a alguno hacen objeto de desprecio, no los comprendo; y es que no pueden despreciarme a mí... La consideración es una horrible torre de iglesia. En Wurzburg hay tantas torres de iglesia horribles, todas las cuales son consideración.

—Toda la sórdida ciudad es una mentirosa y todos los que en ella viven unos mentirosos. Miente a la par de ellos y todo te lo perdonarán, una vez que te hayas hecho como ellos. ¡Avergüénzate! Mira, yo me encuentro en una región elevada, desde la que veo todas las torres de las iglesias a mis pies. La ciudad despidе de esas cloacas sus emanaciones y apesta. Yo me vuelvo y encuentro aquí aire respirable y azul. Y estoy solo.

—Te olvidas de que también nuestro padre nos desprecia. Tiene diez ojos y no habla ni palabra, hasta tal extremo nos desprecia...

—¿Cómo te atreves a hablar de *nos*? Yo ya no tengo nada que ver contigo. Pues yo menosprecio el desprecio de los hombres y ando solo. Lleva en cuenta lo que te digo: en tanto que una persona avanza por su camino a solas para hallarse a sí mismo,

apóstanse los hombres a ambos lados del camino y le escarnecen y desprecian. Y el padre se avergüenza de su propio hijo, a quien todos desprecian. Sólo después que has recorrido el camino que conduce a tu personalidad y te has elevado, terminan todos por entonarte su mentiroso hosanna, diciéndose los unos a los otros: a ése, jamás le hemos despreciado. Y el padre grita: ése es mi hijo. Jesucristo llevó a solas su cruz, despreciado y escarnecido, hasta la alta cumbre. Hoy le entonan los falsarios a él su hosanna, y a ti, que todavía no has llevado hasta su fin tu cruz a solas, te muestran su desprecio.

—¡Eres cruel! Observa esta cruz de una altura imponente, de la cual pendo, y el negro hormiguero de hombres a mis pies; su desprecio me mata. Mi madre llora en medio de ellos. Deja que yo descienda de la cruz... Mas ¡no, no! No quiero descender. No quiero ser mentiroso como ellos, sino que quiero ser *algo*.

—No hay mas que dos caminos: o mentir como ellos, ser como ellos, o despreciar su desprecio; andar a solas. Mira la sonrisa de la promesa en mi rostro y ahoga en ti la flaqueza y la cobardía.

—¡Sí! —exclamó Oldshatterhand.

Levantóse entonces tambaleando y su mano se asió al picaporte de la ventana. Sus ojos vidriosos se fijaron en el viejo revólver procedente del «cuarto», que yacía encima de su mesa.

—¡Madre mía, madre mía, madre mía, madre mía! —suspiró, a la vez que en un rincón de su alma pensaba:

«Va a fallar».

Luego rugió prolongada y violentamente: «I... i». Y en medio de su estertor se descerrajó un tiro en la boca. El sonido «I» se quebró como el cristal. Esta vez el revólver no falló. La cabeza se inclinó hacia el lado. La mano que agarraba el picaporte de la ventana se dobló convulsa hacia adentro e hizo girar el picaporte, abriendo la ventana en su caída, de manera que Oldshatterhand, ya muerto, todavía abrió una ventana.

El viejo revólver había producido un estampido como un cañón en la pequeña habitación. Por las ventanas de los cuartos que daban al patio, se asomaron rostros espantados e indignados.

La patrona acudió precipitada...; vió que una persona extraña bajaba alegre y tranquilamente la escalera; abrió la puerta lo que permitió la mesa; no vió a nadie en la habitación; mas cuando se disponía a abandonarla, descubrió un reguero de sangre que avanzaba lentamente, para de pronto, salvando un obstáculo, correr hacia ella.

Oldshatterhand, sentado en el suelo, reclinábase en un rincón junto a la ventana, torcido y desmadejado como un muñeco de trapo que amenazara derrumbarse.

La patrona dejó sobre la mesa de Oldshatterhand la carta que tenía en la mano y corrió a dar parte a la policía.

En la carta, notificación de la Audiencia de Munich, se leía que había sido sobreseído el proceso seguido contra el pintor Miguel Vierkant.

El extranjero se dirigió a la conferencia sobre Anatomía artística que daba todas las semanas el anatomista Moliere a los pintores y escultores de Munich. El extranjero tenía aspecto de viejo y de joven; parecía no poderse hacer más viejo; tan vigoroso y alegre era su semblante. Las filas de bancos, formando semicírculo en anfiteatro empinado, se hallaban por completo ocupadas por jóvenes artistas, entre los que también se encontraban los pintores Immermann y Francisco Grünwiesler. Los cortinones de hilo ante las ventanas altas del semicírculo estaban bajados, contra el sol de la primavera.

El anatomista rubio y esbelto, con zapatos de charol y de levita con solapas de seda, penetró abajo en el pequeño semicírculo entre los aplausos de los oyentes. El extranjero tenía su asiento al lado de él.

El grueso y sudoroso bedel, embutido en su bata de clínica, introdujo el cadáver. El anatomista retiró de él el paño blanco.

Sobre la mesa de disección yacía el tronco musculoso de un joven imberbe, de perfil de gladiador y labios delgados de un azul acerado. Le faltaban las piernas y el bajo vientre hasta la sección umbilical. La superficie de la sección hallábase cubierta por un paño blanco por encima del cual trasponían las manos robustas del cadáver truncado.

El anatomista secó superficialmente el alcohol del tronco azulino y palpó ligeramente con las puntas de los dedos los párpados de ambos ojos.

—Hoy vamos a ocuparnos de los músculos del brazo y de la cara.

Con gran maestría puso al descubierto con el bisturí los músculos del brazo, explicó su locación con un par de palabras, levantó el brazo del cadáver y tiró de un tendón, con lo que el cadáver tendió el índice. A continuación dibujó con tiras de diverso color en la pizarra el músculo correspondiente. Bastaron un par de líneas trazadas a la ligera.

Varios pintores lo dibujaron también en sus cuadernos de diseños, en tanto que los demás observaban atentos al anatomista.

Éste descubrió un tendón de la cara, tiró de él y el cadáver abrió la boca. Reinaba allí un silencio sepulcral. «¿Por qué habrá muerto este joven atleta?», se preguntó el extranjero.

El anatomista tiró de otro tendón y el cadáver sacó la lengua.

—¡Kommerich! —exclamó el anatomista volviéndose al modelo vivo, hombre de setenta y cinco años, de barba rala y blanca, el cual estaba al lado suyo, desnudo y en pie sobre un pedestal.

En este modelo aparecían bien visibles y azulados, por la edad avanzada, todos los tendones y músculos. El anatomista señaló la alteración del músculo de la mejilla al abrir la boca el anciano; mandóle que se sonriese e hiciese varios movimientos con los brazos y mostró en el cadáver la posición de los músculos.

El bedel de la clínica colocó a los pies del viejo, en el pedestal, una fuente, en la que se encontraban el corazón y los pies del cadáver, metidos en espíritu.

—Es una dicha vivir —prorrumpió en voz alta un pintor, en medio de aquel silencio, y él mismo, igual que todos los asistentes, quedó asombrado y asustado de haber interrumpido con sus palabras.

El anatomista terminó su explicación. Después se llevaron el cadáver truncado e introdujeron otro tapado.

—Aquí tenemos un modelo joven, de proporciones magníficas. He querido mostrarlo aún a mis respetables oyentes —manifestó el anatomista y retiró el paño.

El extranjero se puso en pie despacio.

—Ése es mi cadáver —balbució—. Deme mi cadáver.

Oldshatterhand fué sacado de nuevo.

—Lehmbach ha pintado del modelo diariamente hasta el fin de su vida —dijo el anatomista para poner fin a su conferencia, y levantó su blanca, bien cuidada mano—. Es en gran manera alentador ver que en la presente generación de artistas vuelve a existir, más de lo que ha venido sucediendo hasta aquí, el deseo de la visión anatómica.

Immermann, sostenido por Grünwiesler, había abandonado el salón al divisar a Oldshatterhand.

—Tu misma madre no te habría conocido; tan pálido te quedaste —le dijo Grünwiesler una vez que estuvieron en la calle, y siguió sosteniendo a Immermann.

—Pero qué se le va a hacer; ya no tiene remedio.

—¡Sabes —dijo Immermann torciendo los labios—, no necesitaba haberse suicidado; pero lo que nosotros hicimos... fué justo..., muy justo!

Al siguiente día se leía en el periódico que al joven e inteligentísimo pintor Miguel Vierkant se le había conferido, a las diez de la mañana, el primer premio de la Academia.

En substitución de Oldshatterhand, recogió el extranjero el cuadro premiado, y desde entonces está el mismo expuesto en su estudio.



## Capítulo Décimo

Capitán Pálido bautizó al restaurante de la Wolkenkratzerchen, en cuanto lo tomó, con el nombre de «La ballena negra de Ascalón», apenas hubo dado tierra al señor Schlauch y casándose con su hija.

Su hermano Benommen, a pesar de la tenaz resistencia de su madre, acabó por casarse con la bella camarera. La misma viuda Benommen no acertaba a distinguir uno de otro a sus cuatro nietos, pues todos tenían los mismos labios salientes de los Benommen. En los primeros días distinguió a sus nietos con lazos de los colores rosa y azul, atados a los tobillos, y así los paseaba feliz.

El pescador rojo, encogiéndose de hombros y a despecho de las más terribles profecías de los vecinos, se había casado con una camarera, bonita, sí, pero en opinión de los mismos vecinos, demasiado experimentada en ciertas cosas... La patrona, gruesa y pintada, había desaparecido de Wurzburg con el sajón cuando de orden de la autoridad se clausuraron sus establecimientos higiénicos.

Y las gentes movían la cabeza y no sabían qué pensar cuando la antigua camarera, y ahora joven mujer del pescador, se pasaba medio día en Wertscheld, en el rigor del invierno, escamando los peces que por arrobas pescaba su marido. Cuando el marido no había vuelto a casa ya pasada la media noche, lo que sucedía con frecuencia, ella iba de taberna en taberna buscándole, y alegre y tranquila, sin despreciar beber con él un vaso de cerveza, le cogía del brazo y se lo llevaba a casa, mientras que él, mirando despectivo por encima del hombro, señalaba a los espectadores diciendo que eran unos bestias y unos camellos.

El Escribiente era jefe de la oficina del abogado Karfunkelstein, mantenía a sus padres y estaba prometido. Había atravesado una grave enfermedad y recibido la Extremaunción. El médico le había desahuciado y dicho que era mejor que se muriera, que su cabeza no quedaría bien, pues el mucho vino que había bebido le había interesado el cerebro y los huesos. Pero el Escribiente desahuciado había vuelto a ponerse bueno también de la cabeza, y sólo se le había quedado una pierna tesa. Ahora era parroquiano constante de Capitán Pálido, pastelero y vinatero.

Los otros bandidos no tenían ya tiempo para acudir por la noche a la tertulia de su antiguo capitán, pues estaban afiliados al Club de Bolos, Tubo de Cañón, la Sociedad ciclista Alrededor del Mundo, al club de fumadores El Vesubio, Sociedades todas muy celosas de la puntual asistencia de sus miembros.

Rey de los Aires había establecido en la Sociedad gimnástica «Jahn» una sección de acrobatismo, desde cuyo momento gozaron de fama las representaciones de Variedades de la Liga gimnástica.

Ojo de Gavilán seguía, por simpatía, siendo miembro del club de pesca La Ballena; era socio de la coral «Entre el verde follaje», cuyo fundador y primer

presidente había sido el padre de Oldshatterhand. Pero ante todo era Ojo de Gavilán socio aventajado del club de tiradores de pájaros Caza del León y gozaba de cierta fama, pues obtenía siempre los primeros premios, a pesar de ser tuerto y apuntar con el ojo izquierdo, tirando, sin embargo, con el brazo derecho, cosa que los socios de Caza del León no podían comprender.

Rey de los Aires se había casado, después de grandes luchas, con la rubia amiga de Ojo de Gavilán. Éste, a su vez, estaba casado con una viuda que tenía diez años más que él, pero que era mujer muy decidida y entendida en negocios, y tenía una pequeña tienda de curtidos.

Nube Roja, cuya tía se había muerto, dejándole la casita y el jardín, formaba parte de todas las Sociedades. No sólo porque suministraba las flores para las fiestas de todas, sino, principalmente, porque en ellas era muy apreciado como galán joven y actor de carácter en las representaciones que organizaban. Se había casado con la bella hija del profesor, joven esbelta y fresca, de mirar dulce, que le leía, mientras Nube Roja tejía sus coronas, los más bellos pasajes de los dramas clásicos. Y varias veces, cuando iba algún forastero a su casa, solía decir a éste: «Mi marido habla lo mismo que el alcalde de Bamberg».

Una tarde de cada semana se reunían todos los bandoleros en el restaurante de su capitán. Éste, como hombre de negocios, no tardó en organizar para su gente una nueva Sociedad de Skat: «El dinero contante sonríe» que aun seguía existiendo veinticinco años después, cuando el forastero visitó la ciudad de Wurzburg por última vez y los bandoleros eran ya hombres canosos, entrados en los cincuenta años.

\* \* \*

También por entonces se encontraba el forastero en Wurzburg.

Pasó lentamente por el puente sobre el Main. Las gentes se volvían a mirarle. «¡Señor barón!», le gritó en son de burla un muchacho descalzo que se detuvo mirándole con gran asombro.

Había ya obscurecido casi. Las golondrinas revoloteaban, piando, y sobre el castillo se vió una gran nube de resáceos contornos. Recostado contra San Kilián, un muchacho estaba tocando la ocarina.

El forastero pasó el puente, llegando al barrio del Main. Los vecinos estaban sentados a la puerta de las casas, mirando escrutadores al cielo para saber si llovería; fumaban sus pipas y conversaban. Una muchacha cantaba a la abierta ventana, bajando las persianas.

El forastero se paró y vió al señor Mager entrar en el famoso restaurante de las Tres Coronas.

El señor Mager se frotaba con el índice las azules venas de su mano gotosa. Sus mejillas de color manzana relucían, pues ya bebía un par de vasos más de lo necesario para apagar la sed. Fuera de esto, no había cambiado. Sus cabellos estaban más oscuros y su cuerpo más duro y seco, y tan tieso como siempre.

A cada paso que daba, elevando el hombro, pegaba recio con su bastoncillo de correa contra el pavimento.

Al llegar al Spital se quedó parado, sacó su reloj y, satisfecho, lo confrontó con la esfera iluminada.

—Buenas tardes, señor maestro —dijo el guardia de las piernas torcidas, llevándose la mano a la visera.

Su barba se había vuelto blanca. Hablaba muy locuaz y gesticulando. Apoyado en su bastón, le escuchaba el señor Mager con gran serenidad. Juntaron las cabezas... Unos chicos de la escuela habían hecho algo y no se sabía a punto fijo quién había sido.

El forastero bajó los tres escalones de «La ballena negra de Ascalón».

—Hubieras debido ganar con un verde, y entonces tendrías el as de corazón —decía pausado el Escribiente, barajando las cartas.

Los bandidos estaban reunidos.

—Es un bestia —decía Ojo de Gavilán, furioso porque, debido al mal juego de Rey de los Aires, había perdido siete peniques—. Hace años que se lo vengo diciendo, pero no quiere convencerse.

El forastero se sentó a la cabecera de la mesa grande. Detrás de él había un escaparate con panes, panecillos y tortas de ciruelas que habían quedado y que estaban cubiertos de moscas. No había nadie más que él sentado a la mesa.

Los bandoleros no habían reconocido al forastero. Tampoco le conoció la joven patrona cuando le sirvió el vino. Estaba embarazada del tercer chico.

—¡Por Dios, Else, otro vaso! —gritó Capitán Pálido a la camarera rubia, a quien se le había caído de la mano un vaso de vino. La camarera se reía constantemente y tenía los ojos medio cerrados—. Ahora tengo curiosidad por ver... «Solo» —dijo estirando los labios y ordenando las cartas en sus dedos.

Un gato gris se deslizó por el local, se extendió y saltó en la silla junto al forastero.

—Y será un «solo» —dijo el Escribiente arqueando las cejas, y levantó la última baza—. Y triunfo —exclamó sonriendo, confiado.

Los bandoleros colocaron con gran expectación las cartas sobre la mesa. Capitán Pálido ganó, dejó su paso en el centro y las cartas siguieron volando.

—Ya hemos visto qué clase de «solo» era —dijo contento, y recogiendo en el plato el dinero ganado.

—Else, ¿dónde tienes los ojos? —dijo el capitán, señalando al forastero.

—Else, beberemos otro vaso —dijo el Escribiente, abrazando el talle de la camarera—. Eres una bonita muchacha.

La viuda Benommen entró con su nieto en brazos.

—¡Mis, mis! —dijo el forastero llamando al gato.

—¿Duerme el más pequeño? —dijo el capitán dando las cartas.

—Pues ¿qué quieres que haga? —respondió la viuda Benommen dando al niño que tenía en brazos un pedazo de torta de ciruela.

—¡A ver si vuelve a tener diarrea!

—Ten cuidado que no la tengas tú.

—¡De modo que a un niño no le hace daño comer tortas de ciruelas!

Estiró los labios.

—Cállate. Ahí tienes a tu hijo.

—Quédate, quédate con él...

La viuda estaba radiante.

—¿Está ya el pan en el horno...? ¡Saca tu triunfo!

—Si lo tienes tú —gritó furioso Rey de los Aires.

En aquel momento la puerta se abrió violentamente pegando contra el muro y entró un marinero corpulento, rubio, con cara y pecho quemados por el sol, y se acercó a la mesa donde estaban jugando, en la que se apoyó hincando los codos. Puso sus brazos peludos sobre el montón de cartas. El marinero gritó:

—¿Estáis todos aquí? ¡Ooooooscar!

—¡Jesús! Duckmäuser... ¿De dónde vienes?

—¡Jesús! —exclamaron los ladrones, quedándose boquiabiertos.

—De Chi... chi... china... directamente —tartamudeó Duckmäuser, siguiendo apoyado sobre la mesa. Estaba totalmente borracho.

—Bueno..., bueno... A ti te toca dar —dijo disgustado Rey de los Aires.

—Ahora lo dejaremos, puesto que ha venido Duckmäuser. ¡Final!

—Sentaos allí en aquella mesa —dijo Capitán Pálido. Y dirigiéndose al forastero —: ¿Usted permite?

Se sentaron en la mesa grande. El forastero a la cabecera como presidiendo. La viuda Benommen tenía las manos cruzadas sobre el vientre y meneaba suavemente la cabeza.

—Trae un par de jarros de vino —dijo el Escribiente.

—Yo pa... pa... go todo —dijo el marinero—... Beeebebed. —Y se tragó un vaso—. ¡Escribiente, pillo redomado!

—¡Jesús, quién lo habría pensado! —dijeron los bandidos, mirando anonadados al marinero, con la boca abierta, en melancólico asombro.

—¿Has ido muy lejos? —preguntó uno.

—Por todo el mundo —dijo, abriendo los brazos.

—¡Mira éste, que siempre estuvo tan callado —dijo la viuda Benommen—, y a quien no se creía capaz de acercarse al agua!

—¿Vive a... a... aún el maestro Mager?

Vació otra copa y desde entonces pudo hablar más de corrido.

—Cuando estaba en el Japón soñé una noche con Mager. Yo tenía que hacer divisiones en el encerado... Di... di... visiones. Mager llamó, pegándome, y yo me desperté y me levanté bañado en sudor... ¿No ha muerto el pi... pin... pingo? Pero

bebe —exclamó, e incorporándose sobre la mesa acercó al forastero un vaso, que se lo llevó a los labios, saludando.

—Si le acercáis un fósforo, arde... —dijo la viuda Benommen—. Está bebiendo mucho.

Nube Roja se puso en pie, alzó el brazo y torció las puntas de los pies:

—«Un marino alemán estaba borracho».

El capitán afinaba la guitarra.

Arriba, marinero... Al mar, al mar.  
Los tristes pensamientos se disipan y alejan  
como la tormenta y el viento.

Los bandidos cantaban. El marinero, no. No hacía mas que beber:

—Vi... vi... Venga vino.

—Tengo todavía un vino... ¿Os acordáis de cuando robamos las uvas en el viñedo real...? Fué el año... 1889... Pues tengo un par de frascos de aquella cosecha en la bodega.

—Pues acá con ellos —dijo el Escribiente.

—Vengan —exclamaron todos los bandidos.

Capitán Pálido dijo sonriente:

—Sí; pero ése es caro. ¿Quién lo va a pagar?

—Sa... sa... lud, Oldshatterhand —bramó el marinero dirigiéndose al forastero.

—¡Dios mío, qué borracho está! —exclamaron riendo los bandidos.

—Suba usted del 1889 lo que encuentre usted en la bodega —dijo de pronto el forastero, sonriendo.

Con los labios estirados, sirvió Capitán Pálido cuidadosamente el vino de los polvorientos frascos en las copas. Todos se pusieron en pie. También el marinero, apoyándose trabajosamente contra la pared.

—Éste es un vino... —La arruga se disipó. Rey de los Aires había sonreído—. Éste es un vino...

—Lo creo —contestó orgulloso Capitán Pálido.

—Cuatro semanas... me tuvieron atado a la cadena... Nuestro barco pasó por una isla desierta cerca de la India... Yo solté un bote y me fuí... Durante cuatro días estuve sin encontrar qué comer... Y cogí una serpiente y la asé. Pe... pe... ro e... e... e... ra muy amarga... Y me volvieron a coger y me ataron... ¡Jesús!, y qué amarga estaba la serpiente.

\* \* \*

Los bandoleros y el marinero se hallaban en el parapeto de los bastiones, mirando la ciudad. Era una tarde clara de domingo.

«U... u... uu», se oyó de abajo, con un sonido alargado.

—Es la vaca que muge —dijo el Escribiente señalando al Main, donde un remolcador pasaba arrastrando varias barcazas.

Una balsa pasó por el arco del Puente Viejo del Main. Los bandidos vieron cómo se precipitaba la blanca espuma sobre la balsa por la parte del timón.

—Parece nacido allí —dijo Rey de los Aires, indicando el banco construido con ramas curvas de álamo blanco por la Sociedad de Embellecimiento de Wurzburg y que estaba adosado al muro.

Los bandidos descendieron a los fosos. Una cabra pastaba en ellos. La alta y agostada hierba chascaba, mecida por el viento.

—Mira —dijo Capitán Pálido—, ahora es la época de las peras silvestres.

—¿Es éste mi peral? —dijo Rey de los Aires.

Otro sacudió la rama. Un par de moscardones revolotearon por la copa.

El marinero miró a su alrededor:

—Bueno; pe... pe... ro a... ahora decidme dónde está vuestro «cu... cuarto» —y miró curioso y burlón a los bandidos.

—¡Ah, bah! Hace tiempo que está tapiado.

Buscaron.

—Aquí debe haber sido —dijeron apartando una zarza.

—Ésta era la ga... ga... lería sub... subterránea que conducía al «cuarto» —dijo el marinero señalando un lugar más claro que el resto del muro—. ¡Dios mío!

Delante del foso había un grupo de muchachos sentados en círculo. Un pequeño de pelo cobrizo alzó los brazos y gritó: «Heimatscha». La banda asaltó el muro, trepando por él hasta lo alto.

—¿De manera... pillos, que ahí dentro es... es... taba el «cuarto»?

Los bandidos callaron. Sus ojos brillaban. Sus pensamientos volaban añorando los tiempos pasados.

—¡Qué niños éramos entonces! —dijo el Escribiente.

Una ardilla saltó del foso subiéndose a una rama.

—Mira allí —dijo Nube Roja, y se quedó con la boca abierta en forma de madriguera de ratón.

\* \* \*

El forastero salió de Wurzburg.

Por la cumbre bajaba un monje alto y afeitado que, con andar acompasado y cubierto de sayal obscuro, se arrodilló ante la imagen de la Virgen, junto al camino, e hizo la señal de la cruz. Una muchacha rubia, que estaba cogiendo agavanzo, salió del matorral al encuentro de Winnetou. El viento echó el cabello a la niña delante de los ojos, a la vez que ella alzaba su mirada a Winnetou, teniendo que cerrar los ojos ante el resplandor del sol.

—¡Alabado sea el Señor Jesucristo!

—¡Por todos los siglos, amén, hija mía!

—¿Cuánto dista de aquí la próxima quinta? —preguntó el forastero.

—Una hora por la montaña —repuso Winnetou.

Era su mirar tranquilo y franco y presentaba un lunar en un ala de la nariz.

FIN



LEONHARD FRANK (Wurzburg, 1882 – Munich, 1961). De origen humilde, se empleó en múltiples trabajos: mecánico, chófer, pintor de brocha gorda, celador de hospital... Guiado por su talento para la pintura, estudió Bellas Artes durante seis años en Munich y en 1910 se instaló en Berlín.

Humanista, pacifista y antifascista, Frank creyó siempre en el poder transformador de la literatura. Ya con su primer libro ganó el prestigioso Premio Fontane, al que seguirían otros importantes galardones, como el Kleist, la Medalla de Plata de Wurzburg, el Kulturpreis de Nuremberg y la Orden del Mérito de la República Federal de Alemania.